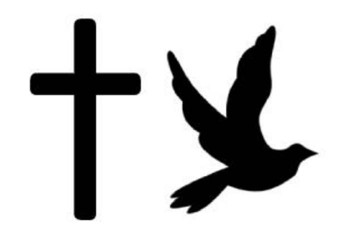


Los Evangelios y los Hechos de los Apóstoles

Tabla de Contenido

Evangelio de Mateo	1
Evangelio de Marcos	23
Evangelio de Lucas	37
Evangelio de Juan	60
Hechos de los Apóstoles	78

Mateo

CAPÍTULO 1

1 Libro de la genealogía de Jesucristo, hijo de David, hijo de Abraham.
2 Abraham engendró a Isaac, e Isaac engendró a Jacob, y Jacob engendró a Judas y a sus hermanos.
3 Y Judas engendró de Tamar a Fares y a Zara; Fares engendró a Esrom, y Esrom engendró a Aram;
4 Y Aram engendró a Aminadab; y Aminadab engendró a Naasón; y Naasón engendró a Salmón;
5 Y Salmón engendró de Rahab a Booz; Booz engendró de Rut a Obed; y Obed engendró a Isaí;
6 Y Isaí engendró al rey David, y el rey David engendró a Salomón de la que había sido mujer de Urías.
7 Y Salomón engendró a Roboam; y Roboam engendró a Abia; y Abia engendró a Asa;
8 Y Asa engendró a Josafat; y Josafat engendró a Joram; y Joram engendró a Ozías;
9 Y Ozías engendró a Joatham; y Joatham engendró a Acaz; y Acaz engendró a Ezequías;
10 Y Ezequías engendró a Manasés; y Manasés engendró a Amón; y Amón engendró a Josías;
11 Y Josías engendró a Jeconías y a sus hermanos, en el tiempo de la deportación a Babilonia.
12 Y después que fueron deportados a Babilonia, Jeconías engendró a Salatiel, y Salatiel engendró a Zorobabel,
13 Y Zorobabel engendró a Abiud; y Abiud engendró a Eliaquim; y Eliaquim engendró a Azor;
14 Y Azor engendró a Sadoc; y Sadoc engendró a Aquim; y Aquim engendró a Eliud;
15 Y Eliud engendró a Eleazar; y Eleazar engendró a Matán; y Matán engendró a Jacob;
16 Y Jacob engendró a José, marido de María, de la cual nació Jesús, llamado el Cristo.
17 De manera que todas las generaciones desde Abraham hasta David son catorce generaciones; y desde David hasta la deportación a Babilonia, catorce generaciones; y desde la deportación a Babilonia hasta Cristo, catorce generaciones.
18 El nacimiento de Jesucristo fue así: Estando desposada María su madre con José, antes que se juntasen, se halló que había concebido del Espíritu Santo.
19 Pero José su marido, como era justo, y no quería infamarla, quiso dejarla en secreto.
20 Y mientras él pensaba en esto, he aquí un ángel del Señor se le apareció en sueños y le dijo: José, hijo de David, no temas recibir a María tu mujer, porque lo que en ella es engendrado, del Espíritu Santo es.
21 Y dará a luz un hijo, y llamarás su nombre JESÚS, porque él salvará a su pueblo de sus pecados.
22 Todo esto aconteció para que se cumpliese lo dicho por el Señor por medio del profeta, cuando dijo:
23 He aquí que la virgen concebirá y dará a luz un hijo, Y llamarás su nombre Emanuel, que traducido es: Dios con nosotros.
24 Y despertando José del sueño, hizo como el ángel del Señor le había mandado, y recibió a su mujer.
25 Y no la conoció hasta que dio a luz a su hijo primogénito; y llamó su nombre JESÚS.

CAPÍTULO 2

1 Cuando Jesús nació en Belén de Judea en días del rey Herodes, vinieron del oriente a Jerusalén unos magos,
2 diciendo: ¿Dónde está el rey de los judíos, que ha nacido? Porque su estrella hemos visto en el oriente, y venimos a adorarle.
3 Oyendo esto el rey Herodes, se turbó, y toda Jerusalén con él.
4 Y convocados todos los principales sacerdotes, y los escribas del pueblo, les preguntó dónde había de nacer el Cristo.
5 Y ellos le dijeron: En Belén de Judea; porque así está escrito por el profeta:
6 Y tú, Belén, de la tierra de Judá, No eres la más pequeña entre los príncipes de Judá; porque de ti saldrá un guiador, que apacentará a mi pueblo Israel.
7 Entonces Herodes, llamando en secreto a los magos, indagó de ellos diligentemente el tiempo de la aparición de la estrella.
8 Y enviándolos a Belén, dijo: Id y averiguad con diligencia acerca del niño; y cuando le halléis, hacédmelo saber, para que yo también vaya y le adore.
9 Ellos, pues, oyendo al rey, se fueron; y he aquí la estrella que habían visto en el oriente iba delante de ellos, hasta que llegando, se detuvo sobre donde estaba el niño.
10 Y cuando vieron la estrella, se regocijaron con gran alegría.
11 Y al entrar en la casa, vieron al niño con su madre María, y postrándose, lo adoraron; y abriendo sus tesoros, le ofrecieron presentes: oro, incienso y mirra.
12 Y avisados por revelación en sueños que no volviesen a Herodes, regresaron a su tierra por otro camino.
13 Y después que ellos partieron, he aquí un ángel del Señor apareció en sueños a José y le dijo: Levántate, toma al niño y a su madre, y huye a Egipto, y quédate allá hasta que yo te diga; porque acontecerá que Herodes buscará al niño para matarlo.
14 Y él se levantó, tomó al niño y a su madre de noche, y se fue a Egipto;
15 Y estuvo allí hasta la muerte de Herodes, para que se cumpliese lo dicho por el Señor por medio del profeta, cuando dijo: De Egipto llamé a mi Hijo.
16 Herodes entonces, cuando se vio burlado por los magos, se enojó mucho, y mandó matar a todos los niños menores de dos años que había en Belén y en todos sus alrededores, conforme al tiempo que había indagado de los magos.
17 Entonces se cumplió lo dicho por el profeta Jeremías, cuando dijo:
18 Voz fue oída en Ramá, Grande lamentación y lloro y gemido; Raquel que llora a sus hijos, y no quiso ser consolada, porque perecieron.
19 Pero después de muerto Herodes, he aquí un ángel del Señor apareció en sueños a José en Egipto,
20 diciendo: Levántate, toma al niño y a su madre, y vete a tierra de Israel, porque han muerto los que procuraban la muerte del niño.
21 Entonces él se levantó, y tomó al niño y a su madre, y vino a tierra de Israel.
22 Pero cuando oyó que Arquelao reinaba en Judea en lugar de Herodes su padre, tuvo miedo de ir allá; pero cuando Dios lo advirtió en sueños, se fue a la región de Galilea.

23 Y vino y habitó en la ciudad que se llama Nazaret; para que se cumpliese lo que fue dicho por los profetas, que habría de ser llamado Nazareno.

CAPÍTULO 3

1 En aquellos días vino Juan el Bautista predicando en el desierto de Judea,
2 y diciendo: Arrepentíos, porque el reino de los cielos se ha acercado.
3 Porque éste es aquel de quien habló el profeta Isaías, cuando dijo: Voz del que clama en el desierto: Preparad el camino del Señor, Enderezad sus sendas.
4 Y este mismo Juan tenía su vestido de pelo de camello, y un cinto de cuero a la cintura; y su comida era langostas y miel silvestre.
5 Entonces salió a él Jerusalén, y toda Judea, y toda la provincia de alrededor del Jordán,
6 y eran bautizados por él en el Jordán, confesando sus pecados.
7 Pero cuando vio que muchos de los fariseos y de los saduceos venían a su bautismo, les decía: ¡Generación de víboras! ¿Quién os enseñó a huir de la ira venidera?
8 Haced, pues, frutos dignos de arrepentimiento,
9 Y no penséis decir dentro de vosotros mismos: Tenemos a Abraham por padre; porque yo os digo que Dios puede levantar hijos a Abraham aun de estas piedras.
10 Y ya también el hacha está puesta a la raíz de los árboles; y todo árbol que no da buen fruto es cortado y echado al fuego.
11 Yo a la verdad os bautizo en agua para arrepentimiento; pero el que viene tras mí, cuyo calzado yo no soy digno de llevar, es más poderoso que yo; él os bautizará en Espíritu Santo y fuego;
12 Su aventador está en su mano, y limpiará su era; y recogerá su trigo en el granero, y quemará la paja en fuego que nunca se apagará.
13 Entonces Jesús vino de Galilea al Jordán, a Juan, para ser bautizado por él.
14 Pero Juan se lo impedía, diciendo: Yo necesito ser bautizado por ti, ¿y tú vienes a mí?
15 Respondiendo Jesús, le dijo: Deja ahora, porque así conviene que cumplamos toda justicia. Entonces le dejó.
16 Y Jesús, después que fue bautizado, subió luego del agua; y he aquí los cielos le fueron abiertos, y vio al Espíritu de Dios que descendía como paloma, y venía sobre él.
17 Y hubo una voz de los cielos, que decía: Este es mi Hijo amado en quien tengo complacencia.

CAPÍTULO 4

1 Entonces Jesús fue llevado por el Espíritu al desierto, para ser tentado por el diablo.
2 Y después de haber ayunado cuarenta días y cuarenta noches, tuvo hambre.
3 Y vino a él el tentador y le dijo: Si eres Hijo de Dios, di que estas piedras se conviertan en pan.
4 Él respondió y dijo: Escrito está: No sólo de pan vivirá el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios.
5 Entonces el diablo le llevó a la santa ciudad, y le puso sobre el pináculo del templo,
6 Y le dijo: Si eres Hijo de Dios, échate abajo; porque escrito está: A sus ángeles mandará acerca de ti, Y en sus manos te sostendrán, Para que no tropieces con tu pie en piedra.
7 Jesús le dijo: Escrito está también: No tentarás al Señor tu Dios.
8 Otra vez el diablo le llevó a un monte muy alto, y le mostró todos los reinos del mundo y su gloria,
9 Y le dijo: Todo esto te daré, si postrado me adorares.
10 Entonces Jesús le dijo: Vete, Satanás, porque escrito está: Al Señor tu Dios adorarás, y a él sólo servirás.
11 Entonces el diablo le dejó; y he aquí vinieron ángeles y le servían.
12 Cuando Jesús oyó que Juan estaba en la cárcel, se fue a Galilea;
13 Y dejando Nazaret, vino y habitó en Capernaum, ciudad marítima, en la región de Zabulón y de Neftalí;
14 para que se cumpliese lo dicho por el profeta Isaías, cuando dijo:
15 La tierra de Zabulón y la tierra de Neftalí, camino del mar, al otro lado del Jordán, Galilea de los gentiles;
16 El pueblo asentado en tinieblas vio gran luz; y a los asentados en región de sombra de muerte, luz les resplandeció.
17 Desde entonces comenzó Jesús a predicar, y a decir: Arrepentíos, porque el reino de los cielos se ha acercado.
18 Andando Jesús junto al mar de Galilea, vio a dos hermanos, Simón, llamado Pedro, y Andrés su hermano, que echaban la red en el mar; porque eran pescadores.
19 Y les dijo: Venid en pos de mí, y os haré pescadores de hombres.
20 Y ellos, dejando luego sus redes, le siguieron.
21 Pasando de allí, vio a otros dos hermanos, Jacobo hijo de Zebedeo, y Juan su hermano, en la barca con Zebedeo su padre, que remendaban sus redes; y los llamó.
22 Ellos, dejando inmediatamente la barca y a su padre, le siguieron.
23 Y recorrió Jesús toda Galilea, enseñando en las sinagogas de ellos, y predicando el evangelio del reino, y sanando toda enfermedad y toda dolencia en el pueblo.
24 Y se difundió su fama por toda Siria; y le trajeron todos los que tenían dolencias, los afligidos por diversas enfermedades y tormentos, los endemoniados, lunáticos y paralíticos; y los sanó.
25 Y le siguieron grandes multitudes de pueblo de Galilea, de Decápolis, de Jerusalén, de Judea y del otro lado del Jordán.

CAPÍTULO 5

1 Y viendo las multitudes, subió al monte; y sentándose, vinieron a él sus discípulos,
2 Y abriendo su boca les enseñaba, diciendo:
3 Bienaventurados los pobres en espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos.
4 Bienaventurados los que lloran, porque ellos recibirán consolación.
5 Bienaventurados los mansos, porque ellos recibirán la tierra por heredad.
6 Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán saciados.

7 Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia.
8 Bienaventurados los de limpio corazón, porque ellos verán a Dios.
9 Bienaventurados los pacificadores, porque ellos serán llamados hijos de Dios.
10 Bienaventurados los que padecen persecución por causa de la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos.
11 Bienaventurados seréis cuando por mi causa os vituperen y os persigan, y digan toda clase de mal contra vosotros, mintiendo.
12 Regocijaos y alegraos, porque vuestro galardón es grande en los cielos; porque así persiguieron a los profetas que fueron antes de vosotros.
13 Vosotros sois la sal de la tierra; pero si la sal se desvaneciere, ¿con qué será salada? No sirve más para nada, sino para ser echada fuera y hollada por los hombres.
14 Vosotros sois la luz del mundo; una ciudad asentada sobre un monte no se puede esconder.
15 Ni se enciende una luz y se pone debajo de un almud, sino sobre el candelero, y alumbra a todos los que están en casa.
16 Así alumbre vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras, y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos.
17 No penséis que he venido para abrogar la ley o los profetas; no he venido para abrogar, sino para cumplir.
18 Porque de cierto os digo que hasta que pasen el cielo y la tierra, ni una jota ni una tilde pasará de la ley, hasta que todo se haya cumplido.
19 De manera que cualquiera que quebrante uno de estos mandamientos muy pequeños, y así enseñe a los hombres, muy pequeño será llamado en el reino de los cielos; mas cualquiera que los haga y los enseñe, éste será llamado grande en el reino de los cielos.
20 Porque os digo que si vuestra justicia no fuere mayor que la de los escribas y fariseos, no entraréis en el reino de los cielos.
21 Oísteis que fue dicho: No matarás; y cualquiera que matare será culpable de juicio.
22 Pero yo os digo que cualquiera que se enoje contra su hermano, será culpable de juicio; y cualquiera que diga: Necio, a su hermano, quedará expuesto ante el concilio; y cualquiera que le diga: Fatuo, quedará expuesto al infierno de fuego.
23 Por tanto, si traes tu ofrenda al altar, y allí te acuerdas de que tu hermano tiene algo contra ti,
24 Deja allí tu ofrenda delante del altar, y anda, reconcíliate primero con tu hermano, y entonces ven y presenta tu ofrenda.
25 Ponte de acuerdo con tu adversario pronto, entre tanto que estás con él en el camino, no sea que el adversario te entregue al juez, y el juez al alguacil, y seas echado en la cárcel.
26 De cierto te digo que no saldrás de allí hasta que hayas pagado el último cuadrante.
27 Oísteis que fue dicho: No cometerás adulterio.
28 Pero yo os digo que cualquiera que mira a una mujer para codiciarla, ya adulteró con ella en su corazón.
29 Y si tu ojo derecho te es ocasión de caer, sácalo, y échalo de ti; pues mejor te es que se pierda uno de tus miembros, y no que todo tu cuerpo sea echado al infierno.
30 Y si tu mano derecha te fuere ocasión de caer, córtala, y échala de ti; pues mejor te es que se pierda uno de tus miembros, y no que todo tu cuerpo sea echado al infierno.
31También fue dicho: Cualquiera que repudie a su mujer, dele carta de divorcio;
32 Pero yo os digo que el que repudia a su mujer, a no ser por causa de fornicación, hace que ella adultere; y el que se casa con la repudiada, comete adulterio.
33 Además habéis oído que fue dicho a los antiguos: No perjurarás, sino cumplirás al Señor tus juramentos.
34 Pero yo os digo: No juréis en ninguna manera; ni por el cielo, porque es el trono de Dios;
35 Ni por la tierra, porque es el estrado de sus pies; ni por Jerusalén, porque es la ciudad del gran Rey.
36 No jurarás por tu cabeza, porque no puedes hacer blanco o negro ni un solo cabello.
37 Pero sea vuestro hablar: Sí, sí, o no, no; porque lo que es más de esto, de mal procede.
38 Oísteis que fue dicho: Ojo por ojo, y diente por diente;
39 Pero yo os digo: No resistáis al que es malo; antes, a cualquiera que te hiera en la mejilla derecha, vuélvele también la otra.
40 Y a cualquiera que quiera ponerte a pleito y quitarte la túnica, déjale también la capa.
41 Y a cualquiera que te obligue a llevar carga por una milla, ve con él dos.
42 Al que te pida, dale, y al que quiera tomar de ti prestado, no se lo rehúses.
43 Oísteis que fue dicho: Amarás a tu prójimo, y aborrecerás a tu enemigo.
44 Pero yo os digo: Amad a vuestros enemigos, bendecid a los que os maldicen, haced bien a los que os aborrecen, y orad por los que os ultrajan y os persiguen;
45 para que seáis hijos de vuestro Padre que está en los cielos, que hace salir su sol sobre malos y buenos, y que hace llover sobre justos e injustos.
46 Porque si amáis a los que os aman, ¿qué recompensa tendréis? ¿No hacen también lo mismo los publicanos?
47 Y si saludáis a vuestros hermanos solamente, ¿qué hacéis de más? ¿No hacen también así los publicanos?
48 Sed, pues, vosotros perfectos, como vuestro Padre que está en los cielos es perfecto.

CAPÍTULO 6

1 Mirad que no hagáis vuestra justicia delante de los hombres, para ser vistos de ellos; de otra manera no tendréis recompensa de vuestro Padre que está en los cielos.
2 Cuando, pues, des limosna, no hagas tocar trompeta delante de ti, como hacen los hipócritas en las sinagogas y en las calles, para ser alabados por los hombres. De cierto os digo que ya tienen su recompensa.
3 Mas cuando tú des limosna, no sepa tu mano izquierda lo que hace tu derecha;
4 Para que tu limosna sea en secreto, y tu Padre que ve en lo secreto te recompensará en público.
5 Y cuando ores, no seas como los hipócritas, porque ellos aman orar de pie en las sinagogas y en las esquinas de las calles, para ser vistos por los hombres. De cierto os digo que ya tienen su recompensa.

6 Mas tú, cuando ores, entra en tu aposento, y cerrada la puerta, ora a tu Padre que está en secreto; y tu Padre que ve en lo secreto te recompensará en público.
7 Pero cuando oréis, no uséis vanas repeticiones, como los gentiles, que piensan que por su palabrería serán escuchados.
8 No os hagáis, pues, semejantes a ellos; porque vuestro Padre sabe de qué cosas tenéis necesidad, antes que vosotros le pidáis.
9 Vosotros, pues, oraréis así: Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea tu nombre.
10 Venga tu reino. Hágase tu voluntad, como en el cielo, así también en la tierra.
11 El pan nuestro de cada día, dánoslo hoy.
12 Y perdónanos nuestras deudas, como también nosotros perdonamos a nuestros deudores.
13 Y no nos metas en tentación, mas líbranos del mal; porque tuyo es el reino, y el poder, y la gloria, por todos los siglos. Amén.
14 Porque si perdonáis a los hombres sus ofensas, os perdonará también a vosotros vuestro Padre celestial;
15 Pero si no perdonáis a los hombres sus ofensas, tampoco vuestro Padre os perdonará vuestras ofensas.
16 Cuando ayunéis, no seáis como los hipócritas, que demudan sus rostros para mostrar a los hombres que ayunan. De cierto os digo que ya tienen su recompensa.
17 Mas tú, cuando ayunes, unge tu cabeza y lava tu rostro;
18 para que no parezcas a los hombres que ayunas, sino a tu Padre que está en secreto; y tu Padre que ve en lo secreto te recompensará en público.
19 No os hagáis tesoros en la tierra, donde la polilla y el orín corrompen, y donde ladrones minan y hurtan;
20 sino haceos tesoros en el cielo, donde ni la polilla ni el orín corrompen, y donde ladrones no minan ni hurtan;
21 Porque donde esté vuestro tesoro, allí estará también vuestro corazón.
22 La lámpara del cuerpo es el ojo; así que, si tu ojo fuere sencillo, todo tu cuerpo estará lleno de luz.
23 Pero si tu ojo es maligno, todo tu cuerpo estará en tinieblas. Así que, si la luz que en ti hay es tinieblas, ¿cuántas no serán las mismas tinieblas?
24 Nadie puede servir a dos señores; porque o aborrecerá al uno y amará al otro, o estimará al uno y menospreciará al otro. No podéis servir a Dios y a las riquezas.
25 Por tanto os digo: No os afanéis por vuestra vida, qué habéis de comer o qué habéis de beber; ni por vuestro cuerpo, qué habéis de vestir. ¿No es la vida más que el alimento, y el cuerpo que el vestido?
26 Mirad las aves del cielo, que no siembran, ni siegan, ni recogen en graneros; y vuestro Padre celestial las alimenta. ¿No valéis vosotros mucho más que ellas?
27 ¿Quién de vosotros podrá, por mucho que se afane, añadir a su estatura un codo?
28 Y por el vestido, ¿por qué os afanáis? Considerad los lirios del campo, cómo crecen: no trabajan ni hilan;
29 Pero os digo que ni aun Salomón con toda su gloria se vistió así como uno de ellos.
30 Y si la hierba del campo que hoy es, y mañana se echa en el horno, Dios la viste así, ¿no hará mucho más a vosotros, hombres de poca fe?
31 Así que, no os afanéis, diciendo: ¿Qué comeremos, o qué beberemos, o qué vestiremos?
32 Porque los gentiles buscan todas estas cosas; pero vuestro Padre celestial sabe que tenéis necesidad de todas estas cosas.
33 Mas buscad primeramente el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas os serán añadidas.
34 Así que, no os afanéis por el día de mañana, porque el día de mañana traerá su afán. Basta a cada día su propio mal.

CAPÍTULO 7

1 No juzguéis, para que no seáis juzgados.
2 Porque con el juicio con que juzgáis, seréis juzgados, y con la medida con que medís, os será medido.
3 ¿Y por qué miras la paja que está en el ojo de tu hermano, y no echas de ver la viga que está en tu propio ojo?
4 ¿O cómo dirás a tu hermano: Déjame sacar la paja de tu ojo, y he aquí, la viga está en tu propio ojo?
5 Hipócrita, saca primero la viga de tu propio ojo, y entonces verás bien para sacar la paja del ojo de tu hermano.
6 No deis lo santo a los perros, ni echéis vuestras perlas delante de los cerdos, no sea que las pisoteen, y se vuelvan y os despedacen.
7 Pedid, y se os dará; buscad, y hallaréis; llamad, y se os abrirá.
8 Porque todo aquel que pide, recibe; y el que busca, halla; y al que llama, se le abrirá.
9 ¿Qué hombre hay de vosotros, a quien si su hijo le pide pan, le dará una piedra?
10 ¿O si le pide un pescado, le dará una serpiente?
11 Pues si vosotros, siendo malos, sabéis dar buenas dádivas a vuestros hijos, ¿cuánto más vuestro Padre que está en los cielos dará buenas cosas a los que le pidan?
12 Así que, todas las cosas que queráis que los hombres hagan con vosotros, así también haced vosotros con ellos; porque esto es la ley y los profetas.
13 Entrad por la puerta estrecha; porque ancha es la puerta, y espacioso el camino que lleva a la perdición, y muchos son los que entran por ella;
14 Porque estrecha es la puerta, y angosto el camino que lleva a la vida, y pocos son los que la hallan.
15 Guardaos de los falsos profetas, que vienen a vosotros con vestidos de ovejas, pero por dentro son lobos rapaces.
16 Por sus frutos los conoceréis. ¿Acaso se recogen uvas de los espinos o higos de los abrojos?
17 Así, todo buen árbol da buenos frutos, pero el árbol malo da frutos malos.
18 No puede el buen árbol dar malos frutos, ni el árbol malo dar frutos buenos.
19 Todo árbol que no da buen fruto, es cortado y echado al fuego.
20 Así que, por sus frutos los conoceréis.
21 No todo el que me dice: Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos.
22 Muchos me dirán en aquel día: Señor, Señor, ¿no profetizamos en tu nombre, y en tu nombre echamos fuera demonios, y en tu nombre hicimos muchos milagros?
23 Y entonces les declararé: Nunca os conocí; apartaos de mí, hacedores de maldad.

24 Cualquiera, pues, que me oye estas palabras, y las hace, le compararé a un hombre prudente, que edificó su casa sobre la roca;
25 Y descendió lluvia, y vinieron ríos, y soplaron vientos, y dieron con ímpetu contra aquella casa; y no cayó, porque estaba fundada sobre la roca.
26 Y cualquiera que me oye estas palabras, y no las hace, le compararé a un hombre insensato, que edificó su casa sobre la arena;
27 Y descendió lluvia, y vinieron ríos, y soplaron vientos, y dieron con ímpetu contra aquella casa; y cayó, y fue grande su ruina.
28 Y cuando Jesús terminó estas palabras, la gente se maravilló de su doctrina.
29 Porque les enseñaba como quien tiene autoridad, y no como los escribas.

CAPÍTULO 8

1 Cuando descendió del monte, le seguían grandes multitudes.
2 Y he aquí vino un leproso y se postró ante él, diciendo: Señor, si quieres, puedes limpiarme.
3 Y extendiendo Jesús la mano, le tocó, diciendo: Quiero; sé limpio. Y al instante su lepra desapareció.
4 Y Jesús le dijo: Mira, no lo digas a nadie; sino ve, muéstrate al sacerdote, y presenta la ofrenda que ordenó Moisés, para testimonio a ellos.
5 Y entrando Jesús en Capernaum, vino a él un centurión, rogándole,
6 y diciendo: Señor, mi criado está postrado en casa, paralítico, gravemente atormentado.
7 Y Jesús le dijo: Yo iré y le sanaré.
8 Respondió el centurión y dijo: Señor, no soy digno de que entres bajo mi techo; solamente di la palabra, y mi mozo sanará.
9 Porque también yo soy hombre bajo autoridad, y tengo bajo mis órdenes soldados; y digo a éste: Ve, y va; y al otro: Ven, y viene; y a mi siervo: Haz esto, y lo hace.
10 Cuando Jesús lo oyó, se maravilló, y dijo a los que le seguían: De cierto os digo que ni aun en Israel he hallado tanta fe.
11 Y os digo que vendrán muchos del oriente y del occidente, y se sentarán con Abraham e Isaac y Jacob en el reino de los cielos.
12 Pero los hijos del reino serán echados a las tinieblas de afuera; allí será el lloro y el crujir de dientes.
13 Entonces Jesús dijo al centurión: Ve, y como creíste te sea hecho. Y su criado fue sanado en aquella misma hora.
14 Y llegó Jesús a casa de Pedro, y vio a su suegra postrada en cama, con fiebre.
15 Y le tocó la mano, y la fiebre la dejó; y ella se levantó, y les servía.
16 Y cuando llegó la noche, le trajeron muchos endemoniados; y con la palabra echó fuera a los demonios, y sanó a todos los enfermos.
17 para que se cumpliese lo dicho por el profeta Isaías, cuando dijo: Él mismo tomó nuestras enfermedades, y llevó nuestras dolencias.
18 Al ver Jesús que le rodeaban grandes multitudes, mandó pasar al otro lado.
19 Y vino un escriba y le dijo: Maestro, te seguiré adondequiera que vayas.
20 Y Jesús le dijo: Las zorras tienen guaridas, y las aves del cielo nidos; pero el Hijo del Hombre no tiene dónde recostar la cabeza.
21 Otro de sus discípulos le dijo: Señor, permíteme que vaya primero y entierre a mi padre.
22 Pero Jesús le dijo: Sígueme; y deja que los muertos entierren a sus muertos.
23 Y entrando él en la barca, le siguieron sus discípulos.
24 Y he aquí se levantó en el mar una tempestad tan grande que las olas cubrían la barca; pero él dormía.
25 Y acercándose a él sus discípulos, le despertaron, diciendo: Señor, sálvanos, que perecemos.
26 Y les dijo: ¿Por qué estáis amedrentados, hombres de poca fe? Entonces se levantó y reprendió a los vientos y al mar; y sobrevino una gran calma.
27 Pero los hombres se maravillaron, diciendo: ¿Quién es éste, que aun los vientos y el mar le obedecen?
28 Y cuando llegó a la otra orilla, a la tierra de los gadarenos, vinieron a su encuentro dos endemoniados que salían de los sepulcros, feroces en gran manera, tanto que nadie podía pasar por aquel camino.
29 Y ellos gritaron, diciendo: ¿Qué tienes con nosotros, Jesús, Hijo de Dios? ¿Has venido acá para atormentarnos antes de tiempo?
30 Y había a cierta distancia de ellos un hato de muchos cerdos paciendo.
31 Entonces los demonios le rogaron, diciendo: Si nos echas fuera, permítenos ir a aquella piara de cerdos.
32 Y él les dijo: Id. Y ellos salieron y se fueron a aquel hato de cerdos; y he aquí, todo el hato de cerdos se precipitó de un despeñadero al mar, y perecieron en las aguas.
33 Y los que los guardaban huyeron, y viniendo a la ciudad, contaron todas las cosas, y lo que había sucedido a los endemoniados.
34 Y he aquí toda la ciudad salió al encuentro de Jesús; y cuando le vieron, le rogaron que se fuera de sus términos.

CAPÍTULO 9

1Y entrando en una barca, pasó al otro lado y vino a su ciudad.
2 Y he aquí le trajeron un paralítico, tendido en una cama; y viendo Jesús la fe de ellos, dijo al paralítico: Ten ánimo, hijo; tus pecados te son perdonados.
3 Y he aquí algunos de los escribas decían dentro de sí: Este hombre blasfema.
4 Y conociendo Jesús los pensamientos de ellos, dijo: ¿Por qué pensáis mal en vuestros corazones?
5 Porque ¿qué es más fácil, decir: Tus pecados te son perdonados, o decir: Levántate y anda?
6 Pues para que sepáis que el Hijo del Hombre tiene poder en la tierra para perdonar pecados, (dijo entonces al paralítico): Levántate, toma tu lecho, y vete a tu casa.
7 Y él se levantó y se fue a su casa.
8 Y las multitudes, al verlo, se maravillaron y glorificaron a Dios, que había dado tal poder a los hombres.
9 Al pasar Jesús de allí, vio a un hombre llamado Mateo, sentado al banco de los tributos públicos, y le dijo: Sígueme. Y él se levantó y le siguió.

10 Y aconteció que estando Jesús sentado a la mesa en casa, he aquí muchos publicanos y pecadores, que habían venido, se sentaron juntamente a la mesa con Jesús y sus discípulos.
11 Y cuando lo vieron los fariseos, dijeron a sus discípulos: ¿Por qué come vuestro Maestro con los publicanos y pecadores?
12 Al oír esto Jesús, les dijo: Los que están sanos no tienen necesidad de médico, sino los enfermos.
13 Id, pues, y aprended lo que significa: Misericordia quiero, y no sacrificio; porque no he venido a llamar a justos, sino a pecadores al arrepentimiento.
14 Entonces vinieron a él los discípulos de Juan, diciendo: ¿Por qué nosotros y los fariseos ayunamos muchas veces, pero tus discípulos no ayunan?
15 Y Jesús les dijo: ¿Acaso pueden los que están de bodas tener luto entre tanto que el esposo está con ellos? Pero vendrán días cuando el esposo les será quitado, y entonces ayunarán.
16 Nadie pone remiendo de paño nuevo en vestido viejo; porque el remiendo tira del vestido, y la rotura se hace peor.
17 Ni echan vino nuevo en odres viejos; de otra manera los odres se rompen, y el vino se derrama, y los odres se pierden; sino que se echa el vino nuevo en odres nuevos, y lo uno y lo otro se conservan.
18 Mientras él les decía estas cosas, vino un principal y se postró ante él, diciendo: Mi hija acaba de morir; mas ven y pon tu mano sobre ella, y vivirá.
19 Y se levantó Jesús y le siguió, y también sus discípulos.
20 Y he aquí una mujer que hacía doce años padecía de flujo de sangre, se acercó a él por detrás y tocó el borde de su manto;
21 Porque decía dentro de sí: Si tocare solamente su manto, seré salva.
22 Pero Jesús, volviéndose y mirándola, le dijo: Ten ánimo, hija; tu fe te ha salvado. Y la mujer quedó sana desde aquella hora.
23 Y cuando Jesús entró en casa del principal, y vio a los que tocaban flautas y al gentío que hacía alboroto,
24 Él les dijo: Apartaos, que la muchacha no está muerta, sino que duerme. Y se burlaron de él.
25 Pero cuando la gente fue echada fuera, entró y la tomó de la mano; y la muchacha se levantó.
26 Y se divulgó la fama de esto por toda aquella tierra.
27 Y cuando Jesús se fue de allí, le siguieron dos ciegos, dando voces y diciendo: ¡Hijo de David, ten misericordia de nosotros!
28 Y cuando llegó a casa, vinieron a él los ciegos; y Jesús les dijo: ¿Creéis que puedo hacer esto? Ellos le respondieron: Sí, Señor.
29 Entonces les tocó los ojos, diciendo: Conforme a vuestra fe os sea hecho.
30 Y les fueron abiertos los ojos; y Jesús les encargó rigurosamente, diciendo: Mirad que nadie lo sepa.
31 Pero ellos, salidos, divulgaron su fama por toda aquella tierra.
32 Y al salir ellos, he aquí, le trajeron un mudo, endemoniado.
33 Y echado fuera el demonio, el mudo habló; y la gente se maravilló, y dijo: Nunca se ha visto cosa semejante en Israel.
34 Pero los fariseos decían: Por el príncipe de los demonios echa fuera los demonios.
35 Y recorría Jesús todas las ciudades y aldeas, enseñando en las sinagogas de ellos, y predicando el evangelio del reino, y sanando toda enfermedad y toda dolencia en el pueblo.
36 Y al ver las multitudes, tuvo compasión de ellas; porque estaban desamparadas y dispersas como ovejas que no tienen pastor.
37 Luego dijo a sus discípulos: A la verdad la mies es mucha, mas los obreros pocos;
38 Rogad, pues, al Señor de la mies que envíe obreros a su mies.

CAPÍTULO 10

1 Y llamando a sus doce discípulos, les dio autoridad sobre los espíritus inmundos, para que los echasen fuera, y para sanar toda enfermedad y toda dolencia.
2 Los nombres de los doce apóstoles son estos: primero, Simón, llamado Pedro, y Andrés su hermano; Jacobo hijo de Zebedeo, y Juan su hermano;
3 Felipe, Bartolomé, Tomás, Mateo el publicano, Jacobo hijo de Alfeo, y Lebeo, por sobrenombre Tadeo;
4 Simón el cananeo, y Judas Iscariote, el que también le entregó.
5 A estos doce envió Jesús, y les dio instrucciones, diciendo: Por camino de gentiles no vayáis, y en ciudad de samaritanos no entréis;
6 Pero id más bien a las ovejas perdidas de la casa de Israel.
7 Y yendo, predicad, diciendo: El reino de los cielos se ha acercado.
8 Sanad enfermos, limpiad leprosos, resucitad muertos, echad fuera demonios: de gracia recibisteis, dad de gracia.
9 No os llevéis oro, ni plata, ni bronce en vuestros bolsos,
10 Ni de alforja para el camino, ni de dos túnicas, ni de zapatos, ni de bordón; porque el obrero es digno de su alimento.
11 Y en cualquier ciudad o aldea donde entréis, informaos quién en ella sea digno, y posad allí hasta que salgáis.
12 Y cuando entréis en alguna casa, saludadla.
13 Y si la casa fuere digna, vuestra paz vendrá sobre ella; mas si no fuere digna, vuestra paz se volverá a vosotros.
14 Y cualquiera que no os recibiere, ni oyere vuestras palabras, salid de aquella casa o ciudad, sacudid el polvo de vuestros pies.
15 De cierto os digo que en el día del juicio, será más tolerable el castigo para la tierra de Sodoma y de Gomorra, que para aquella ciudad.
16 He aquí, yo os envío como a ovejas en medio de lobos; sed, pues, prudentes como serpientes, y sencillos como palomas.
17 Pero guardaos de los hombres; porque os entregarán a los concilios, y en sus sinagogas os azotarán;
18 Y seréis llevados ante gobernadores y reyes por causa de mí, para testimonio a ellos y a los gentiles.
19 Mas cuando os entreguen, no os preocupéis por cómo o qué hablaréis; porque en aquella hora os será dado lo que habéis de hablar.
20 Porque no sois vosotros los que habláis, sino el Espíritu de vuestro Padre que habla en vosotros.
21 Y el hermano entregará a la muerte al hermano, y el padre al hijo; y los hijos se levantarán contra los padres, y los harán morir.

22 Y seréis aborrecidos de todos por causa de mi nombre; mas el que persevere hasta el fin, éste será salvo.
23 Pero cuando os persigan en esta ciudad, huid a la otra; porque de cierto os digo que no acabaréis de recorrer todas las ciudades de Israel, antes que venga el Hijo del Hombre.
24 El discípulo no es superior a su maestro, ni el siervo superior a su señor.
25 Bástale al discípulo ser como su maestro, y al siervo como su señor. Si al padre de familia llamaron Beelzebú, ¿cuánto más a los de su casa?
26 Así que, no los temáis; porque nada hay encubierto, que no haya de ser manifestado, ni oculto, que no haya de saberse.
27 Lo que os digo en tinieblas, decidlo en la luz; y lo que oís al oído, predicadlo desde los terrados.
28 Y no temáis a los que matan el cuerpo, mas el alma no pueden matar; temed más bien a aquel que puede destruir el alma y el cuerpo en el infierno.
29 ¿No se venden dos pajarillos por un cuarto? Con todo, ni uno de ellos cae a tierra sin vuestro Padre.
30 Pero aun los cabellos de vuestra cabeza están todos contados.
31 Así que, no temáis; más valéis vosotros que muchos pajarillos.
32 A cualquiera, pues, que me confiese delante de los hombres, yo también le confesaré delante de mi Padre que está en los cielos.
33 Pero a cualquiera que me niegue delante de los hombres, yo también le negaré delante de mi Padre que está en los cielos.
34 No penséis que he venido para traer paz a la tierra; no he venido para traer paz, sino espada.
35 Porque he venido para poner en disensión al hombre contra su padre, a la hija contra su madre, y a la nuera contra su suegra.
36 Y los enemigos del hombre serán los de su misma casa.
37 El que ama a padre o madre más que a mí, no es digno de mí; y el que ama a hijo o hija más que a mí, no es digno de mí.
38 Y el que no toma su cruz y sigue en pos de mí, no es digno de mí.
39 El que halla su vida, la perderá; y el que pierde su vida por causa de mí, la hallará.
40 El que a vosotros recibe, a mí me recibe; y el que me recibe a mí, recibe al que me envió.
41 El que recibe a un profeta por cuanto es profeta, recompensa de profeta recibirá; y el que recibe a un justo por cuanto es justo, recompensa de justo recibirá.
42 Y cualquiera que dé de beber a uno de estos pequeñitos un vaso de agua fría solamente, por cuanto es discípulo, de cierto os digo que no perderá su recompensa.

CAPÍTULO 11

1 Aconteció que cuando Jesús acabó de dar instrucciones a sus doce discípulos, se fue de allí a enseñar y a predicar en las ciudades de ellos.
2 Cuando Juan oyó en la prisión las obras de Cristo, envió a dos de sus discípulos,
3 Y le dijo: ¿Eres tú aquel que había de venir, o esperaremos a otro?
4 Respondió Jesús y les dijo: Id, y haced saber a Juan las cosas que oís y veis.
5 Los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos quedan limpios, los sordos oyen, los muertos resucitan y a los pobres es anunciado el evangelio.
6 Y bienaventurado es el que no halle tropiezo en mí.
7 Mientras ellos se iban, Jesús comenzó a decir a la multitud acerca de Juan: ¿Qué salisteis a ver al desierto? ¿Una caña sacudida por el viento?
8 ¿Qué salisteis a ver? ¿Un hombre vestido con ropas delicadas? He aquí, los que llevan ropas delicadas están en las casas de los reyes.
9 ¿Qué salisteis a ver? ¿Un profeta? Os digo que sí, y más que profeta.
10 Porque éste es de quien está escrito: He aquí, yo envío mi mensajero delante de tu faz, El cual preparará tu camino delante de ti.
11 De cierto os digo que entre los que nacen de mujer no se ha levantado otro mayor que Juan el Bautista; pero el más pequeño en el reino de los cielos, mayor es que él.
12 Y desde los días de Juan el Bautista hasta ahora, el reino de los cielos sufre violencia, y los violentos lo arrebatan.
13 Porque todos los profetas y la ley profetizaron hasta Juan.
14 Y si queréis recibirlo, él es aquel Elías que había de venir.
15 El que tiene oídos para oír, que oiga.
16 ¿A qué compararé esta generación? Es semejante a los muchachos que se sientan en las plazas y dan voces a sus compañeros,
17 y diciendo: Os tocamos flauta, y no bailasteis; os endechamos, y no lamentasteis.
18 Porque vino Juan, que ni comía ni bebía, y dicen: Demonio tiene.
19 Vino el Hijo del Hombre, que come y bebe, y dicen: He aquí un hombre comilón y bebedor de vino, amigo de publicanos y de pecadores. Pero la sabiduría es justificada por sus hijos.
20 Entonces comenzó a reconvenir a las ciudades en las cuales había hecho muchos de sus milagros, porque no se habían arrepentido,
21 ¡Ay de ti, Corazín! ¡Ay de ti, Betsaida! porque si en Tiro y en Sidón se hubieran hecho los milagros que han sido hechos en vosotras, tiempo ha que se habrían arrepentido en cilicio y en ceniza.
22 Pero yo os digo que en el día del juicio, será más tolerable el castigo para Tiro y para Sidón, que para vosotras.
23 Y tú, Capernaum, que eres levantada hasta el cielo, hasta los Hades serás abatida; porque si en Sodoma se hubieran hecho los milagros que han sido hechos en ti, habría permanecido hasta el día de hoy.
24 Pero yo os digo que en el día del juicio, será más tolerable el castigo para la tierra de Sodoma, que para ti.
25 En aquel tiempo, respondiendo Jesús, dijo: Te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque escondiste estas cosas de los sabios y de los entendidos, y las revelaste a los niños.
26Sí, Padre, porque así te agradó.
27 Todas las cosas me fueron entregadas por mi Padre; y nadie conoce al Hijo, sino el Padre, ni al Padre conoce

alguno, sino el Hijo, y aquel a quien el Hijo lo quiera revelar.
28 Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar.
29 Llevad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón; y hallaréis descanso para vuestras almas.
30 Porque mi yugo es suave y ligera mi carga.

CAPÍTULO 12

1 En aquel tiempo iba Jesús por los sembrados un día de reposo; y sus discípulos tuvieron hambre, y comenzaron a arrancar espigas y a comer.
2 Cuando lo vieron los fariseos, le dijeron: Mira, tus discípulos hacen lo que no es lícito hacer en el día de reposo.
3 Pero él les dijo: ¿No habéis leído lo que hizo David, cuando él y los que con él estaban tuvieron hambre?
4 cómo entró en la casa de Dios, y comió los panes de la proposición, que no les era lícito comer a él ni a los que con él estaban, sino solamente a los sacerdotes?
5 ¿O no habéis leído en la ley, cómo en el día de reposo los sacerdotes en el templo profanan el día de reposo, y son sin culpa?
6 Pero os digo que uno mayor que el templo está aquí.
7 Pero si supieseis qué significa: Misericordia quiero, y no sacrificio, no condenaríais a los inocentes.
8 Porque el Hijo del Hombre es Señor también del día de reposo.
9Y saliendo de allí, entró en la sinagoga de ellos;
10 Y he aquí, había allí un hombre que tenía seca una mano; y le preguntaron, diciendo: ¿Es lícito sanar en el día de reposo?, para poder acusarle.
11 Y les dijo: ¿Qué hombre habrá de vosotros, que tenga una oveja, y si ésta cayere en un hoyo en día de reposo, no le eche mano, y la levante?
12 Pues ¿cuánto más vale un hombre que una oveja? Por lo cual es lícito hacer el bien en los días de reposo.
13 Luego dijo al hombre: Extiende tu mano. Y él la extendió, y le fue restituida sana como la otra.
14 Entonces salidos los fariseos, tuvieron consejo contra él para destruirle.
15 Pero Jesús, sabiéndolo, se apartó de allí; y le siguieron grandes multitudes, y sanó a todos;
16 Y les mandó que no lo descubriesen;
17 para que se cumpliese lo dicho por el profeta Isaías, cuando dijo:
18 He aquí mi siervo, a quien he escogido, mi amado, en quien se complace mi alma; pondré sobre él mi Espíritu, y a las naciones anunciará juicio.
19 No contenderá, ni clamorará, Ni nadie oirá en las calles su voz.
20 La caña cascada no quebrará, ni el pábilo que humeare no apagará, hasta que saque a victoria el juicio.
21 Y en su nombre esperarán las naciones.
22 Entonces fue traído a él un endemoniado, ciego y mudo; y le sanó, de tal manera que el ciego y mudo veía y hablaba.
23 Y todo el pueblo estaba asombrado, y decía: ¿No es éste aquel hijo de David?
24 Pero cuando lo oyeron los fariseos, dijeron: Este no echa fuera los demonios sino por Beelzebú, príncipe de los demonios.
25 Y conociendo Jesús los pensamientos de ellos, les dijo: Todo reino dividido contra sí mismo, es asolado, y toda ciudad o casa dividida contra sí misma, no permanecerá.
26 Y si Satanás echa fuera a Satanás, contra sí mismo está dividido; ¿cómo, pues, permanecerá su reino?
27 Y si yo por Beelzebú echo fuera los demonios, ¿vuestros hijos por quién los echan? Ellos, pues, serán vuestros jueces.
28 Pero si yo por el Espíritu de Dios echo fuera los demonios, ciertamente ha llegado a vosotros el reino de Dios.
29 Porque ¿cómo puede alguno entrar en la casa de un hombre fuerte, y saquear sus bienes, si primero no le ata? Y entonces saqueará su casa.
30 El que no es conmigo, contra mí es; y el que conmigo no recoge, desparrama.
31 Por tanto os digo que todo pecado y blasfemia será perdonado a los hombres; pero la blasfemia contra el Espíritu Santo no les será perdonada.
32 Y a cualquiera que dijere alguna palabra contra el Hijo del Hombre, le será perdonado; pero al que hable contra el Espíritu Santo, no le será perdonado, ni en este siglo ni en el venidero.
33 O haced el árbol bueno, y su fruto bueno, o haced el árbol malo, y su fruto malo; porque por el fruto se conoce el árbol.
34 ¡Generación de víboras! ¿Cómo podéis hablar lo bueno, siendo malos? Porque de la abundancia del corazón habla la boca.
35 El hombre bueno, del buen tesoro del corazón saca buenas cosas; y el hombre malo, del mal tesoro saca malas cosas.
36 Pero yo os digo que de toda palabra ociosa que hablen los hombres, de ella darán cuenta en el día del juicio.
37 Porque por tus palabras serás justificado, y por tus palabras serás condenado.
38 Entonces algunos de los escribas y de los fariseos respondieron, diciendo: Maestro, deseamos ver de ti señal.
39 Él respondió y les dijo: La generación mala y adúltera demanda señal; pero señal no se le dará, sino la señal del profeta Jonás.
40 Porque como estuvo Jonás en el vientre del gran pez tres días y tres noches, así estará el Hijo del Hombre en el corazón de la tierra tres días y tres noches.
41 Los hombres de Nínive se levantarán en el juicio con esta generación, y la condenarán; porque ellos se arrepintieron a la predicación de Jonás, y he aquí más que Jonás en este lugar.
42 La reina del Sur se levantará en el juicio con esta generación, y la condenará; porque ella vino de los fines de la tierra para oír la sabiduría de Salomón; y he aquí más que Salomón en este lugar.
43 Cuando el espíritu inmundo sale del hombre, anda por lugares secos, buscando reposo, y no lo halla.
44 Entonces dice: Volveré a mi casa de donde salí; y cuando llega, la halla desocupada, barrida y adornada.
45 Luego va y toma consigo otros siete espíritus peores que él, y entrados, moran allí; y el postrer estado de aquel

hombre viene a ser peor que el primero. Así también acontecerá a esta mala generación.
46 Mientras él aún hablaba con el pueblo, he aquí su madre y sus hermanos estaban afuera, y querían hablar con él.
47 Entonces uno le dijo: He aquí, tu madre y tus hermanos están afuera, y quieren hablar contigo.
48 Él respondió y dijo al que le hablaba: ¿Quién es mi madre, y quiénes son mis hermanos?
49 Y extendió su mano hacia sus discípulos, y dijo: He aquí mi madre y mis hermanos.
50 Porque todo aquel que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos, ése es mi hermano, y hermana, y madre.

CAPÍTULO 13

1 Aquel día salió Jesús de casa y se sentó junto al mar.
2 Y se juntó alrededor de él mucha gente; y entrando él en la barca, se sentó; y toda la multitud estaba en la playa.
3 Y les habló muchas cosas en parábolas, diciendo: He aquí, el sembrador salió a sembrar;
4 Y al sembrar, una parte cayó junto al camino, y vinieron las aves y la comieron.
5 Parte cayó en pedregales, donde no tenía mucha tierra; y brotó pronto, porque no tenía profundidad de tierra;
6 Y salido el sol, se quemó; y porque no tenía raíz, se secó.
7 Y parte cayó entre espinos; y los espinos crecieron, y la ahogaron.
8 Pero parte cayó en buena tierra, y dio fruto, cuál a ciento, cuál a sesenta, y cuál a treinta por uno.
9 El que tiene oídos para oír, que oiga.
10 Y acercándose los discípulos, le dijeron: ¿Por qué les hablas por parábolas?
11 Él respondió y les dijo: Porque a vosotros os es dado saber los misterios del reino de los cielos, pero a ellos no les es dado.
12 Porque a todo el que tiene, se le dará, y tendrá más; pero al que no tiene, aun lo que tiene se le quitará.
13 Por eso les hablo en parábolas; porque viendo no ven, y oyendo no oyen, ni entienden.
14 Y se cumple en ellos la profecía de Isaías, que dijo: De oído oiréis, y no entenderéis; y viendo veréis, y no percibiréis.
15 Porque el corazón de este pueblo se ha engrosado, Y con los oídos oyen pesadamente, Y han cerrado sus ojos; para que no vean con los ojos, Y oigan con los oídos, Y con el corazón entiendan, Y se conviertan, Y yo los sane.
16 Pero bienaventurados vuestros ojos, porque ven; y vuestros oídos, porque oyen.
17 Porque de cierto os digo que muchos profetas y justos desearon ver lo que vosotros veis, y no lo vieron; y oír lo que oís, y no lo oyeron.
18 Oíd, pues, vosotros la parábola del sembrador.
19 Cuando alguno oye la palabra del reino y no la entiende, viene el malo y arrebata lo que fue sembrado en su corazón. Éste es el que fue sembrado junto al camino.
20 Mas el que fue sembrado en pedregales, éste es el que oye la palabra, y al momento la recibe con gozo,
21 Pero no tiene raíz en sí, sino que es de corta duración, pues al venir la tribulación o la persecución por causa de la palabra, luego tropieza.
22 El que fue sembrado entre espinos, éste es el que oye la palabra, pero el afán de este siglo y el engaño de las riquezas ahogan la palabra, y se hace infructuosa.
23 Mas el que fue sembrado en buena tierra, éste es el que oye y entiende la palabra, y da fruto; y produce a ciento, a sesenta, y a treinta por uno.
24 Les refirió otra parábola, diciendo: El reino de los cielos es semejante a un hombre que sembró buena semilla en su campo;
25 Pero mientras dormían los hombres, vino su enemigo y sembró cizaña entre el trigo, y se fue.
26 Pero cuando la hierba brotó y produjo fruto, entonces apareció también la cizaña.
27 Vinieron, pues, los siervos del padre de familia y le dijeron: Señor, ¿no sembraste buena semilla en tu campo? ¿De dónde, pues, tiene cizaña?
28 El les respondió: Un enemigo ha hecho esto. Los siervos le respondieron: ¿Quieres, pues, que vayamos y los recojamos?
29 Pero él dijo: No; no sea que al arrancar la cizaña, arranquéis también con ella el trigo.
30 Dejad crecer juntamente lo uno y lo otro hasta la siega; y al tiempo de la siega yo diré a los segadores: Recoged primero la cizaña, y atadla en manojos para quemarla; pero recoged el trigo en mi granero.
31 Les refirió otra parábola, diciendo: El reino de los cielos es semejante a un grano de mostaza, que un hombre tomó y sembró en su campo;
32 La cual a la verdad es la más pequeña de todas las semillas; pero cuando ha crecido, es la mayor de las hortalizas, y se hace árbol, de tal manera que vienen las aves del cielo y hacen nidos en sus ramas.
33 Otra parábola les dijo: El reino de los cielos es semejante a la levadura que tomó una mujer, y escondió en tres medidas de harina, hasta que todo fue leudado.
34 Todo esto habló Jesús en parábolas a la multitud, y sin parábolas no les hablaba;
35 para que se cumpliese lo dicho por el profeta, cuando dijo: Abriré en parábolas mi boca; proferiré cosas ocultas desde la fundación del mundo.
36 Entonces despidió Jesús a la multitud y entró en casa; y acercándose a él sus discípulos, le dijeron: Explícanos la parábola de la cizaña del campo.
37 Él respondió y les dijo: El que siembra la buena semilla es el Hijo del Hombre;
38 El campo es el mundo; la buena semilla son los hijos del reino, y la cizaña son los hijos del malo;
39 El enemigo que la sembró es el diablo; la siega es el fin del mundo; y los segadores son los ángeles.
40 De manera que, como se recoge la cizaña, y se quema en el fuego, así será en el fin de este siglo.
41 Enviará el Hijo del Hombre a sus ángeles, y recogerán de su reino a todos los que sirven de tropiezo, y a los que hacen iniquidad;
42 Y los echarán en el horno de fuego; allí será el lloro y el crujir de dientes.
43 Entonces los justos resplandecerán como el sol en el reino de su Padre. El que tiene oídos para oír, que oiga.
44 Además, el reino de los cielos es semejante a un tesoro escondido en un campo, el cual un hombre halla, y lo esconde de nuevo; y gozoso por ello va y vende todo lo que tiene, y compra aquel campo.

45 Además, el reino de los cielos es semejante a un mercader que busca buenas perlas,
46 El cual, habiendo hallado una perla de gran precio, fue y vendió todo lo que tenía, y la compró.
47 Además, el reino de los cielos es semejante a una red, que echada en el mar, recoge de toda especie de peces;
48 La cual, cuando estuvo llena, la sacaron a la orilla; y sentados, recogieron lo bueno en cestas, y lo malo echaron fuera.
49 Así será al fin del mundo: saldrán los ángeles, y apartarán a los malos de entre los justos,
50 Y los echarán en el horno de fuego; allí será el lloro y el crujir de dientes.
51 Jesús les dijo: ¿ Habéis entendido todas estas cosas? Ellos le dijeron: Sí, Señor.
52 Entonces les dijo: Por eso todo escriba docto en el reino de los cielos es semejante a un padre de familia, que saca de su tesoro cosas nuevas y cosas viejas.
53 Y aconteció que cuando Jesús terminó estas parábolas, se fue de allí.
54 Y llegado a su tierra, les enseñaba en la sinagoga de ellos, de tal manera que ellos se maravillaban, y decían: ¿De dónde tiene éste esta sabiduría y estos milagros?
55 ¿No es éste el hijo del carpintero? ¿No se llama su madre María, y sus hermanos Jacobo, José, Simón y Judas?
56 ¿Y no están todas sus hermanas con nosotros? ¿De dónde, pues, tiene éste todas estas cosas?
57 Y se escandalizaban a causa de él. Pero Jesús les dijo: No hay profeta sin honra sino en su propia tierra y en su casa.
58 Y no hizo allí muchos milagros, a causa de la incredulidad de ellos.

CAPÍTULO 14

1 En aquel tiempo Herodes el tetrarca oyó la fama de Jesús,
2 Y dijo a sus siervos: Este es Juan el Bautista; ha resucitado de los muertos, y por eso actúan en él poderes milagrosos.
3 Porque Herodes había prendido a Juan, lo había encadenado y lo había puesto en la cárcel, por causa de Herodías, mujer de Felipe su hermano.
4 Porque Juan le decía: No te es lícito tenerla.
5 Y cuando quería matarlo, temía al pueblo, porque le tenían por profeta.
6 Pero cuando se celebraba el cumpleaños de Herodes, la hija de Herodías danzó en medio, y agradó a Herodes.
7 Entonces él le prometió con juramento darle todo lo que ella pidiese.
8 Y ella, instruida antes por su madre, dijo: Dame aquí en un plato la cabeza de Juan el Bautista.
9 Y el rey se entristeció; pero a causa del juramento, y de los que estaban juntamente a la mesa, mandó que se le diese.
10 Y envió a decapitar a Juan en la cárcel.
11 Y fue traída su cabeza en un plato, y dada a la muchacha, y ella la trajo a su madre.
12 Y vinieron sus discípulos, y tomaron el cuerpo, y lo enterraron; y fueron y se lo dijeron a Jesús.
13 Cuando Jesús lo oyó, se apartó de allí en una barca a un lugar desierto y apartado; y cuando la gente lo oyó, le siguió a pie desde las ciudades.
14 Y saliendo Jesús, vio una gran multitud, y tuvo compasión de ellos, y sanó a los que de ellos estaban enfermos.
15 Cuando anochecía, se acercaron a él sus discípulos, diciendo: El lugar es desierto, y la hora ya pasada; despide a la multitud para que vayan por las aldeas y compren de comer.
16 Pero Jesús les dijo: No tienen necesidad de irse; dadles vosotros de comer.
17 Y le dijeron: No tenemos aquí más que cinco panes y dos peces.
18 Él dijo: Traédmelos acá.
19 Y mandó a la multitud que se recostase sobre la hierba, y tomó los cinco panes y los dos peces, y levantando los ojos al cielo, bendijo, y partió, y dio los panes a sus discípulos, y los discípulos a la multitud.
20 Y comieron todos, y se saciaron; y recogieron lo que sobró de los pedazos, doce cestas llenas.
21 Y los que comieron fueron como cinco mil hombres, sin contar las mujeres y los niños.
22 Y luego Jesús hizo a sus discípulos entrar en una barca e ir delante de él a la otra orilla, entre tanto que él despedía a la multitud.
23 Y después de despedir a la multitud, subió al monte a orar aparte; y cuando llegó la noche, estaba allí solo.
24 Pero la barca ya estaba en medio del mar, azotada por las olas; porque el viento era contrario.
25 Y a la cuarta vigilia de la noche, Jesús vino a ellos andando sobre el mar.
26 Y cuando los discípulos lo vieron andar sobre el mar, se turbaron, diciendo: ¡Un espíritu! Y gritaron de miedo.
27 Pero luego Jesús les habló diciendo: ¡ Tened ánimo; yo soy, no temáis!
28 Entonces Pedro le respondió y dijo: Señor, si eres tú, manda que yo vaya a ti sobre las aguas.
29 Y él le dijo: Ven. Y descendiendo Pedro de la barca, andaba sobre el agua para ir a Jesús.
30 Pero al ver el fuerte viento, tuvo miedo; y comenzando a hundirse, gritó: ¡Señor, sálvame!
31 Y al instante Jesús, extendiendo la mano, asió de él, y le dijo: ¡Hombre de poca fe! ¿Por qué dudaste?
32 Y cuando ellos subieron a la barca, se calmó el viento.
33 Entonces los que estaban en la barca vinieron y le adoraron, diciendo: Verdaderamente eres Hijo de Dios.
34 Y después que hubieron pasado, llegaron a la tierra de Genesaret.
35 Y cuando los hombres de aquel lugar lo reconocieron, enviaron a toda aquella tierra de alrededor, y trajeron a él todos los que tenían algún mal;
36 Y le rogaban que les dejase tocar solamente el borde de su manto; y todos los que lo tocaron quedaron sanos.

CAPÍTULO 15

1Entonces se acercaron a Jesús algunos escribas y fariseos de Jerusalén, diciendo:
2 ¿Por qué tus discípulos quebrantan la tradición de los ancianos? Porque no se lavan las manos cuando comen pan.
3 Él respondió y les dijo: ¿Por qué también vosotros quebrantáis el mandamiento de Dios por vuestra tradición?

4 Porque Dios mandó, diciendo: Honra a tu padre y a tu madre; y: El que maldiga al padre o a la madre, muera irremisiblemente.
5 Pero vosotros decís: Cualquiera que diga a su padre o a su madre: Es una ofrenda mía, cualquier cosa que yo pudiera hacerte de provecho,
6 Y no honrará a su padre ni a su madre; será libre. Así invalidaréis el mandamiento de Dios por vuestra tradición.
7 Hipócritas, bien profetizó de vosotros Isaías, cuando dijo:
8 Este pueblo de labios me honra; pero su corazón está lejos de mí.
9 Pero en vano me honran, Enseñando como doctrinas, mandamientos de hombres.
10 Y llamando a la multitud, les dijo: Oíd, y entended:
11 No lo que entra en la boca contamina al hombre; mas lo que sale de la boca, esto contamina al hombre.
12 Entonces acercándose sus discípulos, le dijeron: ¿Sabes que los fariseos se ofendieron cuando oyeron esta palabra?
13 Él respondió y dijo: Toda planta que no plantó mi Padre celestial, será desarraigada.
14 Dejadlos, porque son ciegos guías de ciegos; y si el ciego guía al ciego, ambos caerán en el hoyo.
15 Respondió entonces Pedro y le dijo: Explícanos esta parábola.
16 Y Jesús dijo: ¿También vosotros estáis aún sin entendimiento?
17 ¿No entendéis que todo lo que entra en la boca va al vientre, y es echado en la letrina?
18 Pero lo que sale de la boca, del corazón sale; y esto contamina al hombre.
19 Porque del corazón salen los malos pensamientos, los homicidios, los adulterios, las fornicaciones, los hurtos, los falsos testimonios, las blasfemias;
20 Estas cosas son las que contaminan al hombre; pero comer con las manos sin lavar no contamina al hombre.
21 Salió Jesús de allí y se fue a la región de Tiro y de Sidón.
22 Y he aquí una mujer cananea que había salido de aquella región clamaba, diciendo: Señor, Hijo de David, ten misericordia de mí; mi hija es gravemente atormentada por un demonio.
23 Pero él no le respondió palabra. Entonces, acercándose sus discípulos, le rogaron, diciendo: Despídela, porque da voces tras nosotros.
24 Él respondió y dijo: No soy enviado sino a las ovejas perdidas de la casa de Israel.
25 Entonces ella vino y se postró ante él, diciendo: ¡Señor, socórreme!
26 Él respondió y dijo: No está bien tomar el pan de los hijos, y echarlo a los perrillos.
27 Y ella dijo: Verdad, Señor; pero también los perrillos comen de las migajas que caen de la mesa de sus amos.
28 Respondióle Jesús y le dijo: Oh mujer, grande es tu fe; hágase contigo como quieres. Y su hija quedó sana desde aquella hora.
29 Y partiendo Jesús de allí, vino cerca del mar de Galilea; y subió al monte, y se sentó allí.
30 Y vinieron a él grandes multitudes, trayendo consigo cojos, ciegos, mudos, mancos y otros muchos enfermos; y los pusieron a los pies de Jesús, y los sanó.
31 De tal manera que la multitud se maravillaba viendo a los mudos hablar, a los mancos sanar, a los cojos andar, y a los ciegos ver; y glorificaban al Dios de Israel.
32 Entonces Jesús llamó a sus discípulos y dijo: Tengo compasión de la gente, porque ya hace tres días que están conmigo, y no tienen qué comer; y no los despediré en ayunas, para que no desmayen en el camino.
33 Y sus discípulos le dijeron: ¿De dónde tendremos en el desierto tantos panes, para saciar a una multitud tan grande?
34 Jesús les dijo: ¿Cuántos panes tenéis? Ellos respondieron: Siete, y unos pocos pececillos.
35 Y mandó a la multitud que se sentara en el suelo.
36 Y tomó los siete panes y los peces, y dio gracias, y los partió y dio a sus discípulos, y los discípulos a la multitud.
37 Y comieron todos, y se saciaron; y recogieron lo que sobró de los pedazos, siete cestas llenas.
38 Y los que comieron fueron cuatro mil hombres, sin contar las mujeres y los niños.
39 Y despidió la multitud, y subió a la barca, y vino a los términos de Magdala.

CAPÍTULO 16

1 Vinieron también los fariseos y los saduceos, y para tentarle, le pidieron que les mostrase señal del cielo.
2 Él respondió y les dijo: Cuando atardece, decís: Buen tiempo; porque el cielo tiene arreboles.
3 Por la mañana habrá un día de mal tiempo, porque el cielo está rojo y nublado. ¡Hipócritas! Sabéis distinguir el aspecto del cielo, ¿pero no podéis discernir las señales de los tiempos?
4 La generación mala y adúltera demanda señal; pero señal no se le dará, sino la señal del profeta Jonás. Y dejándolos, se fue.
5 Y cuando sus discípulos llegaron a la otra orilla, se olvidaron de tomar pan.
6 Entonces Jesús les dijo: Mirad y guardaos de la levadura de los fariseos y de los saduceos.
7 Y ellos discutían entre sí, diciendo: Esto es porque no trajimos pan.
8 Lo cual cuando Jesús lo entendió, les dijo: ¡Hombres de poca fe! ¿Por qué disputáis entre vosotros porque no trajisteis pan?
9 ¿No entendéis aún, ni os acordáis de los cinco panes entre cinco mil, y de cuántas canastas recogisteis?
10 ¿Ni de los siete panes entre cuatro mil, y cuántas canastas recogisteis?
11 ¿Cómo es que no entendéis que no fue fue el pan el que os dije que os guardaseis de la levadura de los fariseos y de los saduceos?
12 Entonces entendieron que no les había dicho que se guardasen de la levadura del pan, sino de la doctrina de los fariseos y de los saduceos.
13 Cuando llegó Jesús a las regiones de Cesarea de Filipo, preguntó a sus discípulos, diciendo: ¿Quién dicen los hombres que es el Hijo del Hombre?
14 Y ellos dijeron: Unos, Juan el Bautista; otros, Elías; y otros, Jeremías, o alguno de los profetas.
15 Él les dijo: Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?
16 Respondiendo Simón Pedro, dijo: Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios viviente.

17 Entonces le respondió Jesús y le dijo: Bienaventurado eres, Simón, hijo de Jonás, porque no te lo reveló carne ni sangre, sino mi Padre que está en los cielos.
18 Y yo también te digo que tú eres Pedro, y sobre esta roca edificaré mi iglesia; y las puertas del Hades no prevalecerán contra ella.
19 Y a ti te daré las llaves del reino de los cielos; y todo lo que ates en la tierra quedará atado en los cielos; y todo lo que desates en la tierra quedará desatado en los cielos.
20 Entonces mandó a sus discípulos que a nadie dijesen que él era Jesús el Cristo.
21 Desde entonces comenzó Jesús a declarar a sus discípulos que le era necesario ir a Jerusalén y padecer mucho de los ancianos, de los principales sacerdotes y de los escribas; y ser muerto, y resucitar al tercer día.
22 Entonces Pedro, tomándole por asalto, comenzó a reconvenirle, diciendo: Señor, ten compasión de ti; en ninguna manera te acontezca esto.
23 Pero él, volviéndose, dijo a Pedro: ¡ Quítate de mí, Satanás! Me eres tropiezo, porque no pones la mira en lo que es de Dios, sino en lo que es de los hombres.
24 Entonces Jesús dijo a sus discípulos: Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, y tome su cruz, y sígame.
25 Porque todo el que quiera salvar su vida, la perderá; y todo el que pierda su vida por causa de mí, la hallará.
26 Porque ¿qué aprovechará al hombre si ganare todo el mundo, y perdiere su alma? ¿O qué recompensa dará el hombre por su alma?
27 Porque el Hijo del Hombre vendrá en la gloria de su Padre con sus ángeles, y entonces pagará a cada uno conforme a sus obras.
28 De cierto os digo que hay algunos de los que están aquí, que no gustarán la muerte, hasta que hayan visto al Hijo del Hombre viniendo en su reino.

CAPÍTULO 17

1 Seis días después, Jesús tomó a Pedro, a Jacobo y a Juan su hermano, y los llevó aparte a un monte alto,
2 Y se transfiguró delante de ellos, y resplandeció su rostro como el sol, y su vestido se hizo blanco como la luz.
3 Y he aquí se les aparecieron Moisés y Elías, hablando con él.
4 Entonces respondió Pedro y dijo a Jesús: Señor, bueno es para nosotros que estemos aquí; si quieres, hagamos aquí tres carpas: una para ti, otra para Moisés, y otra para Elías.
5 Mientras él aún hablaba, una nube de luz los cubrió; y he aquí una voz desde la nube, que decía: Este es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia; a él oíd.
6 Al oír esto, los discípulos cayeron sobre sus rostros y tuvieron gran temor.
7 Y acercándose Jesús, los tocó, y dijo: Levantaos, y no temáis.
8 Y cuando alzaron los ojos, a nadie vieron sino a Jesús solo.
9Y cuando descendieron del monte, Jesús les mandó, diciendo: No digáis a nadie la visión, hasta que el Hijo del Hombre resucite de los muertos.
10 Y sus discípulos le preguntaron, diciendo: ¿Por qué, pues, dicen los escribas que es necesario que Elías venga primero?
11 Respondió Jesús y les dijo: A la verdad, Elías vendrá primero, y restaurará todas las cosas.
12 Pero os digo que Elías ya vino, y no le conocieron, sino que hicieron con él todo lo que quisieron. Así también el Hijo del Hombre padecerá de ellos.
13 Entonces los discípulos comprendieron que les hablaba de Juan el Bautista.
14 Y cuando llegaron a la multitud, se le acercó un hombre que se arrodilló delante de él y le dijo:
15 Señor, ten misericordia de mi hijo, que es lunático, y padece muchísimo; porque muchas veces cae en el fuego, y muchas en el agua.
16 Y lo traje a tus discípulos, pero no pudieron curarlo.
17 Respondió Jesús y dijo: ¡Oh generación incrédula y perversa! ¿Hasta cuándo he de estar con vosotros? ¿Hasta cuándo os tengo de soportar? Traédmelo acá.
18 Y Jesús reprendió al demonio, el cual salió de él; y el niño quedó sano desde aquella hora.
19 Entonces los discípulos vinieron a Jesús aparte, y dijeron: ¿Por qué nosotros no pudimos echarle fuera?
20 Y Jesús les dijo: Por vuestra poca fe; porque de cierto os digo que si tuviereis fe como un grano de mostaza, diréis a este monte: Pásate de aquí allá; y se pasará; y nada os será imposible.
21 Pero este género no sale sino con oración y ayuno.
22 Y estando ellos en Galilea, Jesús les dijo: El Hijo del Hombre será entregado en manos de hombres;
23 Y lo matarán, pero al tercer día resucitará. Y se entristecieron mucho.
24 Cuando llegaron a Capernaúm, vinieron a Pedro los que cobraban el tributo y le dijeron: ¿Vuestro Maestro no paga el tributo?
25 Él le respondió: Sí. Y cuando llegó a casa, Jesús le habló primero, diciendo: ¿Qué te parece, Simón? ¿De quiénes cobran los tributos o los impuestos los reyes de la tierra? ¿De sus hijos o de los extraños?
26 Pedro le dijo: De los extraños. Jesús le dijo: Luego los hijos quedan exentos.
27 Pero para no ofenderlos, ve tú al mar, y echa el anzuelo, y el primer pez que saques, tómalo, y al abrirle la boca, hallarás una pieza de plata; tómala, y dásela por mí y por ti.

CAPÍTULO 18

1En aquel tiempo los discípulos vinieron a Jesús, diciendo: ¿Quién es el mayor en el reino de los cielos?
2 Y llamó Jesús a un niño, lo puso en medio de ellos,
3 Y dijo: De cierto os digo que si no os volvéis y os hacéis como niños pequeños, no entraréis en el reino de los cielos.
4 Así que, cualquiera que se humille como este niño, ése es el mayor en el reino de los cielos.
5 Y el que reciba en mi nombre a un niño como este, a mí me recibe.
6 Y cualquiera que haga tropezar a alguno de estos pequeños que creen en mí, mejor le sería si le ataran al cuello una piedra de molino y lo arrojaran a lo profundo del mar.
7 ¡Ay del mundo por los tropiezos! porque es necesario que vengan tropiezos; pero ¡ay de aquel hombre por quien viene el tropiezo!
8 Así que, si tu mano o tu pie te es ocasión de caer, córtalos y échalos de ti; mejor te es entrar en la vida cojo o manco,

que teniendo dos manos o dos pies ser echado al fuego eterno.
9 Y si tu ojo te fuere ocasión de caer, sácalo y échalo de ti; mejor te es entrar con un solo ojo en la vida, que teniendo dos ojos ser echado en el infierno de fuego.
10 Mirad que no despreciéis a uno de estos pequeños; porque os digo que sus ángeles en los cielos ven siempre el rostro de mi Padre que está en los cielos.
11 Porque el Hijo del Hombre vino para salvar lo que se había perdido.
12 ¿Qué os parece? Si un hombre tiene cien ovejas, y se descarría una de ellas, ¿no deja las noventa y nueve y va por los montes a buscar la que se había descarriado?
13 Y si acontece que la halla, de cierto os digo que se regocija más por aquella, que por las noventa y nueve que no se descarriaron.
14 Así también, no es la voluntad de vuestro Padre que está en los cielos, que se pierda uno de estos pequeños.
15Y si tu hermano peca contra ti, ve y repréndele estando tú y él solos; si te oyere, habrás ganado a tu hermano.
16 Pero si no te oyere, toma aún contigo uno o dos, para que en boca de dos o tres testigos conste toda palabra.
17 Y si no los oyere a ellos, dilo a la iglesia; y si no oyere a la iglesia, tenle por gentil y publicano.
18 De cierto os digo que todo lo que atéis en la tierra, quedará atado en el cielo; y todo lo que desatéis en la tierra, quedará desatado en el cielo.
19 Otra vez os digo que si dos de vosotros se pusieren de acuerdo en la tierra acerca de cualquier cosa que pidieren, les será hecho por mi Padre que está en los cielos.
20 Porque donde están dos o tres reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos.
21 Entonces se le acercó Pedro y le dijo: Señor, ¿cuántas veces perdonaré a mi hermano que peque contra mí? ¿Hasta siete?
22 Jesús le dijo: No te digo hasta siete, sino aun hasta setenta veces siete.
23 Por lo cual, el reino de los cielos es semejante a un hombre rey que quiso hacer cuentas con sus siervos.
24 Y comenzando a hacer cuentas, le fue presentado uno que le debía diez mil talentos.
25 Pero como no tenía con qué pagar, su señor mandó venderle a él, y a su mujer y a sus hijos, y todo lo que tenía, y que se le pagase.
26 Entonces el siervo, postrándose, le adoró, diciendo: Señor, ten paciencia conmigo, y yo te lo pagaré todo.
27 Entonces el señor de aquel siervo, movido a compasión, le soltó y le perdonó la deuda.
28 Pero saliendo aquel siervo, halló a uno de sus consiervos, que le debía cien denarios; y ahogándole, le echó mano, diciendo: Págame lo que me debes.
29 Entonces su consiervo, postrándose a sus pies, le rogaba diciendo: Ten paciencia conmigo, y yo te lo pagaré todo.
30 Pero él no quiso, sino fue y le echó en la cárcel, hasta que pagase la deuda.
31 Viendo sus consiervos lo que pasaba, se entristecieron mucho, y fueron y refirieron a su señor todo lo que había sucedido.
32 Entonces su señor, llamándole, le dijo: Siervo malvado, toda aquella deuda te perdoné, porque me rogaste;
33 ¿No debías tú también tener misericordia de tu consiervo, como yo tuve misericordia de ti?
34 Y su señor, enojado, le entregó a los verdugos, hasta que pagase todo lo que le debía.
35 Así también mi Padre celestial hará con vosotros si no perdonáis de todo corazón cada uno a su hermano sus ofensas.

CAPÍTULO 19

1 Aconteció que cuando Jesús acabó estas palabras, salió de Galilea y vino a las regiones de Judea, al otro lado del Jordán;
2 Y le siguieron grandes multitudes; y los sanó allí.
3 Se acercaron a él los fariseos, para tentarle y decirle: ¿Es lícito al marido repudiar a su mujer por cualquier causa?
4 Él, respondiendo, les dijo: ¿No habéis leído que el que los hizo al principio, varón y hembra los hizo,
5 Y dijo: Por esto el hombre dejará padre y madre, y se unirá a su mujer, y los dos serán una sola carne.
6 Así que ya no son dos, sino una sola carne. Por tanto, lo que Dios juntó, no lo separe el hombre.
7 Le dijeron: ¿Por qué, pues, mandó Moisés dar carta de divorcio, y repudiarla?
8 Él les dijo: Por la dureza de vuestro corazón Moisés os permitió repudiar a vuestras mujeres; pero al principio no fue así.
9 Y yo os digo que cualquiera que repudia a su mujer, salvo por causa de fornicación, y se casa con otra, adultera; y el que se casa con la repudiada, adultera.
10 Sus discípulos le dijeron: Si así es la condición del hombre con su mujer, no conviene casarse.
11 Pero él les dijo: No todos pueden recibir esto, sino aquellos a quienes les es dado.
12 Porque hay eunucos que nacieron así del vientre de su madre, y hay eunucos que fueron hechos eunucos por los hombres, y hay eunucos que a sí mismos se hicieron eunucos por causa del reino de los cielos. El que sea capaz de recibirlo, que lo reciba.
13 Entonces le fueron presentados unos niños, para que pusiese las manos sobre ellos, y orase; y los discípulos los reprendieron.
14 Pero Jesús dijo: Dejad a los niños venir a mí, y no se lo impidáis; porque de los tales es el reino de los cielos.
15 Y puso sobre ellos las manos, y se fue de allí.
16 Y he aquí, uno se acercó y le dijo: Maestro bueno, ¿qué bien haré para tener la vida eterna?
17 Y él le dijo: ¿Por qué me llamas bueno? Ninguno hay bueno, sino uno solo: Dios. Mas si quieres entrar en la vida, guarda los mandamientos.
18 Él le dijo: ¿Cuáles? Jesús le dijo: No matarás, no cometerás adulterio, no hurtarás, no darás falso testimonio,
19 Honra a tu padre y a tu madre, y: Amarás a tu prójimo como a ti mismo.
20 El joven le respondió: Todo esto lo he guardado desde mi juventud; ¿qué más me falta?
21 Jesús le dijo: Si quieres ser perfecto, anda, vende lo que tienes, y dalo a los pobres, y tendrás tesoro en el cielo; y ven, sígueme.
22 Pero el joven, al oír estas palabras, se fue triste, porque tenía muchas posesiones.
23 Entonces Jesús dijo a sus discípulos: De cierto os digo, que difícilmente entrará un rico en el reino de los cielos.

24 Otra vez os digo que es más fácil pasar un camello por el ojo de una aguja, que entrar un rico en el reino de Dios.
25 Cuando sus discípulos oyeron esto, se maravillaron en gran manera, y decían: ¿Quién, pues, podrá ser salvo?
26 Pero Jesús, mirándolos, les dijo: Para los hombres esto es imposible; mas para Dios todo es posible.
27 Respondió entonces Pedro y le dijo: He aquí, nosotros lo hemos dejado todo, y te hemos seguido; ¿qué, pues, tendremos?
28 Y Jesús les dijo: De cierto os digo que en la regeneración, cuando el Hijo del Hombre se siente en el trono de su gloria, vosotros que me habéis seguido también os sentaréis sobre doce tronos, para juzgar a las doce tribus de Israel.
29 Y cualquiera que haya dejado casas, o hermanos, o hermanas, o padre, o madre, o mujer, o hijos, o tierras, por mi nombre, recibirá cien veces más, y heredará la vida eterna.
30 Pero muchos primeros serán últimos, y últimos serán primeros.

CAPÍTULO 20

1 Porque el reino de los cielos es semejante a un hombre, padre de familia, que salió por la mañana a contratar obreros para su viña.
2 Y habiendo convenido con los obreros en un denario al día, los envió a su viña.
3 Y saliendo cerca de la hora tercera, vio a otros que estaban en la plaza desocupados,
4 Y les dijo: Id también vosotros a mi viña, y os daré lo que sea justo. Y ellos se fueron.
5 Volvió a salir alrededor de la hora sexta y de la hora novena, e hizo lo mismo.
6 Y saliendo cerca de la hora undécima, halló a otros que estaban desocupados; y les dijo: ¿Por qué estáis aquí todo el día desocupados?
7 Ellos le respondieron: Porque nadie nos ha contratado. Él les dijo: Id también vosotros a la viña, y recibiréis lo que sea justo.
8Cuando llegó la tarde, el señor de la viña dijo a su mayordomo: Llama a los obreros y págales el jornal, comenzando desde los postreros hasta los primeros.
9 Y vinieron los que habían sido contratados cerca de la hora undécima, y cada uno recibió un denario.
10 Pero cuando vinieron los primeros, pensaron que recibirían más; pero ellos también recibieron cada uno un denario.
11 Y cuando lo recibieron, murmuraron contra el padre de familia,
12 diciendo: Estos postreros sólo una hora han trabajado, y los has hecho iguales a nosotros, que hemos soportado la carga y el calor del día.
13 Pero él respondió a uno de ellos y dijo: Amigo, ningún agravio te hago. ¿No te concertaste conmigo en un denario?
14 Toma lo que es tuyo, y vete; yo daré a este postrero lo mismo que a ti.
15 ¿No me es lícito hacer lo que quiero con lo mío? ¿Acaso tienes acaso mala opinión de que yo soy bueno?
16 Así, los primeros serán últimos, y los últimos, primeros; porque muchos son llamados, pero pocos escogidos.
17 Subiendo Jesús a Jerusalén, tomó a los doce discípulos aparte en el camino, y les dijo:
18 He aquí subimos a Jerusalén, y el Hijo del Hombre será entregado a los principales sacerdotes y a los escribas, y le condenarán a muerte,
19 Y le entregará a los gentiles para que le escarnezcan, le azoten, y le crucifiquen; mas al tercer día resucitará.
20 Entonces se le acercó la madre de los hijos de Zebedeo con sus hijos, postrándose ante él y pidiéndole algo.
21 Él le dijo: ¿Qué quieres? Ella le respondió: Ordena que en tu reino se sienten estos dos hijos míos, el uno a tu derecha, y el otro a tu izquierda.
22 Respondió Jesús y dijo: No sabéis lo que pedís. ¿Podéis beber del vaso que yo he de beber, y ser bautizados con el bautismo con que yo soy bautizado? Ellos le dijeron: Podemos.
23 Y les dijo: A la verdad, de mi vaso beberéis, y con el bautismo con que yo soy bautizado, seréis bautizados; pero el sentaros a mi derecha y a mi izquierda, no es mío darlo, sino a aquellos para quienes está preparado por mi Padre.
24 Cuando los diez oyeron esto, se indignaron contra los dos hermanos.
25 Pero Jesús, llamándolos, dijo: Sabéis que los gobernantes de las naciones se enseñorean de ellas, y los que son grandes ejercen sobre ellas potestad.
26 Pero entre vosotros no será así, sino que el que quiera hacerse grande entre vosotros será vuestro servidor;
27 Y el que quiera ser el primero entre vosotros será vuestro siervo;
28 Como el Hijo del Hombre no vino para ser servido, sino para servir, y para dar su vida en rescate por muchos.
29 Y cuando ellos salieron de Jericó, le siguió una gran multitud.
30 Y he aquí dos ciegos que estaban sentados junto al camino, cuando oyeron que Jesús pasaba, clamaron, diciendo: Señor, Hijo de David, ten misericordia de nosotros.
31 Y la multitud les reprendía para que callasen; pero ellos clamaban más, diciendo: ¡Señor, Hijo de David, ten misericordia de nosotros!
32 Y deteniéndose Jesús, los llamó, y dijo: ¿Qué queréis que os haga?
33 Le dijeron: Señor, que se nos abran los ojos.
34 Entonces Jesús, teniendo compasión de ellos, les tocó los ojos; y al instante sus ojos recibieron la vista; y le siguieron.

CAPÍTULO 21

1 Cuando se acercaron a Jerusalén, y llegaron a Betfagé, al monte de los Olivos, entonces Jesús envió dos discípulos,
2 Y díjoles: Id a la aldea que está enfrente de vosotros, y luego hallaréis una asna atada, y un pollino con ella; desatadlos, y traédmelos.
3 Y si alguno os dijere algo, decidle: El Señor los necesita; y luego los enviará.
4 Todo esto aconteció para que se cumpliese lo dicho por el profeta, cuando dijo:
5 Decid a la hija de Sión: He aquí tu Rey vendrá a ti, Manso, y sentado sobre un asno, Sobre un pollino, hijo de animal de carga.
6 Y los discípulos fueron, e hicieron como Jesús les mandó,

7 Y trajeron el asna y el pollino, y pusieron sobre ellos sus mantos, y le sentaron encima.
8 Y una multitud muy grande tendía sus mantos en el camino; y otros cortaban ramas de los árboles, y las tendían en el camino.
9 Y la multitud que iba delante y la que iba detrás aclamaba, diciendo: ¡Hosanna al Hijo de David! ¡Bendito el que viene en el nombre del Señor! ¡Hosanna en las alturas!
10 Y cuando entró él en Jerusalén, toda la ciudad se conmovió, diciendo: ¿Quién es éste?
11 Y la multitud decía: Este es Jesús el profeta, de Nazaret de Galilea.
12 Y entró Jesús en el templo de Dios, y echó fuera a todos los que vendían y compraban en el templo; y volcó las mesas de los cambistas, y las sillas de los que vendían palomas,
13 Y les dijo: Escrito está: Mi casa, casa de oración será llamada; mas vosotros cueva de ladrones la habéis hecho.
14 Y vinieron a él en el templo ciegos y cojos, y los sanó.
15 Y los principales sacerdotes y los escribas, viendo las maravillas que hacía, y a los niños aclamando en el templo y diciendo: ¡Hosanna al Hijo de David!, se enojaron mucho.
16 Y le dijeron: ¿Oyes lo que éstos dicen? Y Jesús les respondió: Sí; ¿nunca leísteis: De la boca de los infantes y de los que maman perfeccionaste la alabanza?
17 Y dejándolos, salió fuera de la ciudad, a Betania, y posó allí.
18 Por la mañana, cuando regresaba a la ciudad, sintió hambre.
19 Y viendo una higuera cerca del camino, se acercó a ella, y no halló nada en ella, sino solamente hojas; y le dijo: Nunca jamás nazca de ti fruto. Y luego la higuera se secó.
20 Y viéndolo los discípulos, se maravillaron, diciendo: ¡Cuán luego se secó la higuera!
21 Respondió Jesús y les dijo: De cierto os digo que si tuviereis fe, y no dudareis, no sólo haréis esto de la higuera, sino que si a este monte dijereis: Quítate y échate en el mar, será hecho.
22 Y todo lo que pidiereis en oración, creyendo, lo recibiréis.
23 Y cuando entró en el templo, se acercaron a él los principales sacerdotes y los ancianos del pueblo mientras enseñaba, y le dijeron: ¿Con qué autoridad haces estas cosas? ¿Y quién te dio esta autoridad?
24 Respondió Jesús y les dijo: Yo también os preguntaré una cosa, y si me la contestáis, yo también os diré con qué autoridad hago estas cosas.
25 El bautismo de Juan, ¿de dónde era? ¿Del cielo o de los hombres? Entonces ellos discutían entre sí, diciendo: Si decimos, del cielo, nos dirá: ¿Por qué, pues, no le creísteis?
26 Pero si decimos, de los hombres, tememos al pueblo; porque todos tienen a Juan por profeta.
27 Respondieron a Jesús y dijeron: No lo sabemos. Y él les dijo: Tampoco yo os diré con qué autoridad hago estas cosas.
28 Pero ¿qué os parece? Un hombre tenía dos hijos; y acercándose al primero, le dijo: Hijo, vé hoy a trabajar en mi viña.
29 Él respondió y dijo: No quiero. Pero después se arrepintió y fue.
30 Y acercándose al segundo, le dijo lo mismo. Y él respondiendo, dijo: Sí, señor, voy. Y no fue.
31 ¿Cuál de los dos hizo la voluntad de su padre? Le dijeron: El primero. Jesús les dijo: De cierto os digo que los publicanos y las rameras os preceden en el reino de Dios.
32 Porque vino a vosotros Juan en camino de justicia, y no le creísteis; pero los publicanos y las rameras le creyeron; y vosotros, viendo esto, no os arrepentisteis después para creerle.
33 Oíd otra parábola: Había un padre de familia, el cual plantó una viña, la cercó de seto, cavó en ella un lagar, edificó una torre, y la arrendó a unos labradores, y se fue lejos.
34 Y cuando se acercó el tiempo de los frutos, envió sus siervos a los labradores para que recibiesen sus frutos.
35 Y los labradores, tomando a los siervos, a uno hirieron, a otro mataron, y al otro apedrearon.
36 Volvió a enviar otros siervos, más que los primeros, y les hicieron lo mismo.
37 Y por último les envió a su hijo, diciendo: Tendrán respeto a mi hijo.
38 Pero cuando los labradores vieron al hijo, dijeron entre sí: Éste es el heredero; venid, matémosle, y apoderémonos de su herencia.
39 Y le tomaron, y le echaron fuera de la viña, y le mataron.
40Y cuando venga el señor de la viña, ¿qué hará con aquellos labradores?
41 Ellos le dijeron: Destruirá miserablemente a aquellos malos hombres, y arrendará su viña a otros labradores, que le paguen el fruto a sus tiempos.
42 Jesús les dijo: ¿Nunca leísteis en las Escrituras: La piedra que desecharon los edificadores, ha venido a ser cabeza del ángulo; por el Señor es hecho esto, y es maravilloso a nuestros ojos?
43 Por tanto os digo que el reino de Dios será quitado de vosotros, y será dado a gente que produzca los frutos de él.
44 Y cualquiera que cayere sobre esta piedra, será quebrantado; y sobre quien ella cayere, le desmenuzará.
45 Y los principales sacerdotes y los fariseos, cuando oyeron sus parábolas, entendieron que hablaba de ellos.
46 Pero cuando procuraban echarle mano, temieron al pueblo, porque lo tenían por profeta.

CAPÍTULO 22

1 Respondiendo Jesús, les volvió a hablar en parábolas, y dijo:
2 El reino de los cielos es semejante a un hombre rey que hizo bodas a su hijo,
3 Y envió a sus siervos a llamar a los convidados a las bodas; pero no quisieron venir.
4 Volvió a enviar otros siervos, diciendo: Decid a los convidados: He aquí, mi comida he preparado; mis toros y animales engordados han sido muertos, y todo está dispuesto; venid a las bodas.
5 Pero ellos no se preocuparon de ello, y se fueron, uno a su labranza, y otro a sus negocios.
6 Y el resto tomó a sus siervos, y los insultó, y los mató.
7 Pero cuando el rey oyó esto, se enojó, y envió sus ejércitos y destruyó a aquellos homicidas, y quemó su ciudad.

8 Luego dijo a sus siervos: Las bodas a la verdad están preparadas; pero los que fueron convidados no eran dignos.
9 Id, pues, a los caminos, y llamad a las bodas a cuantos halléis.
10 Y saliendo los siervos por los caminos, reunieron a todos los que hallaron, juntamente malos y buenos; y la boda fue llena de convidados.
11 Y cuando el rey entró para ver a los convidados, vio allí a un hombre que no estaba vestido de boda;
12 Y le dijo: Amigo, ¿cómo entraste aquí sin estar vestido de boda? Y él se quedó mudo.
13 Entonces el rey dijo a los que servían: Atadle de pies y manos, y echadle en las tinieblas de afuera; allí será el lloro y el crujir de dientes.
14 Porque muchos son llamados, pero pocos escogidos.
15 Entonces fueron los fariseos y consultaron cómo sorprenderle en alguna palabra.
16 Y le enviaron los discípulos de ellos con los herodianos, diciendo: Maestro, sabemos que eres amante de la verdad, y que enseñas con verdad el camino de Dios, y que no te cuidas de nadie, porque no miras la apariencia de los hombres.
17 Dinos, pues, ¿qué te parece? ¿Es lícito dar tributo a César, o no?
18 Pero Jesús, conociendo su malicia, dijo: ¿Por qué me tentáis, hipócritas?
19 Mostradme la moneda del tributo. Y le presentaron un denario.
20 Y les dijo: ¿De quién es esta imagen, y la inscripción?
21 Le dijeron: De César. Entonces él les dijo: Dad a César lo que es de César, y a Dios lo que es de Dios.
22 Y al oír estas palabras, se maravillaron, y dejándole, se fueron.
23 Aquel día vinieron a él los saduceos, que niegan que haya resurrección, y le preguntaron:
24 Diciendo: Maestro, Moisés dijo: Si alguno muriere sin hijos, su hermano se casará con su mujer, y levantará descendencia a su hermano.
25 Había, pues, entre nosotros siete hermanos; y el primero se casó, y murió; y no teniendo descendencia, dejó su mujer a su hermano.
26 Asimismo también el segundo, y el tercero, hasta el séptimo.
27 Y después de todos murió también la mujer.
28 En la resurrección, pues, ¿de cuál de los siete será ella mujer? Porque todos la tuvieron.
29 Respondió Jesús y les dijo: Erráis, ignorando las Escrituras y el poder de Dios.
30 Porque en la resurrección ni se casarán ni se darán en casamiento, sino serán como los ángeles de Dios en el cielo.
31 Pero respecto a la resurrección de los muertos, ¿no habéis leído lo que os fue dicho por Dios, cuando dijo:
32 Yo soy el Dios de Abraham, el Dios de Isaac y el Dios de Jacob. Dios no es Dios de muertos, sino de vivos.
33 Y cuando la multitud oyó esto, se maravillaron de su doctrina.
34 Pero los fariseos, cuando oyeron que había hecho callar a los saduceos, se juntaron a una.
35 Entonces uno de ellos, intérprete de la ley, le preguntó para tentarle, diciendo:
36 Maestro, ¿cuál es el gran mandamiento en la ley?
37 Jesús le dijo: Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente.
38 Éste es el primero y grande mandamiento.
39 Y el segundo es semejante a éste: Amarás a tu prójimo como a ti mismo.
40 De estos dos mandamientos depende toda la ley y los profetas.
41 Mientras los fariseos estaban reunidos, Jesús les preguntó:
42 Diciendo: ¿Qué pensáis del Cristo? ¿De quién es hijo? Le dijeron: Hijo de David.
43 Él les dijo: ¿Cómo, pues, David en el Espíritu le llama Señor, diciendo:
44 Dijo Jehová a mi Señor: Siéntate a mi diestra, Hasta que ponga a tus enemigos por estrado de tus pies.
45 Si, pues, David le llama Señor, ¿cómo es su hijo?
46 Y nadie le podía responder palabra; ni osó alguno desde aquel día preguntarle más.

CAPÍTULO 23

1 Entonces habló Jesús a la multitud y a sus discípulos:
2 diciendo: En la cátedra de Moisés se sientan los escribas y los fariseos;
3 Así que, todo lo que os digan que guardéis, guardadlo y hacedlo; pero no hagáis conforme a sus obras, porque dicen, y no hacen.
4 Porque atan cargas pesadas y difíciles de llevar, y las ponen sobre los hombros de los hombres; pero ellos ni con uno de sus dedos las quieren mover.
5 Pero hacen todas sus obras para ser vistos por los hombres: ensanchan sus filacterias, y extienden los flecos de sus mantos,
6 y aman los primeros asientos en los banquetes, y los primeros asientos en las sinagogas,
7 y salutaciones en las plazas, y ser llamados por los hombres: Rabí, Rabí.
8 Pero vosotros, no queráis que os llamen Rabí; porque uno es vuestro Maestro, el Cristo, y todos vosotros sois hermanos.
9Y no llaméis padre vuestro a nadie en la tierra; porque uno es vuestro Padre, el cual está en los cielos.
10 Ni tampoco seáis llamados maestros; porque uno solo es vuestro Maestro, el Cristo.
11 Pero el que es mayor entre vosotros será vuestro servidor.
12 Y cualquiera que se enaltece será humillado; y el que se humilla será enaltecido.
13 Pero ¡ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas! porque cerráis el reino de los cielos delante de los hombres; pues ni entráis vosotros, ni dejáis entrar a los que están entrando.
14 ¡Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas! porque devoráis las casas de las viudas, y como pretexto hacéis largas oraciones; por esto recibiréis mayor condenación.
15 ¡Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas! porque recorréis mar y tierra para hacer un prosélito, y una vez hecho, le hacéis dos veces más hijo del infierno que vosotros.
16 ¡Ay de vosotros, guías ciegos! que decís: Cualquiera que jurare por el templo, no es nada; pero cualquiera que jurare por el oro del templo, es deudor!

17 ¡Necios y ciegos! Porque ¿cuál es mayor, el oro, o el templo que santifica al oro?
18 Y: Cualquiera que jurare por el altar, no es nada; pero cualquiera que jurare por la ofrenda que está sobre él, es culpable.
19 ¡Necios y ciegos! Porque ¿cuál es mayor, la ofrenda, o el altar que santifica la ofrenda?
20 Así que, cualquiera que jura por el altar, jura por él, y por todo lo que está sobre él.
21 Y el que jura por el templo, jura por él, y por aquel que habita en él.
22 Y el que jura por el cielo, jura por el trono de Dios, y por aquel que está sentado en él.
23 ¡Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas! porque diezmáis la menta y el eneldo y el comino, y dejáis lo más importante de la ley: la justicia, la misericordia y la fe. Esto era necesario hacer, sin dejar aquello.
24 ¡Guías ciegos, que coláis el mosquito, y tragáis el camello!
25 ¡Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas! porque limpiáis lo de fuera del vaso y del plato, pero por dentro estáis llenos de robo y de injusticia.
26 ¡Fariseo ciego! Limpia primero lo de dentro del vaso y del plato, para que también lo de fuera quede limpio.
27 ¡Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas! porque sois semejantes a sepulcros blanqueados, que por fuera, a la verdad, se muestran hermosos, mas por dentro están llenos de huesos de muertos y de toda inmundicia.
28 Así también vosotros por fuera, a la verdad, os mostráis justos a los hombres, pero por dentro estáis llenos de hipocresía e iniquidad.
29 ¡Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas! porque edificáis los sepulcros de los profetas, y adornáis los sepulcros de los justos,
30 Y decís: Si hubiéramos vivido en los días de nuestros padres, no hubiéramos sido sus cómplices en la sangre de los profetas.
31 Por lo cual sois testigos contra vosotros mismos de que sois hijos de aquellos que mataron a los profetas.
32 Vosotros también llenad la medida de vuestros padres.
33 ¡Serpientes, generación de víboras! ¿Cómo podéis escapar de la condenación del infierno?
34 Por tanto, he aquí, yo os envío profetas, sabios y escribas; y de ellos, a unos mataréis y crucificaréis, y a otros azotaréis en vuestras sinagogas, y los perseguiréis de ciudad en ciudad;
35 para que venga sobre vosotros toda la sangre justa que se ha derramado sobre la tierra, desde la sangre de Abel el justo hasta la sangre de Zacarías hijo de Berequías, a quien matasteis entre el templo y el altar.
36 De cierto os digo que todo esto vendrá sobre esta generación.
37 ¡Jerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas, y apedreas a los que te son enviados! ¡Cuántas veces quise juntar a tus hijos, como la gallina junta sus polluelos debajo de las alas, y no quisiste!
38 He aquí, vuestra casa os es dejada desierta.
39 Porque os digo que desde ahora no me veréis, hasta que digáis: Bendito el que viene en el nombre del Señor.

CAPÍTULO 24

1 Y salió Jesús y se iba del templo; y se acercaron a él sus discípulos para mostrarle los edificios del templo.
2 Y Jesús les dijo: ¿No veis todo esto? De cierto os digo que no quedará aquí piedra sobre piedra, que no sea derribada.
3 Y estando él sentado en el monte de los Olivos, los discípulos se le acercaron aparte, diciendo: Dinos, ¿cuándo serán estas cosas, y qué señal habrá de tu venida, y del fin del siglo?
4 Respondió Jesús y les dijo: Mirad que nadie os engañe.
5 Porque vendrán muchos en mi nombre, diciendo: Yo soy el Cristo; y a muchos engañarán.
6 Y oiréis de guerras y rumores de guerras; mirad que no os turbéis, porque es necesario que todo esto acontezca; pero aún no es el fin.
7 Porque se levantará nación contra nación, y reino contra reino; y habrá pestes, y hambres, y terremotos en diferentes lugares.
8 Y todo esto será principio de dolores.
9 Entonces os entregarán a tribulación, y os matarán, y seréis aborrecidos de todas las gentes por causa de mi nombre.
10 Y muchos entonces tropezarán, y se entregarán unos a otros, y unos a otros se aborrecerán.
11 Y muchos falsos profetas se levantarán, y engañarán a muchos.
12 Y por haberse multiplicado la maldad, el amor de muchos se enfriará.
13 Mas el que persevere hasta el fin, éste será salvo.
14 Y será predicado este evangelio del reino en todo el mundo, para testimonio a todas las naciones; y entonces vendrá el fin.
15 Por tanto, cuando veáis en el lugar santo la abominación desoladora de que habló el profeta Daniel (el que lee, entienda),
16 Entonces los que estén en Judea, huyan a los montes;
17 El que esté en la azotea, no descienda a tomar algo de su casa;
18 Y el que esté en el campo, no vuelva atrás a tomar su capa.
19 ¡Ay de las que estén encintas, y de las que críen en aquellos días!
20 Orad, pues, que vuestra huida no sea en invierno ni en día de reposo;
21 porque habrá entonces gran tribulación, cual no la ha habido desde el principio del mundo hasta ahora, ni la habrá.
22 Y si aquellos días no fuesen acortados, nadie sería salvo; mas por causa de los escogidos, aquellos días serán acortados.
23 Entonces, si alguno os dijere: Mirad, aquí está el Cristo, o mirad, allí está, no lo creáis.
24 Porque se levantarán falsos Cristos, y falsos profetas, y harán grandes señales y prodigios, de tal manera que engañarán, si fuere posible, aun a los escogidos.
25 He aquí, os lo he dicho antes.
26 Así que, si os dijeren: Mirad, está en el desierto, no salgáis; mirad, está en las cámaras, no lo creáis.

27 Porque como el relámpago que sale del oriente y resplandece hasta el occidente, así será también la venida del Hijo del Hombre.
28 Porque dondequiera que estuviere el cadáver, allí se juntarán las águilas.
29 E inmediatamente después de la tribulación de aquellos días, el sol se oscurecerá, y la luna no dará su resplandor, y las estrellas caerán del cielo, y las potencias de los cielos serán conmovidas.
30 Entonces aparecerá la señal del Hijo del Hombre en el cielo; y entonces lamentarán todas las tribus de la tierra, y verán al Hijo del Hombre viniendo sobre las nubes del cielo, con poder y gran gloria.
31 Y enviará sus ángeles con gran voz de trompeta, y juntarán a sus escogidos, de los cuatro vientos, desde un extremo del cielo hasta el otro.
32 De la higuera aprended la parábola: Cuando ya su rama está tierna, y brotan las hojas, sabéis que el verano está cerca.
33 Así también vosotros, cuando veáis todas estas cosas, sabed que está cerca, a las puertas.
34 De cierto os digo que no pasará esta generación hasta que todo esto acontezca.
35 El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán.
36 Pero del día y la hora nadie sabe, ni aun los ángeles de los cielos, sino sólo mi Padre.
37 Mas como en los días de Noé, así será la venida del Hijo del Hombre.
38 Porque como en los días antes del diluvio estaban comiendo y bebiendo, casándose y dando en casamiento, hasta el día en que Noé entró en el arca,
39 Y no entendieron hasta que vino el diluvio y se los llevó a todos, así será también la venida del Hijo del Hombre.
40 Entonces estarán dos en el campo; el uno será tomado, y el otro dejado.
41 Dos mujeres estarán moliendo en un molino; la una será tomada, y la otra será dejada.
42 Velad, pues, porque no sabéis a qué hora ha de venir vuestro Señor.
43 Pero sabed esto, que si el padre de familia supiese a qué hora el ladrón habría de venir, velaría, y no dejaría minar su casa.
44 Por tanto, también vosotros estad preparados; porque el Hijo del Hombre vendrá a la hora que no pensáis.
45 ¿Quién es, pues, el siervo fiel y prudente, al cual puso su señor sobre su casa para que les dé el alimento a tiempo?
46 Bienaventurado aquel siervo al cual, cuando su señor venga, le halle haciendo así.
47 De cierto os digo que sobre todos sus bienes le pondrá.
48 Pero si aquel siervo malo dijere en su corazón: Mi señor tarda en venir;
49 Y comenzará a golpear a sus consiervos, y a comer y a beber con los borrachos;
50 Vendrá el señor de aquel siervo en día que éste no espera, y a la hora que no sabe,
51 Y lo castigará duramente, y le pondrá su parte con los hipócritas; allí será el lloro y el crujir de dientes.

CAPÍTULO 25

1 Entonces el reino de los cielos será semejante a diez vírgenes que tomando sus lámparas, salieron a recibir al esposo.
2 Y cinco de ellas eran sabias, y cinco eran necias.
3 Las que eran insensatas, tomando sus lámparas, no tomaron consigo aceite;
4 Pero las prudentes tomaron aceite en sus vasijas, juntamente con sus lámparas.
5 Y mientras el novio tardaba, todas cabecearon y se durmieron.
6 Y a medianoche se oyó un clamor: ¡Aquí viene el esposo; salid a recibirle!
7 Entonces todas aquellas vírgenes se levantaron y arreglaron sus lámparas.
8 Y las insensatas dijeron a las prudentes: Dadnos de vuestro aceite; porque nuestras lámparas se apagan.
9 Pero las prudentes respondieron, diciendo: Para que no nos falte a nosotras y a vosotras; id más bien a los que venden, y comprad para vosotras mismas.
10 Y mientras ellas iban a comprar, llegó el novio; y las que estaban preparadas entraron con él a las bodas; y se cerró la puerta.
11 Después vinieron también las otras vírgenes, diciendo: Señor, Señor, ábrenos.
12 Pero él respondió y dijo: De cierto os digo que no os conozco.
13 Velad, pues, porque no sabéis el día ni la hora en que el Hijo del Hombre ha de venir.
14 Porque el reino de los cielos es como un hombre que yéndose lejos, llamó a sus siervos y les entregó sus bienes.
15 Y a uno dio cinco talentos, y a otro dos, y a otro uno, a cada uno conforme a su capacidad; y luego se fue lejos.
16 Entonces el que había recibido cinco talentos fue y negoció con ellos, y ganó otros cinco talentos.
17 Asimismo el que había recibido dos, ganó también otros dos.
18 Pero el que había recibido uno fue y cavó en la tierra, y escondió el dinero de su señor.
19 Después de mucho tiempo vino el señor de aquellos siervos, y arregló cuentas con ellos.
20 Y llegando el que había recibido cinco talentos, trajo otros cinco talentos, diciendo: Señor, cinco talentos me entregaste; aquí tienes, he ganado otros cinco talentos sobre ellos.
21 Su señor le dijo: Bien, buen siervo y fiel; sobre poco has sido fiel, sobre mucho te pondré; entra en el gozo de tu señor.
22Y llegando también el que había recibido dos talentos, dijo: Señor, dos talentos me entregaste; aquí tienes, he ganado otros dos talentos sobre ellos.
23 Su señor le dijo: Bien, buen siervo y fiel; sobre poco has sido fiel, sobre mucho te pondré; entra en el gozo de tu señor.
24Y llegando también el que había recibido un talento, dijo: Señor, te conocía que eres hombre duro, que siegas donde no sembraste y recoges donde no esparciste;
25 Y tuve miedo, y fui y escondí tu talento en la tierra; aquí tienes lo que es tuyo.

26 Respondió su señor y le dijo: Siervo malo y negligente, sabías que siego donde no sembré, y que recojo donde no esparcí;
27 Debías, pues, haber dado mi dinero a los banqueros, y al venir yo, hubiera recibido lo que es mío con los intereses.
28 Quitadle, pues, el talento, y dadlo al que tiene los diez talentos.
29 Porque a todo el que tiene, le será dado, y tendrá más; pero al que no tiene, aun lo que tiene se le quitará.
30 Y al siervo inútil echadle en las tinieblas de afuera; allí será el lloro y el crujir de dientes.
31 Cuando el Hijo del Hombre venga en su gloria, y todos los santos ángeles con él, entonces se sentará en su trono de gloria,
32 Y serán reunidas delante de él todas las naciones; y apartará los unos de los otros, como aparta el pastor las ovejas de los cabritos;
33 Y pondrá las ovejas a su derecha, y los cabritos a su izquierda.
34 Entonces el Rey dirá a los de su derecha: Venid, benditos de mi Padre, heredad el reino preparado para vosotros desde la fundación del mundo.
35 Porque tuve hambre, y me disteis de comer; tuve sed, y me disteis de beber; fui forastero, y me recogisteis;
36 Estuve desnudo, y me cubristeis; enfermo, y me visitasteis; en la cárcel, y vinisteis a mí.
37 Entonces los justos le responderán diciendo: Señor, ¿cuándo te vimos hambriento, y te sustentamos, o sediento, y te dimos de beber?
38 ¿Y cuándo te vimos forastero, y te recogimos, o desnudo, y te cubrimos?
39 ¿O cuándo te vimos enfermo, o en la cárcel, y vinimos a ti?
40 Y respondiendo el Rey, les dirá: De cierto os digo que en cuanto lo hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí lo hicisteis.
41 Entonces dirá también a los de la izquierda: Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno preparado para el diablo y sus ángeles.
42 Porque tuve hambre, y no me disteis de comer; tuve sed, y no me disteis de beber;
43 Fui forastero, y no me recogisteis; estuve desnudo, y no me cubristeis; enfermo, y en la cárcel, y no me visitasteis.
44 Entonces también ellos le responderán, diciendo: Señor, ¿cuándo te vimos hambriento, sediento, forastero, desnudo, enfermo, o en la cárcel, y no te servimos?
45 Entonces les responderá diciendo: De cierto os digo que en cuanto no lo hicisteis a uno de estos más pequeños, tampoco a mí lo hicisteis.
46 E irán éstos al castigo eterno, y los justos a la vida eterna.

CAPÍTULO 26

1 Y cuando Jesús terminó todas estas palabras, dijo a sus discípulos:
2 Sabéis que dentro de dos días se celebra la Pascua, y el Hijo del Hombre será entregado para ser crucificado.
3 Entonces los principales sacerdotes, los escribas y los ancianos del pueblo se reunieron en el patio del sumo sacerdote llamado Caifás,
4 Y decidieron prender con engaño a Jesús, y matarle.
5 Pero ellos dijeron: No en la fiesta, para que no se haga alboroto en el pueblo.
6 Y estando Jesús en Betania, en casa de Simón el leproso,
7 Vino a él una mujer, con un vaso de alabastro de perfume de gran precio, y lo derramó sobre la cabeza de él, estando sentado a la mesa.
8 Al ver esto, sus discípulos se indignaron, y dijeron: ¿Para qué este desperdicio?
9 Porque este ungüento se hubiera podido vender a gran precio, y haberse dado a los pobres.
10 Y entendiéndolo Jesús, les dijo: ¿Por qué molestáis a esta mujer? porque buena obra me ha hecho.
11 Porque siempre tendréis pobres con vosotros, pero a mí no siempre me tendréis.
12 Porque derramó este ungüento sobre mi cuerpo, y lo hizo para mi sepultura.
13 De cierto os digo que dondequiera que se predique este evangelio, en todo el mundo, también se contará lo que ésta ha hecho, para memoria de ella.
14 Entonces uno de los doce, llamado Judas Iscariote, fue a los principales sacerdotes,
15 Y les dijo: ¿Qué me queréis dar, y yo os lo entregaré? Y ellos pactaron con él treinta piezas de plata.
16 Y desde entonces buscaba oportunidad para entregarlo.
17 El primer día de la fiesta de los panes sin levadura, los discípulos vinieron a Jesús y le dijeron: ¿Dónde quieres que te preparemos para comer la pascua?
18 Y él dijo: Id a la ciudad a cierto hombre, y decidle: El Maestro dice: Mi tiempo está cerca; en tu casa celebraré la pascua con mis discípulos.
19 Y los discípulos hicieron como Jesús les mandó, y prepararon la pascua.
20 Cuando llegó la tarde, se sentó a la mesa con los doce.
21 Y mientras comían, dijo: De cierto os digo que uno de vosotros me va a entregar.
22 Y ellos se entristecieron mucho, y cada uno de ellos comenzó a decirle: ¿Soy yo, Señor?
23 Entonces él respondió y dijo: El que mete la mano conmigo en el plato, ése me va a entregar.
24 El Hijo del Hombre va, según está escrito de él; mas ¡ay de aquel hombre por quien el Hijo del Hombre es entregado! Bueno le fuera a ese hombre no haber nacido.
25 Respondiendo entonces Judas, el que le entregaba, dijo: ¿Soy yo, Maestro? Él le dijo: Tú lo has dicho.
26 Y mientras comían, tomó Jesús el pan, y bendijo, y lo partió, y dio a sus discípulos, y dijo: Tomad, comed; esto es mi cuerpo.
27 Y tomando la copa, y habiendo dado gracias, les dio, diciendo: Bebed de ella todos;
28 porque esto es mi sangre del nuevo pacto, que por muchos es derramada para remisión de los pecados.
29 Pero os digo que desde ahora no beberé más de este fruto de la vid, hasta aquel día en que lo beba nuevo con vosotros en el reino de mi Padre.
30 Y después de cantar el himno, salieron al monte de los Olivos.
31 Entonces Jesús les dijo: Todos vosotros os escandalizaréis de mí esta noche; porque escrito está: Heriré al pastor, y las ovejas del rebaño serán dispersadas.
32 Pero después que haya resucitado, iré delante de vosotros a Galilea.

33 Respondió Pedro y le dijo: Aunque todos se escandalicen de ti, yo nunca me escandalizaré.
34 Jesús le dijo: De cierto te digo que esta noche, antes que el gallo cante, me negarás tres veces.
35 Pedro le dijo: Aunque me sea necesario morir contigo, no te negaré. Todos los discípulos dijeron lo mismo.
36 Entonces llegó Jesús con ellos a un lugar llamado Getsemaní, y dijo a sus discípulos: Sentaos aquí, mientras yo voy allí y oro.
37 Y tomó consigo a Pedro, y a los dos hijos de Zebedeo, y comenzó a entristecerse y a angustiarse en gran manera.
38 Entonces les dijo: Mi alma está muy triste, hasta la muerte; quedaos aquí y velad conmigo.
39 Yéndose un poco adelante, se postró sobre su rostro, orando y diciendo: Padre mío, si es posible, pase de mí esta copa; pero no sea como yo quiero, sino como tú.
40 Y vino a sus discípulos, y los halló durmiendo; y dijo a Pedro: ¿Así que no habéis podido velar conmigo una hora?
41 Velad y orad, para que no entréis en tentación; el espíritu a la verdad está dispuesto, pero la carne es débil.
42 Otra vez fue y oró por segunda vez y dijo: Padre mío, si no puede pasar de mí esta copa sin que yo la beba, hágase tu voluntad.
43 Y cuando volvió, los halló otra vez durmiendo, porque los ojos de ellos estaban cargados de sueño.
44 Y dejándolos, se fue de nuevo, y oró por tercera vez, diciendo las mismas palabras.
45 Luego vino a sus discípulos y les dijo: Dormid ya y descansad; he aquí ha llegado la hora, y el Hijo del Hombre es entregado en manos de pecadores.
46 Levantaos, vamos; he aquí se acerca el que me entrega.
47 Mientras él aún hablaba, he aquí Judas, uno de los doce, vino, y con él una gran multitud con espadas y palos, de parte de los principales sacerdotes y de los ancianos del pueblo.
48 Y el que le entregaba les había dado señal, diciendo: A quien yo besare, ése es; retenedlo.
49 Y luego se acercó a Jesús y dijo: ¡Salve, Maestro! Y le besó.
50 Jesús le dijo: Amigo, ¿a qué vienes? Entonces se acercaron y echaron mano a Jesús, y le prendieron.
51 Y he aquí, uno de los que estaban con Jesús, extendiendo la mano, sacó su espada, e hiriendo a un siervo del sumo sacerdote, le quitó la oreja.
52 Entonces Jesús le dijo: Vuelve tu espada a su lugar, porque todos los que toman espada, a espada perecerán.
53 ¿Acaso piensas que no puedo ahora orar a mi Padre, y que él no me daría más de doce legiones de ángeles?
54 ¿Cómo entonces se cumplirían las Escrituras, de que es necesario que así se haga?
55 En aquella misma hora dijo Jesús a la multitud: ¿Como a un ladrón habéis salido con espadas y con palos para prenderme? Cada día me sentaba con vosotros enseñando en el templo, y no me prendisteis.
56 Pero todo esto sucedió para que se cumplieran las Escrituras de los profetas. Entonces todos los discípulos, dejándole, huyeron.
57 Y los que prendieron a Jesús le llevaron ante el sumo sacerdote Caifás, donde estaban reunidos los escribas y los ancianos.
58 Pero Pedro le siguió de lejos hasta el patio del sumo sacerdote; y entrando, se sentó con los alguaciles, para ver el fin.
59 Y los principales sacerdotes, los ancianos y todo el concilio buscaban falso testimonio contra Jesús, para entregarle a muerte;
60 Pero no lo hallaron; y aunque se presentaron muchos testigos falsos, no lo hallaron. Al final se presentaron dos testigos falsos,
61 Y dijo: Este dijo: Puedo derribar el templo de Dios, y en tres días reedificarlo.
62 Entonces se levantó el sumo sacerdote y le dijo: ¿No respondes nada? ¿Qué es lo que éstos testifican contra ti?
63 Pero Jesús calló. Entonces el sumo sacerdote le respondió: Te conjuro por el Dios viviente que nos digas si eres tú el Cristo, el Hijo de Dios.
64 Jesús le dijo: Tú lo has dicho; y sin embargo os digo que desde ahora veréis al Hijo del Hombre sentado a la diestra del Poder de la Palabra, y viniendo en las nubes del cielo.
65 Entonces el sumo sacerdote rasgó sus vestiduras, diciendo: Ha blasfemado; ¿qué más necesidad tenemos de testigos? He aquí, ahora mismo habéis oído su blasfemia.
66 ¿Qué os parece? Respondieron y dijeron: Es reo de muerte.
67 Entonces le escupieron en el rostro, y le dieron de puñetazos, y otros le abofeteaban con las palmas de las manos,
68 diciendo: Profetízanos, Cristo, quién es el que te ha herido.
69 Y Pedro estaba sentado fuera en el patio; y se le acercó una criada, diciendo: Tú también estabas con Jesús el galileo.
70 Pero él negó delante de todos, diciendo: No sé lo que dices.
71 Y cuando él salió al pórtico, le vio otra criada, y dijo a los que estaban allí: También éste estaba con Jesús el Nazareno.
72 Y él volvió a negar con juramento: No conozco al hombre.
73 Un rato después, se acercaron a él los que estaban allí, y dijeron a Pedro: Verdaderamente tú también eres de ellos, porque tu manera de hablar te delata.
74 Entonces comenzó a maldecir y a jurar, diciendo: No conozco al hombre. Y luego cantó el gallo.
75 Entonces Pedro se acordó de las palabras de Jesús, que le había dicho: Antes que el gallo cante, me negarás tres veces. Y saliendo fuera, lloró amargamente.

CAPÍTULO 27

1 Al llegar la mañana, todos los principales sacerdotes y los ancianos del pueblo entraron en consejo contra Jesús para entregarlo a muerte,
2 Y después de haberle atado, le llevaron y le entregaron a Poncio Pilato, el gobernador.
3 Entonces Judas, el que le había entregado, viendo que era condenado, se arrepintió y devolvió las treinta piezas de plata a los principales sacerdotes y a los ancianos,
4 Diciendo: Yo he pecado entregando sangre inocente. Y ellos dijeron: ¿Qué nos importa a nosotros? Encárgate tú de eso.

5 Y arrojando las piezas de plata en el templo, salió y fue y se ahorcó.
6 Y los principales sacerdotes, tomando las piezas de plata, dijeron: No es lícito echarlas en el tesoro de las ofrendas, porque es precio de sangre.
7 Y después de consultar, compraron con ellas el campo del alfarero, para sepultura de los extranjeros.
8 Por lo cual aquel campo se llamó Campo de sangre, hasta el día de hoy.
9 Entonces se cumplió lo dicho por el profeta Jeremías, cuando dijo: Y tomaron las treinta piezas de plata, precio del apreciado, según lo apreciaron los hijos de Israel;
10 Y las di para el campo del alfarero, como me ordenó el Señor.
11 Y Jesús se presentó ante el gobernador; y éste le preguntó, diciendo: ¿Eres tú el Rey de los judíos? Y Jesús le dijo: Tú lo dices.
12 Y cuando fue acusado por los principales sacerdotes y por los ancianos, nada respondió.
13 Entonces Pilato le dijo: ¿No oyes cuántas cosas testifican contra ti?
14 Y él no le respondió ni una palabra; de tal manera que el gobernador se maravilló mucho.
15 En el día de la fiesta acostumbraba el gobernador soltar al pueblo un preso, el que quisiesen.
16 Y tenían entonces un preso famoso, llamado Barrabás.
17 Entonces, cuando ellos estuvieron reunidos, les dijo Pilato: ¿A quién queréis que os suelte: a Barrabás o a Jesús, llamado el Cristo?
18 Porque sabía que por envidia le habían entregado.
19 Y mientras él estaba sentado en el tribunal, su mujer le mandó decir: No tengas nada que ver con ese justo, porque hoy he padecido mucho en sueños por causa de él.
20 Pero los principales sacerdotes y los ancianos persuadieron a la multitud que pidiera a Barrabás, y que Jesús fuera asesinado.
21 Respondió el gobernador y les dijo: ¿A cuál de los dos queréis que os suelte? Ellos dijeron: A Barrabás.
22 Pilato les dijo: ¿Qué, pues, haré de Jesús, llamado el Cristo? Todos le dijeron: Sea crucificado.
23 Y el gobernador dijo: Pues ¿qué mal ha hecho éste? Pero ellos gritaban más, diciendo: Sea crucificado.
24 Viendo Pilato que nada adelantaba, sino que se hacía más alboroto, tomó agua y se lavó las manos delante del pueblo, diciendo: Inocente soy yo de la sangre de este justo; vedlo vosotros.
25 Entonces respondió todo el pueblo, y dijo: Su sangre sea sobre nosotros, y sobre nuestros hijos.
26 Entonces les soltó a Barrabás, y después de azotar a Jesús, le entregó para ser crucificado.
27 Entonces los soldados del gobernador llevaron a Jesús al pretorio, y reunieron alrededor de él a toda la tropa.
28 Y le desnudaron, y le pusieron encima un manto de grana.
29 Y pusieron sobre su cabeza una corona tejida de espinas, y una caña en su mano derecha; y doblando la rodilla delante de él, le escarnecían, diciendo: ¡Salve, Rey de los judíos!
30 Y escupieron en él, y tomaron la caña, y le golpearon en la cabeza.
31 Y después de haberle escarnecido, le quitaron el manto, le pusieron sus propios vestidos, y le llevaron para crucificarle.
32 Y al salir, hallaron a un hombre de Cirene, llamado Simón; a éste obligaron a llevar la cruz.
33 Y cuando llegaron a un lugar llamado Gólgota, que significa: Lugar de la Calavera,
34 Le dieron a beber vinagre mezclado con hiel; pero después de probarlo, no quiso beberlo.
35 Y le crucificaron, repartieron sus vestidos, echando suertes, para que se cumpliese lo dicho por el profeta: Repartieron entre sí mis vestidos, Y sobre mi ropa echaron suertes.
36 Y sentados le guardaban allí;
37 Y puso sobre su cabeza su causa escrita: ESTE ES JESÚS, EL REY DE LOS JUDÍOS.
38 Entonces crucificaron con él a dos ladrones, uno a la derecha y otro a la izquierda.
39 Y los que pasaban le injuriaban, meneando la cabeza,
40 y diciendo: Tú que derribas el templo, y en tres días lo reedificas, sálvate a ti mismo. Si eres Hijo de Dios, desciende de la cruz.
41 De esta manera también los principales sacerdotes, burlándose de él, con los escribas y los ancianos, decían:
42 A otros salvó, pero a sí mismo no se puede salvar. Si es el Rey de Israel, que descienda ahora de la cruz, y creeremos en él.
43 Él confió en Dios; líbrele ahora, si le quiere; porque dijo: Soy Hijo de Dios.
44 También los ladrones que estaban crucificados con él le arrojaron lo mismo en los dientes.
45 Y desde la hora sexta hubo tinieblas sobre toda la tierra hasta la hora novena.
46 Cerca de la hora novena, Jesús clamó a gran voz, diciendo: Elí, Elí, ¿lama sabactani? Esto es: Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?
47 Algunos de los que estaban allí, al oír esto, dijeron: A Elías llama éste.
48 Y luego, corriendo uno de ellos, tomó una esponja, y la empapó de vinagre, y poniéndola en una caña, le dio a beber.
49 Los otros dijeron: Deja, veamos si vendrá Elías a librarle.
50 Jesús, habiendo clamado otra vez a gran voz, entregó el espíritu.
51 Y he aquí, el velo del templo se rasgó en dos, de arriba abajo; y la tierra tembló, y las rocas se partieron;
52 Y se abrieron los sepulcros, y muchos cuerpos de santos que habían dormido, se levantaron.
53 Y saliendo de los sepulcros, después de su resurrección, vinieron a la santa ciudad, y aparecieron a muchos.
54 El centurión, y los que estaban con él guardando a Jesús, visto el terremoto, y las cosas que habían sido hechas, temieron en gran manera, y dijeron: Verdaderamente éste era Hijo de Dios.
55 Y estaban allí muchas mujeres mirando de lejos, las cuales habían seguido a Jesús desde Galilea, sirviéndole.
56 Entre las cuales estaban María Magdalena, María la madre de Jacobo y de José, y la madre de los hijos de Zebedeo.
57 Al atardecer, vino un hombre rico de Arimatea, llamado José, que también era discípulo de Jesús.

58 Este fue a Pilato y pidió el cuerpo de Jesús. Entonces Pilato mandó que le entregaran el cuerpo.
59 Y tomó José el cuerpo, lo envolvió en una sábana limpia,
60 Y lo puso en su sepulcro nuevo, que había labrado en la peña; y después de hacer rodar una gran piedra a la entrada del sepulcro, se fue.
61 Y estaban allí María Magdalena y la otra María, sentadas delante del sepulcro.
62 Al día siguiente, que es después de la preparación, se reunieron los principales sacerdotes y los fariseos ante Pilato,
63 Diciendo: Señor, nos acordamos que aquel engañador dijo, viviendo aún: Después de tres días resucitaré.
64 Manda, pues, que se asegure el sepulcro hasta el tercer día, no sea que vengan sus discípulos de noche, y lo hurten, y digan al pueblo: Resucitó de entre los muertos. Y será el postrer error peor que el primero.
65 Pilato les dijo: Vosotros tenéis una guardia; id, aseguradlo como podáis.
66 Ellos, pues, fueron y aseguraron el sepulcro, sellando la piedra y poniendo la guardia.

CAPÍTULO 28

1 Pasado el sábado, al amanecer del primer día de la semana, vinieron María Magdalena y la otra María, a ver el sepulcro.
2 Y he aquí hubo un gran terremoto; porque un ángel del Señor, descendiendo del cielo, y acercándose, removió la piedra de la puerta, y se sentó sobre ella.
3 Su aspecto era como un relámpago, y su vestido blanco como la nieve;
4 Y de miedo de él los guardas temblaron y quedaron como muertos.
5 Y respondiendo el ángel, dijo a las mujeres: No temáis vosotras; porque yo sé que buscáis a Jesús, el que fue crucificado.
6 No está aquí, pues ha resucitado, como dijo. Venid, ved el lugar donde fue puesto el Señor.
7 E id pronto, y decid a sus discípulos que ha resucitado de entre los muertos; y he aquí, él va delante de vosotros a Galilea; allí le veréis; he aquí, os lo he dicho.
8 Y ellas, al irse del sepulcro con temor y gran gozo, fueron corriendo a dar las nuevas a sus discípulos.
9 Y mientras iban a dar las nuevas a sus discípulos, he aquí Jesús les salió al encuentro, diciendo: ¡Salve! Y ellas, acercándose, abrazaron sus pies, y le adoraron.
10 Entonces Jesús les dijo: No temáis; id, dad las nuevas a mis hermanos, para que vayan a Galilea, y allí me verán.
11 Mientras ellas iban, he aquí algunos de la guardia llegaron a la ciudad, y dieron aviso a los principales sacerdotes de todas las cosas que habían acontecido.
12 Y cuando se reunieron con los ancianos, y hubo habido consejo, dieron mucho dinero a los soldados,
13 Diciendo: Decid: Sus discípulos vinieron de noche, y lo hurtaron, estando nosotros dormidos.
14 Y si esto llega a oídos del gobernador, le persuadiremos y os protegeremos.
15 Ellos, pues, tomaron el dinero, e hicieron como se les había instruido; y este dicho se divulgó entre los judíos hasta el día de hoy.
16 Entonces los once discípulos se fueron a Galilea, al monte donde Jesús les había ordenado.
17 Y cuando le vieron, le adoraron; pero algunos dudaron.
18 Y Jesús se acercó y les habló diciendo: Toda potestad me es dada en el cielo y en la tierra.
19 Por tanto, id, y haced discípulos a todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo;
20 enseñándoles que guarden todas las cosas que os he mandado; y he aquí yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo. Amén.

Evangelio de Marcos

CAPÍTULO 1

1 Principio del evangelio de Jesucristo, Hijo de Dios;
2 Como está escrito en los profetas: He aquí, yo envío mi mensajero delante de tu faz, El cual preparará tu camino delante de ti.
3 Voz del que clama en el desierto: Preparad el camino del Señor, Enderezad sus sendas.
4 Juan bautizaba en el desierto, y predicaba el bautismo de arrepentimiento para perdón de pecados.
5 Y salía a él toda la tierra de Judea, y Jerusalén; y todos eran bautizados por él en el río Jordán, confesando sus pecados.
6 Y Juan estaba vestido de pelo de camello, y tenía un cinto de piel a la cintura; y comía langostas y miel silvestre;
7 Y predicaba, diciendo: Viene tras mí uno que es más poderoso que yo, a quien no soy digno de desatar encorvado la correa de su calzado.
8 Yo a la verdad os he bautizado con agua, pero él os bautizará con el Espíritu Santo.
9 Aconteció en aquellos días, que Jesús vino de Nazaret de Galilea, y fue bautizado por Juan en el Jordán.
10 Y luego, al subir del agua, vio los cielos abiertos, y al Espíritu como paloma que descendía sobre él.
11 Y vino una voz de los cielos, que decía: Tú eres mi Hijo amado; en ti tengo complacencia.
12 Y luego el Espíritu le impulsó al desierto.
13 Y estuvo allí en el desierto cuarenta días, y era tentado por Satanás; y estaba con las fieras, y los ángeles le servían.
14 Después que Juan fue encarcelado, Jesús vino a Galilea predicando el evangelio del reino de Dios,
15 y diciendo: El tiempo se ha cumplido, y el reino de Dios se ha acercado; arrepentíos, y creed en el evangelio.
16 Andando Jesús junto al mar de Galilea, vio a Simón y a Andrés su hermano que echaban la red en el mar; porque eran pescadores.
17 Y Jesús les dijo: Venid en pos de mí, y haré que seáis pescadores de hombres.
18 Y luego dejaron sus redes y le siguieron.
19 Y pasando un poco más adelante, vio a Jacobo hijo de Zebedeo, y a Juan su hermano, que también estaban en la barca remendando sus redes.
20 Y luego los llamó; y ellos dejaron a su padre Zebedeo en la barca con los jornaleros, y fueron en pos de él.
21 Entraron entonces en Capernaúm; y en seguida, el día de reposo, entró en la sinagoga, y enseñaba.
22 Y se maravillaban de su doctrina; porque les enseñaba como quien tiene autoridad, y no como los escribas.
23 Y había en la sinagoga de ellos un hombre con un espíritu inmundo, el cual gritó:
24Dijo: Déjanos. ¿Qué tienes con nosotros, Jesús Nazareno? ¿Has venido a destruirnos? Yo sé quién eres, el Santo de Dios.
25 Y Jesús le reprendió, diciendo: Cállate, y sal de él.
26 Y el espíritu inmundo, sacudiéndole con violencia, y clamando a gran voz, salió de él.
27 Y todos estaban asombrados, de tal manera que discutían entre sí, diciendo: ¿Qué cosa es ésta? ¿Qué nueva doctrina es ésta? Porque con autoridad manda aun a los espíritus inmundos, y le obedecen.
28 Y enseguida se difundió su fama por toda la provincia de alrededor de Galilea.
29 Y luego, cuando salieron de la sinagoga, entraron en casa de Simón y Andrés, con Jacobo y Juan.
30 Pero la suegra de Simón estaba acostada con fiebre; y en seguida le hablaron de ella.
31 Entonces él se acercó y la tomó de la mano, y la levantó; y al instante la fiebre la dejó, y les servía.
32 Y cuando llegó la tarde, cuando el sol se puso, le trajeron todos los que tenían maldad y endemoniados.
33 Y toda la ciudad se reunió a la puerta.
34 Y sanó a muchos que estaban enfermos de diversas enfermedades, y echó fuera muchos demonios; y no dejaba hablar a los demonios, porque le conocían.
35 Y levantándose muy de mañana, siendo aún muy oscuro, salió y se fue a un lugar desierto, y allí oraba.
36 Y le siguieron Simón y los que con él estaban.
37 Y cuando le hallaron, le dijeron: Todos te buscan.
38 Y les dijo: Vayamos a los pueblos vecinos, para que predique también allí; porque para esto he salido.
39 Y predicaba en las sinagogas de ellos por toda Galilea, y echaba fuera los demonios.
40 Y vino a él un leproso, rogándole; e hincando la rodilla delante, le dijo: Si quieres, puedes limpiarme.
41 Entonces Jesús, teniendo compasión de él, extendió la mano y le tocó, y le dijo: Quiero; sé limpio.
42 Y así que él hubo hablado, al instante la lepra se fue de él, y quedó limpio.
43 Y le increpó rigurosamente y le despidió inmediatamente;
44 Y le dijo: Mira, no digas a nadie nada; sino ve, muéstrate al sacerdote, y ofrece por tu purificación lo que mandó Moisés, para testimonio a ellos.
45 Pero él salido, comenzó a publicarlo mucho y a divulgar el hecho, de tal manera que Jesús ya no podía entrar abiertamente en la ciudad, sino que se quedaba fuera en los lugares desiertos; y acudían a él de todas partes.

CAPÍTULO 2

1 Y algunos días después entró otra vez en Capernaúm; y se oyó que estaba en casa.
2 Y en seguida se juntaron muchos, tanto que ya no había lugar para recibirlos, ni aun a la puerta; y les predicaba la palabra.
3 Y vinieron a él unos trayendo un paralítico, que era cargado por cuatro.
4 Y como no podían acercarse a él a causa de la multitud, descubrieron el techo de donde estaba, y haciendo una abertura, bajaron el lecho en que yacía el paralítico.
5 Al ver Jesús la fe de ellos, dijo al paralítico: Hijo, tus pecados te son perdonados.
6 Pero estaban allí sentados algunos de los escribas, los cuales cavilaban en sus corazones,
7 ¿Por qué habla éste así blasfemias? ¿Quién puede perdonar pecados, sino sólo Dios?
8 Y conociendo luego Jesús en su espíritu que cavilaban de esta manera dentro de sí mismos, les dijo: ¿Por qué caviláis así en vuestros corazones?
9 ¿Qué es más fácil, decir al paralítico: Tus pecados te son perdonados, o decirle: Levántate, toma tu lecho y anda?

10 Pues para que sepáis que el Hijo del Hombre tiene poder en la tierra para perdonar pecados, (dijo al paralítico):
11 A ti te digo: Levántate, toma tu lecho, y vete a tu casa.
12 Y luego se levantó, y tomó su lecho, y salió delante de todos; de manera que todos se maravillaron, y glorificaban a Dios, diciendo: Nunca hemos visto cosa semejante.
13 Y salió otra vez a la orilla del mar, y toda la multitud acudió a él, y él les enseñaba.
14 Y al pasar, vio a Leví hijo de Alfeo, sentado al banco de los tributos públicos, y le dijo: Sígueme. Y él se levantó y le siguió.
15 Y aconteció que estando Jesús sentado a la mesa en casa de él, muchos publicanos y pecadores estaban también sentados juntamente con Jesús y sus discípulos; porque eran muchos, y le seguían.
16 Y los escribas y los fariseos, viéndole comer con publicanos y pecadores, dijeron a sus discípulos: ¿Qué es esto, que él come y bebe con publicanos y pecadores?
17 Al oírlo Jesús, les dijo: Los que están sanos no tienen necesidad de médico, sino los enfermos. No he venido a llamar a justos, sino a pecadores al arrepentimiento.
18 Y los discípulos de Juan y de los fariseos ayunaban; y vinieron y le dijeron: ¿Por qué los discípulos de Juan y de los fariseos ayunan, y tus discípulos no ayunan?
19 Y Jesús les dijo: ¿Acaso pueden los que están de bodas ayunar mientras el esposo está con ellos? Entre tanto que el esposo está con ellos, no pueden ayunar.
20 Pero vendrán días cuando el esposo les será quitado; y entonces ayunarán en aquellos días.
21 Nadie pone remiendo de paño nuevo en vestido viejo; de otra manera, el mismo remiendo nuevo tira del viejo, y se hace peor la rotura.
22 Y nadie echa vino nuevo en odres viejos; de otra manera, el vino nuevo rompe los odres, y el vino se derrama, y los odres se pierden; pero el vino nuevo en odres nuevos se ha de echar.
23 Aconteció que mientras él pasaba por los sembrados un día de reposo, sus discípulos, andando, comenzaron a arrancar espigas.
24 Y los fariseos le dijeron: Mira, ¿por qué hacen en el día de reposo lo que no es lícito?
25 Y les dijo: ¿Nunca leísteis lo que hizo David cuando tuvo necesidad, y tuvo hambre, él y los que con él estaban?
26 cómo entró en la casa de Dios en días de Abiatar sumo sacerdote, y comió los panes de la proposición, de los cuales no es lícito comer sino a los sacerdotes, y aun dio a los que con él estaban?
27 Y les dijo: El día de reposo fue hecho por causa del hombre, y no el hombre por causa del día de reposo;
28 Por eso el Hijo del Hombre es Señor aun del sábado.

CAPÍTULO 3

1Y entró otra vez en la sinagoga; y había allí un hombre que tenía una mano seca.
2 Y le acechaban para ver si en el día de reposo le sanaría, a fin de poder acusarle.
3 Y dijo al hombre que tenía la mano seca: Levántate.
4 Y les dijo: ¿Es lícito en los días de reposo hacer bien, o hacer mal? ¿Salvar la vida, o quitarla? Pero ellos callaron.
5 Y mirándolos alrededor con enojo, entristecido por la dureza de sus corazones, dijo al hombre: Extiende tu mano. Y él la extendió, y su mano le fue restaurada sana como la otra.
6Y salidos los fariseos, entraron en consejo con los herodianos contra él, para destruirle.
7 Pero Jesús se retiró con sus discípulos al mar; y le siguió una gran multitud de Galilea y de Judea,
8 Y de Jerusalén, y de Idumea, y del otro lado del Jordán, y de los alrededores de Tiro y de Sidón, una gran multitud, oyendo cuán grandes cosas hacía, vino a él.
9 Y dijo a sus discípulos que le tuviesen siempre lista la barca, a causa del gentío, para que no le oprimiesen.
10 Porque había sanado a muchos, de tal manera que se agolpaban sobre él todos los que tenían plagas para tocarle.
11 Y los espíritus inmundos, al verle, se postraban delante de él, y daban voces, diciendo: Tú eres el Hijo de Dios.
12 Y les encargó rigurosamente que no le descubriesen.
13 Y subió al monte, y llamó a sí a los que él quiso; y vinieron a él.
14 Y estableció a doce, para que estuviesen con él, y para enviarlos a predicar,
15 y que tuviese autoridad para sanar enfermedades y para echar fuera demonios;
16 Y a Simón le pusieron por sobrenombre Pedro;
17 y a Jacobo hijo de Zebedeo, y a Juan hermano de Jacobo, a quienes llamó Boanerges, que significa: Hijos del trueno.
18 Y Andrés, Felipe, Bartolomé, Mateo, Tomás, Jacobo hijo de Alfeo, Tadeo, Simón el cananeo,
19 Y Judas Iscariote, el que también le entregó; y entraron en casa.
20 Y se juntó de nuevo la multitud, de tal manera que ellos ni aun podían comer pan.
21 Cuando lo oyeron sus amigos, vinieron para prenderle; porque decían: Está fuera de sí.
22 Y los escribas que habían venido de Jerusalén, decían: Tiene a Beelzebú, y por el príncipe de los demonios echa fuera los demonios.
23 Y llamándolos, les dijo en parábolas: ¿Cómo puede Satanás echar fuera a Satanás?
24 Y si un reino está dividido contra sí mismo, tal reino no puede permanecer.
25 Y si una casa está dividida contra sí misma, tal casa no puede permanecer.
26 Y si Satanás se levanta contra sí mismo y se divide, no puede permanecer, sino que ha llegado su fin.
27 Nadie puede entrar en la casa de un hombre fuerte y saquear sus bienes, si primero no le ata, y entonces saqueará su casa.
28 De cierto os digo que todos los pecados serán perdonados a los hijos de los hombres, y las blasfemias cualesquiera que sean.
29 Pero cualquiera que blasfeme contra el Espíritu Santo, no tiene jamás perdón, sino que queda expuesto a eterna condenación.
30 Porque decían: Tiene espíritu inmundo.
31 Vinieron entonces sus hermanos y su madre, y quedándose fuera, enviaron a llamarle.
32 Y la multitud estaba sentada alrededor de él, y le dijeron: He aquí tu madre y tus hermanos están afuera y te buscan.
33 Y él les respondió, diciendo: ¿Quién es mi madre y mis hermanos?

34 Y mirando alrededor a los que estaban sentados alrededor de él, dijo: He aquí mi madre y mis hermanos.
35 Porque todo aquel que hace la voluntad de Dios, ése es mi hermano, y mi hermana, y mi madre.

CAPÍTULO 4

1 Y comenzó otra vez a enseñar junto al mar; y se reunió alrededor de él una gran multitud; tanto que entrando él en una barca, se sentó en el mar; y toda la multitud estaba en tierra junto al mar.
2 Y les enseñaba muchas cosas por parábolas, y les decía en su doctrina:
3 Oíd: He aquí, el sembrador salió a sembrar;
4 Y aconteció que al sembrar, una parte cayó junto al camino; y vinieron las aves del cielo y la comieron.
5Y parte cayó en pedregales, donde no tenía mucha tierra; y brotó pronto, porque no tenía profundidad de tierra;
6 Pero cuando salió el sol, se quemó; y porque no tenía raíz, se secó.
7 Y parte cayó entre espinos; y los espinos crecieron, y la ahogaron, y no dio fruto.
8Y otra parte cayó en buena tierra, y dio fruto que brotó y creció; y produjo cuál a treinta, cuál a sesenta, y cuál a ciento.
9 Y les dijo: El que tiene oídos para oír, oiga.
10 Y cuando estuvo solo, los que estaban cerca de él con los doce le preguntaron sobre la parábola.
11 Y les dijo: A vosotros os es dado saber el misterio del reino de Dios; mas a los que están fuera, por parábolas todas estas cosas;
12 para que viendo, vean, y no perciban; y oyendo, oigan, y no entiendan; para que no se conviertan, y les sean perdonados los pecados.
13 Y les dijo: ¿No entendéis esta parábola? ¿Cómo, pues, entenderéis todas las parábolas?
14 El sembrador siembra la palabra.
15 Y éstos son los de junto al camino, en quienes se siembra la palabra; pero cuando la oyen, en seguida viene Satanás y quita la palabra que fue sembrada en sus corazones.
16 Éstos también son los que fueron sembrados en pedregales: los que cuando han oído la palabra, al momento la reciben con gozo;
17 pero no tienen raíz en sí, sino que son de corta duración, porque cuando viene la tribulación o la persecución por causa de la palabra, luego tropiezan.
18 Y éstos son los que fueron sembrados entre espinos: los que oyen la palabra,
19 Pero los afanes de este siglo, y el engaño de las riquezas, y las codicias de otras cosas, entran y ahogan la palabra, y se vuelve infructuosa.
20 Y éstos son los que fueron sembrados en buena tierra: los que oyen la palabra y la reciben, y dan fruto, uno a treinta, otro a sesenta, y otro a ciento por uno.
21 Y les dijo: ¿Acaso se trae la luz para ponerla debajo de un almud, o debajo de la cama, y no para ponerla en el candelero?
22 Porque no hay nada oculto que no haya de ser manifestado, ni escondido que no haya de ser manifestado.
23 Si alguno tiene oídos para oír, oiga.
24 Y les dijo: Mirad lo que oís; con la medida con que medís, se os medirá, y aun se os añadirá a vosotros los que oís.
25 Porque al que tiene, se le dará, y al que no tiene, aun lo que tiene se le quitará.
26 Y dijo: Así es el reino de Dios, como cuando un hombre echa semilla en la tierra;
27 Y duerma y se levante, de noche y de día, y la semilla brote y crezca sin que él sepa cómo.
28 Porque de suyo produce fruto la tierra, primero hierba, luego espiga, después grano lleno en la espiga.
29 Pero cuando el fruto está producido, en seguida se mete la hoz, porque la siega ha llegado.
30 Y dijo: ¿A qué haremos semejante el reino de Dios? ¿O con qué parábola lo compararemos?
31 Es como un grano de mostaza, que cuando se siembra en la tierra, es la más pequeña de todas las semillas que hay en la tierra;
32 Pero después de sembrado, crece, y se hace la mayor de todas las hortalizas, y echa grandes ramas, de tal manera que las aves del cielo pueden morar bajo su sombra.
33 Y con muchas parábolas como estas les hablaba la palabra, conforme a lo que podían oír.
34 Pero sin parábolas no les hablaba; y cuando estuvieron solos, declaró todas las cosas a sus discípulos.
35 Aquel mismo día, cuando llegó la tarde, les dijo: Pasemos al otro lado.
36 Y después de despedir a la multitud, le tomaron tal como estaba en la barca; y había también con él otras barcas.
37 Y se levantó una gran tempestad de viento, y echaba las olas en la barca, de tal manera que ya se anegaba.
38 Y él estaba en la popa, durmiendo sobre un cabezal; y le despertaron, y le dijeron: Maestro, ¿no tienes cuidado que perecemos?
39 Y levantándose, reprendió al viento, y dijo al mar: Calla, enmudece. Y cesó el viento, y se hizo grande bonanza.
40 Y él les dijo: ¿Por qué estáis así amedrentados? ¿Cómo es que no tenéis fe?
41 Y temieron con gran temor, y se decían el uno al otro: ¿Quién es éste, que aun el viento y el mar le obedecen?

CAPÍTULO 5

1 Y llegaron al otro lado del mar, a la tierra de los gadarenos.
2 Y cuando él salió de la barca, en seguida vino a su encuentro, de los sepulcros, un hombre con un espíritu inmundo,
3 el cual tenía su morada entre los sepulcros, y nadie podía atarle, ni aun con cadenas;
4 Porque muchas veces había sido atado con grillos y cadenas, pero las cadenas habían sido hechas pedazos por él, y los grillos desmenuzados, y nadie podía domarlo.
5 Y siempre, de día y de noche, estaba en los montes y en los sepulcros, dando voces e hiriéndose con piedras.
6 Pero cuando vio a Jesús de lejos, corrió y lo adoró,
7 Y clamó a gran voz, y dijo: ¿Qué tengo yo que ver contigo, Jesús, Hijo del Dios Altísimo? Te conjuro por Dios que no me atormentes.
8 Porque le decía: Sal de este hombre, espíritu inmundo.

9 Y le preguntó: ¿Cómo te llamas? Y él respondió: Mi nombre es Legión, porque somos muchos.
10 Y le rogaba mucho que no los enviase fuera de aquella región.
11 Y había allí junto al monte una gran manada de cerdos paciendo.
12 Y todos los demonios le rogaron, diciendo: Envíanos a los cerdos para que entremos en ellos.
13 Y luego Jesús les dio permiso. Y los espíritus inmundos, saliendo, entraron en los cerdos; y la piara (eran como dos mil) se precipitó al mar por un despeñadero; y en el mar se ahogaron.
14 Y los que apacentaban los cerdos huyeron, y dieron aviso en la ciudad y en los campos, y salieron para ver qué era aquello que había acontecido.
15 Y vinieron a Jesús, y vieron al que había sido endemoniado, y que había tenido la legión, sentado, y vestido, y en su cabal juicio; y tuvieron miedo.
16 Y los que lo vieron les contaron cómo le había sucedido al endemoniado, y lo de los cerdos.
17 Y comenzaron a rogarle que se fuera de sus términos.
18 Y entrando él en la barca, el que había estado endemoniado le rogaba que le dejase estar con él.
19 Pero Jesús no se lo permitió, sino que le dijo: Vete a tu casa, a los tuyos, y cuéntales cuán grandes cosas el Señor ha hecho contigo, y cómo ha tenido compasión de ti.
20 Y él se fue, y comenzó a publicar en Decápolis cuán grandes cosas Jesús había hecho con él; y todos se maravillaban.
21 Y pasando otra vez Jesús en una barca a la otra orilla, se juntó a él mucha multitud; y estaba cerca del mar.
22 Y he aquí, vino uno de los principales de la sinagoga, llamado Jairo; y cuando le vio, se postró a sus pies,
23 y le rogaba mucho, diciendo: Mi hija está a la muerte; ven ahora y pon las manos sobre ella para que sane, y vivirá.
24 Y Jesús fue con él; y le seguía mucha multitud, y le apretaban.
25 Y una mujer que desde hacía doce años padecía de flujo de sangre,
26 y había sufrido mucho de muchos médicos, y gastado todo lo que tenía, y nada había aprovechado, antes le iba peor,
27 Cuando oyó hablar de Jesús, vino por detrás entre la multitud y tocó su manto.
28 Porque decía: Si tocare tan solamente su manto, seré salva.
29 Y luego la fuente de su sangre se secó; y sintió en el cuerpo que estaba sana de aquella plaga.
30 Y conociendo luego Jesús en sí mismo el poder que había salido de él, volviéndose hacia la multitud, dijo: ¿Quién ha tocado mi manto?
31 Entonces sus discípulos le dijeron: Ves que la multitud te aprieta, y dices: ¿Quién me ha tocado?
32 Y él miró alrededor para ver a la que había hecho esto.
33 Pero la mujer, temiendo y temblando, sabiendo lo que en ella había sido hecho, vino y se postró a los pies de él, y le dijo toda la verdad.
34 Y él le dijo: Hija, tu fe te ha salvado; ve en paz, y queda sana de tu azote.
35 Mientras él aún hablaba, vinieron de casa del principal de la sinagoga, diciendo: Tu hija ha muerto; ¿para qué molestas más al Maestro?
36 Y cuando Jesús oyó lo que se decía, dijo al principal de la sinagoga: No temas, cree solamente.
37 Y no permitió que nadie le siguiera sino Pedro, Jacobo y Juan el hermano de Jacobo.
38 Y llegó a casa del principal de la sinagoga, y vio el alboroto y a los que lloraban y lamentaban mucho.
39 Y cuando entró, les dijo: ¿Por qué alborotáis y lloráis? La muchacha no está muerta, sino duerme.
40 Y se burlaron de él. Entonces, echando fuera a todos, tomó al padre y a la madre de la joven, y a los que estaban con él, y entró donde la joven estaba acostada.
41 Y tomando de la mano a la muchacha, le dijo: Talitha cumi (que traducido es: Niña, a ti te digo, levántate).
42 Y luego la muchacha se levantó y anduvo; pues tenía doce años. Y ellos quedaron atónitos con gran asombro.
43 Y les mandó rigurosamente que nadie lo supiese, y mandó que se le diese de comer.

CAPÍTULO 6

1 Salió de allí y vino a su tierra, y le siguieron sus discípulos.
2 Cuando llegó el día de reposo, comenzó a enseñar en la sinagoga; y muchos, al oírle, se maravillaban, y decían: ¿De dónde tiene éste estas cosas? ¿Y qué sabiduría es ésta que le ha sido dada, que hace tan grandes milagros por sus manos?
3 ¿No es éste el carpintero, el hijo de María, hermano de Jacobo, de José, de Judas y de Simón? ¿No están aquí con nosotros sus hermanas? Y se escandalizaban a causa de él.
4 Pero Jesús les dijo: No hay profeta sin honra sino en su propia tierra, entre sus parientes y en su casa.
5 Y no pudo hacer allí ningún milagro, salvo sanar a unos pocos enfermos, poniéndoles las manos encima.
6 Y estaba asombrado de su incredulidad, y recorría las aldeas de alrededor, enseñando.
7 Y llamó a los doce, y comenzó a enviarlos de dos en dos; y les dio autoridad sobre los espíritus inmundos,
8 Y les mandó que no llevasen nada para el camino, sino solamente bastón; ni alforja, ni pan, ni dinero en el bolso;
9 Pero calzad sandalias, y no vistáis dos túnicas.
10 Y les dijo: En cualquier casa donde entréis, posad allí hasta que salgáis de aquel lugar.
11 Y a todos los que no os recibieren ni os oigan, al salir de allí, sacudid el polvo que está debajo de vuestros pies, en testimonio contra ellos. De cierto os digo que en el día del juicio, será más tolerable el castigo para Sodoma y Gomorra, que para aquella ciudad.
12 Y saliendo, predicaban que los hombres se arrepintieran.
13 Y echaban fuera muchos demonios, y ungían con aceite a muchos enfermos, y los sanaban.
14 Y el rey Herodes oyó de él (porque su nombre se había divulgado), y dijo: Juan el Bautista ha resucitado de los muertos, y por eso actúa en él el poder de estos milagros.
15 Otros decían: Es Elías. Y otros: Es un profeta, o como uno de los profetas.
16 Pero Herodes, al oírlo, dijo: Es Juan, a quien yo decapité; ha resucitado de entre los muertos.

17 Porque el mismo Herodes había enviado a prender a Juan, y le había encadenado en la cárcel, por causa de Herodías, mujer de Felipe su hermano, con quien se había casado.
18 Porque Juan decía a Herodes: No te es lícito tener la mujer de tu hermano.
19 Herodías, pues, tenía altercado con él y quería matarle, pero no pudo;
20 Porque Herodes temía a Juan, sabiendo que era hombre justo y santo, y le guardaba, y oyéndole, hacía muchas cosas; y le escuchaba de buen grado.
21 Y cuando llegó un día propicio, en su cumpleaños Herodes hizo una cena a sus grandes, tribunos y principales estados de Galilea;
22 Y entrando la hija de Herodías, danzó, y agradó a Herodes y a los que con él estaban a la mesa. Entonces el rey dijo a la muchacha: Pídeme lo que quieras, y yo te lo daré.
23 Y le juró: Todo lo que me pidas te daré, hasta la mitad de mi reino.
24 Y ella salió y dijo a su madre: ¿Qué pediré? Y ella respondió: La cabeza de Juan el Bautista.
25 Y ella entró prontamente al rey, y pidió diciendo: Quiero que ahora mismo me des en un plato la cabeza de Juan el Bautista.
26 Y el rey se entristeció mucho, pero a causa del juramento, y por causa de los que con él estaban a la mesa, no quiso desecharla.
27 Y luego el rey envió un verdugo, y mandó traer su cabeza; y éste fue y le decapitó en la cárcel,
28 Y trajo su cabeza en un plato, y la dio a la muchacha; y la muchacha la dio a su madre.
29 Cuando lo oyeron sus discípulos, vinieron y tomaron su cuerpo, y lo pusieron en un sepulcro.
30 Y los apóstoles se reunieron con Jesús, y le contaron todo lo que habían hecho, y lo que habían enseñado.
31 Y les dijo: Venid vosotros aparte al lugar desierto, y descansad un poco; porque eran muchos los que iban y venían, y ni aun tenían tiempo para comer.
32 Y ellos se fueron en una barca a un lugar desierto, solos.
33 Y el pueblo los vio partir, y muchos le reconocieron; y corrieron allá a pie de todas las ciudades, y saliendo antes que ellos, se juntaron a él.
34 Y cuando Jesús salió, vio mucho gentío, y tuvo compasión de ellos, porque eran como ovejas que no tenían pastor; y comenzó a enseñarles muchas cosas.
35 Y cuando ya era muy tarde, acercándose a él sus discípulos, dijeron: El lugar es desierto, y la hora ya muy avanzada;
36 Envíalos para que vayan a los campos y aldeas de alrededor, y compren pan, porque no tienen qué comer.
37 Respondió él y les dijo: Dadles vosotros de comer. Y ellos le dijeron: ¿Que vayamos y compremos doscientos denarios de pan, y les demos de comer?
38 Él les dijo: ¿Cuántos panes tenéis? Id y ved. Y cuando lo supieron, dijeron: Cinco, y dos peces.
39 Y les mandó que hicieran recostar a todos por grupos sobre la hierba verde.
40 Y se sentaron en filas, de cien en cien, y de cincuenta en cincuenta.
41 Y tomando los cinco panes y los dos peces, levantó los ojos al cielo, y bendijo, y partió los panes, y dio a sus discípulos para que los pusieran delante, y repartió los dos peces entre todos.
42 Y comieron todos, y se saciaron.
43 Y recogieron lo que sobró de los pedazos, doce cestas llenas, y lo que sobró de los peces.
44 Y los que comieron el pan fueron como cinco mil hombres.
45 Y luego hizo a sus discípulos entrar en la barca e ir primero a la otra orilla, a Betsaida, entre tanto que él despedía a la multitud.
46 Y después de despedirlos, se fue al monte a orar.
47 Y cuando llegó la tarde, la barca estaba en medio del mar, y él solo en tierra.
48 Y los vio remar con fatiga, porque el viento les era contrario; y cerca de la cuarta vigilia de la noche vino a ellos andando sobre el mar, y quería pasarlos.
49 Pero cuando lo vieron andar sobre el mar, pensaron que era un fantasma, y gritaron:
50 Porque todos le vieron, y se turbaron. Y luego les habló, y les dijo: ¡ Tened ánimo! Yo soy, no temáis.
51 Y subió a ellos en la barca, y se calmó el viento; y ellos estaban muy asustados y maravillados.
52 Porque no entendieron la señal de los panes, porque su corazón estaba endurecido.
53 Y cuando hubieron pasado, llegaron a tierra de Genesaret, y desembarcaron.
54 Y cuando ellos salieron de la barca, inmediatamente le reconocieron,
55 Y recorrió toda aquella región de alrededor, y comenzó a traer en lechos a los enfermos, donde oían que él estaba.
56 Y dondequiera que entraba, en aldeas, ciudades o campos, ponían en las calles a los enfermos, y le rogaban que les dejase tocar siquiera el borde de su manto; y todos los que le tocaban, quedaban sanos.

CAPÍTULO 7

1 Entonces se juntaron a él los fariseos, y algunos de los escribas, que habían venido de Jerusalén.
2 Y viendo a algunos de sus discípulos comer pan con manos impuras, es decir, sin lavar, se indignaron.
3 Porque los fariseos y todos los judíos, si muchas veces se lavan las manos, no comen, pues siguen la tradición de los ancianos.
4 Y cuando vuelven de la plaza, si no se lavan, no comen. Y hay muchas otras cosas que han recibido para guardar, como el lavamiento de los vasos de beber, de los jarros, de los utensilios de bronce y de las mesas.
5 Entonces los fariseos y los escribas le preguntaron: ¿Por qué tus discípulos no siguen la tradición de los ancianos, sino que comen pan con manos inmundas?
6 Respondió él y les dijo: Hipócritas, bien profetizó de vosotros Isaías, como está escrito: Este pueblo de labios me honra, Mas su corazón está lejos de mí.
7 Pues en vano me honran, Enseñando como doctrinas, mandamientos de hombres.
8 Porque dejando el mandamiento de Dios, os aferráis a la tradición de los hombres, como los lavamientos de los jarros y de los vasos de beber; y hacéis otras muchas cosas semejantes.
9 Y les dijo: Bien invalidáis el mandamiento de Dios para guardar vuestra tradición.

10 Porque Moisés dijo: Honra a tu padre y a tu madre, y: Cualquiera que maldiga al padre o a la madre, muera irremisiblemente.
11 Pero vosotros decís: Si alguno dijere a su padre o a su madre: Es Corbán (es decir, ofrenda), cualquier cosa que yo te pudiera servir; será libre.
12 Y no le permitís más que haga nada por su padre o por su madre;
13 Invalidando la palabra de Dios con vuestra tradición que habéis transmitido; y muchas cosas hacéis semejantes a estas.
14 Y llamando a todo el pueblo, les dijo: Oídme todos, y entended:
15 No hay nada fuera del hombre que entre en él que le pueda contaminar; pero lo que sale de él, eso es lo que contamina al hombre.
16 Si alguno tiene oídos para oír, oiga.
17 Y cuando entró en casa, apartado de la multitud, sus discípulos le preguntaron sobre la parábola.
18 Y les dijo: ¿ También vosotros sois así sin entendimiento? ¿No entendéis que todo lo de fuera que entra en el hombre, no le puede contaminar;
19 Porque no entra en su corazón, sino en el vientre, Y sale a la letrina, Purificando toda carne?
20 Y él dijo: Lo que sale del hombre, eso contamina al hombre.
21 Porque de dentro, del corazón de los hombres, salen los malos pensamientos, los adulterios, las fornicaciones, los homicidios,
22 Hurtos, avaricias, maldades, engaños, lascivias, envidias, blasfemias, soberbias, insensateces;
23 Todas estas maldades de dentro salen, y contaminan al hombre.
24 Y se levantó de allí, y fue a los términos de Tiro y de Sidón, y entró en una casa, y no quiso que nadie lo supiera, pero no pudo esconderse.
25 Porque una mujer, cuya hija tenía un espíritu inmundo, oyó de él, y vino y se postró a sus pies.
26 La mujer era griega, sirofenicia de nación, y le rogaba que echase fuera al demonio de su hija.
27 Pero Jesús le dijo: Deja primero que se sacien los hijos; porque no está bien tomar el pan de los hijos y echarlo a los perrillos.
28 Ella respondió y le dijo: Sí, Señor; pero aun aun los perrillos debajo de la mesa comen de las migajas de los hijos.
29 Y él le dijo: Por esta palabra, vete; el demonio ha salido de tu hija.
30 Y cuando llegó a su casa, halló que el demonio había salido, y a su hija acostada en la cama.
31 Y partiendo otra vez de las costas de Tiro y de Sidón, llegó al mar de Galilea, por en medio de las costas de Decápolis.
32 Y le trajeron un sordo y tartamudo, y le rogaron que pusiera la mano sobre él.
33 Y tomándole aparte de la multitud, metió sus dedos en los oídos de él, y escupiendo, tocó su lengua;
34 Y levantando los ojos al cielo, suspiró, y le dijo: Efatá (que significa: Sé abierto).
35 Y al instante fueron abiertos sus oídos, y se desató la ligadura de su lengua, y hablaba bien.
36 Y les mandó que no lo dijesen a nadie; pero cuanto más les mandaba, tanto más lo publicaban.
37 Y estaban muy atónitos, y decían: Bien lo ha hecho todo: hace a los sordos oír, y a los mudos hablar.

CAPÍTULO 8

1 En aquellos días, como la multitud era muy grande, y no tenían qué comer, Jesús llamó a sus discípulos y les dijo:
2 Tengo compasión de la gente, porque ya hace tres días que están conmigo, y no tienen qué comer;
3 Y si los enviare en ayuno a sus casas, desmayarán en el camino; porque algunos de ellos han venido de lejos.
4 Y sus discípulos le respondieron: ¿De dónde podrá alguien saciar de pan a éstos aquí en el desierto?
5 Y les preguntó: ¿Cuántos panes tenéis? Y ellos dijeron: Siete.
6 Y mandó a la gente que se recostase en tierra; y tomó los siete panes y dio gracias, y los partió y dio a sus discípulos para que los pusieran delante; y ellos los pusieron delante de la gente.
7 Y tenían unos pocos pececillos, y los bendijo, y mandó que también los pusieran delante.
8 Comieron, pues, y se saciaron; y recogieron lo que sobró de los pedazos, siete cestas.
9 Y los que habían comido eran como cuatro mil; y los despidió.
10 Y luego entró en una barca con sus discípulos, y vino a la región de Dalmanuta.
11 Y vinieron los fariseos, y comenzaron a discutir con él, pidiéndole señal del cielo, para tentarle.
12 Y gimiendo profundamente en su espíritu, dijo: ¿Por qué pide señal esta generación? De cierto os digo que señal no se le dará a esta generación.
13 Y dejándolos, entró de nuevo en la barca y se fue a la otra ribera.
14 Los discípulos se habían olvidado de llevar pan, pues no tenían consigo más que un pan en la barca.
15 Y les mandó, diciendo: Mirad, guardaos de la levadura de los fariseos, y de la levadura de Herodes.
16 Y ellos discutían entre sí, diciendo: Esto es porque no tenemos pan.
17 Y sabiéndolo Jesús, les dijo: ¿Por qué discutís, porque no tenéis pan? ¿Aún no entendéis, ni entendéis? ¿Aún tenéis endurecido vuestro corazón?
18 Teniendo ojos, ¿no veis? Y teniendo oídos, ¿no oís? ¿Y no recordáis?
19 Cuando partí los cinco panes entre cinco mil, ¿cuántas cestas llenas de pedazos recogisteis? Le dijeron: Doce.
20 Y cuando recogisteis los siete pedazos entre cuatro mil, ¿cuántas canastas llenas de pedazos recogisteis? Y ellos respondieron: Siete.
21 Y les dijo: ¿Cómo es que no entendéis?
22 Y llegó a Betsaida; y le trajeron un ciego, y le rogaron que le tocase.
23 Y tomando de la mano al ciego, le sacó fuera de la aldea; y escupiendo en sus ojos, y poniéndole las manos encima, le preguntó si veía algo.
24 Y mirando hacia arriba, dijo: Veo los hombres como árboles que andan.

25 Después puso otra vez las manos sobre sus ojos, y le hizo que mirase; y fue restablecido, y vio detenidamente a todos.
26 Y le envió a su casa, diciendo: No entres en la aldea, ni lo digas a nadie en la aldea.
27 Y salió Jesús con sus discípulos por las aldeas de Cesarea de Filipo; y en el camino preguntó a sus discípulos, diciéndoles: ¿Quién dicen los hombres que soy yo?
28 Ellos respondieron: Juan el Bautista. Unos, Elías; y otros, Uno de los profetas.
29 Y él les dijo: Y vosotros, ¿quién decís que soy yo? Respondiendo Pedro, le dijo: Tú eres el Cristo.
30 Y les mandó que a nadie hablasen de él.
31 Y comenzó a enseñarles que era necesario que el Hijo del Hombre padeciera mucho, y fuera desechado por los ancianos, por los principales sacerdotes y por los escribas; y ser muerto, y resucitar después de tres días.
32 Y habló estas palabras abiertamente. Y Pedro, tomándolo a la fuerza, comenzó a reprenderle.
33 Pero él, volviéndose y mirando a sus discípulos, reprendió a Pedro, diciendo: ¡ Quítate de mí, Satanás! porque no pones la mira en las cosas de Dios, sino en las de los hombres.
34 Y llamando a la multitud y a sus discípulos, les dijo: Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, y tome su cruz, y sígame.
35 Porque todo el que quiera salvar su vida, la perderá; y todo el que pierda su vida por causa de mí y del evangelio, éste la salvará.
36 Porque ¿qué aprovechará al hombre si ganare todo el mundo, y perdiere su alma?
37 ¿O qué recompensa dará el hombre por su alma?
38 Así que, el que se avergonzare de mí y de mis palabras en esta generación adúltera y pecadora, el Hijo del Hombre se avergonzará también de él, cuando venga en la gloria de su Padre con los santos ángeles.

CAPÍTULO 9

1Y les dijo: De cierto os digo que hay algunos de los que están aquí, que no gustarán la muerte hasta que hayan visto el reino de Dios venido con poder.
2 Seis días después, Jesús tomó a Pedro, a Jacobo y a Juan, y los llevó aparte, solos, a un monte alto; y se transfiguró delante de ellos.
3 Y sus vestidos se volvieron resplandecientes, muy blancos como la nieve, tanto que ningún lavador en la tierra los puede hacer blancos.
4 Y se les apareció Elías con Moisés, y hablaban con Jesús.
5 Respondiendo Pedro, dijo a Jesús: Maestro, bueno es que nos quedemos aquí; y hagamos tres carpas: una para ti, otra para Moisés, y otra para Elías.
6 Porque no sabía qué decir, pues estaban muy asustados.
7 Y hubo una nube que los cubrió, y salió de la nube una voz que decía: Este es mi Hijo amado; a él oíd.
8 Y de repente, cuando miraron alrededor, ya no vieron a nadie más que a Jesús solo con ellos.
9 Y cuando descendieron del monte, les mandó que a nadie dijesen lo que habían visto, hasta que el Hijo del Hombre resucitase de los muertos.
10 Y guardaron estas palabras en sus corazones, preguntándose unos a otros qué sería aquello de resucitar de entre los muertos.
11 Y le preguntaron, diciendo: ¿Por qué dicen los escribas que es necesario que Elías venga primero?
12 Él, respondiendo, les dijo: A la verdad, Elías vendrá primero, y restaurará todas las cosas; y cómo está escrito del Hijo del Hombre que le es necesario padecer mucho, y ser tenido en nada.
13 Pero os digo que Elías ya vino, y le hicieron todo lo que quisieron, como está escrito de él.
14 Y cuando llegó a sus discípulos, vio una gran multitud alrededor de ellos, y a los escribas disputando con ellos.
15 Y luego todo el pueblo, al verle, se quedó asombrado; y corriendo a él, le saludaron.
16 Y preguntó a los escribas: ¿Qué disputáis con ellos?
17 Y uno de la multitud respondió y dijo: Maestro, traje a ti mi hijo, que tiene un espíritu mudo;
18 Y dondequiera que le toma, le desgarra; y echa espumarajos, y cruje los dientes, y se consume; y dije a tus discípulos que le echasen fuera, pero no pudieron.
19 Respondióle y dijo: ¡ Oh generación incrédula! ¿Hasta cuándo he de estar con vosotros? ¿Hasta cuándo os tengo de soportar? Traédmelo.
20 Y se lo trajeron; y cuando le vio, luego el espíritu le desgarró, y cayendo en tierra, se revolcaba, echando espumarajos.
21 Y preguntó a su padre: ¿Cuánto tiempo hace que esto le aconteció? Y él respondió: De niño.
22 Y muchas veces le echa en el fuego y en el agua para destruirle; pero si puedes hacer algo, ten compasión de nosotros, y ayúdanos.
23 Jesús le dijo: Si puedes creer, al que cree todo le es posible.
24 Y al instante el padre de la muchacha clamó y dijo con lágrimas: Señor, creo; ayuda mi incredulidad.
25 Y viendo Jesús que la multitud se agolpaba, reprendió al espíritu inmundo, diciéndole: Espíritu mudo y sordo, yo te mando, sal de él, y no entres más en él.
26 Y el espíritu clamó y le desgarró mucho, y salió de él; y quedó como muerto; de tal manera que muchos decían: Está muerto.
27 Pero Jesús, tomándole de la mano, le levantó; y él se levantó.
28 Y cuando entró en casa, sus discípulos le preguntaron aparte: ¿Por qué nosotros no pudimos echarle fuera?
29 Y les dijo: Este género con nada puede salir, sino con oración y ayuno.
30 Y partiendo de allí, caminaron por Galilea; y él no quería que nadie lo supiese.
31 Porque enseñaba a sus discípulos, y les decía: El Hijo del Hombre será entregado en manos de hombres, y le matarán; y después de muerto, resucitará al tercer día.
32 Pero ellos no entendían estas palabras, y tenían miedo de preguntarle.
33 Y llegó a Capernaum, y estando en casa, les preguntó: ¿Qué disputabais entre vosotros en el camino?
34 Pero ellos callaron; porque en el camino habían disputado entre sí, quién sería el mayor.
35 Y sentándose, llamó a los doce, y les dijo: Si alguno quiere ser el primero, será el postrero de todos, y el servidor de todos.

36 Y tomó un niño, y lo puso en medio de ellos; y tomándolo en sus brazos, les dijo:
37 El que reciba en mi nombre a uno de estos niños, a mí me recibe; y el que me recibe a mí, no me recibe a mí, sino al que me envió.
38 Y Juan le respondió, diciendo: Maestro, hemos visto a uno que echaba fuera demonios en tu nombre, el cual no nos sigue; y se lo prohibimos, porque no nos sigue.
39 Pero Jesús dijo: No se lo prohibáis; porque nadie hay que haga milagro en mi nombre, que luego pueda decir mal de mí.
40 Porque el que no es contra nosotros, por nosotros es.
41 Porque cualquiera que os diere un vaso de agua en mi nombre, por cuanto sois de Cristo, de cierto os digo que no perderá su recompensa.
42 Y cualquiera que haga tropezar a alguno de estos pequeños que creen en mí, mejor le sería si le ataran al cuello una piedra de molino y lo arrojaran al mar.
43 Y si tu mano te fuere ocasión de caer, córtala; mejor te es entrar manco a la vida, que teniendo dos manos ir al infierno, al fuego que no puede ser apagado.
44 Donde el gusano de ellos no muere, y el fuego nunca se apaga.
45 Y si tu pie te fuere ocasión de caer, córtalo; mejor te es entrar cojo a la vida, que teniendo dos pies ser echado en el infierno, al fuego que no puede ser apagado.
46 Donde el gusano de ellos no muere, y el fuego nunca se apaga.
47 Y si tu ojo te fuere ocasión de caer, sácalo; mejor te es entrar en el reino de Dios con un solo ojo, que teniendo dos ojos ser echado al infierno de fuego.
48 Donde el gusano de ellos no muere, y el fuego nunca se apaga.
49 Porque todos serán salados con fuego, y todo sacrificio será salado con sal.
50 Buena es la sal; pero si la sal se desvaneciere, ¿con qué la sazonaréis? Tened sal en vosotros mismos, y tened paz unos con otros.

CAPÍTULO 10

1 Y levantándose de allí, llegó a los términos de Judea, al otro lado del Jordán; y el pueblo volvió a reunirse con él, y como solía, les enseñaba de nuevo.
2 Y acercándose a él los fariseos, le preguntaron para tentarle: ¿Es lícito al marido repudiar a su mujer?
3 Y él respondió y les dijo: ¿Qué os mandó Moisés?
4 Y ellos dijeron: Moisés permitió escribir carta de divorcio, y repudiarla.
5 Respondió Jesús y les dijo: Por la dureza de vuestro corazón os escribió este mandamiento.
6 Pero desde el principio de la creación, Dios los hizo varón y hembra.
7 Por esto dejará el hombre a su padre y a su madre, y se unirá a su mujer,
8 Y los dos serán una sola carne; así que no son ya más dos, sino una sola carne.
9 Así que lo que Dios juntó, no lo separe el hombre.
10 Y en casa sus discípulos volvieron a preguntarle sobre lo mismo.
11 Y les dijo: Cualquiera que repudia a su mujer y se casa con otra, comete adulterio contra ella.
12 Y si la mujer repudia a su marido y se casa con otro, comete adulterio.
13 Y le trajeron niños para que los tocase; pero sus discípulos reprendieron a los que los presentaban.
14 Viéndolo Jesús, se disgustó mucho, y les dijo: Dejad a los niños venir a mí, y no se lo impidáis; porque de los tales es el reino de Dios.
15 De cierto os digo que el que no reciba el reino de Dios como un niño, no entrará en él.
16 Y tomándolos en los brazos, poniendo las manos sobre ellos, los bendijo.
17 Y al salir él para seguir su camino, vino uno corriendo, e hincando la rodilla delante de él, le preguntó: Maestro bueno, ¿qué haré para heredar la vida eterna?
18 Y Jesús le dijo: ¿Por qué me llamas bueno? Ninguno hay bueno sino uno: Dios.
19 Tú sabes los mandamientos: No cometas adulterio, No mates, No robes, No des falso testimonio, No defraudes, Honra a tu padre y a tu madre.
20 Y él respondió y le dijo: Maestro, todo esto lo he guardado desde mi juventud.
21 Entonces Jesús, mirándole, le amó, y le dijo: Una cosa te falta: anda, vende todo lo que tienes, y dalo a los pobres, y tendrás tesoro en el cielo; luego ven, sígueme tomando tu cruz.
22 Y él, entristecido por esta palabra, se fue triste, porque tenía muchas posesiones.
23 Y Jesús, mirando alrededor, dijo a sus discípulos: ¡Cuán difícilmente entrarán en el reino de Dios los que tienen riquezas!
24 Los discípulos se quedaron atónitos ante sus palabras. Jesús les respondió de nuevo y les dijo: Hijitos, ¡qué difícil les es entrar en el reino de Dios a los que confían en las riquezas!
25 Es más fácil para un camello pasar por el ojo de una aguja, que para un rico entrar en el reino de Dios.
26 Y ellos estaban asombrados en gran manera, y se decían unos a otros: ¿Quién, pues, podrá ser salvo?
27 Entonces Jesús, mirándolos, dijo: Para los hombres es imposible, mas para Dios, no; porque para Dios todas las cosas son posibles.
28 Entonces Pedro comenzó a decirle: He aquí, nosotros lo hemos dejado todo, y te hemos seguido.
29 Respondió Jesús y dijo: De cierto os digo que no hay nadie que haya dejado casa, o hermanos, o hermanas, o padre, o madre, o mujer, o hijos, o tierras, por causa de mí y del evangelio,
30 Pero recibirá cien veces más ahora en este tiempo: casas, hermanos, hermanas, madres, hijos y tierras, con persecuciones; y en el siglo venidero, la vida eterna.
31 Pero muchos primeros serán últimos, y últimos, primeros.
32 Iban subiendo a Jerusalén, y Jesús iba delante de ellos; y ellos se quedaron atónitos, y le siguieron con miedo. Entonces tomó de nuevo a los doce y comenzó a decirles las cosas que le habían de acontecer,
33 diciendo: He aquí subimos a Jerusalén, y el Hijo del Hombre será entregado a los principales sacerdotes y a los escribas, y le condenarán a muerte, y le entregarán a los gentiles;
34 Y le escarnecerán, y le azotarán, y escupirán en él, y le matarán; mas al tercer día resucitará.

35 Y se acercaron a él Jacobo y Juan, hijos de Zebedeo, diciendo: Maestro, querríamos que nos concedas todo lo que te pidamos.
36 Y les dijo: ¿Qué queréis que os haga?
37 Ellos le dijeron: Concédenos que en tu gloria nos sentemos el uno a tu derecha, y el otro a tu izquierda.
38 Pero Jesús les dijo: No sabéis lo que pedís. ¿Podéis beber del vaso que yo bebo, o ser bautizados con el bautismo con que yo soy bautizado?
39 Ellos le respondieron: Podemos. Jesús les dijo: A la verdad, del vaso que yo bebo, beberéis; y con el bautismo con que yo soy bautizado, seréis bautizados.
40 Pero el sentaros a mi derecha y a mi izquierda, no es mío darlo, sino a aquellos para quienes está preparado.
41 Cuando los diez oyeron esto, comenzaron a enojarse mucho contra Jacobo y Juan.
42 Pero Jesús, llamándolos, les dijo: Sabéis que los que son considerados gobernantes de las naciones se enseñorean de ellas, y sus grandes ejercen sobre ellas potestad.
43 Pero entre vosotros no será así, sino que el que quiera hacerse grande entre vosotros será vuestro servidor;
44 Y el que de vosotros quiera ser el primero, será siervo de todos.
45 Porque el Hijo del Hombre no vino para ser servido, sino para servir, y para dar su vida en rescate por muchos.
46 Y llegaron a Jericó; y al salir de Jericó él y sus discípulos, y una gran multitud, Bartimeo, hijo de Timeo, el ciego, estaba sentado junto al camino mendigando.
47 Y cuando oyó que era Jesús Nazareno, comenzó a gritar y a decir: ¡Jesús, Hijo de David, ten misericordia de mí!
48 Y muchos le reprendían para que callase; pero él clamaba mucho más: ¡Hijo de David, ten misericordia de mí!
49 Entonces Jesús se detuvo y mandó llamarle. Y llamaron al ciego, diciéndole: Ten ánimo, levántate, que te llama.
50 Entonces él, arrojando su manto, se levantó y vino a Jesús.
51 Respondió Jesús y le dijo: ¿Qué quieres que te haga? El ciego le respondió: Señor, que recobre la vista.
52 Jesús le dijo: Vete, tu fe te ha salvado. Y al instante recobró la vista, y seguía a Jesús en el camino.

CAPÍTULO 11

1 Cuando llegaron cerca de Jerusalén, de Betfagé y de Betania, al monte de los Olivos, envió dos de sus discípulos,
2 Y les dijo: Id a la aldea que está enfrente de vosotros, y luego entrados en ella hallaréis un pollino atado, en el cual ningún hombre ha montado; desatadlo, y traedlo.
3 Y si alguien os dijere: ¿Por qué hacéis eso?, decid que el Señor lo necesita; y luego lo enviará acá.
4 Y fueron, y hallaron el pollino atado junto a la puerta fuera, en la encrucijada de dos caminos; y lo desataron.
5 Y algunos de los que estaban allí les dijeron: ¿Qué hacéis desatando el pollino?
6 Y les dijeron como Jesús les había mandado; y los dejaron.
7 Y trajeron el pollino a Jesús, y echaron sobre él sus mantos, y se sentó sobre él.
8 Y muchos tendían sus mantos en el camino, y otros cortaban ramas de los árboles, y las tendían en el camino.
9 Y los que iban delante, y los que iban detrás, aclamaban, diciendo: ¡Hosanna! ¡Bendito el que viene en el nombre del Señor!
10 Bendito el reino de nuestro padre David, que viene en el nombre del Señor. ¡Hosanna en las alturas!
11 Y entró Jesús en Jerusalén, y en el templo; y habiendo mirado alrededor todas las cosas, y siendo ya tarde, salió para Betania con los doce.
12 Al día siguiente, cuando ellos vinieron de Betania, tuvo hambre.
13 Y viendo de lejos una higuera que tenía hojas, se acercó a ella, si quizá hallaría algo en ella; y cuando llegó a ella, nada halló sino hojas, porque aún no era el tiempo de las higueras.
14 Respondió Jesús y le dijo: Nunca jamás coma nadie fruto de ti. Y lo oyeron sus discípulos.
15 Y llegaron a Jerusalén; y entró Jesús en el templo, y comenzó a echar fuera a los que vendían y compraban en el templo; y volcó las mesas de los cambistas, y las sillas de los que vendían palomas;
16 Y no permitía que nadie atravesase el templo llevando vaso alguno.
17 Y les enseñaba, diciendo: ¿No está escrito: Mi casa, casa de oración será llamada para todas las naciones? Pero vosotros la habéis hecho cueva de ladrones.
18 Y lo oyeron los escribas y los principales sacerdotes, y buscaban cómo matarle; porque le tenían miedo, pues todo el pueblo estaba admirado de su doctrina.
19 Y cuando llegó la tarde, salió de la ciudad.
20 Y por la mañana, al pasar, vieron que la higuera se había secado desde las raíces.
21 Entonces Pedro, acordándose, le dijo: Maestro, mira, la higuera que maldijiste se ha secado.
22 Respondiendo Jesús, les dijo: Tened fe en Dios.
23 Porque de cierto os digo que cualquiera que dijere a este monte: Quítate y échate en el mar, y no dudare en su corazón, sino creyere que será hecho lo que dice, lo que diga le será hecho.
24 Por tanto, os digo que todo lo que pidiereis orando, creed que lo recibiréis, y os vendrá.
25 Y cuando estéis orando, perdonad, si tenéis algo contra alguno, para que también vuestro Padre que está en los cielos os perdone a vosotros vuestras ofensas.
26 Pero si vosotros no perdonáis, tampoco vuestro Padre que está en los cielos os perdonará vuestras ofensas.
27 Y volvieron a Jerusalén; y mientras él andaba por el templo, vinieron a él los principales sacerdotes, los escribas y los ancianos,
28 Y dile: ¿Con qué autoridad haces estas cosas? ¿Y quién te dio esta autoridad para hacer estas cosas?
29 Respondió Jesús y les dijo: Yo también os haré una pregunta; respondedme, y os diré con qué autoridad hago estas cosas.
30 El bautismo de Juan, ¿era del cielo o de los hombres? Respondedme.
31 Entonces ellos discutían entre sí, diciendo: Si decimos, del cielo, dirá: ¿Por qué, pues, no le creísteis?
32 Pero si decimos, de los hombres, temían al pueblo; porque todos consideraban que Juan era verdaderamente profeta.

33 Respondieron y dijeron a Jesús: No lo sabemos. Respondiendo Jesús, les dijo: Tampoco yo os digo con qué autoridad hago estas cosas.

CAPÍTULO 12

1 Y comenzó a hablarles en parábolas: Un hombre plantó una viña, la rodeó con seto, cavó un lagar, edificó una torre, la arrendó a unos labradores y se fue lejos.
2 Y a su tiempo envió un siervo a los labradores, para que cobrase de ellos parte del fruto de la viña.
3 Y le tomaron, le hirieron y le enviaron con las manos vacías.
4 Y volvió a enviarles otro siervo; pero a éste le arrojaron piedras, y le hirieron en la cabeza, y le enviaron afrentado.
5 Y volvió a enviar otro, y a éste mataron, y a otros muchos; a unos hiriendo, y a otros matando.
6 Y teniendo aún un hijo suyo, amado, les envió también a éste el último, diciendo: Tendrán respeto a mi hijo.
7 Pero aquellos labradores dijeron entre sí: Éste es el heredero; venid, matémosle, y la herencia será nuestra.
8 Y tomándole, le mataron, y le echaron fuera de la viña.
9 ¿Qué, pues, hará el señor de la viña? Vendrá y destruirá a los labradores, y dará su viña a otros.
10 ¿Y no habéis leído esta Escritura: La piedra que desecharon los edificadores Ha venido a ser cabeza del ángulo;
11 Esto fue hecho por el Señor, Y es maravilloso a nuestros ojos.
12 Y procuraban prenderle, pero temían al pueblo, porque sabían que contra ellos había dicho aquella parábola; y dejándole, se fueron.
13 Y le enviaron algunos de los fariseos y de los herodianos, para que le sorprendieran en alguna palabra.
14 Y cuando ellos vinieron, le dijeron: Maestro, sabemos que eres veraz, y que no te cuidas de nadie; porque no miras la apariencia de los hombres, sino que enseñas con verdad el camino de Dios. ¿Es lícito dar tributo a César, o no?
15 ¿Daremos, o no daremos? Pero él, conociendo la hipocresía de ellos, les dijo: ¿Por qué me tentáis? Traedme un denario para que lo vea.
16 Y se la trajeron. Y él les dijo: ¿De quién es esta imagen y esta inscripción? Y ellos le respondieron: De César.
17 Respondiendo Jesús, les dijo: Dad a César lo que es de César, y a Dios lo que es de Dios. Y se maravillaron de él.
18 Entonces vinieron a él los saduceos, que dicen que no hay resurrección, y le preguntaron, diciendo:
19 Maestro, Moisés nos escribió: Si el hermano de alguno muriere y dejare mujer, pero no dejare hijos, que su hermano se case con ella, y levante descendencia a su hermano.
20 Había, pues, siete hermanos; y el primero tomó mujer, y muriendo no dejó descendencia.
21 Y la tomó el segundo, y murió, no dejando descendencia; y lo mismo hizo el tercero.
22 Y los siete la tuvieron, y no dejaron descendencia; al último de todos murió también la mujer.
23 En la resurrección, pues, cuando resuciten, ¿de cuál de ellos será mujer? Porque los siete la tuvieron por mujer.
24 Respondiendo Jesús, les dijo: ¿No erráis por esto, porque ignoráis las Escrituras y el poder de Dios?
25 Porque cuando resuciten de entre los muertos, ni se casarán ni se darán en casamiento, sino serán como los ángeles que están en los cielos.
26Y respecto a que los muertos resucitan, ¿no habéis leído en el libro de Moisés cómo le habló Dios en la zarza, diciendo: Yo soy el Dios de Abraham, el Dios de Isaac y el Dios de Jacob?
27 Él no es Dios de muertos, sino Dios de vivos; por lo cual vosotros erráis enormemente.
28 Y acercándose uno de los escribas, el cual los había oído disputar, y sabía que les había respondido bien, le preguntó: ¿Cuál es el primer mandamiento de todos?
29 Jesús le respondió: El primer mandamiento de todos es: Oye, Israel: El Señor nuestro Dios, el Señor uno es.
30 Y amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente y con todas tus fuerzas. Este es el primer mandamiento.
31 El segundo es semejante a éste: Amarás a tu prójimo como a ti mismo. No hay otro mandamiento mayor que éstos.
32 Y el escriba le dijo: Bien, Maestro, verdad has dicho, que uno es Dios, y no hay otro fuera de él.
33 Y amarle con todo el corazón, con todo el entendimiento, con toda el alma y con todas las fuerzas, y amar al prójimo como a uno mismo, es más que todos los holocaustos y sacrificios.
34 Viendo Jesús que había respondido sabiamente, le dijo: No estás lejos del reino de Dios. Y nadie se atrevió a preguntarle nada más.
35 Respondiendo Jesús, dijo, enseñando en el templo: ¿Cómo dicen los escribas que el Cristo es el Hijo de David?
36 Porque el mismo David dijo por el Espíritu Santo: Dijo el Señor a mi Señor: Siéntate a mi diestra, Hasta que ponga a tus enemigos por estrado de tus pies.
37 David mismo lo llama Señor. ¿De dónde, pues, es su hijo? Y el pueblo lo escuchaba con agrado.
38 Y les decía en su doctrina: Guardaos de los escribas, que gustan de andar con ropas largas, y aman las salutaciones en las plazas,
39 Y las primeras sillas en las sinagogas, y los primeros asientos en las cenas;
40 Que devoran las casas de las viudas, y como pretexto hacen largas oraciones; éstos recibirán mayor condenación.
41 Y Jesús estaba sentado delante del arca de la ofrenda, y miraba cómo el pueblo echaba dinero en el arca; y muchos ricos echaban mucho.
42 Y vino una viuda pobre, y echó allí dos blancas, que son un cuadrante.
43 Y llamando a sus discípulos, les dijo: De cierto os digo que esta viuda pobre echó más que todos los que han echado en el arca;
44 Porque todos echaron de lo que les sobraba, pero ésta, de su pobreza echó todo lo que tenía, todo su sustento.

CAPÍTULO 13

1Y al salir él del templo, uno de sus discípulos le dijo: Maestro, mira qué piedras y qué edificios hay aquí.
2 Respondiendo Jesús, le dijo: ¿ Ves estos grandes edificios? No quedará piedra sobre piedra que no sea derribada.

3 Y estando él sentado en el monte de los Olivos, frente al templo, Pedro, Jacobo, Juan y Andrés le preguntaron aparte:
4 Dinos, ¿cuándo serán estas cosas, y qué señal habrá cuando todas estas cosas hayan de cumplirse?
5 Respondiéndoles Jesús, comenzó a decir: Mirad que nadie os engañe;
6 Porque vendrán muchos en mi nombre, diciendo: Yo soy el Cristo; y a muchos engañarán.
7 Y cuando oigáis de guerras y rumores de guerras, no os turbéis, porque es necesario que sucedan estas cosas; pero aún no será el fin.
8 Porque se levantará nación contra nación, y reino contra reino; y habrá terremotos en muchos lugares, y habrá hambres y alborotos; principios de dolores serán estos.
9 Pero mirad por vosotros mismos, porque os entregarán a los concilios, y seréis azotados en las sinagogas, y seréis llevados ante gobernadores y reyes por causa de mí, para testimonio contra ellos.
10 Y es necesario que el evangelio sea predicado antes a todas las naciones.
11 Mas cuando os traiga para entregaros, no os preocupéis de antemano qué habéis de decir, ni lo penséis; sino hablad lo que os fuere dado en aquella hora; porque no sois vosotros los que habláis, sino el Espíritu Santo.
12 Y el hermano entregará a la muerte al hermano, y el padre al hijo; y los hijos se levantarán contra los padres, y los harán morir.
13 Y seréis aborrecidos de todos por causa de mi nombre; mas el que persevere hasta el fin, éste será salvo.
14 Pero cuando veáis la abominación desoladora de que habló el profeta Daniel, puesta donde no debe estar (el que lee, entienda), entonces los que estén en Judea, huyan a los montes;
15 Y el que esté en la azotea, no descienda a la casa, ni entre en ella para sacar algo de su casa;
16 Y el que esté en el campo, no vuelva atrás a tomar su capa.
17 Pero ¡ay de las que estén encintas, y de las que críen en aquellos días!
18 Orad, pues, que vuestra huida no sea en invierno.
19 Porque aquellos días serán de tribulación cual no la ha habido desde el principio de la creación que Dios creó, hasta este tiempo, ni la habrá.
20 Y si el Señor no hubiese acortado aquellos días, nadie sería salvo; mas por causa de los escogidos que él escogió, acortó aquellos días.
21 Y entonces, si alguno os dijere: Mirad, aquí está el Cristo; o mirad, allí está, no le creáis;
22 Porque se levantarán falsos Cristos y falsos profetas, y harán señales y prodigios, para engañar, si fuere posible, aun a los escogidos.
23 Pero vosotros mirad; he aquí os lo he dicho todo antes.
24 Pero en aquellos días, después de aquella tribulación, el sol se oscurecerá, y la luna no dará su resplandor,
25 Y las estrellas caerán del cielo, y las potencias que están en los cielos serán conmovidas.
26 Y entonces verán al Hijo del Hombre, que vendrá en las nubes con gran poder y gloria.
27 Y entonces enviará sus ángeles, y juntará a sus escogidos de los cuatro vientos, desde el extremo de la tierra hasta el extremo del cielo.
28 De la higuera aprended la parábola: Cuando ya su rama está tierna, y brotan las hojas, sabéis que el verano está cerca.
29 Así también vosotros, cuando veáis que suceden estas cosas, sabed que está cerca, a las puertas.
30 De cierto os digo que no pasará esta generación hasta que todo esto acontezca.
31 El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán.
32 Pero de aquel día y de la hora nadie sabe, ni aun los ángeles que están en el cielo, ni el Hijo, sino el Padre.
33 Mirad, velad y orad; porque no sabéis cuándo será el tiempo.
34 Porque el Hijo del Hombre es como el hombre que yéndose lejos, dejó su casa, y dio autoridad a sus siervos, y a cada uno su obra, y al portero mandó que velase.
35 Velad, pues, porque no sabéis cuándo vendrá el señor de la casa; si al anochecer, o a la medianoche, o al canto del gallo, o a la mañana;
36 No sea que cuando venga de repente, os halle durmiendo.
37 Y lo que a vosotros digo, a todos lo digo: Velad.

CAPÍTULO 14

1 Dos días después era la fiesta de la pascua y de los panes sin levadura; y los principales sacerdotes y los escribas buscaban cómo prenderle con engaño, y entregarle a muerte.
2 Pero ellos dijeron: No en la fiesta, para que no se haga alboroto en el pueblo.
3 Y estando él en Betania, en casa de Simón el leproso, y sentado a la mesa, vino una mujer con un frasco de alabastro con perfume de nardo puro de mucho precio; y quebrando el frasco, lo derramó sobre la cabeza de él.
4 Y hubo algunos que se indignaron dentro de sí, y dijeron: ¿Por qué se hace este desperdicio de perfume?
5Pues podía haberse vendido por más de trescientos denarios y haberse dado a los pobres. Y murmuraban contra ella.
6 Y Jesús dijo: Dejadla; ¿por qué la molestáis? Buena obra me ha hecho.
7 Porque siempre tendréis pobres con vosotros, y cuando queráis les podréis hacer bien; pero a mí no siempre me tendréis.
8 Ella ha hecho lo que podía; se ha anticipado a ungir mi cuerpo para la sepultura.
9 De cierto os digo que dondequiera que se predique este evangelio, en todo el mundo, también se contará lo que ésta ha hecho, para memoria de ella.
10 Y Judas Iscariote, uno de los doce, fue a los principales sacerdotes para entregárselo.
11 Al oírlo, ellos se alegraron y prometieron darle dinero. Y él buscaba la manera de entregarlo.
12 Y el primer día de la fiesta de los panes sin levadura, cuando sacrificaban la pascua, sus discípulos le dijeron: ¿Dónde quieres que vayamos a preparar para que comas la pascua?
13 Y envía dos de sus discípulos, y les dice: Id a la ciudad, y os encontrará un hombre que lleva un cántaro de agua; seguidlo.

14 Y dondequiera que entre, decid al padre de familia de la casa: El Maestro dice: ¿Dónde está el aposento donde he de comer la pascua con mis discípulos?
15 Y os mostrará un gran aposento alto, dispuesto y preparado; preparadnos allí.
16 Y salieron sus discípulos y vinieron a la ciudad, y hallaron como les había dicho; y prepararon la pascua.
17 Y a la tarde vino con los doce.
18 Y mientras estaban sentados mientras comían, Jesús dijo: De cierto os digo que uno de vosotros, que come conmigo, me va a entregar.
19 Y ellos comenzaron a entristecerse, y a decirle uno por uno: ¿Seré yo? Y otro dijo: ¿Seré yo?
20 Y él respondiendo, les dijo: Es uno de los doce, el que moja conmigo en el plato.
21 A la verdad el Hijo del Hombre va, según está escrito de él; pero ¡ay de aquel hombre por quien el Hijo del Hombre es entregado! Bueno le fuera a ese hombre no haber nacido.
22 Y mientras comían, tomó Jesús el pan, y bendijo, y lo partió y les dio, y dijo: Tomad, comed; esto es mi cuerpo.
23 Y tomando una copa, y habiendo dado gracias, les dio; y bebieron de ella todos.
24 Y les dijo: Esto es mi sangre del nuevo pacto, que por muchos es derramada.
25 De cierto os digo que no beberé más del fruto de la vid, hasta aquel día en que lo beba nuevo en el reino de Dios.
26 Y después de cantar el himno, salieron al monte de los Olivos.
27 Y Jesús les dijo: Todos vosotros os escandalizaréis de mí esta noche; porque escrito está: Heriré al pastor, y las ovejas serán dispersadas.
28 Pero después que haya resucitado, iré delante de vosotros a Galilea.
29 Pero Pedro le respondió: Aunque todos se escandalicen, yo no.
30 Y Jesús le dijo: De cierto te digo que hoy, en esta noche, antes que el gallo haya cantado dos veces, me negarás tres veces.
31 Pero él insistía más: Aunque me sea necesario morir contigo, no te negaré. Todos decían lo mismo.
32 Y llegaron a un lugar que se llama Getsemaní; y dijo a sus discípulos: Sentaos aquí, mientras yo oro.
33 Y tomó consigo a Pedro, a Jacobo y a Juan, y comenzó a entristecerse y a angustiarse en gran manera;
34 Y les dijo: Mi alma está muy triste, hasta la muerte; quedaos aquí y velad.
35 Y adelantándose un poco, se postró en tierra, y oró que si fuese posible, pasase de él aquella hora.
36 Y decía: Abba, Padre, todas las cosas son posibles para ti; aparta de mí esta copa; pero no sea lo que yo quiero, sino lo que quieres tú.
37 Y vino, y los halló durmiendo; y dijo a Pedro: Simón, ¿duermes? ¿No has podido velar una hora?
38 Velad y orad, para que no entréis en tentación. El espíritu a la verdad está dispuesto, pero la carne es débil.
39 Y volvió a ir y oró, y dijo las mismas palabras.
40 Y cuando volvió, los halló otra vez durmiendo, porque sus ojos estaban cargados de sueño; y no sabían qué responderle.
41 Y vino la tercera vez, y les dijo: Dormid ya y descansad; basta, la hora ha llegado; he aquí, el Hijo del Hombre es entregado en manos de pecadores.
42 Levantaos, vamos; he aquí, el que me entrega está cerca.
43 Y en seguida, mientras él aún hablaba, vino Judas, uno de los doce, y con él una gran multitud con espadas y palos, de parte de los principales sacerdotes, de los escribas y de los ancianos.
44 Y el que le entregaba les había dado esta señal: Al que yo besare, ése es; tomadle, y llevadle con seguridad.
45 Y luego que llegó, vino luego a él, y dijo: Maestro, Maestro; y le besó.
46 Y le echaron mano, y le prendieron.
47 Y uno de los que estaban allí sacó una espada, e hirió a un siervo del sumo sacerdote, y le cortó la oreja.
48 Respondiendo Jesús, les dijo: ¿Como contra un ladrón habéis salido con espadas y con palos para prenderme?
49 Cada día estaba con vosotros enseñando en el templo, y no me prendisteis; pero es necesario que se cumplan las Escrituras.
50 Y todos le desampararon y huyeron.
51 Y le seguía un joven, cubierto con una sábana; y los jóvenes le echaron mano,
52 Y dejando la sábana, huyó de ellos desnudo.
53 Y llevaron a Jesús ante el sumo sacerdote; y se reunieron con él todos los principales sacerdotes, los ancianos y los escribas.
54 Y Pedro le siguió de lejos hasta dentro del patio del sumo sacerdote; y estaba sentado con los alguaciles, calentándose al fuego.
55 Y los principales sacerdotes y todo el concilio buscaban algún testigo contra Jesús, para entregarle a muerte; pero no lo hallaron.
56 Porque muchos daban falso testimonio contra él, pero sus testimonios no concordaban.
57 Y levantándose algunos, dieron falso testimonio contra él, diciendo:
58 Nosotros le oímos decir: Yo destruiré este templo hecho a mano, y en tres días edificaré otro hecho sin mano.
59 Pero ni aun así concordaban sus testimonios.
60 Entonces el sumo sacerdote se levantó en medio y preguntó a Jesús, diciendo: ¿No respondes nada? ¿Qué es lo que éstos testifican contra ti?
61 Pero él callaba y nada respondía. El sumo sacerdote volvió a preguntarle y le dijo: ¿Eres tú el Cristo, el Hijo del Bendito?
62 Y Jesús le respondió: Yo soy; y veréis al Hijo del Hombre sentado a la diestra del poder de Dios, y viniendo en las nubes del cielo.
63 Entonces el sumo sacerdote rasgó sus vestiduras, y dijo: ¿Qué más necesidad tenemos de testigos?
64 Habéis oído la blasfemia. ¿Qué os parece? Y todos le condenaron a ser reo de muerte.
65 Y algunos comenzaron a escupirle, y a cubrirle el rostro, y a darle de puñetazos, y a decirle: Profetiza. Y los criados le daban bofetadas.
66 Y estando Pedro abajo en el patio, vino una de las criadas del sumo sacerdote,
67 Y cuando vio a Pedro calentándose, mirándole fijamente, dijo: Tú también estabas con Jesús nazareno.
68 Pero él negó, diciendo: No sé, ni entiendo lo que dices. Y saliendo a la entrada, cantó el gallo.
69 Y una criada lo vio otra vez, y comenzó a decir a los que estaban presentes: Éste es de ellos.

70 Pero él lo negó otra vez. Poco después, los que estaban allí dijeron otra vez a Pedro: Verdaderamente tú eres de ellos, pues eres galileo, y tu manera de hablar es congruente.
71 Pero él comenzó a maldecir y a jurar, diciendo: No conozco a este hombre de quien habláis.
72 Y el gallo cantó la segunda vez. Y Pedro se acordó de las palabras que Jesús le había dicho: Antes que el gallo cante dos veces, me negarás tres veces. Y pensando en esto, lloró.

CAPÍTULO 15

1 Muy de mañana, los principales sacerdotes tuvieron consejo con los ancianos, los escribas y todo el concilio; y ataron a Jesús, y le llevaron y le entregaron a Pilato.
2 Y Pilato le preguntó: ¿Eres tú el Rey de los judíos? Y él respondiendo le dijo: Tú lo dices.
3 Y los principales sacerdotes le acusaron de muchas cosas; pero él nada respondió.
4 Y Pilato le volvió a preguntar, diciendo: ¿No respondes nada? Mira cuántas cosas testifican contra ti.
5 Pero Jesús nada respondió aún; de modo que Pilato se maravilló.
6 En la fiesta les soltaba un preso, cualquiera que quisieran.
7 Y había uno llamado Barrabás, que estaba preso con los que se habían rebelado con él, y que en la sedición habían cometido un homicidio.
8 Y la multitud, clamando a grandes voces, comenzó a pedirle que hiciera como siempre había hecho con ellos.
9 Entonces Pilato les respondió, diciendo: ¿Queréis que os suelte al Rey de los judíos?
10 Porque sabía que los principales sacerdotes lo habían entregado por envidia.
11 Pero los principales sacerdotes incitaron al pueblo a que les soltase más bien a Barrabás.
12 Respondió Pilato y les dijo otra vez: ¿Qué, pues, queréis que haga con el que llamáis Rey de los judíos?
13 Y ellos volvieron a gritar: ¡Crucifícale!
14 Entonces Pilato les dijo: ¿Pues qué mal ha hecho? Y ellos gritaban aún más: ¡Crucifícalo!
15 Entonces Pilato, queriendo contentar al pueblo, les soltó a Barrabás, y entregó a Jesús, después de azotarle, para que fuese crucificado.
16 Y los soldados le llevaron al atrio, llamado Pretorio, y convocaron a toda la tropa.
17 Y le vistieron de púrpura, y entretejieron una corona de espinas, y la pusieron sobre su cabeza,
18 Y comenzaron a saludarle: ¡Salve, Rey de los judíos!
19 Y le golpeaban en la cabeza con una caña, y escupían en él, y postrándose le adoraban.
20 Después de haberle escarnecido, le quitaron la púrpura, le pusieron sus propios vestidos y le sacaron para crucificarle.
21 Y obligaron a uno que pasaba, Simón de Cirene, que venía del campo, el padre de Alejandro y de Rufo, a llevar su cruz.
22 Y le llevaron al lugar del Gólgota, que traducido es: Lugar de la Calavera.
23 Y le dieron a beber vino mezclado con mirra; pero él no lo tomó.
24 Y después de haberle crucificado, repartieron sus vestidos, echando suertes sobre ellos para ver qué tomaría cada uno.
25 Era la hora tercera cuando le crucificaron.
26 Y el título de su acusación estaba escrito así: EL REY DE LOS JUDÍOS.
27 Y crucificaron con él a dos ladrones: uno a su derecha, y el otro a su izquierda.
28 Y se cumplió la Escritura que dice: Y fue contado con los inicuos.
29 Y los que pasaban le injuriaban, meneando la cabeza, y diciendo: ¡Ah! tú que derribas el templo, y en tres días lo reedificas,
30 Sálvate a ti mismo, y desciende de la cruz.
31 De esta manera también los principales sacerdotes, burlándose, decían entre sí, con los escribas: A otros salvó, a sí mismo no se puede salvar.
32 El Cristo, Rey de Israel, descienda ahora de la cruz, para que veamos y creamos. Y los que estaban crucificados con él le injuriaban.
33 Y cuando llegó la hora sexta, hubo tinieblas sobre toda la tierra hasta la hora novena.
34 Y a la hora novena, Jesús clamó a gran voz, diciendo: Eloi, Eloi, ¿lama sabactani? que traducido es: Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?
35 Y algunos de los que estaban allí, cuando lo oyeron, dijeron: Mirad, a Elías llama.
36 Y corrió uno, y empapó una esponja de vinagre, y poniéndola en una caña, le dio a beber, diciendo: Deja; veamos si viene Elías a quitarle.
37 Entonces Jesús, clamando a gran voz, exhaló el espíritu.
38 Y el velo del templo se rasgó en dos, de arriba abajo.
39 Y el centurión que estaba delante de él, viendo que había clamado así, y había exhalado el espíritu, dijo: Verdaderamente este hombre era Hijo de Dios.
40 Había también algunas mujeres mirando de lejos: entre las cuales estaban María Magdalena, María la madre de Jacobo el menor y de José, y Salomé.
41 (los cuales también cuando estaba en Galilea, le seguían y le servían; y muchas otras mujeres que habían subido juntamente con él a Jerusalén.
42 Y cuando llegó la tarde, porque era la preparación, es decir, la víspera del día de reposo,
43 Entonces vino José de Arimatea, miembro noble del concilio, que también esperaba el reino de Dios, y entró osadamente a Pilato, y pidió el cuerpo de Jesús.
44 Y Pilato se extrañó de que ya hubiese muerto; y llamando al centurión, le preguntó si hacía ya tiempo que había muerto.
45 Y cuando lo supo el centurión, entregó el cuerpo a José.
46 El cual compró una sábana, y quitándolo, lo envolvió en la sábana, y lo puso en un sepulcro que estaba cavado en una peña, e hizo rodar una piedra a la entrada del sepulcro.
47 Y María Magdalena y María la madre de José veían dónde lo ponían.

CAPÍTULO 16

1 Cuando pasó el sábado, María Magdalena, María la madre de Jacobo, y Salomé, compraron especias aromáticas para ir a ungirle.

2 Y muy de mañana, el primer día de la semana, vinieron al sepulcro, ya salido el sol.
3 Y dijeron entre sí: ¿Quién nos removerá la piedra de la entrada del sepulcro?
4 Y cuando miraron, vieron que la piedra estaba removida, porque era muy grande.
5 Y entrando en el sepulcro, vieron a un joven sentado al lado derecho, cubierto de una larga ropa blanca; y tuvieron miedo.
6 Y les dijo: No os asustéis; buscáis a Jesús Nazareno, el que fue crucificado; ha resucitado, no está aquí; mirad el lugar donde le pusieron.
7 Pero id, decid a sus discípulos, y a Pedro, que él va delante de vosotros a Galilea; allí le veréis, como os dijo.
8 Y ellas, saliendo aprisa, huyeron del sepulcro; porque estaban temblando y espantadas; y no dijeron nada a nadie, porque tenían miedo.
9 Habiendo resucitado Jesús por la mañana, el primer día de la semana, apareció primeramente a María Magdalena, de quien había echado siete demonios.
10 Y ella fue y lo hizo saber a los que habían estado con él, que estaban tristes y llorando.
11 Pero ellos, cuando oyeron que vivía, y que había sido visto por ella, no lo creyeron.
12 Después se apareció en otra forma a dos de ellos que iban de camino, yendo al campo.
13 Y fueron y lo hicieron saber a los otros; pero ninguno de ellos les creyó.
14 Después se apareció a los once, estando ellos sentados a la mesa, y les reprendió por su incredulidad y dureza de corazón, porque no habían creído a los que le habían visto resucitado.
15 Y les dijo: Id por todo el mundo y predicad el evangelio a toda criatura.
16 El que creyere y fuere bautizado, será salvo; mas el que no creyere, será condenado.
17 Y estas señales seguirán a los que creen: En mi nombre echarán fuera demonios; hablarán nuevas lenguas;
18 Tomarán en las manos serpientes, y si bebieren cosa mortífera, no les dañará; sobre los enfermos pondrán sus manos, y sanarán.
19 Y el Señor, después que les habló, fue recibido arriba en el cielo, y se sentó a la diestra de Dios.
20 Y ellos, saliendo, predicaron en todas partes, ayudándoles el Señor y confirmando la palabra con las señales que la seguían. Amén.

Lucas

CAPÍTULO 1

1 Puesto que ya muchos han tratado de poner en orden la historia de las cosas que entre nosotros han sido ciertísimamente creídas,
2 tal como nos lo enseñaron los que desde el principio lo vieron con sus ojos, y fueron ministros de la palabra,
3 Me ha parecido también a mí, después de haber investigado con diligencia todas las cosas desde su origen, escribírtelas por orden, oh excelentísimo Teófilo,
4 para que conozcas la certeza de las cosas en las cuales has sido instruido.
5 Hubo en los días de Herodes, rey de Judea, un sacerdote llamado Zacarías, de la clase de Abías; su mujer era de las hijas de Aarón, y se llamaba Elisabet.
6 Y ambos eran justos delante de Dios, y andaban irreprensibles en todos los mandamientos y ordenanzas del Señor.
7 Y no tenían hijo, porque Elisabet era estéril, y ambos eran ya de avanzada edad.
8 Y aconteció que ejerciendo él el sacerdocio delante de Dios según el orden de su clase,
9 Conforme a la costumbre del sacerdocio, le tocó en suerte quemar el incienso cuando entró en el templo del Señor.
10 Y toda la multitud del pueblo estaba fuera orando a la hora del incienso.
11 Y se le apareció un ángel del Señor de pie a la derecha del altar del incienso.
12 Y cuando Zacarías lo vio, se turbó, y le sobrevino temor.
13 Pero el ángel le dijo: Zacarías, no temas, porque tu oración ha sido oída, y tu mujer Elisabet te dará a luz un hijo, y llamarás su nombre Juan.
14 Y tendrás gozo y alegría, y muchos se alegrarán de su nacimiento.
15 Porque será grande delante del Señor, y no beberá vino ni sidra, y será lleno del Espíritu Santo, aun desde el vientre de su madre.
16 Y convertirá a muchos de los hijos de Israel al Señor su Dios.
17 E irá delante de él con el espíritu y el poder de Elías, para hacer volver los corazones de los padres a los hijos, y de los rebeldes a la prudencia de los justos, para preparar al Señor un pueblo bien dispuesto.
18 Y Zacarías respondió al ángel: ¿En qué conoceré esto? Porque yo soy viejo, y mi mujer es de edad avanzada.
19 Y respondiendo el ángel, le dijo: Yo soy Gabriel, que estoy en la presencia de Dios, y he sido enviado para hablarte y darte estas buenas nuevas.
20 Y he aquí, estarás mudo y no podrás hablar, hasta el día en que esto se cumpla, por cuanto no creíste a mis palabras, las cuales se cumplirán a su tiempo.
21 Y el pueblo estaba esperando a Zacarías, y se maravillaban de que se demorase tanto en el templo.
22 Y cuando salió, no podía hablarles; y comprendieron que había visto una visión en el templo; porque les había hecho señas, y se quedó mudo.
23 Y aconteció que cumplidos los días de su ministerio, regresó a su casa.
24 Después de aquellos días concibió su mujer Elisabet, y se recluyó en casa de su marido por cinco meses, diciendo:
25 Así ha hecho conmigo Jehová en los días que miró para quitar mi afrenta entre los hombres.
26 Y al sexto mes el ángel Gabriel fue enviado por Dios a una ciudad de Galilea, llamada Nazaret,
27 A una virgen desposada con un varón que se llamaba José, de la casa de David; y el nombre de la virgen era María.
28 Y entrando el ángel en donde ella estaba, dijo: ¡Salve, muy favorecida! El Señor es contigo; bendita tú entre las mujeres.
29 Y cuando ella le vio, se turbó por sus palabras, y pensaba qué salutación sería esta.
30 Entonces el ángel le dijo: María, no temas, porque has hallado gracia delante de Dios.
31 Y he aquí, concebirás en tu vientre, y darás a luz un hijo, y llamarás su nombre JESÚS.
32 Este será grande, y será llamado Hijo del Altísimo; y el Señor Dios le dará el trono de David su padre;
33 Y reinará sobre la casa de Jacob para siempre, y su reino no tendrá fin.
34 Entonces María dijo al ángel: ¿Cómo será esto? pues no conozco varón.
35 Respondiendo el ángel, le dijo: El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra; por lo cual también el Santo Ser que nacerá, será llamado Hijo de Dios.
36 Y he aquí tu parienta Elisabet, ella también ha concebido un hijo en su vejez; y este es el sexto mes para ella, la que llamaban estéril.
37 Porque para Dios nada hay imposible.
38 Entonces María dijo: He aquí la esclava del Señor; hágase en mí conforme a tu palabra. Y el ángel se fue de su lado.
39 En aquellos días se levantó María, y fue de prisa a la montaña, a una ciudad de Judá;
40 Y entró en casa de Zacarías, y saludó a Elisabet.
41 Y aconteció que cuando oyó Elisabet la salutación de María, la criatura saltó en su vientre; y Elisabet fue llena del Espíritu Santo.
42 Y exclamó a gran voz, y dijo: Bendita tú entre las mujeres, y bendito el fruto de tu vientre.
43 ¿Y de dónde me viene esto, que la madre de mi Señor venga a mí?
44 Porque he aquí, tan pronto como la voz de tu salutación llegó a mis oídos, la criatura saltó de alegría en mi vientre.
45 Y bienaventurada la que creyó, porque se cumplirán las cosas que le fueron dichas de parte del Señor.
46 Entonces María dijo: Engrandece mi alma al Señor,
47 Y mi espíritu se regocija en Dios mi Salvador.
48 Porque ha mirado la bajeza de su sierva; Pues he aquí, desde ahora me dirán bienaventurada todas las generaciones.
49 Porque me ha hecho grandes cosas el Poderoso, Y su nombre es santo.
50 Y su misericordia es para los que le temen, de generación en generación.
51 Hizo proezas con su brazo; dispersó a los soberbios en el pensamiento de sus corazones.
52 Quitó de los tronos a los poderosos, Y exaltó a los humildes.

53 A los hambrientos colmó de bienes, y a los ricos envió con las manos vacías.
54 Socorrió a Israel su siervo, Acordándose de su misericordia,
55 Como habló a nuestros padres, Para con Abraham y su descendencia para siempre.
56 Y María se quedó con ella unos tres meses, y luego regresó a su casa.
57 A Elisabet se le cumplió el tiempo de dar a luz, y dio a luz un hijo.
58 Y sus vecinos y sus parientes oyeron cómo el Señor había mostrado gran misericordia con ella, y se regocijaron con ella.
59 Y aconteció que al octavo día vinieron para circuncidar al niño, y le pusieron por nombre Zacarías, conforme al nombre de su padre.
60 Respondió su madre y dijo: No; sino que se llamará Juan.
61 Y le dijeron: No hay nadie en tu parentela que se llame con ese nombre.
62 Y le preguntaron por señas a su padre cómo quería que le llamase.
63 Y pidió una tablilla para escribir, y escribió, diciendo: Su nombre es Juan. Y todos se maravillaron.
64 Y al instante fue abierta su boca y desatada su lengua, y habló y bendijo a Dios.
65 Y vino temor sobre todos los que habitaban en sus alrededores; y todas estas cosas se divulgaron por toda la región montañosa de Judea.
66 Y todos los que las oían las guardaban en su corazón, diciendo: ¿Quién será este niño? Y la mano del Señor estaba con él.
67 Y Zacarías su padre fue lleno del Espíritu Santo, y profetizó, diciendo:
68 Bendito sea el Señor Dios de Israel, Porque ha visitado y redimido a su pueblo,
69 Y nos levantó un poderoso Salvador en la casa de David su siervo,
70 Como habló por boca de sus santos profetas que fueron desde el principio:
71 para que seamos salvos de nuestros enemigos, y de la mano de todos los que nos aborrecen;
72 para cumplir la misericordia dada a nuestros padres, y acordarse de su santo pacto;
73 El juramento que hizo a nuestro padre Abraham,
74 Para que nos conceda que, librados de nuestros enemigos, sin temor le sirvamos,
75 En santidad y en justicia delante de él, todos los días de nuestra vida.
76 Y tú, niño, profeta del Altísimo serás llamado, porque irás delante de la faz de Jehová, para preparar sus caminos;
77 para dar a su pueblo el conocimiento de la salvación, por el perdón de sus pecados,
78 Por la entrañable misericordia de nuestro Dios, Con que nos visitó desde lo alto la aurora,
79 Para dar luz a los que habitan en tinieblas y en sombra de muerte, Para encaminar nuestros pies por camino de paz.
80 Y el niño crecía, y se fortalecía en espíritu; y estuvo en lugares desiertos hasta el día de su manifestación a Israel.

CAPÍTULO 2

1 Aconteció en aquellos días, que se promulgó un edicto de parte de Augusto César, que todo el mundo fuese empadronado.
2 Este censo se hizo por primera vez siendo Cirenio gobernador de Siria.
3 E iban todos para ser empadronados, cada uno a su ciudad.
4 Subió también José de Galilea, de la ciudad de Nazaret, a Judea, a la ciudad de David, que se llama Belén; porque era de la casa y familia de David.
5 para ser empadronado con María su mujer, desposada con él, la cual estaba encinta.
6 Y aconteció que estando ellos allí, se cumplieron los días de su alumbramiento.
7 Y dio a luz a su hijo primogénito, y lo envolvió en pañales, y lo acostó en un pesebre, porque no había lugar para ellos en el mesón.
8 Había pastores en la misma región, que velaban y guardaban las vigilias de la noche sobre su rebaño.
9 Y he aquí, se les presentó un ángel de Jehová, y la gloria de Jehová los rodeó de resplandor; y tuvieron gran temor.
10 Y el ángel les dijo: No temáis; porque he aquí os doy nuevas de gran gozo, que será para todo el pueblo.
11 Que os ha nacido hoy, en la ciudad de David, un Salvador, que es CRISTO el Señor.
12 Y esto os servirá de señal: hallaréis al niño envuelto en pañales, acostado en un pesebre.
13 Y repentinamente apareció con el ángel una multitud de las huestes celestiales, que alababan a Dios, y decían:
14 Gloria a Dios en las alturas, y en la tierra paz, buena voluntad para con los hombres.
15 Y aconteció que cuando los ángeles se fueron de ellos al cielo, los pastores se dijeron unos a otros: Pasemos, pues, hasta Belén, y veamos esto que ha sucedido, y que el Señor nos ha manifestado.
16 Y vinieron apresuradamente, y hallaron a María y a José, y al niño acostado en el pesebre.
17 Y cuando lo vieron, divulgaron lo que se les había dicho acerca del niño.
18 Y todos los que lo oyeron, se maravillaron de lo que los pastores les decían.
19 Pero María guardaba todas estas cosas y las meditaba en su corazón.
20 Y volvieron los pastores glorificando y alabando a Dios por todas las cosas que habían oído y visto, como se les había dicho.
21 Y cuando se cumplieron los ocho días para circuncidar al niño, le pusieron por nombre JESÚS, el cual le había sido puesto por el ángel antes que fuese concebido en el vientre.
22 Y cuando se cumplieron los días de su purificación, según la ley de Moisés, le trajeron a Jerusalén para presentarle al Señor;
23 (Como está escrito en la ley del Señor: Todo varón que abra la matriz será llamado santo al Señor);
24 y para ofrecer sacrificio conforme a lo que está dicho en la ley de Jehová: un par de tórtolas, o dos palominos.
25 Y he aquí había en Jerusalén un hombre llamado Simeón, y este hombre, justo y pío, esperaba la consolación de Israel; y el Espíritu Santo estaba sobre él.

26 Y le fue revelado por el Espíritu Santo que no vería la muerte antes que viese al Ungido del Señor.
27 Y movido por el Espíritu, vino al templo; y cuando los padres del niño Jesús lo trajeron al templo, para cumplir con él conforme al rito de la ley,
28 Y tomándole en sus brazos, bendijo a Dios, y dijo:
29 Ahora, Señor, despides a tu siervo en paz, Conforme a tu palabra;
30 Porque han visto mis ojos tu salvación,
31 La cual has preparado en presencia de todos los pueblos;
32 Luz para iluminación de las naciones, y gloria de tu pueblo Israel.
33 Y José y su madre estaban maravillados de las cosas que se decían de él.
34 Y los bendijo Simeón, y dijo a su madre María: He aquí, éste está puesto para caída y para levantamiento de muchos en Israel, y para señal que será contradicha;
35 Y una espada traspasará tu propia alma, para que sean revelados los pensamientos de muchos corazones.
36 También estaba allí una profetisa, Ana, hija de Fanuel, de la tribu de Aser, de edad muy avanzada, pues había vivido con su marido siete años desde su virginidad.
37 Y ella era viuda hacía ochenta y cuatro años, y no se apartaba del templo, sino que servía a Dios de noche y de día con ayunos y oraciones.
38 Y ella, presentándose en la misma hora, daba gracias al Señor, y hablaba de él a todos los que esperaban la redención en Jerusalén.
39 Y habiendo cumplido todo lo prescrito en la ley del Señor, volvieron a Galilea, a su ciudad de Nazaret.
40 Y el niño crecía, y se fortalecía, en espíritu, y se llenaba de sabiduría; y la gracia de Dios era sobre él.
41 Sus padres iban todos los años a Jerusalén para la fiesta de la Pascua.
42 Y cuando tuvo doce años, subieron a Jerusalén conforme a la costumbre de la fiesta.
43 Y cumplidos los días, al volver, el niño Jesús se quedó en Jerusalén; pero José y su madre no lo supieron.
44 Pero ellos, pensando que estaba en la compañía, anduvieron un día de camino, y le buscaron entre los parientes y conocidos.
45 Y como no le hallaron, volvieron a Jerusalén buscándole.
46 Y aconteció que tres días después le hallaron en el templo, sentado en medio de los doctores, oyéndoles y preguntándoles.
47 Y todos los que le oían estaban asombrados de su inteligencia y de sus respuestas.
48 Y cuando le vieron, se maravillaron; y le dijo su madre: Hijo, ¿por qué nos has tratado así? He aquí, tu padre y yo te hemos buscado angustiados.
49 Y él les dijo: ¿Por qué me buscabais? ¿No sabíais que en los negocios de mi Padre me es necesario estar?
50 Pero ellos no entendieron las palabras que les habló.
51 Y descendió con ellos, y vino a Nazaret, y estaba sujeto a ellos; pero su madre guardaba todas estas palabras en su corazón.
52 Y Jesús crecía en sabiduría y en estatura, y en gracia para con Dios y los hombres.

CAPÍTULO 3

1 En el año quince del imperio de Tiberio César, siendo gobernador de Judea Poncio Pilato, y Herodes tetrarca de Galilea, y su hermano Felipe tetrarca de Iturea y de la provincia de Traconite, y Lisanias tetrarca de Abilinia,
2 Siendo sumos sacerdotes Anás y Caifás, vino palabra de Dios a Juan, hijo de Zacarías, en el desierto.
3 Y vino por toda la región contigua al Jordán, predicando el bautismo del arrepentimiento para perdón de pecados;
4 Como está escrito en el libro de las palabras del profeta Isaías, que dice: Voz del que clama en el desierto: Preparad el camino del Señor, Enderezad sus sendas.
5 Todo valle será rellenado, y todo monte y collado será bajado; y lo torcido se enderezará, y los caminos ásperos se allanarán;
6 Y verá toda carne la salvación de Dios.
7Dijo luego a la multitud que salía para ser bautizada por él: ¡Generación de víboras! ¿Quién os enseñó a huir de la ira venidera?
8 Haced, pues, frutos dignos de arrepentimiento, y no comencéis a decir dentro de vosotros mismos: Tenemos a Abraham por padre; porque os digo que Dios puede levantar hijos a Abraham aun de estas piedras.
9 Y ya también el hacha está puesta a la raíz de los árboles; todo árbol pues que no da buen fruto, es cortado y echado al fuego.
10 Y el pueblo le preguntó, diciendo: ¿Qué, pues, haremos?
11 Respondiendo él, les dijo: El que tiene dos túnicas, dé al que no tiene; y el que tiene qué comer, haga lo mismo.
12 Vinieron también unos publicanos para ser bautizados, y le dijeron: Maestro, ¿qué haremos?
13 Y él les dijo: No exigáis más de lo que os está ordenado.
14 Los soldados también le preguntaron, diciendo: ¿Y qué haremos? Y él les respondió: No hagáis extorsión a nadie, ni calumniéis; y contentaos con vuestro salario.
15 Y como el pueblo estaba en expectativa, y todos cavilaban en sus corazones acerca de Juan, si sería él el Cristo, o no;
16 Respondió Juan, diciendo a todos: Yo a la verdad os bautizo en agua, pero viene uno más poderoso que yo, de quien no soy digno de desatar la correa de su calzado; él os bautizará en Espíritu Santo y fuego;
17 Su aventador está en su mano, y limpiará su era; y recogerá el trigo en su granero, y la paja quemará en fuego que nunca se apagará.
18 Y exhortó a muchos otros a que se reunieran en la iglesia.
19 Entonces Herodes el tetrarca, siendo reprendido por él a causa de Herodías, mujer de Felipe su hermano, y por todas las maldades que Herodes había hecho,
20 Añadió además esto sobre todo: encerró a Juan en la cárcel.
21 Aconteció que cuando todo el pueblo se bautizaba, también Jesús fue bautizado; y mientras oraba, el cielo se abrió,
22 Y descendió el Espíritu Santo sobre él en forma corporal, como una paloma, y vino una voz del cielo que decía: Tú eres mi Hijo amado; en ti tengo complacencia.
23 Y Jesús mismo comenzaba a tener unos treinta años, siendo (según se creía) hijo de José, que era hijo de Elí,

24 que fue hijo de Matat, que fue hijo de Leví, que fue hijo de Melqui, que fue hijo de Jana, que fue hijo de José,
25 que fue hijo de Matatías, que fue hijo de Amós, que fue hijo de Naum, que fue hijo de Esli, que fue hijo de Nage,
26 que fue hijo de Maat, que fue hijo de Matatías, que fue hijo de Semei, que fue hijo de José, que fue hijo de Judá,
27 que fue hijo de Juana, que fue hijo de Resa, que fue hijo de Zorobabel, que fue hijo de Salatiel, que fue hijo de Neri,
28 que fue hijo de Melqui, que fue hijo de Adi, que fue hijo de Cosam, que fue hijo de Elmodam, que fue hijo de Er,
29 que fue hijo de José, que fue hijo de Eliezer, que fue hijo de Jorim, que fue hijo de Matat, que fue hijo de Leví,
30 que fue hijo de Simeón, que fue hijo de Judá, que fue hijo de José, que fue hijo de Jonán, que fue hijo de Eliaquim,
31 que fue hijo de Melea, que fue hijo de Mainán, que fue hijo de Matatá, que fue hijo de Natán, que fue hijo de David,
32 que fue hijo de Isaí, que fue hijo de Obed, que fue hijo de Booz, que fue hijo de Salmón, que fue hijo de Naasón,
33 que fue hijo de Aminadab, que fue hijo de Aram, que fue hijo de Esrom, que fue hijo de Fares, que fue hijo de Judá,
34 que fue hijo de Jacob, que fue hijo de Isaac, que fue hijo de Abraham, que fue hijo de Thara, que fue hijo de Nacor,
35 que fue hijo de Saruc, que fue hijo de Ragau, que fue hijo de Phalec, que fue hijo de Heber, que fue hijo de Sala,
36 que fue hijo de Cainán, que fue hijo de Arfaxad, que fue hijo de Sem, que fue hijo de Noé, que fue hijo de Lamec,
37 que fue hijo de Matusalém, que fue hijo de Enoc, que fue hijo de Jared, que fue hijo de Maleleel, que fue hijo de Cainán,
38 El cual fue hijo de Enós, el cual fue hijo de Set, el cual fue hijo de Adán, el cual fue hijo de Dios.

CAPÍTULO 4

1 Y Jesús, lleno del Espíritu Santo, volvió del Jordán, y fue llevado por el Espíritu al desierto,
2 Durante cuarenta días fue tentado por el diablo. Y durante aquellos días no comió nada; pasados los cuales, tuvo hambre.
3 Y le dijo el diablo: Si eres Hijo de Dios, di a esta piedra que se convierta en pan.
4 Y Jesús le respondió y dijo: Escrito está: No sólo de pan vivirá el hombre, sino de toda palabra de Dios.
5 Y el diablo le llevó a un alto monte, y le mostró en un momento todos los reinos del mundo.
6 Y le dijo el diablo: A ti te daré toda esta potestad, y la gloria de ellos; porque a mí me ha sido entregada, y a quien yo quiero la doy.
7 Pues si me adorares, todo será tuyo.
8 Respondió Jesús y le dijo: ¡Quítate de mí, Satanás! Porque escrito está: Al Señor tu Dios adorarás, y a él sólo servirás.
9 Y le llevó a Jerusalén, y le puso sobre el pináculo del templo, y le dijo: Si eres Hijo de Dios, échate de aquí abajo;
10 Porque escrito está: A sus ángeles mandará acerca de ti, que te guarden;
11 Y en sus manos te sostendrán, Para que no tropieces con tu pie en piedra.
12 Respondiendo Jesús, le dijo: Dicho está: No tentarás al Señor tu Dios.
13 Y cuando el diablo hubo acabado toda tentación, se apartó de él por un tiempo.
14 Y Jesús volvió en el poder del Espíritu a Galilea, y su fama se difundió por toda la tierra de alrededor.
15 Y enseñaba en las sinagogas de ellos, y era glorificado por todos.
16 Y vino a Nazaret, donde se había criado; y el día de reposo entró en la sinagoga, conforme a su costumbre, y se levantó a leer.
17 Y le fue entregado el libro del profeta Isaías; y cuando abrió el libro, halló el lugar donde estaba escrito:
18 El Espíritu del Señor está sobre mí, Por cuanto me ha ungido para dar buenas nuevas a los pobres, Me ha enviado a sanar a los quebrantados de corazón, A pregonar libertad a los cautivos, Y vista a los ciegos, A poner en libertad a los oprimidos,
19 Para predicar el año agradable del Señor.
20 Y enrollando el libro, lo dio al ministro, y se sentó; y los ojos de todos en la sinagoga estaban fijos en él.
21 Y comenzó a decirles: Hoy se ha cumplido esta Escritura delante de vosotros.
22 Y todos daban testimonio de él, y estaban maravillados de las palabras de gracia que salían de su boca, y decían: ¿No es éste el hijo de José?
23 Y les dijo: Sin duda me diréis este refrán: Médico, cúrate a ti mismo. De tantas cosas que oímos que se han hecho en Capernaum, haz también aquí en tu tierra.
24 Y él dijo: De cierto os digo que ningún profeta es acepto en su propia tierra.
25 Pero en verdad os digo que muchas viudas había en Israel en los días de Elías, cuando el cielo fue cerrado por tres años y seis meses, y hubo una gran hambre en toda la tierra;
26 Pero a ninguna de ellas fue enviado Elías, sino a una mujer viuda de Sarepta de Sidón.
27 Y muchos leprosos había en Israel en tiempo del profeta Eliseo; pero ninguno de ellos fue limpiado, sino Naamán el sirio.
28 Y todos en la sinagoga, al oír estas cosas, se llenaron de ira,
29 Y levantándose, le echaron fuera de la ciudad, y le llevaron hasta la cumbre del monte sobre el cual estaba edificada la ciudad de ellos, para despeñarle.
30 Pero él, pasando por en medio de ellos, se fue,
31 Y descendió a Capernaum, ciudad de Galilea, y les enseñaba en los días de reposo.
32 Y estaban asombrados de su doctrina, porque su palabra era con poder.
33 Y había en la sinagoga un hombre que tenía un espíritu de demonio inmundo, y gritó a gran voz,
34Dijo: Déjanos. ¿Qué tienes con nosotros, Jesús Nazareno? ¿Has venido a destruirnos? Yo sé quién eres: el Santo de Dios.
35 Jesús le reprendió, diciendo: Cállate, y sal de él. Y el demonio, derribándole en medio, salió de él, y no le hizo daño.
36 Y todos estaban atónitos, y hablaban entre sí, diciendo: ¿Qué palabra es ésta! Porque con autoridad y poder manda a los espíritus inmundos, y salen.

37 Y su fama se difundió por todos los lugares de la región de alrededor.
38 Y levantándose de la sinagoga, entró en casa de Simón. Y la suegra de Simón estaba con una gran fiebre; y le rogaron por ella.
39 Y poniéndose sobre ella, reprendió a la fiebre, y la fiebre la dejó; y ella se levantó al instante, y les servía.
40 Y cuando el sol se puso, todos los que tenían enfermos de diversas enfermedades los trajeron a él; y él poniendo las manos sobre cada uno de ellos, los sanó.
41 Y salían también demonios de muchos, dando voces y diciendo: Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios. Pero Jesús, reprendiéndolos, no les dejaba hablar, porque sabían que él era el Cristo.
42 Y cuando fue de día, salió y se fue a un lugar desierto; y el pueblo le buscaba; y vinieron a él, y le detuvieron, para que no se apartase de ellos.
43 Y les dijo: También a otras ciudades me es necesario predicar el reino de Dios; porque para esto he sido enviado.
44 Y predicaba en las sinagogas de Galilea.

CAPÍTULO 5

1 Aconteció que estando Jesús junto al lago de Genesaret, el gentío se agolpaba sobre él para oír la palabra de Dios.
2 Y vio dos barcas que estaban cerca de la orilla del lago; y los pescadores, habiendo descendido de ellas, lavaban sus redes.
3 Y entrando en una de las barcas, la cual era de Simón, le rogó que la apartase de tierra un poco; y sentándose, enseñaba desde la barca a la multitud.
4Cuando terminó de hablar, dijo a Simón: Boga mar adentro, y echad vuestras redes para pescar.
5 Y respondiéndole Simón, le dijo: Maestro, toda la noche hemos estado trabajando, y nada hemos pescado; mas en tu palabra echaré la red.
6 Y cuando hicieron esto, encerraron una gran multitud de peces, y su red se rompió.
7 Entonces hicieron señas a los compañeros que estaban en la otra barca, para que vinieran a ayudarlos. Y vinieron, y llenaron ambas barcas, de tal manera que comenzaban a hundirse.
8 Viéndolo Simón Pedro, cayó de rodillas ante Jesús, diciendo: Apártate de mí, Señor, porque soy hombre pecador.
9 Porque él y todos los que con él estaban estaban asombrados por la pesca que habían hecho;
10 Lo mismo sucedió con Jacobo y Juan, hijos de Zebedeo, que eran compañeros de Simón. Y Jesús dijo a Simón: No temas; desde ahora serás pescador de hombres.
11 Y cuando llevaron las barcas a tierra, dejándolo todo, le siguieron.
12 Y aconteció que estando él en una ciudad, he aquí un hombre lleno de lepra, el cual, viendo a Jesús, se postró sobre el rostro, y le rogó, diciendo: Señor, si quieres, puedes limpiarme.
13 Y extendiendo él la mano, le tocó, diciendo: Quiero; sé limpio. Y al instante la lepra le desapareció.
14 Y le mandó que no lo dijese a nadie; sino ve, muéstrate al sacerdote, y ofrece por tu purificación, como mandó Moisés, para testimonio a ellos.
15 Pero su fama se divulgaba mucho más, y grandes multitudes se reunían para oírle, y para que los sanase de sus enfermedades.
16 Y se apartaba al desierto, y oraba.
17 Aconteció un día, que él estaba enseñando, y estaban sentados los fariseos y doctores de la ley, los cuales habían venido de todas las aldeas de Galilea, y de Judea y Jerusalén; y el poder del Señor estaba presente para sanarlos.
18 Y he aquí unos hombres que traían en una camilla a un hombre paralítico; y buscaban cómo meterle y ponerle delante de él.
19 Y como no hallaban cómo introducirle a causa de la multitud, subieron al terrado, y por el tejado le bajaron con la camilla, poniéndole en medio, delante de Jesús.
20 Y al ver la fe de ellos, le dijo: Hombre, tus pecados te son perdonados.
21 Entonces los escribas y los fariseos comenzaron a cavilar, diciendo: ¿Quién es éste que habla blasfemias? ¿Quién puede perdonar pecados, sino sólo Dios?
22 Mas Jesús, conociendo sus pensamientos, respondiendo, les dijo: ¿Qué caviláis en vuestros corazones?
23 ¿Qué es más fácil, decir: Tus pecados te son perdonados, o decir: Levántate y anda?
24 Pues para que sepáis que el Hijo del Hombre tiene poder en la tierra para perdonar pecados, (dijo al paralítico): A ti te digo: Levántate, toma tu lecho, y vete a tu casa.
25 Y al instante se levantó en presencia de ellos, y tomó la cama en que estaba acostado, y se fue a su casa, glorificando a Dios.
26 Y todos estaban atónitos, y glorificaban a Dios; y se llenaron de temor, y decían: Hemos visto maravillas hoy.
27 Después de estas cosas salió, y vio a un publicano llamado Leví, sentado al banco de los tributos públicos, y le dijo: Sígueme.
28 Y dejándolo todo, se levantó y le siguió.
29 Y Leví le hizo un gran banquete en su casa, y había grande compañía de publicanos y de otros, que estaban a la mesa con ellos.
30 Pero los escribas y los fariseos murmuraban contra sus discípulos, diciendo: ¿Por qué coméis y bebéis con publicanos y pecadores?
31 Respondiendo Jesús, les dijo: Los que están sanos no tienen necesidad de médico, sino los enfermos.
32 No he venido a llamar a justos, sino a pecadores al arrepentimiento.
33 Y le dijeron: ¿Por qué los discípulos de Juan ayunan muchas veces y hacen oraciones, y asimismo los discípulos de los fariseos, pero los tuyos comen y beben?
34 Y les dijo: ¿Podéis hacer que los que están de bodas ayunen, mientras el esposo está con ellos?
35 Pero vendrán días cuando el esposo les será quitado; y entonces ayunarán en aquellos días.
36 Y les refirió también una parábola: Nadie pone remiendo de vestido nuevo en vestido viejo; de otra manera, el nuevo se rompe, y el remiendo tomado del nuevo no armoniza con el viejo.
37 Y nadie echa vino nuevo en odres viejos; de otra manera, el vino nuevo romperá los odres, y se derramará, y los odres se perderán.
38 Pero el vino nuevo en odres nuevos hay que echarlo, y así lo uno y lo otro se conservan.

39 Ninguno que bebe vino añejo quiere luego el nuevo, porque dice: El añejo es mejor.

CAPÍTULO 6

1 Aconteció que el segundo día de reposo después del primero, Jesús pasaba por unos sembrados, y sus discípulos arrancaban espigas, y comían, restregándolas con las manos.
2 Y algunos de los fariseos les dijeron: ¿Por qué hacéis lo que no es lícito hacer en los días de reposo?
3 Respondiéndoles Jesús, dijo: ¿Ni aun esto habéis leído, lo que hizo David, cuando él y los que con él estaban tuvieron hambre?
4 cómo entró en la casa de Dios, y tomó los panes de la proposición, y comió, y dio también a los que estaban con él; los cuales no es lícito comer sino a solos los sacerdotes?
5 Y les dijo: El Hijo del Hombre es Señor aun del sábado.
6 Aconteció también en otro día de reposo, que Jesús entró en la sinagoga y enseñaba; y había allí un hombre que tenía seca la mano derecha.
7 Y los escribas y los fariseos le acechaban para ver si en el día de reposo lo sanaría, a fin de hallar de qué acusarle.
8 Pero él, conociendo los pensamientos de ellos, dijo al hombre que tenía la mano seca: « Levántate y ponte en medio». Y él se levantó y se puso en medio.
9 Entonces Jesús les dijo: Os voy a preguntar una cosa: ¿Es lícito en los días de reposo hacer bien, o hacer mal? ¿Salvar la vida, o quitarla?
10 Y mirándolos a todos alrededor, dijo al hombre: Extiende tu mano. Y él lo hizo así, y su mano le fue restaurada sana como la otra.
11 Y se llenaron de furor, y hablaban entre sí qué podrían hacer contra Jesús.
12 Aconteció en aquellos días, que él fue al monte a orar, y pasó la noche orando a Dios.
13 Y cuando era de día, llamó a sus discípulos, y escogió a doce de ellos, a los cuales también llamó apóstoles;
14 Simón, a quien también llamó Pedro, y Andrés su hermano, Jacobo y Juan, Felipe y Bartolomé,
15 Mateo, Tomás, Jacobo hijo de Alfeo, Simón llamado Zelote,
16 y Judas hermano de Jacobo, y Judas Iscariote, el que también fue el traidor.
17 Y descendió con ellos, y se detuvo en un lugar llano, en compañía de sus discípulos, y una gran multitud de pueblo de toda Judea, de Jerusalén, y de la costa de Tiro y de Sidón, que habían venido para oírle y para ser sanados de sus enfermedades.
18 Y los que habían sido atormentados por espíritus inmundos, y eran sanados.
19 Y toda la multitud procuraba tocarle; porque de él salía poder y sanaba a todos.
20 Y alzando los ojos hacia sus discípulos, decía: Bienaventurados vosotros los pobres, porque vuestro es el reino de Dios.
21 Bienaventurados los que ahora tenéis hambre, porque seréis saciados. Bienaventurados los que ahora lloráis, porque reiréis.
22 Bienaventurados seréis cuando los hombres os aborrezcan, y os aparten de sí, y os vituperen, y desechen vuestro nombre como malo, por causa del Hijo del Hombre.
23 Gozaos en aquel día y saltad de gozo, porque he aquí vuestro galardón es grande en los cielos; porque así hacían sus padres con los profetas.
24 ¡Mas ay de vosotros, los ricos! porque ya tenéis vuestro consuelo.
25 ¡Ay de vosotros los que estáis saciados! porque tendréis hambre. ¡Ay de vosotros los que ahora reís! porque lamentaréis y lloraréis.
26 ¡Ay de vosotros, cuando todos los hombres hablen bien de vosotros! porque así hacían sus padres con los falsos profetas.
27 Pero a vosotros los que oís, os digo: Amad a vuestros enemigos, haced bien a los que os aborrecen,
28 Bendecid a los que os maldicen, y orad por los que os ultrajan.
29 Y a cualquiera que te hiera en una mejilla, preséntale también la otra; y a cualquiera que te quite la capa, no le impidas tomar también la túnica.
30 A cualquiera que te pida, dale; y al que tome lo que es tuyo, no le pidas que te lo devuelva.
31 Y como queréis que hagan los hombres con vosotros, así también haced vosotros con ellos.
32 Porque si amáis a los que os aman, ¿qué mérito tenéis? Porque también los pecadores aman a los que los aman.
33 Y si hacéis bien a los que os hacen bien, ¿qué mérito tenéis? Porque también los pecadores hacen lo mismo.
34 Y si prestáis a aquellos de quienes esperáis recibir, ¿qué mérito tenéis? Porque también los pecadores prestan a los pecadores, para recibir otro tanto.
35 Amad, pues, a vuestros enemigos, y haced bien, y prestad, no esperando de ello nada; y será vuestra recompensa grande, y seréis hijos del Altísimo, porque él es benigno para con los ingratos y malos.
36 Sed, pues, misericordiosos, como también vuestro Padre es misericordioso.
37 No juzguéis, y no seréis juzgados; no condenéis, y no seréis condenados; perdonad, y seréis perdonados.
38 Dad, y se os dará; medida buena, apretada, remecida y rebosando darán en vuestro regazo; porque con la misma medida con que medís, os volverán a medir.
39 Y les refirió una parábola: ¿Acaso puede un ciego guiar a otro ciego? ¿No caerán ambos en el hoyo?
40 El discípulo no es superior a su maestro; mas todo aquel que fuere perfeccionado, será como su maestro.
41 ¿Y por qué miras la paja que está en el ojo de tu hermano, y no echas de ver la viga que está en tu propio ojo?
42 ¿O cómo puedes decir a tu hermano: Hermano, déjame sacar la paja que está en tu ojo, cuando tú mismo no miras la viga que está en tu propio ojo? Hipócrita, saca primero la viga de tu propio ojo, y entonces verás bien para sacar la paja que está en el ojo de tu hermano.
43 Porque no es buen árbol el que da fruto malo, ni árbol malo el que da fruto bueno.
44 Porque cada árbol se conoce por su fruto; pues no se recogen higos de los espinos, ni se recogen uvas de las zarzas.
45 El hombre bueno, del buen tesoro de su corazón saca lo bueno; y el hombre malo, del mal tesoro de su corazón saca lo malo; porque de la abundancia del corazón habla la boca.
46 ¿Y por qué me llamáis: Señor, Señor, y no hacéis lo que yo digo?

47 Todo aquel que viene a mí y oye mis palabras y las hace, os indicaré a quién es semejante:
48Semejante es al hombre que al edificar una casa, cavó ahondó, y puso el fundamento sobre la roca; y cuando vino una inundación, el río dio con ímpetu contra aquella casa, pero no la pudo mover, porque estaba fundada sobre la roca.
49 Pero el que oye y no hace, es semejante al hombre que edificó su casa sobre tierra, sin fundamento; contra la cual el río dio con ímpetu, y luego cayó; y fue grande la ruina de aquella casa.

CAPÍTULO 7

1Y cuando hubo acabado todas sus palabras al pueblo que lo oía, entró en Capernaúm.
2 Y el siervo de un centurión, a quien éste quería mucho, estaba enfermo y a punto de morir.
3 Y cuando oyó hablar de Jesús, le envió los ancianos de los judíos, rogándole que viniese y sanase a su siervo.
4 Y cuando vinieron a Jesús, le rogaron con insistencia, diciendo: Él era digno de que se le hiciera esto;
5 Porque ama a nuestra nación, y nos edificó una sinagoga.
6 Entonces Jesús fue con ellos. Y cuando ya no estaban lejos de la casa, el centurión le envió amigos, diciéndole: Señor, no te molestes, porque no soy digno de que entres bajo mi techo.
7 Por lo cual ni aun me tuve por digno de venir a ti; pero di la palabra, y mi criado sanará.
8 Porque también yo soy hombre puesto bajo autoridad, y tengo bajo mis órdenes soldados; y digo a éste: Ve, y va; y al otro: Ven, y viene; y a mi siervo: Haz esto, y lo hace.
9 Oyendo Jesús esto, se maravilló de él, y volviéndose, dijo a la multitud que le seguía: Os digo que ni aun en Israel he hallado una fe tan grande.
10 Y al regresar a casa los que habían sido enviados, hallaron sano al siervo que había estado enfermo.
11 Aconteció después, que él iba a la ciudad que se llama Naín, e iban con él muchos de sus discípulos, y una gran multitud.
12 Y cuando llegó cerca de la puerta de la ciudad, he aquí que llevaban fuera a un difunto, hijo único de su madre, la cual era viuda; y había con ella mucha gente de la ciudad.
13 Y cuando el Señor la vio, tuvo compasión de ella, y le dijo: No llores.
14 Y acercándose, tocó el féretro; y los que lo llevaban se detuvieron. Y dijo: Joven, a ti te digo, levántate.
15 Entonces el que había muerto se incorporó y comenzó a hablar; y lo entregó a su madre.
16 Y todos tuvieron temor, y glorificaban a Dios, diciendo: Un gran profeta se ha levantado entre nosotros, y que Dios ha visitado a su pueblo.
17 Y se difundió su fama por toda Judea, y por toda la provincia de alrededor.
18 Y los discípulos de Juan le contaron todas estas cosas.
19 Y llamando Juan a dos de sus discípulos, los envió a Jesús, diciendo: ¿Eres tú aquel que había de venir, o esperaremos a otro?
20 Y cuando los hombres vinieron a él, dijeron: Juan el Bautista nos ha enviado a ti, para preguntarte: ¿Eres tú aquel que había de venir, o esperaremos a otro?
21 Y en aquella misma hora sanó a muchos de enfermedades y plagas, y de espíritus malos; y a muchos ciegos les dio la vista.
22 Respondiendo Jesús, les dijo: Id y contad a Juan las cosas que habéis visto y oído: los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos quedan limpios, los sordos oyen, los muertos son resucitados y a los pobres se les anuncia el evangelio.
23 Y bienaventurado es el que no halle tropiezo en mí.
24 Cuando se fueron los mensajeros de Juan, comenzó a hablar de Juan al pueblo: ¿Qué salisteis a ver al desierto? ¿Una caña sacudida por el viento?
25 ¿Qué salisteis a ver? ¿A un hombre vestido de ropa delicada? He aquí, los que están vestidos con esplendor y viven en deleites, en los palacios de los reyes están.
26 ¿Qué salisteis a ver? ¿Un profeta? Os digo que sí, y mucho más que profeta.
27 Éste es de quien está escrito: He aquí, yo envío mi mensajero delante de tu faz, El cual preparará tu camino delante de ti.
28 Porque os digo que entre los nacidos de mujer, no hay mayor profeta que Juan el Bautista; pero el más pequeño en el reino de Dios, mayor es que él.
29 Y todo el pueblo que le oyó, y los publicanos, justificaron a Dios, bautizándose con el bautismo de Juan.
30 Pero los fariseos y los intérpretes de la ley desecharon el consejo de Dios contra sí mismos, no siendo bautizados por él.
31 Y dijo Jehová: ¿A qué, pues, compararé los hombres de esta generación? ¿Y a qué son semejantes?
32 Son semejantes a los muchachos que se sientan en la plaza, y se llaman unos a otros, y dicen: Os tocamos flauta, y no bailasteis; os endechamos, y no llorasteis.
33 Porque vino Juan el Bautista, que ni comía pan ni bebía vino, y decís: Demonio tiene.
34 Vino el Hijo del Hombre, que come y bebe, y decís: He aquí un hombre comilón y bebedor de vino, amigo de publicanos y de pecadores.
35 Pero la sabiduría es justificada por todos sus hijos.
36 Uno de los fariseos le rogó que comiera con él. Y entrando en casa del fariseo, se sentó a la mesa.
37 Y he aquí una mujer que había sido pecadora en la ciudad, al saber que Jesús estaba a la mesa en casa del fariseo, trajo un frasco de alabastro con perfume,
38 Y estando detrás de él a sus pies, llorando, comenzó a regar con lágrimas sus pies, y los enjugaba con sus cabellos; y besaba sus pies, y los ungía con el perfume.
39 Cuando vio esto el fariseo que le había convidado, dijo para sí: Este, si fuera profeta, conocería quién y qué clase de mujer es la que le toca, que es pecadora.
40 Respondiendo Jesús, le dijo: Simón, una cosa tengo que decirte. Y él dijo: Di, Maestro.
41 Había un acreedor que tenía dos deudores: uno le debía quinientos denarios, y el otro cincuenta.
42 Y como no tenían con qué pagar, les perdonó a ambos. Dime, pues, ¿cuál de ellos le amará más?
43 Respondió Simón y dijo: Pienso que aquel a quien perdonó más. Y le dijo: Rectamente has juzgado.
44 Y volviéndose hacia la mujer, dijo a Simón: ¿Ves esta mujer? Entré en tu casa, y no me diste agua para mis pies; pero ésta ha regado mis pies con lágrimas, y los ha enjugado con sus cabellos.

45 No me diste beso; pero ésta, desde que entré, no ha cesado de besar mis pies.
46 No ungiste mi cabeza con aceite, pero ésta ha ungido con ungüento mis pies.
47 Por lo cual te digo que sus muchos pecados le son perdonados, porque amó mucho; pero a quien se le perdona poco, poco ama.
48 Y le dijo: Tus pecados te son perdonados.
49 Y los que estaban sentados juntamente a la mesa, comenzaron a decir entre sí: ¿Quién es éste, que también perdona pecados?
50 Y dijo a la mujer: Tu fe te ha salvado; ve en paz.

CAPÍTULO 8

1 Aconteció después, que Jesús recorría todas las ciudades y aldeas, predicando y anunciando el evangelio del reino de Dios; y los doce estaban con él,
2 Y algunas mujeres que habían sido sanadas de espíritus malos y de enfermedades: María, que se llamaba Magdalena, de la que habían salido siete demonios,
3 y Juana, mujer de Chuza intendente de Herodes, y Susana, y otras muchas que le servían de sus bienes.
4 Y juntándose una gran multitud, los que de todas las ciudades venían a él, les dijo una parábola:
5 El sembrador salió a sembrar su semilla; y mientras sembraba, una parte cayó junto al camino, y fue hollada, y las aves del cielo la comieron.
6 Y parte cayó sobre una piedra; y después que brotó, se secó, porque le faltaba humedad.
7 Y parte cayó entre espinos; y los espinos crecieron junto con ella, y la ahogaron.
8 Y otra parte cayó en buena tierra, y nació, y llevó fruto a ciento por uno. Y habiendo dicho esto, clamó: El que tiene oídos para oír, oiga.
9 Y sus discípulos le preguntaron, diciendo: ¿Qué significa esta parábola?
10 Y dijo: A vosotros os es dado saber los misterios del reino de Dios; pero a los otros en parábolas, para que viendo no vean, y oyendo no entiendan.
11 La parábola es ésta: La semilla es la palabra de Dios.
12 Y los de junto al camino son los que oyen, pero luego viene el diablo y quita de su corazón la palabra, para que no crean y se salven.
13 Y los de sobre la piedra son los que habiendo oído, reciben la palabra con gozo; pero éstos no tienen raíces; creen a tiempo, y en el tiempo de la prueba se apartan.
14 Y la que cayó entre espinos, éstos son los que oyen, y yéndose, son ahogados por los afanes y las riquezas y los placeres de esta vida, y no llevan fruto.
15 Mas la que en buena tierra, éstos son los que con corazón bueno y recto retienen la palabra oída, y dan fruto con perseverancia.
16 Nadie que enciende una lámpara la cubre con una vasija, ni la pone debajo de la cama, sino que la pone sobre un candelero para que los que entren vean la luz.
17 Porque no hay nada oculto que no haya de ser manifestado, ni secreto que no haya de ser descubierto y conocido.
18 Mirad, pues, cómo oís; porque a todo el que tiene, se le dará, y a todo el que no tiene, aun lo que cree tener se le quitará.
19 Entonces vinieron a él su madre y sus hermanos; pero no pudieron acercarse a él a causa de la multitud.
20 Y le fue dado aviso, diciendo: Tu madre y tus hermanos están afuera, y desean verte.
21 Y él respondió y les dijo: Mi madre y mis hermanos son estos que oyen la palabra de Dios, y la hacen.
22 Aconteció un día que entró en una barca con sus discípulos, y les dijo: Pasemos al otro lado del lago. Y partieron.
23 Pero mientras ellos navegaban, él se durmió; y se desató en el lago una tempestad de viento, y se anegaron de agua, y peligraron.
24 Y vinieron a él y le despertaron, diciendo: ¡Maestro, Maestro, que perecemos! Entonces él se levantó y reprendió al viento y a la tempestad de las aguas; y cesaron, y se hizo bonanza.
25 Y les dijo: ¿Dónde está vuestra fe? Y ellos, atemorizados, se preguntaban unos a otros: ¿Quién es éste, que aun a los vientos y a las aguas manda, y le obedecen?
26 Y llegaron a la tierra de los gadarenos, que está frente a Galilea.
27 Y al salir él a tierra, le salió al encuentro, de la ciudad, un hombre que hacía mucho tiempo que tenía demonios, y no vestía ropa, ni moraba en casa, sino en los sepulcros.
28 Cuando vio a Jesús, lanzó un grito y se postró a sus pies, y a gran voz dijo: ¿Qué tengo yo que ver contigo, Jesús, Hijo del Dios Altísimo? Te ruego que no me atormentes.
29 Porque había mandado al espíritu inmundo que saliese del hombre, el cual muchas veces se había apoderado de él; y lo tenían atado con cadenas y grillos; mas rompiendo las cadenas, era impelido por el demonio al desierto.
30 Y Jesús le preguntó, diciendo: ¿Cómo te llamas? Y él dijo: Legión. Porque muchos demonios habían entrado en él.
31 Y le rogaron que no les mandase ir a lo profundo.
32 Y había allí una piara de muchos cerdos paciendo en el monte; y le rogaron que los dejase entrar en ellos. Y les dejó.
33 Entonces los demonios, saliendo del hombre, entraron en los cerdos; y el hato se precipitó por un despeñadero al lago, y se ahogó.
34 Y los que los apacentaban, viendo lo que había sucedido, huyeron, y fueron y dieron aviso en la ciudad y por los campos.
35 Entonces salieron a ver lo que había sucedido; y vinieron a Jesús, y hallaron al hombre de quien habían salido los demonios, sentado a los pies de Jesús, vestido, y en su cabal juicio; y tuvieron miedo.
36 Y los que lo vieron, les contaron cómo fue sanado el endemoniado.
37 Entonces toda la multitud de la tierra de los gadarenos en derredor le rogaron que se fuera de ellos; porque estaban llenos de gran temor. Entonces él subió a la barca y regresó.
38 Y el hombre de quien habían salido los demonios le rogaba que le dejase estar con él; pero Jesús le despidió, diciendo:
39 Vuelve a tu casa y cuenta cuán grandes cosas ha hecho Dios contigo. Y él se fue, publicando por toda la ciudad cuán grandes cosas había hecho Jesús con él.
40 Y aconteció que cuando Jesús volvió, la multitud le recibió con gozo, porque todos le esperaban.

41 Y he aquí, vino un hombre llamado Jairo, el cual era principal de la sinagoga, y postrándose a los pies de Jesús, le rogaba que entrase en su casa;
42 Porque tenía una hija única, como de doce años, que se estaba muriendo. Y mientras iba, la multitud lo apretujaba.
43 Y una mujer que hacía doce años que padecía un flujo de sangre, y que había gastado en médicos todo cuanto tenía, y por ninguno había podido ser curada,
44 Se acercó a él por detrás y tocó el borde de su manto; y al instante se detuvo el flujo de su sangre.
45 Y Jesús dijo: ¿Quién me ha tocado? Y negando todos, Pedro y los que estaban con él dijeron: Maestro, la multitud te aprieta y oprime, y dices: ¿Quién me ha tocado?
46 Y Jesús dijo: Alguien me ha tocado; porque he conocido que ha salido poder de mí.
47 Y cuando la mujer vio que no había quedado oculta, vino temblando, y postrándose a sus pies, le declaró delante de todo el pueblo la causa por la cual le había tocado, y cómo al instante había sido sanada.
48 Y él le dijo: Ten ánimo, hija; tu fe te ha salvado; ve en paz.
49 Mientras él aún hablaba, vino uno de casa del principal de la sinagoga a decirle: Tu hija ha muerto; no molestes al Maestro.
50 Pero cuando Jesús lo oyó, le respondió diciendo: No temas; cree solamente, y será salva.
51 Y cuando entró en casa, no dejó entrar a nadie sino a Pedro, a Jacobo y a Juan, y al padre y a la madre de la joven.
52 Y todos lloraron y la lamentaron. Pero él dijo: No lloréis; no está muerta, sino duerme.
53 Y se burlaron de él, sabiendo que estaba muerta.
54 Y echándolos fuera a todos, la tomó de la mano y la llamó, diciendo: ¡ Muchacha, levántate!
55 Y su espíritu volvió, y se levantó luego; y él mandó que le diesen de comer.
56 Y sus padres estaban asombrados; pero él les mandó que a nadie dijesen lo que había sucedido.

CAPÍTULO 9

1 Entonces reunió a sus doce discípulos, y les dio poder y autoridad sobre todos los demonios y para curar enfermedades.
2 Y los envió a predicar el reino de Dios, y a sanar a los enfermos.
3 Y les dijo: No toméis nada para el camino, ni bastón, ni alforja, ni pan, ni dinero; ni tenéis dos túnicas por persona.
4 Y en cualquier casa donde entréis, quedad allí, y de allí salid.
5 Y cualquiera que no os reciba, al salir de aquella ciudad, sacudid el polvo de vuestros pies, en testimonio contra ellos.
6 Y ellos salieron, y recorrieron todas las aldeas, predicando el evangelio y sanando por todas partes.
7 Herodes el tetrarca oyó todas las cosas que hacía Jesús, y estaba perplejo porque algunos decían: Juan ha resucitado de los muertos.
8 Y de unos, que Elías había aparecido; y de otros, que algún profeta de los antiguos había resucitado.
9 Y Herodes dijo: A Juan yo lo decapité. ¿Quién, pues, es éste, de quien oigo tales cosas? Y deseaba verle.
10 Cuando regresaron los apóstoles, le contaron todo lo que habían hecho. Y él los tomó y se fue aparte, a un lugar desierto, cerca de la ciudad que se llama Betsaida.
11 Y la gente, cuando lo supo, le siguió; y él los recibió, y les hablaba del reino de Dios, y sanaba a los que necesitaban ser curados.
12 Y cuando el día comenzaba a declinar, vinieron los doce y le dijeron: Despide a la multitud para que vayan a las aldeas y campos de alrededor, y allí pasen la noche y consigan alimento; porque aquí estamos en lugar desierto.
13 Pero él les dijo: Dadles vosotros de comer. Y ellos respondieron: No tenemos más que cinco panes y dos peces; a menos que vayamos nosotros a comprar alimentos para toda esta multitud.
14 Eran como cinco mil hombres. Entonces dijo a sus discípulos: Hacedlos sentar en grupos de cincuenta en cincuenta.
15 Y lo hicieron así, y hicieron sentar a todos.
16 Luego tomó los cinco panes y los dos peces, y levantando los ojos al cielo, los bendijo, y los partió y dio a sus discípulos para que los sirvieran delante de la multitud.
17 Y comieron, y se saciaron todos; y alzaron lo que les sobró de los pedazos, doce cestas.
18 Y aconteció que estaba él solo orando, y estaban con él sus discípulos; y les preguntó, diciendo: ¿Quién dice la gente que soy yo?
19 Ellos respondieron: Juan el Bautista. Otros, Elías; y otros, algún profeta de los antiguos ha resucitado.
20 Él les dijo: Y vosotros, ¿quién decís que soy yo? Respondiendo Pedro, dijo: El Cristo de Dios.
21 Y les encargó rigurosamente que no dijesen aquello a nadie;
22 diciendo: Es necesario que el Hijo del Hombre padezca mucho, y sea desechado por los ancianos, por los principales sacerdotes y por los escribas, y sea muerto, y resucite al tercer día.
23 Y dijo a todos: Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz cada día, y sígame.
24 Porque todo el que quiera salvar su vida, la perderá; y todo el que pierda su vida por causa de mí, éste la salvará.
25 Porque ¿qué aprovecha al hombre, si ganare todo el mundo, y se perdiere a sí mismo, o fuere desechado?
26 Porque el que se avergonzare de mí y de mis palabras, de éste se avergonzará el Hijo del Hombre cuando venga en su gloria, y en la del Padre, y de los santos ángeles.
27 Pero os digo en verdad que hay algunos de los que están aquí, que no gustarán la muerte hasta que vean el reino de Dios.
28 Aconteció como ocho días después de estas palabras, que tomó a Pedro, a Juan y a Jacobo, y subió al monte a orar.
29 Y entre tanto que oraba, la apariencia de su rostro se hizo otra, y su vestido se volvió blanco y resplandeciente.
30 Y he aquí dos varones hablaban con él, los cuales eran Moisés y Elías.
31 quienes aparecieron en gloria, y hablaban de su salida, que había de cumplirse en Jerusalén.
32 Pero Pedro y los que estaban con él estaban dormidos; y cuando despertaron, vieron su gloria, y a los dos varones que estaban con él.
33 Y aconteció que apartándose ellos de él, Pedro dijo a Jesús: Maestro, bueno es que nos quedemos aquí; y

hagamos tres carpas: una para ti, otra para Moisés, y otra para Elías; sin saber lo que decía.
34 Mientras él así hablaba, vino una nube que los cubrió; y ellos tuvieron miedo al entrar en la nube.
35 Y vino una voz desde la nube, que decía: Este es mi Hijo amado; a él oíd.
36 Y cuando cesó la voz, Jesús se encontró solo. Y ellos guardaron silencio, y por aquellos días no dijeron a nadie nada de lo que habían visto.
37 Y aconteció que al día siguiente, cuando ellos descendieron del monte, mucha gente le salió al encuentro.
38 Y he aquí un hombre de la multitud gritó, diciendo: Maestro, te ruego que mires a mi hijo, porque es mi único.
39 Y he aquí, un espíritu se apodera de él, y de repente grita; y le desgarra de tal manera que vuelve a echar espumarajos, y con dificultad se aparta de él hiriéndole.
40 Y rogué a tus discípulos que le echasen fuera; pero no pudieron.
41 Respondiendo Jesús, dijo: ¡Oh generación incrédula y perversa! ¿Hasta cuándo he de estar con vosotros, y os he de soportar? Trae acá a tu hijo.
42 Y mientras aún se acercaba, el demonio lo derribó y lo despedazó. Entonces Jesús reprendió al espíritu inmundo, y sanó al niño, y lo devolvió a su padre.
43 Y todos estaban asombrados por el gran poder de Dios. Y como todos estaban maravillados de todas las cosas que Jesús hacía, dijo a sus discípulos:
44 Haced que estas palabras penetren en vuestros oídos, porque el Hijo del Hombre será entregado en manos de hombres.
45 Pero ellos no entendían estas palabras, porque les estaban encubiertas para que no las comprendieran; y tenían miedo de preguntarle acerca de estas palabras.
46 Entonces surgió entre ellos una discusión sobre quién de ellos sería el mayor.
47 Y Jesús, conociendo los pensamientos de sus corazones, tomó a un niño, lo puso junto a sí,
48 Y les dijo: El que reciba a este niño en mi nombre, a mí me recibe; y el que me recibe a mí, recibe al que me envió; porque el que es más pequeño entre todos vosotros, ése será el mayor.
49 Respondió Juan y dijo: Maestro, hemos visto a uno que echaba fuera demonios en tu nombre; y se lo prohibimos, porque no sigue con nosotros.
50 Y Jesús le dijo: No se lo prohibáis; porque el que no es contra nosotros, por nosotros es.
51 Y aconteció que cuando se cumplió el tiempo en que él había de ser recibido arriba, afirmó su rostro para ir a Jerusalén,
52 Y envió mensajeros delante de él, los cuales fueron y entraron en una aldea de los samaritanos, para hacerle preparativos.
53 Pero no le recibieron, porque su aspecto era como el de quien iba a Jerusalén.
54 Viendo esto sus discípulos Jacobo y Juan, dijeron: Señor, ¿quieres que mandemos que descienda fuego del cielo, como hizo Elías, y los consuma?
55 Pero él, volviéndose, los reprendió, y dijo: Vosotros no sabéis de qué espíritu sois.
56 Porque el Hijo del Hombre no ha venido para perder las almas de los hombres, sino para salvarlas. Y se fueron a otra aldea.
57 Y aconteció que yendo ellos por el camino, uno le dijo: Señor, te seguiré adondequiera que vayas.
58 Y Jesús le dijo: Las zorras tienen guaridas, y las aves del cielo nidos; pero el Hijo del Hombre no tiene dónde recostar la cabeza.
59 Y dijo a otro: Sígueme. Y él dijo: Señor, permíteme que primero vaya y entierre a mi padre.
60 Jesús le dijo: Deja que los muertos entierren a sus muertos; pero tú ve y predica el reino de Dios.
61 Y otro dijo también: Señor, te seguiré; pero déjame que vaya primero a despedirme de los que están en mi casa.
62 Y Jesús le dijo: Ninguno que poniendo su mano en el arado mira hacia atrás, es apto para el reino de Dios.

CAPÍTULO 10

1 Después de estas cosas, designó el Señor también a otros setenta, a quienes envió de dos en dos delante de él a toda ciudad y lugar adonde él había de ir.
2 Y les dijo: La mies a la verdad es mucha, mas los obreros pocos; por tanto, rogad al Señor de la mies que envíe obreros a su mies.
3 Id; he aquí yo os envío como corderos en medio de lobos.
4 No llevéis bolsa, ni alforja, ni calzado; y a nadie saludéis en el camino.
5 Y en cualquier casa donde entréis, primeramente decid: Paz sea a esta casa.
6 Y si hubiere allí hijo de paz, vuestra paz reposará sobre él; y si no, volverá a vosotros.
7 Y posad en aquella misma casa, comiendo y bebiendo lo que os den, porque el obrero es digno de su salario. No vayáis de casa en casa.
8 Y en cualquier ciudad donde entréis, y os reciban, comed lo que os pongan delante;
9 Y sanad a los enfermos que haya en ella, y decidles: Se ha acercado a vosotros el reino de Dios.
10 Pero en cualquier ciudad donde entréis, y no os reciban, saliendo por sus calles, decid:
11 Aun el polvo de vuestra ciudad, que se nos ha pegado, lo sacudimos en vosotros; pero sabed esto: que se ha acercado a vosotros el reino de Dios.
12 Pero yo os digo que en aquel día, habrá más castigo para Sodoma, que para aquella ciudad.
13 ¡Ay de ti, Corazín! ¡Ay de ti, Betsaida! porque si en Tiro y en Sidón se hubieran hecho los milagros que se han hecho en vosotras, tiempo ha que, sentados en cilicio y en ceniza, se habrían arrepentido.
14 Pero en el juicio, habrá más castigo para Tiro y para Sidón, que para vosotras.
15 Y tú, Capernaum, que eres levantada hasta el cielo, hasta el Hades serás abatida.
16 El que a vosotros oye, a mí me oye; y el que a vosotros desecha, a mí me desecha; y el que me desecha a mí, desecha al que me envió.
17 Y volvieron los setenta con gozo, diciendo: Señor, hasta los demonios se nos sujetan en tu nombre.
18 Y les dijo: Yo veía a Satanás caer del cielo como un rayo.
19 He aquí os doy potestad de hollar serpientes y escorpiones, y sobre toda fuerza del enemigo, y nada os dañará.

20 Pero no os regocijéis por esto, de que los espíritus se os sujetan, sino regocijaos de que vuestros nombres están escritos en los cielos.
21 En aquella misma hora Jesús se regocijó en el Espíritu, y dijo: Te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque escondiste estas cosas de los sabios y de los entendidos, y las revelaste a los niños. Sí, Padre, porque así te agradó.
22 Todas las cosas me fueron entregadas por mi Padre; y nadie conoce quién es el Hijo, sino el Padre, ni quién es el Padre, sino el Hijo, y aquel a quien el Hijo lo quiera revelar.
23 Y volviéndose a sus discípulos, dijo aparte: Bienaventurados los ojos que ven lo que vosotros veis;
24 Porque os digo que muchos profetas y reyes desearon ver lo que vosotros veis, y no lo vieron; y oír lo que oís, y no lo oyeron.
25 Y he aquí un intérprete de la ley se levantó y dijo, para probarle: Maestro, ¿haciendo qué cosa heredaré la vida eterna?
26 Le dijo: ¿Qué está escrito en la ley? ¿Cómo lees?
27 Él respondió y dijo: Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con todas tus fuerzas, y con toda tu mente; y a tu prójimo como a ti mismo.
28 Y él le dijo: Bien has respondido; haz esto, y vivirás.
29 Pero él, queriendo justificarse a sí mismo, dijo a Jesús: ¿Y quién es mi prójimo?
30 Respondiendo Jesús, dijo: Un hombre descendía de Jerusalén a Jericó, y cayó en manos de ladrones, los cuales le despojaron; e hiriéndole, se fueron, dejándole medio muerto.
31 Y aconteció que un sacerdote descendía por aquel camino, y viéndole, se pasó de largo.
32 Asimismo un levita, al llegar a aquel lugar, y viéndolo, pasó de largo.
33 Pero un samaritano que iba de viaje llegó cerca de él, y viéndole, fue movido a compasión,
34 Y acercándose, vendó sus heridas, echándoles aceite y vino; y poniéndolo sobre su cabalgadura, lo llevó al mesón, y cuidó de él.
35 Y al siguiente día, al partir, sacó dos denarios, y los dio al mesonero, y le dijo: Cuídamelo; y todo lo que gastes de más, yo te lo pagaré cuando vuelva.
36 ¿Quién, pues, de estos tres te parece que fue el prójimo del que cayó en manos de los ladrones?
37 Y él dijo: El que usó de misericordia con él. Entonces Jesús le dijo: Ve, y haz tú lo mismo.
38 Aconteció que mientras iban de camino, entró en una aldea; y una mujer llamada Marta le recibió en su casa.
39 Y ésta tenía una hermana que se llamaba María, la cual, sentándose a los pies de Jesús, oía su palabra.
40 Pero Marta estaba preocupada con muchos quehaceres, y acercándose, le dijo: Señor, ¿no te da cuidado que mi hermana me deje servir sola? Dile, pues, que me ayude.
41 Respondiendo Jesús, le dijo: Marta, Marta, afanada y turbada estás con muchas cosas;
42 Pero sólo una cosa es necesaria; y María ha escogido la buena parte, la cual no le será quitada.

CAPÍTULO 11

1 Aconteció que estaba Jesús orando en un lugar, y cuando terminó, uno de sus discípulos le dijo: Señor, enséñanos a orar, como también Juan enseñó a sus discípulos.
2 Y les dijo: Cuando oréis, decid: Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea tu nombre. Venga tu reino. Hágase tu voluntad, como en el cielo, así también en la tierra.
3 El pan nuestro de cada día, dánoslo hoy.
4 Y perdónanos nuestros pecados, porque también nosotros perdonamos a todos los que nos deben. Y no nos metas en tentación, mas líbranos del mal.
5 Y les dijo: ¿Quién de vosotros que tenga un amigo, va a él a medianoche y le dice: Amigo, préstame tres panes;
6 Porque un amigo mío ha venido a mí de viaje, y no tengo qué ponerle delante.
7 Y él desde dentro respondiendo, dirá: No me molestes; la puerta ya está cerrada, y mis hijos están conmigo en cama; no puedo levantarme, para darte.
8 Os digo que aunque no se levante a dárselos por ser su amigo, sin embargo por su importunidad se levantará y le dará todo lo que necesite.
9 Y yo os digo: Pedid, y se os dará; buscad, y hallaréis; llamad, y se os abrirá.
10 Porque todo aquel que pide, recibe; y el que busca, halla; y al que llama, se le abrirá.
11 ¿Qué padre de vosotros, si su hijo le pide pan, le dará una piedra? ¿O si le pide pescado, en lugar de pescado, le dará una serpiente?
12 ¿O si le pide un huevo, le dará un escorpión?
13 Pues si vosotros, siendo malos, sabéis dar buenas dádivas a vuestros hijos, ¿cuánto más vuestro Padre celestial dará el Espíritu Santo a los que se lo pidan?
14 Y estaba Jesús echando fuera un demonio, que era mudo. Y aconteció que salido el demonio, el mudo habló; y la gente se maravilló.
15 Pero algunos de ellos decían: Por Beelzebú, príncipe de los demonios, echa fuera los demonios.
16 Otros, para tentarle, le pedían señal del cielo.
17 Pero él, conociendo los pensamientos de ellos, les dijo: Todo reino dividido contra sí mismo, queda asolado; y una casa dividida contra sí misma, cae.
18 Si también Satanás está dividido contra sí mismo, ¿cómo permanecerá su reino? Porque decís que por Beelzebú echo fuera los demonios.
19 Y si yo por Beelzebú echo fuera los demonios, ¿vuestros hijos por quién los echan? Ellos, pues, serán vuestros jueces.
20 Pero si por el dedo de Dios echo yo fuera los demonios, ciertamente el reino de Dios ha llegado a vosotros.
21 Cuando el hombre fuerte armado guarda su palacio, En paz está lo que posee;
22 Pero si viene otro más fuerte que él y le vence, le quita todas sus armas en que confiaba, y reparte el botín.
23 El que no es conmigo, contra mí es; y el que conmigo no recoge, desparrama.
24 Cuando el espíritu inmundo sale del hombre, anda por lugares secos, buscando reposo; y no hallándolo, dice: Volveré a mi casa de donde salí.
25 Y cuando llega, la halla barrida y adornada.

26 Luego va, y toma otros siete espíritus peores que él, y entrados, moran allí; y el postrer estado de aquel hombre viene a ser peor que el primero.
27 Y aconteció que mientras él decía estas cosas, una mujer de la multitud alzó la voz y le dijo: Bienaventurado el vientre que te trajo, y los pechos que mamaste.
28 Pero él dijo: Antes bienaventurados los que oyen la palabra de Dios, y la guardan.
29 Y agolpándose el pueblo, comenzó a decir: Esta generación mala es; señal busca, pero señal no le será dada, sino la señal de Jonás el profeta.
30 Porque así como Jonás fue señal para los ninivitas, también lo será el Hijo del Hombre para esta generación.
31 La reina del Sur se levantará en el juicio con los hombres de esta generación, y los condenará; porque ella vino de los fines de la tierra para oír la sabiduría de Salomón; y he aquí más que Salomón en este lugar.
32 Los hombres de Nínive se levantarán en el juicio con esta generación, y la condenarán; porque ellos se arrepintieron a la predicación de Jonás, y he aquí más que Jonás en este lugar.
33 Nadie enciende la luz y la pone en un lugar oculto, ni debajo de un almud, sino sobre el candelero, para que los que entren vean la luz.
34 La lámpara del cuerpo es el ojo; así que, cuando tu ojo es sencillo, también todo tu cuerpo está lleno de luz; pero cuando tu ojo es maligno, también tu cuerpo está en tinieblas.
35 Mira, pues, que la luz que en ti hay no sea tinieblas.
36 Así que, si todo tu cuerpo está lleno de luz, no teniendo parte alguna de tinieblas, será todo luminoso, como cuando una lámpara te alumbra con su resplandor.
37 Mientras él hablaba, un fariseo le rogó que comiese con él; y entrando él, se sentó a la mesa.
38 Al ver esto, el fariseo se extrañó de que no se hubiera lavado antes de comer.
39 Y el Señor le dijo: Ahora vosotros los fariseos limpiáis lo de fuera del vaso y del plato, pero por dentro estáis llenos de rapiña y de maldad.
40 Necios, ¿el que hizo lo de fuera, no hizo también lo de dentro?
41 Más bien, dad limosna de lo que tenéis, y he aquí, todo os será limpio.
42 Mas ¡ay de vosotros, fariseos! porque diezmáis la menta y la ruda y toda hortaliza, y pasáis por alto la justicia y el amor de Dios. Esto era necesario hacer, sin dejar aquello.
43 ¡Ay de vosotros, fariseos! porque amáis los primeros asientos en las sinagogas y las salutaciones en las plazas.
44 ¡Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas! porque sois como sepulcros que no se ven, y los hombres que andan sobre ellos no lo saben.
45 Respondió entonces uno de los intérpretes de la ley, y le dijo: Maestro, al decir esto nos afrentas también a nosotros.
46 Y él dijo: ¡Ay de vosotros también, intérpretes de la ley! porque cargáis a los hombres con cargas difíciles de llevar, pero vosotros ni aun con un dedo tocáis las cargas.
47 ¡Ay de vosotros! porque edificáis los sepulcros de los profetas, y vuestros padres los mataron.
48 De cierto dais testimonio de que toleráis las obras de vuestros padres; porque ellos los mataron, y vosotros edificáis sus sepulcros.
49 Por eso también dijo la sabiduría de Dios: Les enviaré profetas y apóstoles; y de ellos, a unos matarán y a otros perseguirán;
50 para que se demande de esta generación la sangre de todos los profetas, que ha sido derramada desde la fundación del mundo;
51 desde la sangre de Abel hasta la sangre de Zacarías, que murió entre el altar y el templo; de cierto os digo que será demandada de esta generación.
52 ¡Ay de vosotros, intérpretes de la ley! porque habéis quitado la llave de la ciencia; vosotros mismos no entrasteis, y a los que entraban se lo impedisteis.
53 Y mientras él les decía estas cosas, los escribas y los fariseos comenzaron a insistirle con vehemencia y a provocarle a que hablase de muchas cosas,
54 acechándole, y procurando atrapar alguna cosa de su boca para poder acusarle.

CAPÍTULO 12

1En esto, juntándose una multitud infinidad de personas, tanto que unos a otros se atropellaban, comenzó a decir a sus discípulos, primeramente: Guardaos de la levadura de los fariseos, que es la hipocresía.
2 Porque no hay nada encubierto, que no haya de ser manifestado, ni oculto, que no haya de saberse.
3 Por tanto, todo lo que habéis dicho en tinieblas, a la luz se oirá; y lo que habéis hablado al oído en los aposentos, se proclamará en los terrados.
4 Y os digo, mis amigos: No temáis a los que matan el cuerpo, y después nada más pueden hacer.
5 Pero yo os enseñaré a quién debéis temer: Temed a aquel que después de haber quitado la vida, tiene poder de echar en el infierno; sí, os digo: a éste temed.
6 ¿No se venden cinco pajarillos por dos cuartos, y con todo, ni uno de ellos está olvidado delante de Dios?
7 Pues aun vuestros cabellos están todos contados. Así que, no temáis; más valéis vosotros que muchos pajarillos.
8 También os digo que a cualquiera que me confesare delante de los hombres, también el Hijo del Hombre le confesará delante de los ángeles de Dios;
9 Pero el que me niegue delante de los hombres, será negado delante de los ángeles de Dios.
10 Y a cualquiera que dijere alguna palabra contra el Hijo del Hombre, le será perdonado; mas al que blasfemare contra el Espíritu Santo, no le será perdonado.
11 Y cuando os lleven a las sinagogas, y ante los magistrados y las autoridades, no os preocupéis por cómo o qué habréis de responder, o qué habréis de decir;
12 Porque el Espíritu Santo os enseñará en la misma hora lo que debéis decir.
13 Y uno de la multitud le dijo: Maestro, di a mi hermano que parta conmigo la herencia.
14 Y él le respondió: Hombre, ¿quién me ha puesto sobre vosotros como juez o partidor?
15 Y les dijo: Mirad, y guardaos de toda avaricia; porque la vida del hombre no consiste en la abundancia de los bienes que posee.
16 Y les refirió una parábola, diciendo: La heredad de un hombre rico había producido mucho;
17 Y él pensaba dentro de sí, diciendo: ¿Qué haré, porque no tengo dónde guardar mis frutos?

18 Y dijo: Esto haré: derribaré mis graneros, y los edificaré mayores, y allí guardaré todos mis frutos y mis bienes.
19 Y diré a mi alma: Alma, muchos bienes tienes guardados para muchos años; repósate, come, bebe, regocíjate.
20 Pero Dios le dijo: Necio, esta noche vienen a pedirte tu alma; y lo que has provisto, ¿de quién será?
21 Así es el que acumula para sí tesoro, y no es rico para con Dios.
22 Y dijo a sus discípulos: Por eso os digo: No os afanéis por vuestra vida, qué comeréis; ni por el cuerpo, qué vestiréis.
23 La vida es más que la comida, y el cuerpo más que el vestido.
24 Considerad los cuervos, que no siembran, ni siegan, que ni tienen despensa, ni granero, y Dios los alimenta. ¿Cuánto más valéis vosotros que las aves?
25 ¿Y quién de vosotros podrá, por mucho que se afane, añadir a su estatura un codo?
26 Pues si no podéis ni aun lo que es menos, ¿por qué os afanáis por lo demás?
27 Considerad los lirios, cómo crecen: no trabajan ni hilan; pero os digo que ni siquiera Salomón con toda su gloria se vistió como uno de ellos.
28 Y si así viste Dios la hierba que hoy está en el campo, y mañana se echa en el horno, ¿cuánto más a vosotros, hombres de poca fe?
29 Y no os preocupéis por lo que habéis de comer, ni por lo que habéis de beber, ni estéis en inquietud.
30 Porque las gentes del mundo buscan todas estas cosas; pero vuestro Padre sabe que tenéis necesidad de estas cosas.
31 Mas buscad el reino de Dios, y todas estas cosas os serán añadidas.
32 No temáis, manada pequeña, porque a vuestro Padre le ha placido daros el reino.
33 Vended lo que poseéis, y dad limosna; haceos bolsas que no se envejezcan, tesoro en los cielos que nunca se agote, donde ladrón no llega, ni polilla corrompe.
34 Porque donde esté vuestro tesoro, allí estará también vuestro corazón.
35 Estén ceñidos vuestros lomos, y vuestras lámparas encendidas;
36 Y vosotros sed semejantes a hombres que aguardan cuando su señor haya de regresar de las bodas, para que cuando llegue y llame, le abran luego.
37 Bienaventurados aquellos siervos a los cuales su señor, cuando venga, halle velando; de cierto os digo que se ceñirá, y hará que se sienten a la mesa, y pasando les servirá.
38 Y si viniere en la segunda vigilia, o si viniere en la tercera vigilia, y los hallare así, bienaventurados son aquellos siervos.
39 Y sabed esto: que si supiese el padre de familia a qué hora el ladrón habría de venir, velaría, y no dejaría minar su casa.
40 Vosotros, pues, también, estad preparados, porque a la hora que no pensáis, el Hijo del Hombre vendrá.
41 Pedro le dijo: Señor, ¿dices esta parábola a nosotros, o también a todos?
42 Y el Señor dijo: ¿Quién es, pues, el mayordomo fiel y prudente al cual su señor pondrá sobre su casa, para que a tiempo les dé su ración?
43 Bienaventurado aquel siervo al cual, cuando su señor venga, le halle haciendo así.
44 De cierto os digo que sobre todos sus bienes le pondrá.
45 Pero si aquel siervo dijere en su corazón: Mi señor tarda en venir; y comenzare a golpear a los siervos y a las criadas, y a comer y a beber y a embriagarse;
46 Vendrá el señor de aquel siervo en día que éste no espera, y a la hora que no sabe, y le castigará duramente, y le pondrá su parte con los incrédulos.
47 Y aquel siervo que conociendo la voluntad de su señor, y no se preparó, ni hizo conforme a su voluntad, recibirá muchos azotes.
48 Pero el que sin saberlo hizo cosas dignas de azotes, será azotado poco. Porque a todo aquel a quien se haya dado mucho, mucho se le demandará; y al que mucho se le haya confiado, más se le pedirá.
49 Fuego he venido a meter en la tierra; ¿y qué quiero, si ya está encendido?
50 Pero de un bautismo tengo que ser bautizado; ¡y cómo me angustio hasta que se cumpla!
51 ¿Pensáis que he venido para dar paz en la tierra? Os digo que no, sino más bien división.
52 Porque de aquí en adelante, cinco en una casa estarán divididos: tres contra dos, y dos contra tres.
53 El padre estará dividido contra el hijo, y el hijo contra el padre; la madre contra la hija, y la hija contra la madre; la suegra contra su nuera, y la nuera contra su suegra.
54 Y dijo también al pueblo: Cuando veis la nube que sale del poniente, luego decís: Agua viene; y así es.
55 Y cuando veis que sopla el viento del sur, decís: Habrá calor; y así sucede.
56 ¡Hipócritas! Sabéis distinguir el aspecto del cielo y de la tierra; ¿cómo es que no sabéis distinguir este tiempo?
57 ¿Y por qué no juzgáis por vosotros mismos lo que es justo?
58 Cuando vayas con tu adversario al magistrado, procura en el camino librarte de él, no sea que él te arrastre al juez, y el juez te entregue al alguacil, y el alguacil te meta en la cárcel.
59 Te digo que no saldrás de allí hasta que hayas pagado hasta el último centavo.

CAPÍTULO 13

1 En este mismo tiempo estaban allí algunos que le contaban acerca de los galileos cuya sangre Pilato había mezclado con los sacrificios de ellos.
2 Respondiendo Jesús, les dijo: ¿Pensáis que estos galileos, porque padecieron tales cosas, eran más pecadores que todos los galileos?
3 Os digo que no; antes si no os arrepentís, todos pereceréis igualmente.
4 O aquellos dieciocho sobre los cuales cayó la torre en Siloé, y los mató, ¿pensáis que ellos eran más pecadores que todos los hombres que habitan en Jerusalén?
5 Os digo que no; antes si no os arrepentís, todos pereceréis igualmente.
6 Dijo también esta parábola: Un hombre tenía una higuera plantada en su viña; y vino a buscar fruto en ella, y no lo halló.

7Y dijo al viñador: He aquí, hace tres años que vengo a buscar fruto en esta higuera, y no lo hallo; córtala; ¿para qué inutiliza la tierra?
8 Él entonces, respondiendo, le dijo: Señor, déjala todavía este año, hasta que yo cave alrededor de ella, y la abone.
9 Y si diere fruto, bien; y si no, la cortarás después.
10 Y enseñaba en una sinagoga un día de reposo.
11 Y he aquí una mujer que hacía dieciocho años que tenía espíritu de enfermedad, y andaba encorvada, y en ninguna manera se podía enderezar.
12 Y cuando Jesús la vio, la llamó y le dijo: Mujer, eres libre de tu enfermedad.
13 Y puso las manos sobre ella; y ella se enderezó al instante, y glorificaba a Dios.
14 Entonces el principal de la sinagoga respondió enojado, porque Jesús había sanado en el día de reposo, y dijo al pueblo: Seis días hay en que se debe trabajar; en éstos, pues, venid y sed sanados, y no en el día de reposo.
15 Entonces el Señor le respondió y dijo: Hipócrita, cada uno de vosotros ¿no desata en el día de reposo su buey o su asno del pesebre y lo lleva a beber?
16Y a esta hija de Abraham, que Satanás había tenido atada dieciocho años, ¿no se le debía desatar de esta ligadura en el día de reposo?
17 Y cuando dijo estas cosas, todos sus adversarios se avergonzaron; pero todo el pueblo se regocijó por todas las cosas gloriosas que él había hecho.
18 Dijo luego: ¿A qué es semejante el reino de Dios, y a qué lo compararé?
19 Es semejante a un grano de mostaza, que un hombre tomó y sembró en su huerto; y creció, y se hizo un árbol grande, y las aves del cielo hicieron nidos en sus ramas.
20 Y volvió a decir: ¿A qué compararé el reino de Dios?
21 Es semejante a la levadura que una mujer tomó y escondió en tres medidas de harina, hasta que todo fue leudado.
22 Y pasaba por todas las ciudades y aldeas, enseñando, y caminando hacia Jerusalén.
23 Entonces uno le dijo: Señor, ¿son pocos los que se salvan? Y él les respondió:
24 Esforzaos a entrar por la puerta angosta; porque os digo que muchos procurarán entrar, y no podrán.
25 Después que el padre de familia se haya levantado y cerrado la puerta, y estando fuera comenzáis a llamar a la puerta, diciendo: Señor, Señor, ábrenos; él respondiendo os dirá: No sé de dónde sois;
26 Entonces comenzaréis a decir: Delante de ti hemos comido y bebido, y en nuestras plazas enseñaste.
27 Pero él dirá: Os digo que no sé de dónde sois; apartaos de mí todos los hacedores de iniquidad.
28 Allí será el llanto y el crujir de dientes, cuando veáis a Abraham, a Isaac, a Jacob y a todos los profetas en el reino de Dios, y vosotros estéis excluidos.
29 Y vendrán del oriente y del occidente, del norte y del sur, y se sentarán a la mesa en el reino de Dios.
30 Y he aquí, hay últimos que serán primeros, y hay primeros que serán últimos.
31 Aquel mismo día vinieron unos de los fariseos, diciéndole: Sal y vete de aquí, porque Herodes te quiere matar.
32 Y les dijo: Id y decid a aquella zorra: He aquí, echo fuera demonios y hago curaciones hoy y mañana, y al tercer día termino mi obra.
33 Pero es necesario que hoy me vaya, y mañana, y pasado mañana; porque no es posible que un profeta muera fuera de Jerusalén.
34 ¡Jerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas, y apedreas a los que te son enviados! ¡Cuántas veces quise juntar a tus hijos, como la gallina junta a sus polluelos debajo de sus alas, y no quisiste!
35 He aquí, vuestra casa os es dejada desierta; y de cierto os digo que no me veréis, hasta que llegue el tiempo en que digáis: Bendito el que viene en el nombre del Señor.

CAPÍTULO 14

1 Aconteció que un día de reposo Jesús entró en casa de uno de los principales fariseos para comer pan; y ellos le acechaban.
2 Y he aquí, había delante de él un hombre hidrópico.
3 Respondiendo Jesús, habló a los intérpretes de la ley y a los fariseos, diciendo: ¿Es lícito sanar en el día de reposo?
4 Y ellos callaron. Entonces él le tomó, le sanó, y le dejó ir.
5 Y les respondió, diciendo: ¿Quién de vosotros, si su asno o su buey cae en un hoyo, no lo saca luego, en día de reposo?
6 Y no pudieron responderle más a estas cosas.
7 Y observó cómo escogían los primeros asientos, refiriéndose también a los convidados a una parábola, diciéndoles:
8 Cuando seas convidada por alguno a bodas, no te sientes en el primer lugar, para que no sea convidado por él otro más ilustre que tú;
9 Y viniendo el que te convidó a ti y a él, te dijere: Da lugar a éste; y comenzando tú con vergüenza a ocupar el último lugar.
10 Mas cuando fueres convidado, ve y siéntate en el último lugar, para que cuando venga el que te convidó, te diga: Amigo, sube más arriba; entonces tendrás adoración delante de los que están juntos a la mesa.
11 Porque cualquiera que se enaltece será humillado, y el que se humilla será enaltecido.
12 Dijo también al que le había convidado: Cuando hagas comida o cena, no llames a tus amigos, ni a tus hermanos, ni a tus parientes, ni a tus vecinos ricos; no sea que ellos también te conviden a su vez, y te sea hecho pago.
13 Mas cuando hagas banquete, llama a los pobres, los mancos, los cojos, los ciegos;
14 Y serás bienaventurado, porque no te pueden recompensar; pero te será recompensado en la resurrección de los justos.
15 Y uno de los que estaban sentados con él a la mesa, oyó esto, le dijo: Bienaventurado el que comerá pan en el reino de Dios.
16 Entonces le dijo: Un hombre hizo una gran cena, y convidó a muchos;
17 Y a la hora de la cena envió a su siervo a decir a los convidados: Venid, que ya todo está preparado.
18 Y todos a una comenzaron a excusarse. El primero le dijo: He comprado una heredad, y necesito ir a verla; te ruego que me excuses.

19 Y otro dijo: He comprado cinco yuntas de bueyes, y voy a probarlos; te ruego que me tengas por excusado.
20 Y otro dijo: Acabo de casarme, y por tanto no puedo ir.
21 Vino, pues, aquel siervo, e hizo saber estas cosas a su señor. Entonces el padre de familia, enojado, dijo a su siervo: Sal pronto por las plazas y las calles de la ciudad, y trae acá a los pobres, los mancos, los cojos y los ciegos.
22 Y el siervo dijo: Señor, se hace como mandaste, y aún hay lugar.
23 Y el señor dijo al siervo: Ve por los caminos y por los vallados, y fuérzalos a entrar, para que se llene mi casa.
24 Porque os digo que ninguno de aquellos hombres que fueron convidados, gustará mi cena.
25 Y grandes multitudes iban con él; y volviéndose, les dijo:
26 Si alguno viene a mí, y no aborrece a su padre, y madre, y mujer, e hijos, y hermanos, y hermanas, y aun también su propia vida, no puede ser mi discípulo.
27 Y el que no lleva su cruz y viene en pos de mí, no puede ser mi discípulo.
28 Porque ¿quién de vosotros, queriendo edificar una torre, no se sienta primero y calcula los gastos, a ver si tiene lo que necesita para acabarla?
29 No sea que después que haya puesto el cimiento, y no pueda acabarla, todos los que lo vean comiencen a hacer burla de él,
30 diciendo: Este hombre comenzó a edificar, y no pudo acabar.
31 ¿O qué rey, al marchar a la guerra contra otro rey, no se sienta primero y delibera si puede hacer frente con diez mil al que viene contra él con veinte mil?
32 O de otra manera, mientras el otro está todavía lejos, le envía una embajada y le pide condiciones de paz.
33 Así también, cualquiera de vosotros que no renuncia a todo lo que posee, no puede ser mi discípulo.
34 Buena es la sal; pero si la sal se desvaneciere, ¿con qué se adobará?
35 Ni para la tierra ni para el muladar es buena; los hombres la echan fuera. El que tiene oídos para oír, que oiga.

CAPÍTULO 15

1 Entonces se acercaban a él todos los publicanos y pecadores para oírle.
2 Y los fariseos y los escribas murmuraban, diciendo: Este a los pecadores recibe, y con ellos come.
3 Y les refirió esta parábola, diciendo:
4 ¿Qué hombre de vosotros, teniendo cien ovejas, si pierde una de ellas, no deja las noventa y nueve en el desierto, y va tras la que se perdió, hasta encontrarla?
5 Y cuando lo encuentra, lo pone sobre sus hombros gozoso.
6 Y al llegar a casa, reúne a sus amigos y vecinos, diciéndoles: Dadme el gozo, porque he encontrado mi oveja que se había perdido.
7 Os digo que así habrá más gozo en el cielo por un pecador que se arrepiente, que por noventa y nueve justos que no necesitan de arrepentimiento.
8 ¿O qué mujer que tiene diez dracmas, si pierde una dracma, no enciende la lámpara, barre la casa y busca con diligencia hasta encontrarla?
9 Y cuando la encuentra, reúne a sus amigas y a sus vecinas, diciendo: Alegraos conmigo, porque he encontrado la dracma que había perdido.
10 Así os digo que hay gozo en la presencia de los ángeles de Dios por un pecador que se arrepiente.
11 Y él dijo: Un hombre tenía dos hijos:
12 Y el menor de ellos dijo a su padre: Padre, dame la parte de los bienes que me corresponde. Y les repartió los bienes.
13 No muchos días después, juntándolo todo, el hijo menor partió lejos a un país apartado; y allí desperdició sus bienes viviendo perdidamente.
14 Y cuando todo lo hubo gastado, vino una gran hambre en aquella tierra, y él comenzó a pasar necesidad.
15 Y fue y se arrimó a uno de los ciudadanos de aquella tierra, el cual le envió a su hacienda para que apacentase cerdos.
16 Y deseaba llenar su vientre de las algarrobas que comían los cerdos, pero nadie le daba.
17 Y volviendo en sí, dijo: ¡Cuántos jornaleros en casa de mi padre tienen abundancia de pan, y yo aquí perezco de hambre!
18 Me levantaré e iré a mi padre, y le diré: Padre, he pecado contra el cielo y contra ti.
19 Ya no soy digno de ser llamado tu hijo; hazme como a uno de tus jornaleros.
20 Y él se levantó y vino a su padre. Y cuando aún estaba lejos, lo vio su padre, y fue movido a misericordia, y corrió, y se echó sobre su cuello, y le besó.
21 Y el hijo le dijo: Padre, he pecado contra el cielo y contra ti, y ya no soy digno de ser llamado tu hijo.
22 Pero el padre dijo a sus siervos: Sacad el mejor vestido, y vestidle; y poned un anillo en su mano, y zapatos en sus pies;
23 Y traed el becerro cebado, y matadlo, y comamos y hagamos fiesta.
24 Porque este mi hijo estaba muerto, y ha revivido; se había perdido, y es hallado. Y comenzaron a regocijarse.
25 Y su hijo mayor estaba en el campo; y cuando vino y se acercó a la casa, oyó la música y las danzas.
26 Y llamando a uno de los siervos, le preguntó qué era aquello.
27 Y le dijo: Tu hermano ha venido; y tu padre ha matado el becerro cebado, porque le ha recibido sano.
28 Y él se enojó, y no quería entrar; por lo cual salió su padre, y le rogaba.
29 Y él respondiendo, dijo al padre: He aquí, tantos años te sirvo, no habiendo desobedecido jamás tus mandamientos, y nunca me has dado un cabrito para gozarme con mis amigos.
30 Pero cuando vino este tu hijo, que ha consumido tus bienes con rameras, has matado para él el becerro cebado.
31 Y le dijo: Hijo, tú siempre estás conmigo, y todas mis cosas son tuyas.
32 Mas era necesario hacer fiesta y regocijarnos, porque este tu hermano era muerto, y ha revivido; se había perdido, y es hallado.

CAPÍTULO 16

1 Dijo también a sus discípulos: Había un hombre rico que tenía un mayordomo, y éste fue acusado ante él como disipador de sus bienes.

2 Y le llamó, y le dijo: ¿Qué es lo que oigo acerca de ti? Da cuenta de tu mayordomía, porque ya no puedes ser mayordomo.
3 Entonces el mayordomo dijo dentro de sí: ¿Qué haré, porque mi señor me quita la mayordomía? Cavar no puedo, y mendigar, me da vergüenza.
4 Ya estoy decidido qué haré para que cuando me nieguen la mayordomía, me reciban en sus casas.
5 Y llamando a todos los deudores de su señor, dijo al primero: ¿Cuánto debes a mi señor?
6Y él respondió: Cien medidas de aceite. Y le dijo: Toma tu cuenta, siéntate pronto, y escribe cincuenta.
7 Luego dijo a otro: ¿Y tú, cuánto debes? Y él respondió: Cien medidas de trigo. Y él le dijo: Toma tu cuenta, y escribe ochenta.
8 Y el señor alabó al mayordomo injusto porque había obrado sabiamente; porque los hijos de este siglo son más sabios en su generación que los hijos de luz.
9 Y yo os digo: Ganad amigos con las riquezas de iniquidad, para que cuando éstas falten, os reciban en las moradas eternas.
10 El que es fiel en lo muy poco, también en lo más es fiel; y el que en lo muy poco es injusto, también en lo más es injusto.
11 Pues si en las riquezas injustas no fuisteis fieles, ¿quién os confiará las riquezas verdaderas?
12 Y si en lo ajeno no fuisteis fieles, ¿quién os dará lo que es vuestro?
13 Ningún siervo puede servir a dos señores; porque o aborrecerá a uno y amará al otro, o se estimará a uno y menospreciará al otro. No podéis servir a Dios y a las riquezas.
14 Y también los fariseos, que eran avaros, oían todas estas cosas, y se burlaban de él.
15 Y les dijo: Vosotros sois los que os justificáis a vosotros mismos delante de los hombres; pero Dios conoce vuestros corazones; porque lo que los hombres tienen por sublime, delante de Dios es abominación.
16 La ley y los profetas eran hasta Juan; desde entonces el reino de Dios es anunciado, y todos se esfuerzan por entrar en él.
17 Porque más fácil es que pasen el cielo y la tierra, que frustrese una tilde de la ley.
18 Cualquiera que repudia a su mujer, y se casa con otra, adultera; y el que se casa con la repudiada del marido, adultera.
19 Había un hombre rico, que se vestía de púrpura y de lino fino, y hacía cada día banquete con esplendidez;
20 Había también un mendigo llamado Lázaro, que estaba echado a la puerta de aquél, lleno de llagas,
21 y ansiaba saciarse de las migajas que caían de la mesa del rico; y aun los perros venían y le lamían las llagas.
22 Y aconteció que murió el mendigo, y fue llevado por los ángeles al seno de Abraham; y murió también el rico, y fue sepultado;
23 Y en el Hades alzó sus ojos, estando en tormentos, y vio a Abraham de lejos, y a Lázaro en su seno.
24 Entonces él, dando voces, dijo: Padre Abraham, ten misericordia de mí, y envía a Lázaro para que moje la punta de su dedo en agua, y refresque mi lengua; porque estoy atormentado en esta llama.
25 Pero Abraham le dijo: Hijo, acuérdate que recibiste tus bienes en tu vida, y Lázaro también males; pero ahora éste es consolado, y tú atormentado.
26 Además de todo esto, una gran sima está puesta entre nosotros y vosotros, de manera que los que quisieren pasar de aquí a vosotros, no pueden, ni de allá pasar acá.
27 Entonces él dijo: Te ruego, pues, padre, que le envíes a la casa de mi padre;
28 Porque tengo cinco hermanos, para que les testifique, para que no vengan ellos también a este lugar de tormento.
29 Abraham le respondió: A Moisés y a los profetas tienen; oídlos.
30 Y él dijo: No, padre Abraham; pero si alguno fuere a ellos de entre los muertos, se arrepentirán.
31 Y le dijo: Si no oyen a Moisés y a los profetas, tampoco se persuadirán aunque alguno se levantare de los muertos.

CAPÍTULO 17

1 Entonces dijo a sus discípulos: Es imposible que no vengan tropiezos; mas ¡ay de aquel por quien vienen!
2 Mejor le sería si le ataran al cuello una piedra de molino y lo arrojaran al mar, que escandalizar a uno de estos pequeñitos.
3 Mirad por vosotros mismos: si tu hermano peca contra ti, repréndelo; y si se arrepiente, perdónalo.
4 Y si siete veces al día pecare contra ti, y siete veces al día volviere a ti, diciendo: Me arrepiento; perdónale.
5 Y los apóstoles dijeron al Señor: Auméntanos la fe.
6 Y dijo el Señor: Si tuvieseis fe como un grano de mostaza, podríais decir a este sicómoro: Desarráigate, y plántate en el mar; y os obedecería.
7 ¿Quién de vosotros, teniendo un siervo que ara o apacienta ganado, al volver él del campo, luego le dice: Pasa, siéntate a la mesa?
8 ¿Y no le dirá más bien: Prepárame la cena, y cíñete, y sírveme hasta que haya comido y bebido; y después comerás y beberás tú?
9 ¿Acaso le da gracias a aquel siervo porque hizo lo que se le había ordenado? No creo.
10 Así también vosotros, cuando hayáis hecho todo lo que se os ha ordenado, decid: Siervos inútiles somos; lo que debíamos hacer, hicimos.
11 Aconteció que yendo él a Jerusalén, pasaba por entre Samaria y Galilea.
12 Y al entrar en una aldea, le salieron al encuentro diez hombres leprosos, los cuales se pararon de lejos;
13 Y alzaron la voz, y dijeron: ¡Jesús, Maestro, ten misericordia de nosotros!
14 Y cuando los vio, les dijo: Id, mostraos a los sacerdotes. Y aconteció que mientras iban, quedaron limpios.
15 Y uno de ellos, viendo que había sido sanado, volvió, glorificando a Dios a gran voz,
16 y se postró rostro en tierra a sus pies, dándole gracias; y éste era samaritano.
17 Respondiendo Jesús, dijo: ¿No son diez los que fueron limpiados? ¿Y los nueve, dónde están?
18 No hubo quien volviese y diese gloria a Dios sino este extranjero.
19 Y le dijo: Levántate, vete; tu fe te ha salvado.

20 Y cuando los fariseos le preguntaron cuándo había de venir el reino de Dios, les respondió y dijo: El reino de Dios no vendrá con advertencia,
21 Ni dirán: Helo aquí, o helo allí; porque he aquí el reino de Dios está entre vosotros.
22 Y dijo a sus discípulos: Días vendrán cuando desearéis ver uno de los días del Hijo del Hombre, y no lo veréis.
23 Y os dirán: Mirad aquí, o mirad allí; no vayáis en pos de ellos, ni los sigáis.
24 Porque como el relámpago que resplandece desde un extremo del cielo hasta el otro, así también será el Hijo del Hombre en su día.
25 Pero primero es necesario que padezca mucho y sea rechazado por esta generación.
26 Y como fue en los días de Noé, así también será en los días del Hijo del Hombre.
27 Comían, bebían, se casaban y se daban en casamiento, hasta el día en que Noé entró en el arca, y vino el diluvio y los destruyó a todos.
28 Asimismo también como fue en los días de Lot: comían, bebían, compraban, vendían, plantaban, edificaban;
29 Pero el día en que Lot salió de Sodoma, llovió del cielo fuego y azufre, y los destruyó a todos.
30 Así será el día en que el Hijo del Hombre se manifieste.
31 En aquel día, el que esté en la azotea, y sus bienes en casa, no descienda a tomarlos; y el que esté en el campo, asimismo no vuelva atrás.
32 Acordaos de la mujer de Lot.
33 Todo el que procure salvar su vida, la perderá; y todo el que pierda su vida, la salvará.
34 Os digo que en aquella noche estarán dos en una cama; el uno será tomado, y el otro será dejado.
35 Dos mujeres estarán moliendo juntas; la una será tomada, y la otra será dejada.
36 Dos hombres estarán en el campo; el uno será tomado, y el otro dejado.
37 Respondieron y le dijeron: ¿Dónde, Señor? Y él les respondió: Donde estuviere el cuerpo, allí se juntarán las águilas.

CAPÍTULO 18

1 Y les refirió una parábola sobre la necesidad de orar siempre, y no desmayar;
2 Diciendo: Había en una ciudad un juez, que ni temía a Dios, ni respetaba a hombre;
3 Había también en aquella ciudad una viuda, la cual venía a él, diciendo: Hazme justicia de mi adversario.
4 Y él no quiso por algún tiempo; pero después de esto dijo dentro de sí: Aunque ni temo a Dios, ni tengo respeto a hombre,
5 Pero porque esta viuda me es molesta, le haré justicia, no sea que viniendo de continuo, me agote la paciencia.
6 Y dijo el Señor: Oíd lo que dice el juez injusto.
7 ¿Y acaso Dios no hará justicia a sus escogidos, que claman a él día y noche?
8 Os digo que pronto les hará justicia. Pero cuando venga el Hijo del Hombre, ¿hallará fe en la tierra?
9 Y a unos que confiaban en sí mismos como justos, y menospreciaban a los otros, dijo también esta parábola:
10 Dos hombres subieron al templo a orar: uno era fariseo, y el otro publicano.
11 El fariseo, puesto en pie, oraba consigo mismo de esta manera: Dios, te doy gracias porque no soy como los otros hombres, ladrones, injustos, adúlteros, ni aun como este publicano.
12 Ayuno dos veces a la semana, doy el diezmo de todo lo que gano.
13 Pero el publicano, estando lejos, no quería ni siquiera alzar los ojos al cielo, sino que se golpeaba el pecho, diciendo: Dios, sé propicio a mí, pecador.
14 Os digo que éste descendió a su casa justificado antes que el otro; porque cualquiera que se enaltece, será humillado, y el que se humilla será enaltecido.
15 Y le trajeron también niños para que los tocase; pero cuando lo vieron sus discípulos, los reprendieron.
16 Pero Jesús, llamándolos, dijo: Dejad a los niños venir a mí, y no se lo impidáis; porque de los tales es el reino de Dios.
17 De cierto os digo que el que no reciba el reino de Dios como un niño pequeño, no entrará en él.
18 Y un hombre principal le preguntó, diciendo: Maestro bueno, ¿haciendo qué cosa heredaré la vida eterna?
19 Y Jesús le dijo: ¿Por qué me llamas bueno? Ninguno hay bueno, sino sólo uno: Dios.
20 Tú sabes los mandamientos: No cometas adulterio, no mates, no robes, no des falso testimonio, honra a tu padre y a tu madre.
21 Y él dijo: Todo esto lo he guardado desde mi juventud.
22 Oyendo Jesús esto, le dijo: Aún te falta una cosa: vende todo lo que tienes, y distribuye entre los pobres, y tendrás tesoro en el cielo; y ven, sígueme.
23 Y al oír esto, se puso muy triste, porque era muy rico.
24 Viendo Jesús que estaba muy triste, dijo: ¡Cuán difícilmente entrarán en el reino de Dios los que tienen riquezas!
25 Porque es más fácil pasar un camello por el ojo de una aguja, que entrar un rico en el reino de Dios.
26 Y los que lo oyeron, dijeron: ¿Quién, pues, podrá ser salvo?
27 Y dijo: Lo que es imposible para los hombres, es posible para Dios.
28 Entonces Pedro dijo: He aquí, nosotros lo hemos dejado todo, y te hemos seguido.
29 Y les dijo: De cierto os digo que no hay nadie que haya dejado casa, o padres, o hermanos, o mujer, o hijos, por el reino de Dios,
30 que no haya de recibir mucho más en este tiempo, y en el siglo venidero la vida eterna.
31 Entonces tomó consigo a los doce, y les dijo: He aquí subimos a Jerusalén, y se cumplirán todas las cosas escritas por los profetas acerca del Hijo del Hombre.
32 Porque será entregado a los gentiles, y será escarnecido, afrentado y escupido;
33 Y le azotarán, y le matarán; mas al tercer día resucitará.
34 Pero ellos nada entendieron de estas cosas, y esta palabra les era encubierta, y no entendían lo que se les decía.
35 Aconteció que acercándose él a Jericó, un ciego estaba sentado junto al camino mendigando;
36 Y al oír la multitud que pasaba, preguntó qué era aquello.
37 Y le dijeron que pasaba Jesús Nazareno.

38 Y él clamó y dijo: ¡Jesús, Hijo de David, ten misericordia de mí!
39 Y los que iban delante le reñían para que callase; pero él clamaba mucho más: ¡Hijo de David, ten misericordia de mí!
40 Y Jesús se puso en pie y mandó que le trajesen; y cuando él llegó cerca, le preguntó,
41 Diciendo: ¿Qué quieres que te haga? Y él respondió: Señor, que recobre la vista.
42 Entonces Jesús le dijo: Recibe la vista; tu fe te ha salvado.
43 Y en seguida recibió la vista, y le seguía, glorificando a Dios; y todo el pueblo, al ver esto, alabó a Dios.

CAPÍTULO 19

1 Y entró Jesús en Jericó y pasaba por allí.
2 Y había un hombre llamado Zaqueo, que era jefe de los publicanos, y era rico.
3 Y procuraba ver quién era Jesús; pero no podía a causa de la multitud, porque era pequeño de estatura.
4Y corriendo delante, subió a un sicómoro para verle; porque había de pasar por allí.
5 Y cuando Jesús llegó a aquel lugar, mirando hacia arriba, le vio, y le dijo: Zaqueo, date prisa, desciende, porque hoy es necesario que pose yo en tu casa.
6 Y él descendió aprisa, y le recibió con gozo.
7 Y cuando lo vieron, todos murmuraban, diciendo: Que había entrado a posar en casa de un hombre pecador.
8 Entonces Zaqueo, puesto en pie, dijo al Señor: He aquí, Señor, la mitad de mis bienes doy a los pobres; y si en algo he defraudado a alguno, se lo devuelvo cuadruplicado.
9 Y Jesús le dijo: Hoy ha venido la salvación a esta casa; por cuanto él también es hijo de Abraham.
10 Porque el Hijo del Hombre vino a buscar y a salvar lo que se había perdido.
11 Y mientras ellos oían estas cosas, añadió Jesús y dijo una parábola, por cuanto estaba cerca de Jerusalén, y porque pensaban que el reino de Dios se manifestaría inmediatamente.
12 Dijo, pues: Un hombre noble se fue a un país lejano, para recibir un reino y volver.
13 Y llamando a diez siervos suyos, les dio diez minas, y les dijo: Negociad entre tanto que vengo.
14 Pero sus conciudadanos le aborrecían, y enviaron tras él una embajada, diciendo: No queremos que éste reine sobre nosotros.
15 Y aconteció que cuando él regresó, después de recibir el reino, entonces mandó llamar ante sí a aquellos siervos a los cuales había dado el dinero, para saber lo que había negociado cada uno.
16 Vino entonces el primero, diciendo: Señor, tu mina ha ganado diez minas.
17 Y él le dijo: Está bien, buen siervo; por cuanto en lo poco has sido fiel, tendrás autoridad sobre diez ciudades.
18 Vino también el segundo, diciendo: Señor, tu mina ha ganado cinco minas.
19 Y a éste le dijo también: Tú también sé sobre cinco ciudades.
20 Vino otro, diciendo: Señor, aquí está tu mina, la cual he tenido guardada en un pañuelo;
21 Porque tuve miedo de ti, por cuanto eres hombre severo, que tomas lo que no pusiste, y siegas lo que no sembraste.
22 Y él le dijo: Mal siervo, por tu propia boca te juzgo. Sabías que yo era hombre severo, que tomo lo que no puse y que siego lo que no sembré.
23 ¿Por qué, pues, no pusiste mi dinero en el banco, para que al venir yo, lo hubiera recibido con los intereses?
24 Y dijo a los que estaban presentes: Quitadle la mina, y dadla al que tiene las diez minas.
25 Y le dijeron: Señor, tiene diez minas.
26 Porque yo os digo que a todo el que tiene, se le dará; y al que no tiene, aun lo que tiene se le quitará.
27 Pero a aquellos mis enemigos que no querían que yo reinase sobre ellos, traedlos acá, y degolladlos delante de mí.
28 Y dicho esto, iba delante subiendo a Jerusalén.
29 Aconteció que cuando llegó cerca de Betfagé y de Betania, al monte que se llama de los Olivos, envió dos de sus discípulos,
30 diciendo: Id a la aldea que está enfrente de vosotros, y al entrar en ella hallaréis un pollino atado, en el cual ningún hombre ha subido; desatadlo, y traedlo acá.
31 Y si alguien os preguntara: ¿Por qué lo desatáis? Le responderéis así: Porque el Señor lo necesita.
32 Y los que fueron enviados fueron, y hallaron como les había dicho.
33 Y mientras desataban el pollino, sus dueños les dijeron: ¿Por qué desatáis el pollino?
34 Y ellos dijeron: El Señor lo necesita.
35 Y lo trajeron a Jesús; y echaron sus mantos sobre el pollino, y pusieron a Jesús encima.
36 Y mientras él iba, tendían sus mantos por el camino.
37 Cuando llegaron cerca de la bajada del monte de los Olivos, toda la multitud de los discípulos, regocijándose, comenzó a alabar a Dios a gran voz por todas las maravillas que habían visto.
38 diciendo: Bendito el Rey que viene en el nombre del Señor; paz en el cielo, y gloria en las alturas.
39 Y algunos de los fariseos de entre la multitud le dijeron: Maestro, reprende a tus discípulos.
40 Y él respondió y les dijo: Os digo que si éstos callaran, las piedras clamarían.
41 Y cuando llegó cerca, vio la ciudad, y lloró sobre ella,
42 diciendo: ¡ Oh, si también tú conocieses, a lo menos en este tu día, lo que es para tu paz! Pero ahora está encubierto a tus ojos.
43 Porque vendrán días sobre ti en que tus enemigos te rodearán con vallado, y te sitiarán, y por todas partes te estrecharán,
44 Y te derribarán a tierra, y a tus hijos dentro de ti, y no dejarán en ti piedra sobre piedra, por cuanto no conociste el tiempo de tu visitación.
45 Y entró en el templo, y comenzó a echar fuera a los que vendían y a los que compraban en él;
46 Diciendoles: Escrito está: Mi casa, casa de oración es; mas vosotros la habéis hecho cueva de ladrones.
47 Y enseñaba cada día en el templo; pero los principales sacerdotes, los escribas y los principales del pueblo procuraban matarle,
48 Y no hallaban qué hacer, porque todo el pueblo estaba muy atento para oírle.

CAPÍTULO 20

1 Aconteció un día, que mientras Jesús enseñaba al pueblo en el templo y predicaba el evangelio, se acercaron a él los principales sacerdotes y los escribas, con los ancianos,
2 Y le habló, diciendo: Dinos: ¿Con qué autoridad haces estas cosas? ¿O quién es el que te dio esta autoridad?
3 Y él respondió y les dijo: Yo también os preguntaré una cosa; respondedme:
4 El bautismo de Juan, ¿era del cielo o de los hombres?
5 Entonces ellos discutían entre sí, diciendo: Si decimos, del cielo, dirá: ¿Por qué, pues, no le creísteis?
6Y si decimos, de los hombres, todo el pueblo nos apedreará, porque están persuadidos de que Juan era profeta.
7 Y ellos respondieron que no sabían de dónde era.
8 Y Jesús les dijo: Yo tampoco os diré con qué autoridad hago estas cosas.
9 Entonces comenzó a referir al pueblo esta parábola: Un hombre plantó una viña, y la arrendó a unos labradores, y se ausentó mucho tiempo.
10 Y a su tiempo envió un siervo a los labradores, para que le diesen del fruto de la viña; pero los labradores le golpearon, y le enviaron con las manos vacías.
11 Volvió a enviar otro siervo; pero a éste también le azotaron y le afrentaron, y le enviaron con las manos vacías.
12 Volvió a enviar un tercero, pero también a éste hirieron y le echaron fuera.
13 Entonces el señor de la viña dijo: ¿Qué haré? Enviaré a mi hijo amado; quizá cuando lo vean, le tendrán respeto.
14 Mas los labradores, cuando le vieron, discutían entre sí, diciendo: Éste es el heredero; venid, matémosle, para que la herencia sea nuestra.
15 Y le echaron fuera de la viña, y le mataron. ¿Qué, pues, les hará el señor de la viña?
16 Vendrá y destruirá a estos labradores, y dará su viña a otros. Cuando ellos lo oyeron, dijeron: ¡De ninguna manera!
17 Y mirándolos, dijo: ¿Qué es, pues, lo que está escrito: La piedra que desecharon los edificadores, Ha venido a ser cabeza del ángulo?
18 Cualquiera que cayere sobre aquella piedra será quebrantado; y sobre quien ella cayere, lo desmenuzará.
19 Y los principales sacerdotes y los escribas procuraban en aquella misma hora echarle mano; porque temían al pueblo, porque entendían que contra ellos había dicho esta parábola.
20 Y le acechaban, y enviaron espías que se fingieran justos, para sorprenderle en sus palabras, a fin de entregarle al poder y a la autoridad del gobernador.
21 Y le preguntaron, diciendo: Maestro, sabemos que dices y enseñas rectamente, y que no haces acepción de personas, sino que enseñas el camino de Dios con verdad.
22 ¿Nos es lícito dar tributo a César, o no?
23 Pero él, percibiendo la astucia de ellos, les dijo: ¿Por qué me tentáis?
24 Mostradme un denario. ¿De quién es la imagen y la inscripción? Respondieron y dijeron: Del César.
25 Y les dijo: Dad, pues, a César lo que es de César, y a Dios lo que es de Dios.
26 Y no pudieron reprender sus palabras delante del pueblo, por lo que se maravillaron de su respuesta, y callaron.
27 Entonces se acercaron a él algunos de los saduceos, que niegan que haya resurrección, y le preguntaron:
28 Diciendo: Maestro, Moisés nos escribió: Si el hermano de alguno muriere teniendo mujer, y muriere sin hijos, que su hermano tome la mujer, y levante descendencia a su hermano.
29 Fueron, pues, siete hermanos; y el primero tomó mujer, y murió sin hijos.
30 Y el segundo la tomó por mujer, y murió sin hijos.
31 Y la tomó el tercero, y de la misma manera también los siete; y murieron sin dejar descendencia.
32 Después de todos murió también la mujer.
33 En la resurrección, pues, ¿de cuál de ellos será mujer? Porque los siete la tuvieron por mujer.
34 Respondiendo Jesús, les dijo: Los hijos de este mundo se casan, y se dan en casamiento;
35 Pero los que fueren tenidos por dignos de alcanzar aquel siglo y la resurrección de entre los muertos, ni se casan ni se dan en matrimonio;
36 Y no pueden ya más morir, pues son iguales a los ángeles, y son hijos de Dios, al ser hijos de la resurrección.
37 Y que los muertos resucitan, aun Moisés lo enseñó en el pasaje de la zarza, cuando llama al Señor: Dios de Abraham, Dios de Isaac y Dios de Jacob.
38 Porque no es Dios de muertos, sino de vivos; pues para él todos viven.
39 Entonces respondiendo algunos de los escribas, dijeron: Maestro, bien has dicho.
40 Y después de esto ya no se atrevieron a hacerle ninguna pregunta.
41 Y les dijo: ¿Cómo dicen que el Cristo es hijo de David?
42 Y el mismo David dice en el libro de los Salmos: Dijo Jehová a mi Señor: Siéntate a mi diestra,
43 Hasta que ponga a tus enemigos por estrado de tus pies.
44 David, pues, le llama Señor; ¿cómo, pues, podrá ser su hijo?
45 Entonces, oyéndolo todo el pueblo, dijo a sus discípulos:
46 Guardaos de los escribas, que gustan de andar con ropas largas, y aman las salutaciones en las plazas, y los primeros asientos en las sinagogas, y los primeros asientos en los banquetes;
47 Que devoran las casas de las viudas, y como fachada hacen largas oraciones; éstos recibirán mayor condenación.

CAPÍTULO 21

1Y alzando los ojos, vio a los ricos que echaban sus ofrendas en el arca de la ofrenda.
2 Vio también una viuda pobre, que echaba allí dos moneditas.
3 Y él dijo: En verdad os digo que esta viuda pobre echó más que todos;
4 Porque todos éstos echaron para las ofrendas a Dios de lo que les sobra; pero ésta, de su pobreza echó todo el sustento que tenía.
5 Y como algunos hablaban del templo, de cómo estaba adornado con hermosas piedras y ofrendas, dijo:
6 En cuanto a estas cosas que veis, días vendrán en que no quedará piedra sobre piedra que no sea derribada.
7 Y le preguntaron, diciendo: Maestro, ¿cuándo serán estas cosas? ¿Y qué señal habrá cuando estas cosas hayan de suceder?

8 Y él dijo: Mirad que no seáis engañados; porque vendrán muchos en mi nombre, diciendo: Yo soy el Cristo; y el tiempo está cerca; así que, no vayáis en pos de ellos.
9 Pero cuando oigáis de guerras y de sediciones, no os alarméis; porque es necesario que estas cosas acontezcan primero, pero el fin no es inmediato.
10 Entonces les dijo: Se levantará nación contra nación, y reino contra reino;
11 Y habrá grandes terremotos, y hambres y pestes en diferentes lugares; y habrá terror y grandes señales del cielo.
12 Pero antes de todas estas cosas os echarán mano, y os perseguirán, y os entregarán a las sinagogas y a las cárceles, y seréis llevados ante reyes y ante gobernadores por causa de mi nombre.
13 Y os será por testimonio.
14 Así que, no os preocupéis antes de qué habéis de responder;
15 Porque yo os daré palabras y sabiduría, a las cuales no podrán resistir ni contradecir todos los que se opongan.
16 Y seréis entregados aun por vuestros padres, y hermanos, y parientes, y amigos; y matarán a algunos de vosotros.
17 Y seréis aborrecidos de todos por causa de mi nombre.
18 Pero no perecerá ni un cabello de vuestra cabeza.
19 En vuestra paciencia ganaréis vuestras almas.
20 Y cuando veáis a Jerusalén rodeada de ejércitos, sabed entonces que su destrucción ha llegado.
21 Entonces los que estén en Judea, huyan a los montes; y los que en medio de ella, váyanse; y los que estén en los campos, no entren en ella.
22 Porque estos son días de retribución, para que se cumplan todas las cosas que están escritas.
23 Pero ¡ay de las que estén encintas, y de las que críen en aquellos días! porque habrá gran calamidad en la tierra, e ira sobre este pueblo.
24 Y caerán a filo de espada, y serán llevados cautivos a todas las naciones; y Jerusalén será hollada por los gentiles, hasta que los tiempos de los gentiles se cumplan.
25 Entonces habrá señales en el sol, en la luna y en las estrellas, y en la tierra angustia de las gentes, confundidas a causa del bramido del mar y de las olas;
26 Desfalleciendo los hombres por el temor y la expectación de las cosas que sobrevendrán en la tierra; porque las potencias de los cielos serán conmovidas.
27 Entonces verán al Hijo del Hombre, que vendrá en una nube con poder y gran gloria.
28 Y cuando estas cosas comiencen a suceder, erguíos y levantad vuestra cabeza, porque vuestra redención está cerca.
29 Y les refirió una parábola: Mirad la higuera y todos los árboles;
30 Cuando ya brotan, lo veis y sabéis por vosotros mismos que el verano está ya próximo.
31 Así también vosotros, cuando veáis que suceden estas cosas, sabed que está cerca el reino de Dios.
32 De cierto os digo que no pasará esta generación hasta que todo acontezca.
33 El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán.
34 Mirad también por vosotros mismos, que vuestros corazones no se carguen de glotonería y embriaguez y de los afanes de esta vida, y venga de repente sobre vosotros aquel día.
35 Porque como un lazo vendrá sobre todos los que habitan sobre la faz de toda la tierra.
36 Velad, pues, en todo tiempo orando que seáis tenidos por dignos de escapar de todas estas cosas que vendrán, y de estar en pie delante del Hijo del Hombre.
37 Y de día enseñaba en el templo; y de noche salía y se quedaba en el monte que se llama de los Olivos.
38 Y todo el pueblo venía a él por la mañana al templo, para oírle.

CAPÍTULO 22

1 Estaba cerca la fiesta de los panes sin levadura, llamada la Pascua.
2 Y los principales sacerdotes y los escribas buscaban cómo matarle, porque tenían miedo del pueblo.
3 Entonces entró Satanás en Judas, por sobrenombre Iscariote, el cual era uno del número de los doce.
4 Y fue y habló con los principales sacerdotes y con los capitanes, de cómo se lo entregaría.
5 Y ellos se alegraron, y convinieron en darle dinero.
6 Y él lo prometió, y buscó una oportunidad para entregárselo, ausente el pueblo.
7 Luego llegó el día de los panes sin levadura, en el que era necesario sacrificar el cordero de la Pascua.
8 Y envió a Pedro y a Juan, diciendo: Id y preparadnos la pascua para que la comamos.
9 Y le dijeron: ¿Dónde quieres que preparemos?
10 Y les dijo: He aquí, cuando entréis en la ciudad, os saldrá al encuentro un hombre que lleva un cántaro de agua; seguidlo hasta la casa donde él entre.
11 Y diréis al padre de familia de la casa: El Maestro te dice: ¿Dónde está el aposento donde he de comer la pascua con mis discípulos?
12 Y él os mostrará un gran aposento alto ya dispuesto; preparadlo allí.
13 Y fueron, y hallaron como les había dicho; y prepararon la pascua.
14 Cuando llegó la hora, se sentó a la mesa, y con él los doce apóstoles.
15 Y les dijo: ¡Cuánto he deseado comer con vosotros esta pascua antes que padezca!
16 Porque os digo que no comeré más de ella, hasta que se cumpla en el reino de Dios.
17 Y tomando la copa, y habiendo dado gracias, dijo: Tomad esto, y repartidlo entre vosotros;
18 Porque os digo que no beberé más del fruto de la vid, hasta que el reino de Dios venga.
19 Y tomó el pan y dio gracias, y lo partió y les dio, diciendo: Esto es mi cuerpo, que por vosotros es dado; haced esto en memoria de mí.
20 De igual manera, después que hubo cenado, tomó la copa, diciendo: Esta copa es el nuevo pacto en mi sangre, que por vosotros se derrama.
21 Pero he aquí, la mano del que me entrega está conmigo en la mesa.
22 Y a la verdad el Hijo del Hombre va, según estaba determinado; pero ¡ay de aquel hombre por quien es entregado!

23 Y comenzaron a preguntarse entre sí quién de ellos sería el que había de hacer esto.
24 Y hubo también entre ellos una contienda sobre quién de ellos sería considerado el mayor.
25 Y les dijo: Los reyes de las naciones se enseñorean de ellas, y los que sobre ellas ejercen autoridad son llamados bienhechores.
26 Pero no así vosotros, sino sea el mayor entre vosotros como el más joven, y el que dirige, como el que sirve.
27 Porque ¿cuál es mayor, el que se sienta a la mesa, o el que sirve? ¿No es el que se sienta a la mesa? Mas yo estoy entre vosotros como el que sirve.
28 Vosotros sois los que habéis permanecido conmigo en mis pruebas.
29 Y yo os ordeno un reino, como mi Padre me lo ordenó a mí;
30 para que comáis y bebáis a mi mesa en mi reino, y os sentéis en tronos juzgando a las doce tribus de Israel.
31 Y dijo el Señor: Simón, Simón, he aquí Satanás os ha pedido para zarandearos como a trigo;
32 Pero yo he rogado por ti, que tu fe no falte; y tú, una vez vuelto, confirma a tus hermanos.
33 Y él le respondió: Señor, dispuesto estoy a ir contigo no sólo a la cárcel, sino también a la muerte.
34 Y él dijo: Pedro, te digo que el gallo no cantará hoy antes que tú niegues tres veces que me conoces.
35 Y les dijo: Cuando os envié sin bolsa, sin alforja y sin zapatos, ¿os faltó algo? Y ellos dijeron: Nada.
36 Entonces les dijo: Pues ahora, el que tiene bolsa, tómela, y también la alforja; y el que no tiene espada, venda su capa y compre una.
37 Porque os digo que es necesario que aún se cumpla en mí aquello que está escrito: Y fue contado entre los transgresores; porque lo que a mí respecta tiene su fin.
38 Y ellos dijeron: Señor, aquí hay dos espadas. Y él les dijo: Basta.
39 Y saliendo, se fue, como solía, al monte de los Olivos; y le siguieron también sus discípulos.
40 Y cuando llegó a aquel lugar, les dijo: Orad para que no entréis en tentación.
41 Y él se apartó de ellos como a un tiro de piedra; y puesto de rodillas oró,
42 Diciendo: Padre, si quieres, pasa de mí esta copa; pero no se haga mi voluntad, sino la tuya.
43 Y se le apareció un ángel del cielo para fortalecerle.
44 Y estando en agonía, oraba más intensamente; y era su sudor como grandes gotas de sangre que caían hasta la tierra.
45 Y cuando se levantó de la oración y vino a sus discípulos, los halló durmiendo a causa de la tristeza,
46 Y les dijo: ¿Por qué dormís? Levantaos y orad, para que no entréis en tentación.
47 Mientras él aún hablaba, he aquí una multitud; y el que se llamaba Judas, uno de los doce, iba delante de ellos; y se acercó a Jesús para besarle.
48 Pero Jesús le dijo: Judas, ¿con un beso entregas al Hijo del Hombre?
49 Y los que estaban con él, viendo lo que iba a suceder, le dijeron: Señor, ¿heriremos a espada?
50 Y uno de ellos hirió a un siervo del sumo sacerdote, y le cortó la oreja derecha.
51 Respondió Jesús y dijo: Esperad hasta aquí. Y tocándole la oreja, le sanó.
52 Entonces Jesús dijo a los principales sacerdotes, a los jefes de la guardia del templo y a los ancianos, que habían venido a él: ¿Como contra un ladrón habéis salido con espadas y con palos?
53 Habiendo estado con vosotros cada día en el templo, no extendisteis las manos contra mí; pero esta es vuestra hora, y la potestad de las tinieblas.
54 Entonces le tomaron, le llevaron y le llevaron a casa del sumo sacerdote; y Pedro le seguía de lejos.
55 Y habiendo encendido fuego en medio de la sala, y sentándose todos juntos, Pedro se sentó entre ellos.
56 Pero una criada, al verle sentado junto al fuego, fijándose en él detenidamente, dijo: También éste estaba con él.
57Y él lo negó, diciendo: Mujer, no lo conozco.
58 Un poco después, viéndole otro, dijo: Tú también eres de ellos. Y Pedro dijo: Hombre, no soy.
59 Y como una hora después otro afirmaba firmemente, diciendo: Verdaderamente también éste estaba con él, porque es galileo.
60 Entonces Pedro dijo: Hombre, no sé lo que dices. Y luego, mientras él aún hablaba, cantó el gallo.
61 Entonces el Señor, volviéndose, miró a Pedro; y Pedro se acordó de la palabra del Señor, que le había dicho: Antes que el gallo cante, me negarás tres veces.
62 Y Pedro, saliendo fuera, lloró amargamente.
63 Y los hombres que tenían a Jesús detenido se burlaban de él y le golpeaban.
64 Y vendándole los ojos, le golpeaban el rostro, y le preguntaban, diciendo: Profetiza, ¿quién es el que te ha golpeado?
65 Y decían muchas otras cosas blasfemas contra él.
66 Y cuando era de día, se reunieron los ancianos del pueblo, los principales sacerdotes y los escribas, y le llevaron al concilio, diciendo:
67 ¿Eres tú el Cristo? Dinos. Y él les dijo: Si os lo dijere, no creeréis.
68 Y si yo os preguntare, no me responderéis, ni me dejaréis.
69 De ahora en adelante el Hijo del Hombre se sentará a la diestra del poder de Dios.
70 Dijeron entonces todos: ¿Luego eres tú el Hijo de Dios? Y él les respondió: Vosotros decís que lo soy.
71 Y ellos dijeron: ¿Qué más testimonio necesitamos? porque nosotros mismos lo hemos oído de su propia boca.

CAPÍTULO 23

1 Y se levantó toda la multitud y le llevaron a Pilato.
2 Y comenzaron a acusarle, diciendo: A éste hemos hallado que pervierte a la nación, y que prohíbe dar tributo a César, diciendo que él es el Cristo, un rey.
3 Y Pilato le preguntó, diciendo: ¿Eres tú el Rey de los judíos? Y él le respondió y dijo: Tú lo dices.
4 Entonces Pilato dijo a los principales sacerdotes y al pueblo: Ningún delito hallo en este hombre.
5 Y ellos aumentaban con furia, diciendo: Alborota al pueblo, enseñando por toda Judea, comenzando desde Galilea hasta aquí.

6 Cuando Pilato oyó hablar de Galilea, preguntó si el hombre era galileo.
7 Y cuando supo que era de la jurisdicción de Herodes, le remitió a Herodes, quien en aquellos días también estaba en Jerusalén.
8 Y Herodes, cuando vio a Jesús, se alegró mucho, porque hacía mucho tiempo que deseaba verle, porque había oído muchas cosas acerca de él, y esperaba verle hecho algún milagro.
9 Y le preguntó con muchas palabras, pero él nada le respondió.
10 Y los principales sacerdotes y los escribas estaban allí, acusándole con vehemencia.
11 Y Herodes, con sus soldados, le menospreció y se burló de él, y le vistió con un espléndido manto, y le volvió a enviar a Pilato.
12 Aquel mismo día fueron hechos amigos Pilato y Herodes, pues antes eran enemigos entre sí.
13 Entonces Pilato, convocando a los principales sacerdotes, a los gobernantes y al pueblo,
14 Les dijo: Me habéis presentado a este hombre como uno que pervierte al pueblo; pero he aquí, habiéndole interrogado yo delante de vosotros, ningún delito he hallado en este hombre de aquellos de que le acusáis.
15 Ni tampoco Herodes; porque os remití a él, y he aquí, ninguna cosa digna de muerte le ha hecho.
16 Así que lo castigaré y lo soltaré.
17 Porque era necesario que les soltaran uno en la fiesta.
18 Y toda la multitud clamó a una, diciendo: ¡Quita a éste, y suéltanos a Barrabás!
19 (el cual por una sedición hecha en la ciudad, y un homicidio, fue echado en la cárcel.)
20 Pilato, pues, queriendo soltar a Jesús, les habló otra vez.
21 Pero ellos dieron voces, diciendo: ¡Crucifícale, crucifícale!
22 Entonces les dijo la tercera vez: ¿Pues qué mal ha hecho éste? No he hallado en él ninguna causa que merezca la muerte; le castigaré, pues, y le soltaré.
23 Y ellos insistían a grandes voces, pidiendo que fuese crucificado; y las voces de ellos y de los principales sacerdotes prevalecían.
24 Y Pilato sentenció que se hiciera como ellos pedían.
25 Y les soltó a aquel que había sido echado en la cárcel por sedición y homicidio, al cual ellos pedían; pero a Jesús entregó a la voluntad de ellos.
26 Y mientras le llevaban, tomaron a un cierto Simón de Cirene, que venía del campo, y le pusieron encima la cruz para que la llevase tras Jesús.
27 Y le seguía una grande multitud del pueblo, y de mujeres, que lloraban y hacían lamentación por él.
28 Pero Jesús, vuelto hacia ellas, dijo: Hijas de Jerusalén, no lloréis por mí, sino llorad por vosotras mismas y por vuestros hijos.
29 Porque he aquí vienen días en que dirán: Bienaventuradas las estériles, y los vientres que no concibieron, y los pechos que no criaron.
30 Entonces comenzarán a decir a los montes: Caed sobre nosotros; y a los collados: Cubridnos.
31 Porque si en el árbol verde hacen estas cosas, ¿en el seco, qué se hará?
32 Llevaban también con él a otros dos, malhechores, para ser ejecutados.
33 Y cuando llegaron al lugar llamado de la Calvario, le crucificaron allí, y a los malhechores, uno a la derecha, y otro a la izquierda.
34 Entonces Jesús decía: Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen. Y repartieron sus vestidos, echando suertes.
35 Y el pueblo estaba allí mirándolo; y los gobernantes que estaban con ellos se burlaban de él, diciendo: A otros salvó; sálvese a sí mismo, si éste es el Cristo, el escogido de Dios.
36 Y los soldados también se burlaban de él, acercándose y ofreciéndole vinagre,
37 y diciendo: Si tú eres el Rey de los judíos, sálvate a ti mismo.
38 Y había también sobre él un título escrito con letras griegas, latinas y hebreas: ESTE ES EL REY DE LOS JUDÍOS.
39 Y uno de los malhechores que estaban colgados le injuriaba, diciendo: Si tú eres el Cristo, sálvate a ti mismo y a nosotros.
40 Pero el otro le respondió: ¿Ni aun temes tú a Dios, estando en la misma condenación?
41 Nosotros, a la verdad, con justicia recibimos lo que merecieron nuestros hechos; pero éste nada malo hizo.
42 Y dijo a Jesús: Señor, acuérdate de mí cuando vengas en tu reino.
43 Y Jesús le dijo: De cierto te digo que hoy estarás conmigo en el paraíso.
44 Y era como la hora sexta, y hubo tinieblas sobre toda la tierra hasta la hora novena.
45 Y el sol se oscureció, y el velo del templo se rasgó por la mitad.
46 Entonces Jesús, clamando a gran voz, dijo: Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu. Y habiendo dicho esto, exhaló el último suspiro.
47 Cuando el centurión vio lo que había sucedido, glorificó a Dios, diciendo: Verdaderamente este hombre era justo.
48 Y todo el pueblo que se había reunido para presenciar aquel espectáculo, viendo lo que había sucedido, se golpeaban el pecho y se volvían.
49 Y todos sus conocidos, y las mujeres que le habían seguido desde Galilea, estaban lejos, mirando estas cosas.
50 Y he aquí había un hombre llamado José, un miembro del concilio, y era hombre bueno y justo.
51 Este no había consentido en el consejo ni en los hechos de ellos, sino que era de Arimatea, ciudad de los judíos, y esperaba el reino de Dios.
52 Este fue a Pilato y pidió el cuerpo de Jesús.
53 Y quitándolo, lo envolvió en una sábana, y lo puso en un sepulcro abierto en una peña, en el cual aún no se había puesto a nadie.
54 Y aquel día era la preparación, y estaba para comenzar el sábado.
55 Y las mujeres que habían venido con él desde Galilea, siguieron también, y vieron el sepulcro, y cómo fue puesto su cuerpo.
56 Y vueltas, prepararon especias aromáticas y ungüentos, y descansaron el día de reposo, conforme al mandamiento.

CAPÍTULO 24

1 El primer día de la semana, muy de mañana, vinieron al sepulcro, trayendo las especias aromáticas que habían preparado, y algunas otras mujeres con ellas.
2 Y hallaron removida la piedra del sepulcro.
3 Y entraron, y no hallaron el cuerpo del Señor Jesús.
4 Y aconteció que estando ellas perplejas por esto, he aquí se pusieron junto a ellas dos varones con vestiduras resplandecientes.
5 Y como tuvieron temor, y bajaron el rostro a tierra, les dijeron: ¿Por qué buscáis entre los muertos al que vive?
6 No está aquí, sino que ha resucitado. Acordaos de lo que os habló, cuando aún estaba en Galilea,
7 diciendo: Es necesario que el Hijo del Hombre sea entregado en manos de hombres pecadores, y que sea crucificado, y resucite al tercer día.
8 Y se acordaron de sus palabras,
9 Y volvió del sepulcro, y dio nuevas de todas estas cosas a los once, y a todos los demás.
10 Eran María Magdalena, Juana, María la madre de Jacobo, y las otras mujeres que estaban con ellas, quienes dijeron estas cosas a los apóstoles.
11 Y sus palabras les parecieron vanas, y no las creyeron.
12 Entonces Pedro se levantó y corrió al sepulcro; y cuando se inclinó, vio los lienzos puestos solos; y se fue maravillándose de lo que había sucedido.
13 Y he aquí dos de ellos iban el mismo día a una aldea llamada Emaús, que estaba a sesenta estadios de Jerusalén.
14 Y conversaban entre sí de todas aquellas cosas que habían acontecido.
15 Y aconteció que mientras ellos hablaban y discutían, Jesús mismo se acercó, y caminaba con ellos.
16 Pero los ojos de ellos estaban velados, para que no le conocieran.
17 Y les dijo: ¿Qué pláticas son estas que tenéis entre vosotros mientras camináis, y estáis tristes?
18 Respondiendo uno de ellos, que se llamaba Cleofas, le dijo: ¿Eres tú el único forastero en Jerusalén, que no has sabido las cosas que en ella han acontecido en estos días?
19 Y él les dijo: ¿Qué cosas? Y ellos le respondieron: De Jesús Nazareno, que fue un profeta poderoso en obras y palabras delante de Dios y de todo el pueblo.
20 y cómo los principales sacerdotes y nuestros gobernantes le entregaron para ser condenado a muerte, y le crucificaron.
21 Pero nosotros esperábamos que él era el que había de redimir a Israel; y además de todo esto, hoy es el tercer día que esto ha acontecido.
22 Y también nos han sorprendido algunas mujeres de entre nosotros, las que desde el principio fueron al sepulcro;
23 Y como no hallaron su cuerpo, vinieron diciendo que también habían visto una visión de ángeles, que dijeron que él vive.
24 Y fueron algunos de los que estaban con nosotros al sepulcro, y hallaron así como las mujeres habían dicho; pero a él no le vieron.
25 Entonces les dijo: ¡ Oh insensatos, y tardos de corazón para creer todo lo que los profetas han dicho!
26 ¿No era necesario que el Cristo padeciera estas cosas, y que entrara en su gloria?
27 Y comenzando desde Moisés, y siguiendo por todos los profetas, les declaró en todas las Escrituras lo que de él decían.
28 Y llegaron cerca de la aldea adonde iban; y él hizo como que quería seguir adelante.
29 Pero ellos le obligaron a quedarse, diciendo: Quédate con nosotros, porque atardece y el día ya ha declinado. Y entró a quedarse con ellos.
30 Y aconteció que estando sentado con ellos a la mesa, tomó el pan y lo bendijo, lo partió y les dio.
31 Y les fueron abiertos los ojos, y le reconocieron; pero él desapareció de su vista.
32 Y se dijeron el uno al otro: ¿No ardía nuestro corazón en nosotros, mientras nos hablaba en el camino, y cuando nos abría las Escrituras?
33 Y levantándose en la misma hora, volvieron a Jerusalén, y hallaron a los once reunidos, y a los que estaban con ellos,
34 diciendo: Ha resucitado el Señor verdaderamente, y ha aparecido a Simón.
35 Y ellos contaron lo que había sucedido en el camino, y cómo le habían reconocido al partir el pan.
36 Mientras ellos estas cosas hablaban, Jesús se puso en medio de ellos y les dijo: Paz a vosotros.
37 Pero ellos, aterrorizados y asustados, pensaron que veían un espíritu.
38 Y les dijo: ¿Por qué estáis turbados, y suben a vuestro corazón estos pensamientos?
39 Mirad mis manos y mis pies, que yo mismo soy; palpad, y ved; porque un espíritu no tiene carne ni huesos, como veis que yo tengo.
40 Y habiendo dicho esto, les mostró las manos y los pies.
41 Y como todavía ellos, de gozo, no lo creían, y estaban maravillados, les dijo: ¿ Tenéis aquí algo de comer?
42 Y le dieron parte de un pez asado, y un panal de miel.
43 Y él lo tomó, y comió delante de ellos.
44 Y les dijo: Estas son las palabras que os hablé, estando aún con vosotros: que era necesario que se cumpliese todo lo que está escrito de mí en la ley de Moisés, en los profetas y en los salmos.
45 Entonces les abrió el entendimiento, para que comprendieran las Escrituras,
46 Y les dijo: Así está escrito, y así fue necesario que el Cristo padeciese, y resucitase de los muertos al tercer día;
47 y que se predicase en su nombre el arrepentimiento y el perdón de pecados en todas las naciones, comenzando desde Jerusalén.
48 Y vosotros sois testigos de estas cosas.
49 He aquí, yo enviaré la promesa de mi Padre sobre vosotros; pero quedaos vosotros en la ciudad de Jerusalén, hasta que seáis investidos de poder desde lo alto.
50 Y los sacó fuera hasta Betania, y alzando sus manos, los bendijo.
51 Y aconteció que mientras los bendecía, se separó de ellos, y fue llevado arriba al cielo.
52 Y ellos, después de adorarle, volvieron a Jerusalén con gran gozo.
53 Y estaban siempre en el templo, alabando y bendiciendo a Dios. Amén.

Evangelio de Juan

CAPÍTULO 1

1 En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios.
2 Este era en el principio con Dios.
3 Todas las cosas por él fueron hechas, y sin él nada de lo que ha sido hecho, fue hecho.
4 En él estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres.
5 Y la luz resplandece en las tinieblas, y las tinieblas no la comprendieron.
6Hubo un hombre enviado de Dios, el cual se llamaba Juan.
7 Este vino por testimonio, para que diese testimonio de la luz, a fin de que todos creyesen por él.
8 No era él la luz, sino para que diese testimonio de la luz.
9 Aquella luz verdadera, que alumbra a todo hombre, viene a este mundo.
10 En el mundo estaba, y el mundo por él fue hecho, y el mundo no le conoció.
11 A lo suyo vino, y los suyos no le recibieron.
12 Mas a todos los que le recibieron, a los que creen en su nombre, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios;
13 los cuales no son engendrados de sangre, ni de voluntad de carne, ni de voluntad de varón, sino de Dios.
14 Y aquel Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros (y vimos su gloria, gloria como del unigénito del Padre), lleno de gracia y de verdad.
15 Juan dio testimonio de él, y clamó diciendo: Este es de quien yo decía: El que viene después de mí, es antes de mí; porque era primero que yo.
16 Y de su plenitud tomamos todos, y gracia sobre gracia.
17 Porque la ley por medio de Moisés fue dada, pero la gracia y la verdad vinieron por medio de Jesucristo.
18 A Dios nadie le vio jamás; el unigénito Hijo, que está en el seno del Padre, él le ha dado a conocer.
19 Y éste es el testimonio de Juan, cuando los judíos enviaron sacerdotes y levitas desde Jerusalén para preguntarle: ¿Tú, quién eres?
20 Y él confesó, y no negó, sino confesó: Yo no soy el Cristo.
21 Y le preguntaron: ¿Qué, pues? ¿Eres tú Elías? Y él dijo: No lo soy. ¿Eres tú el profeta? Y él respondió: No.
22 Entonces le dijeron: ¿Quién eres tú? Para que podamos dar respuesta a los que nos enviaron. ¿Qué dices de ti mismo?
23 Él dijo: Yo soy la voz de uno que clama en el desierto: Enderezad el camino del Señor, como dijo el profeta Isaías.
24 Y los que fueron enviados eran de los fariseos.
25 Y le preguntaron, y le dijeron: ¿Por qué, pues, bautizas, si tú no eres el Cristo, ni Elías, ni el profeta?
26 Juan les respondió, diciendo: Yo bautizo con agua; pero en medio de vosotros está uno a quien vosotros no conocéis;
27 Este es el que viene después de mí, el que es antes de mí, del cual yo no soy digno de desatar la correa de su calzado.
28 Estas cosas sucedieron en Betábara, al otro lado del Jordán, donde Juan estaba bautizando.
29 El siguiente día vio Juan a Jesús que venía a él, y dijo: He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo.
30 Éste es de quien dije: Después de mí viene un varón, el cual es antes de mí; porque era primero que yo.
31 Y yo no le conocía; pero para que fuese manifestado a Israel, por eso vine yo bautizando con agua.
32 También Juan dio testimonio, diciendo: Vi al Espíritu que descendía del cielo como paloma, y permaneció sobre él.
33 Y yo no le conocía; pero el que me envió a bautizar con agua, él me dijo: Sobre quien veas descender el Espíritu y que permanece sobre él, ése es el que bautiza con el Espíritu Santo.
34 Y yo le vi, y he dado testimonio de que éste es el Hijo de Dios.
35 Al día siguiente estaba otra vez Juan, y dos de sus discípulos.
36 Y mirando a Jesús que andaba por allí, dijo: He aquí el Cordero de Dios.
37 Y los dos discípulos le oyeron hablar, y siguieron a Jesús.
38 Jesús se volvió y, al ver que le seguían, les dijo: ¿Qué buscáis? Le dijeron: Rabí (que traducido quiere decir, Maestro), ¿dónde moras?
39 Él les dijo: Venid y ved. Fueron, y vieron dónde moraba, y se quedaron con él aquel día; porque era como la hora décima.
40 Uno de los dos que oyeron a Juan y le siguieron era Andrés, hermano de Simón Pedro.
41 Este halló primero a su hermano Simón, y le dijo: Hemos hallado al Mesías (que traducido es, el Cristo).
42 Y lo trajo a Jesús. Y mirándolo Jesús, dijo: Tú eres Simón, hijo de Jonás; tú serás llamado Cefas (que quiere decir: Piedra).
43 Al día siguiente quiso Jesús ir a Galilea, y halló a Felipe, y le dijo: Sígueme.
44 Felipe era de Betsaida, la ciudad de Andrés y Pedro.
45 Felipe halló a Natanael, y le dijo: Hemos hallado a aquel de quien escribió Moisés en la ley, así como los profetas: a Jesús, el hijo de José, de Nazaret.
46 Y le dijo Natanael: ¿De Nazaret puede salir algo de bueno? Felipe le dijo: Ven y lo verás.
47 Jesús vio que Natanael venía a él, y dijo de él: He aquí un verdadero israelita, en quien no hay engaño.
48 Natanael le dijo: ¿De dónde me conoces? Respondió Jesús y le dijo: Antes que Felipe te llamara, cuando estabas debajo de la higuera, te vi.
49 Respondió Natanael y le dijo: Rabí, tú eres el Hijo de Dios; tú eres el Rey de Israel.
50 Respondió Jesús y le dijo: Porque te dije: Te vi debajo de la higuera, ¿crees? Cosas mayores que éstas verás.
51 Y le dijo: De cierto, de cierto os digo: De aquí en adelante veréis el cielo abierto, y a los ángeles de Dios que suben y descienden sobre el Hijo del Hombre.

CAPÍTULO 2

1 Y al tercer día se hicieron unas bodas en Caná de Galilea; y estaba allí la madre de Jesús.
2 Y fueron invitados a las bodas Jesús y sus discípulos.
3 Y faltando el vino, la madre de Jesús le dijo: No tienen vino.
4 Jesús le dijo: Mujer, ¿qué tengo yo contigo? Aún no ha llegado mi hora.
5 Su madre dijo a los que servían: Haced todo lo que os dijere.

6 Y estaban allí seis tinajas de piedra para agua, conforme al rito de la purificación de los judíos, en cada una de las cuales cabían dos o tres cántaros.
7 Jesús les dijo: Llenad estas tinajas de agua. Y las llenaron hasta el borde.
8 Y les dijo: Sacad ahora, y llevadlo al maestresala. Y ellos lo llevaron.
9 Y cuando el maestresala probó el agua hecha vino, sin saber de dónde era (pero lo sabían los sirvientes que habían sacado el agua), llamó al esposo,
10 Y le dijo: Todo hombre pone primero el buen vino, y cuando ya han bebido mucho, entonces el peor; pero tú has guardado el buen vino hasta ahora.
11 Este principio de señales hizo Jesús en Caná de Galilea, y manifestó su gloria, y sus discípulos creyeron en él.
12 Después de esto descendió a Capernaúm, él, su madre, sus hermanos y sus discípulos; y estuvieron allí no muchos días.
13 Y estaba cerca la Pascua de los judíos, y subió Jesús a Jerusalén,
14 Y halló en el templo a los que vendían bueyes, ovejas y palomas, y a los cambistas sentados.
15 Y haciendo un azote de cuerdas pequeñas, echó fuera del templo a todos, y las ovejas y los bueyes; y desparramó las monedas de los cambistas, y volcó las mesas;
16 Y dijo a los que vendían palomas: Quitad de aquí esto, y no hagáis de la casa de mi Padre casa de mercado.
17 Y se acordaron sus discípulos que estaba escrito: El celo de tu casa me consume.
18 Respondieron entonces los judíos, y le dijeron: ¿Qué señal nos muestras, ya que haces estas cosas?
19 Respondió Jesús y les dijo: Destruid este templo, y en tres días lo levantaré.
20 Dijeron entonces los judíos: En cuarenta y seis años fue edificado este templo, ¿y tú en tres días lo levantarás?
21 Pero él hablaba del templo de su cuerpo.
22 Cuando resucitó de entre los muertos, sus discípulos se acordaron de que les había dicho esto, y creyeron en la Escritura y en la palabra que Jesús había dicho.
23 Y estando él en Jerusalén en la fiesta de la Pascua, muchos creyeron en su nombre, viendo las señales que hacía.
24 Pero Jesús mismo no se fiaba de ellos, porque conocía a todos,
25 Y no tenía necesidad de que nadie le diese testimonio acerca del hombre, pues él sabía lo que había en el hombre.

CAPÍTULO 3

1 Había un hombre de los fariseos que se llamaba Nicodemo, un principal entre los judíos.
2 Este vino a Jesús de noche, y le dijo: Rabí, sabemos que has venido de Dios como maestro; porque nadie puede hacer estas señales que tú haces, si no está Dios con él.
3 Respondió Jesús y le dijo: De cierto, de cierto te digo, que el que no naciere de nuevo, no puede ver el reino de Dios.
4 Nicodemo le dijo: ¿Cómo puede un hombre nacer siendo viejo? ¿Acaso puede entrar por segunda vez en el vientre de su madre, y nacer?
5 Respondió Jesús: De cierto, de cierto te digo, que el que no naciere de agua y del Espíritu, no puede entrar en el reino de Dios.
6 Lo que es nacido de la carne, carne es; y lo que es nacido del Espíritu, espíritu es.
7 No te maravilles de que te dije: Os es necesario nacer de nuevo.
8 El viento sopla de donde quiere, y oyes su sonido; mas ni sabes de dónde viene, ni a dónde va; así es todo aquel que es nacido del Espíritu.
9 Respondió Nicodemo y le dijo: ¿Cómo puede hacerse esto?
10 Respondió Jesús y le dijo: ¿Eres tú maestro de Israel, y no sabes esto?
11 De cierto, de cierto te digo que hablamos lo que sabemos, y lo que hemos visto, testificamos; y no recibís nuestro testimonio.
12 Si os he dicho cosas terrenales, y no creéis, ¿cómo creeréis si os dijere las celestiales?
13 Y nadie subió al cielo, sino el que descendió del cielo; el Hijo del Hombre, que está en el cielo.
14 Y como Moisés levantó la serpiente en el desierto, así es necesario que el Hijo del Hombre sea levantado;
15 para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna.
16 Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna.
17 Porque no envió Dios a su Hijo al mundo para condenar al mundo, sino para que el mundo sea salvo por él.
18 El que en él cree, no es condenado; pero el que no cree, ya ha sido condenado, porque no ha creído en el nombre del unigénito Hijo de Dios.
19 Y esta es la condenación: que la luz vino al mundo, y los hombres amaron más las tinieblas que la luz, porque sus obras eran malas.
20 Porque todo aquel que hace lo malo, aborrece la luz y no viene a la luz, para que sus obras no sean reprendidas.
21 Mas el que practica la verdad viene a la luz, para que sea manifiesto que sus obras son hechas en Dios.
22 Después de estas cosas vino Jesús con sus discípulos a la tierra de Judea, y estuvo allí con ellos, y bautizaba.
23 Y Juan también bautizaba en Enón, cerca de Salim, porque había allí muchas aguas; y venían, y eran bautizados.
24 Porque Juan no había sido aún encarcelado.
25 Entonces surgió una discusión entre algunos de los discípulos de Juan y los judíos acerca de la purificación.
26 Y vinieron a Juan, y le dijeron: Rabí, el que estaba contigo al otro lado del Jordán, de quien tú diste testimonio, he aquí bautiza, y todos vienen a él.
27 Respondió Juan y dijo: No puede el hombre recibir nada, si no le fuere dado del cielo.
28 Vosotros mismos me sois testigos de que dije: Yo no soy el Cristo, sino que soy enviado delante de él.
29 El que tiene la esposa, es el esposo; mas el amigo del esposo, que está en pie y le oye, se goza grandemente de la voz del esposo; así pues, este mi gozo está cumplido.
30 Es necesario que él crezca, pero que yo mengüe.
31 El que de arriba viene, es sobre todos; el que es de la tierra, terrenal, y cosas terrenales habla; el que viene del cielo, es sobre todos.

32 Y lo que vio y oyó, esto testifica; y nadie recibe su testimonio.
33 El que recibe su testimonio, éste atestigua que Dios es veraz.
34 Porque el que Dios envió, las palabras de Dios habla; pues Dios no da el Espíritu por medida.
35 El Padre ama al Hijo, y ha entregado todas las cosas en su mano.
36 El que cree en el Hijo tiene vida eterna; pero el que rehúsa creer en el Hijo no verá la vida, sino que la ira de Dios está sobre él.

CAPÍTULO 4

1 Cuando, pues, el Señor supo que los fariseos habían oído que Jesús hacía y bautizaba más discípulos que Juan,
2 Aunque Jesús no bautizaba, sino sus discípulos,
3 Dejó Judea y se fue otra vez a Galilea.
4 Y le era necesario pasar por Samaria.
5 Luego llegó a una ciudad de Samaria llamada Sicar, cerca de la parcela de tierra que Jacob dio a su hijo José.
6 Allí estaba el pozo de Jacob. Jesús, cansado del camino, se sentó así junto al pozo. Era como la hora sexta.
7 Vino una mujer samaritana a sacar agua; y Jesús le dijo: Dame de beber.
8Porque sus discípulos habían ido a la ciudad a comprar de comer.
9 Entonces la mujer samaritana le dijo: ¿Cómo tú, siendo judío, me pides a mí de beber, que soy mujer samaritana? Porque los judíos no se tratan con los samaritanos.
10 Respondió Jesús y le dijo: Si conocieras el don de Dios, y quién es el que te dice: Dame de beber; tú le pedirías a él, y él te daría agua viva.
11 La mujer le dijo: Señor, no tienes con qué sacarla, y el pozo es hondo; ¿de dónde, pues, tienes el agua viva?
12 ¿Acaso eres tú mayor que nuestro padre Jacob, que nos dio este pozo, del cual bebieron él, sus hijos y sus ganados?
13 Respondió Jesús y le dijo: Cualquiera que bebiere de esta agua, volverá a tener sed;
14 Mas el que bebiere del agua que yo le daré, no tendrá sed jamás; sino que el agua que yo le daré será en él una fuente de agua que salte para vida eterna.
15 La mujer le dijo: Señor, dame esa agua, para que no tenga yo sed, ni venga aquí a sacarla.
16 Jesús le dijo: Ve, llama a tu marido, y ven acá.
17 Respondió la mujer y dijo: No tengo marido. Jesús le dijo: Bien has dicho: No tengo marido.
18 Porque cinco maridos has tenido, y el que ahora tienes no es tu marido; en esto has dicho con verdad.
19 La mujer le dijo: Señor, me parece que tú eres profeta.
20 Nuestros padres adoraron en este monte, y vosotros decís que en Jerusalén es el lugar donde se debe adorar.
21 Jesús le dijo: Mujer, créeme, que la hora viene cuando ni en este monte ni en Jerusalén adoraréis al Padre.
22 Vosotros adoráis lo que no sabéis; nosotros adoramos lo que sabemos; porque la salvación viene de los judíos.
23 Pero la hora viene, y ahora es, cuando los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad; porque también el Padre tales adoradores busca que le adoren.
24 Dios es Espíritu; y los que le adoran, en espíritu y en verdad es necesario que adoren.
25 La mujer le dijo: Sé que ha de venir el Mesías, llamado el Cristo; cuando él venga nos declarará todas las cosas.
26 Jesús le dijo: Yo soy, el que habla contigo.
27 Entonces vinieron sus discípulos, y se maravillaron de que hablase con la mujer; pero ninguno le dijo: ¿Qué preguntas? o: ¿Por qué hablas con ella?
28 Entonces la mujer dejó su cántaro, y fue a la ciudad, y dijo a los hombres:
29 Venid, ved a un hombre que me ha dicho todo lo que he hecho. ¿No será éste el Cristo?
30 Entonces salieron de la ciudad y vinieron a él.
31 Mientras tanto sus discípulos le rogaban, diciendo: Maestro, come.
32 Pero él les dijo: Yo tengo una comida que comer, que vosotros no sabéis.
33 Entonces los discípulos se dijeron unos a otros: ¿Le habrá traído alguien de comer?
34 Jesús les dijo: Mi comida es hacer la voluntad del que me envió, y acabar su obra.
35 ¿No decís vosotros: Aún faltan cuatro meses para que llegue la siega? He aquí os digo: Alzad vuestros ojos y mirad los campos, porque ya están blancos para la siega.
36 Y el que siega recibe salario, y recoge fruto para vida eterna, para que el que siembra goce juntamente con el que siega.
37 Y en esto es verdadero el dicho: Uno es el que siembra, y otro es el que siega.
38 Yo os he enviado a segar lo que vosotros no labrasteis; otros labraron, y vosotros habéis entrado en sus labores.
39 Y muchos de los samaritanos de aquella ciudad creyeron en él por la palabra de la mujer, que daba testimonio: Me dijo todo lo que he hecho.
40 Vinieron, pues, a él los samaritanos y le rogaron que se quedase con ellos; y se quedó allí dos días.
41 Y creyeron muchos más por la palabra de él;
42 Y decía a la mujer: Ya no creemos solamente por tu dicho, porque nosotros mismos hemos oído, y sabemos que verdaderamente éste es el Salvador del mundo, el Cristo.
43 Dos días después, salió de allí y se fue a Galilea.
44 Porque Jesús mismo dio testimonio de que al profeta no se le honra en su propia tierra.
45 Cuando llegó a Galilea, los galileos le recibieron, habiendo visto todas las cosas que había hecho en Jerusalén en la fiesta; porque también ellos habían ido a la fiesta.
46 Vino, pues, Jesús otra vez a Caná de Galilea, donde había convertido el agua en vino. Y había allí en Capernaúm un hombre noble cuyo hijo estaba enfermo.
47 Cuando oyó que Jesús venía de Judea a Galilea, fue a él y le rogó que descendiese y sanase a su hijo, que se estaba muriendo.
48 Entonces Jesús le dijo: Si no viereis señales y prodigios, no creeréis.
49 El noble le dijo: Señor, desciende antes que mi hijo muera.
50 Jesús le dijo: Vete, tu hijo vive. Y el hombre creyó la palabra que Jesús le dijo, y se fue.
51 Y mientras él ya descendía, sus siervos vinieron a recibirle, y le dieron nuevas, diciendo: Tu hijo vive.
52 Entonces les preguntó a qué hora había comenzado a mejorar. Y le dijeron: Ayer a la hora séptima le dejó la fiebre.

53 Entonces el padre entendió que aquella hora era cuando Jesús le había dicho: Tu hijo vive; y creyó él, y toda su casa.
54 Este es el segundo milagro que hizo Jesús: cuando vino de Judea a Galilea.

CAPÍTULO 5

1 Después de esto había una fiesta de los judíos, y subió Jesús a Jerusalén.
2 Y hay en Jerusalén, junto a la puerta de las ovejas, un estanque, llamado en hebreo Betesda, el cual tiene cinco pórticos.
3 Allí yacía una multitud de enfermos, ciegos, cojos y paralíticos, que esperaban el movimiento del agua.
4 Porque de tiempo en tiempo un ángel descendía al estanque, y agitaba el agua; y el primero que descendía al estanque después del movimiento del agua, quedaba sano de cualquier enfermedad que tuviera.
5 Y había allí un hombre que hacía treinta y ocho años que estaba enfermo.
6Y cuando Jesús lo vio acostado, y supo que ya llevaba mucho tiempo así, le dijo: ¿ Quieres ser sano?
7 Le respondió el enfermo: Señor, cuando el agua se agita, no tengo quien me meta en el estanque; entre tanto que yo voy, otro desciende antes que yo.
8 Jesús le dijo: Levántate, toma tu lecho y anda.
9 Y al instante aquel hombre fue sanado, y tomó su lecho, y anduvo; y aquel día era sábado.
10 Entonces los judíos dijeron a aquel que había sido sanado: Es día de reposo; no te es lícito llevar tu lecho.
11 Él les respondió: El que me sanó, él mismo me dijo: Toma tu lecho y anda.
12 Entonces le preguntaron: ¿Quién es el hombre que te dijo: Toma tu lecho y anda?
13 Y el que había sido sanado no sabía quién fuese; porque Jesús se había apartado porque había mucha gente en aquel lugar.
14 Después le halló Jesús en el templo, y le dijo: Mira, has sido sanado; no peques más, para que no te venga alguna cosa peor.
15 El hombre se fue y dio aviso a los judíos de que era Jesús quien le había sanado.
16 Por esto los judíos perseguían a Jesús, y procuraban matarle, porque hacía estas cosas en el día de reposo.
17 Pero Jesús les respondió: Mi Padre hasta ahora trabaja, y yo trabajo.
18 Por esto los judíos aún más procuraban matarle, porque no sólo quebrantaba el día de reposo, sino que también decía que Dios era su propio Padre, haciéndose igual a Dios.
19 Respondió entonces Jesús y les dijo: De cierto, de cierto os digo: No puede el Hijo hacer nada por sí mismo, sino lo que ve hacer al Padre; porque todo lo que el Padre hace, también lo hace el Hijo igualmente.
20 Porque el Padre ama al Hijo, y le muestra todas las cosas que él hace; y obras mayores que éstas le mostrará, de modo que vosotros os maravilléis.
21 Porque como el Padre levanta a los muertos, y les da vida, así también el Hijo a los que quiere da vida.
22 Porque el Padre a nadie juzga, sino que todo el juicio dio al Hijo;
23 Para que todos honren al Hijo como honran al Padre. El que no honra al Hijo, no honra al Padre que le envió.
24 De cierto, de cierto os digo: El que oye mi palabra, y cree al que me envió, tiene vida eterna; y no vendrá a condenación, mas ha pasado de muerte a vida.
25 De cierto, de cierto os digo: Viene la hora, y ahora es, cuando los muertos oirán la voz del Hijo de Dios; y los que la oyeren vivirán.
26 Porque como el Padre tiene vida en sí mismo, así también le dio al Hijo el tener vida en sí mismo;
27 y también le dio autoridad de hacer juicio, por cuanto es el Hijo del Hombre.
28 No os maravilléis de esto; porque vendrá hora cuando todos los que están en los sepulcros oirán su voz,
29 Y los que hicieron lo bueno, saldrán a resurrección de vida; mas los que hicieron lo malo, a resurrección de condenación.
30 No puedo yo hacer nada por mí mismo; según oigo, así juzgo; y mi juicio es justo, porque no busco mi voluntad, sino la voluntad del que me envió, la del Padre.
31 Si yo doy testimonio acerca de mí mismo, mi testimonio no es verdadero.
32 Otro es el que da testimonio de mí, y sé que el testimonio que da de mí es verdadero.
33 Vosotros enviasteis mensajes a Juan, y él dio testimonio de la verdad.
34 Pero yo no recibo testimonio de hombre alguno; pero digo esto para que vosotros seáis salvos.
35 Él era antorcha que ardía y alumbraba, y vosotros quisisteis regocijaros por un tiempo en su luz.
36 Pero yo tengo mayor testimonio que el de Juan: las obras que el Padre me dio para que cumpliera, las mismas obras que yo hago, dan testimonio de mí, que el Padre me ha enviado.
37 Y el Padre que me envió ha dado testimonio de mí. Nunca habéis oído su voz, ni habéis visto su aspecto.
38 Y no tenéis su palabra permanente en vosotros; porque al que él envió, vosotros no creéis.
39 Escudriñad las Escrituras; porque a vosotros os parece que en ellas tenéis la vida eterna; y ellas son las que dan testimonio de mí.
40 Y no queréis venir a mí para que tengáis vida.
41 No recibo gloria de los hombres.
42 Pero yo os conozco, que no tenéis el amor de Dios en vosotros.
43 Yo he venido en nombre de mi Padre, y no me recibís; si otro viniere en su propio nombre, a ése recibiréis.
44 ¿Cómo podéis vosotros creer, pues recibís gloria los unos de los otros, y no buscáis la gloria que viene del Dios único?
45 No penséis que yo os voy a acusar ante el Padre; hay uno que os acusa, Moisés, en quien vosotros esperáis.
46 Porque si creyeseis a Moisés, creeríais a mí, porque de mí escribió él.
47 Pero si no creéis a sus escritos, ¿cómo creeréis a mis palabras?

CAPÍTULO 6

1 Después de esto, Jesús se fue al otro lado del mar de Galilea, es decir, el mar de Tiberias.

2 Y le seguía una gran multitud, porque veían las señales que hacía en los enfermos.
3 Y subió Jesús a un monte, y se sentó allí con sus discípulos.
4 Y estaba cerca la Pascua, la fiesta de los judíos.
5Y alzando Jesús los ojos, y vio que había venido a él gran multitud, dijo a Felipe: ¿De dónde compraremos panes para que coman éstos?
6 Y esto dijo para probarle; porque él sabía lo que había de hacer.
7 Felipe le respondió: Doscientos denarios de pan no les bastarían para que cada uno tomara un poco.
8 Uno de sus discípulos, Andrés, hermano de Simón Pedro, le dijo:
9 Aquí está un muchacho que tiene cinco panes de cebada y dos pececillos; ¿pero qué es esto para tantos?
10 Entonces Jesús dijo: Haced que los hombres se recuesten. Había mucha hierba en aquel lugar. Se recostaron, pues, unos cinco mil hombres.
11 Y tomó Jesús aquellos panes, y habiendo dado gracias, los repartió entre los discípulos, y los discípulos entre los que estaban recostados; asimismo de los peces, cuanto quisieron.
12 Cuando se saciaron, dijo a sus discípulos: Recoged los pedazos que sobraron, para que no se pierda nada.
13 Y los recogieron, y llenaron doce cestas con los pedazos de los cinco panes de cebada, que sobraron a los que habían comido.
14 Aquellos hombres entonces, cuando vieron la señal que Jesús había hecho, decían: Este verdaderamente es el profeta que había de venir al mundo.
15 Pero Jesús, al darse cuenta de que iban a venir para apoderarse de él y hacerle rey, se retiró otra vez al monte, él solo.
16 Cuando ya atardecía, sus discípulos descendieron al mar,
17 Y entrando en una barca, iban cruzando el mar hacia Capernaúm. Ya estaba oscuro, y Jesús no había venido a ellos.
18 Y el mar se levantó a causa de un fuerte viento que soplaba.
19 Y cuando habían remado como veinticinco o treinta estadios, vieron a Jesús que andaba sobre el mar y se acercaba a la barca; y tuvieron miedo.
20 Pero él les dijo: Yo soy; no temáis.
21 Ellos entonces con buena voluntad le recibieron en la barca; y luego la barca llegó a la tierra adonde iban.
22 Al día siguiente, cuando la gente que estaba al otro lado del mar vio que no había allí otra barca sino una en la cual habían subido sus discípulos, y que Jesús no había entrado con sus discípulos en la barca, sino que sus discípulos se habían ido solos,
23 Pero llegaron otras barcas de Tiberias cerca del lugar donde habían comido el pan después que el Señor había dado gracias.
24 Cuando vio, pues, la gente que Jesús no estaba allí, ni tampoco sus discípulos, ellos también subieron a las barcas y vinieron a Capernaúm, buscando a Jesús.
25 Y cuando le hallaron al otro lado del mar, le dijeron: Rabí, ¿cuándo llegaste acá?
26 Jesús les respondió y dijo: De cierto, de cierto os digo que me buscáis, no porque habéis visto las señales, sino porque comisteis el pan y os saciasteis.
27 Trabajad, no por la comida que perece, sino por la comida que a vida eterna permanece, la cual el Hijo del Hombre os dará; porque a éste señaló Dios el Padre.
28 Entonces le dijeron: ¿Qué debemos hacer para poner en práctica las obras de Dios?
29 Respondió Jesús y les dijo: Esta es la obra de Dios, que creáis en el que él ha enviado.
30 Le dijeron entonces: ¿Qué señal, pues, haces tú, para que veamos, y te creamos? ¿Qué haces?
31 Nuestros padres comieron el maná en el desierto, como está escrito: Pan del cielo les dio a comer.
32 Entonces Jesús les dijo: De cierto, de cierto os digo: No os dio Moisés el pan del cielo, mas mi Padre os da el verdadero pan del cielo.
33 Porque el pan de Dios es aquel que descendió del cielo y da vida al mundo.
34 Entonces le dijeron: Señor, danos siempre este pan.
35 Y Jesús les dijo: Yo soy el pan de vida; el que a mí viene, nunca tendrá hambre; y el que en mí cree, no tendrá sed jamás.
36 Pero os dije que también vosotros me habéis visto, y no creéis.
37 Todo lo que el Padre me da, vendrá a mí; y al que a mí viene, no le echo fuera.
38 Porque he descendido del cielo, no para hacer mi voluntad, sino la voluntad del que me envió.
39 Y esta es la voluntad del Padre que me envió: Que de todo lo que me diere, no pierda yo nada, sino que lo resucite en el día postrero.
40 Y esta es la voluntad del que me envió: Que todo aquel que ve al Hijo, y cree en él, tenga vida eterna; y yo le resucitaré en el día postrero.
41 Los judíos murmuraban de él, porque había dicho: Yo soy el pan que descendió del cielo.
42 Y decían: ¿No es éste Jesús, el hijo de José, cuyo padre y madre nosotros conocemos? ¿Cómo, pues, dice éste: "Del cielo he descendido"?
43 Respondió entonces Jesús y les dijo: No murmuréis entre vosotros.
44 Ninguno puede venir a mí, si el Padre que me envió no le trajere; y yo le resucitaré en el día postrero.
45 Escrito está en los profetas: Y serán todos enseñados de Dios. Todo aquel que oyó al Padre, y aprendió de él, viene a mí.
46 No que alguno haya visto al Padre, sino aquel que es de Dios, éste ha visto al Padre.
47 De cierto, de cierto os digo: El que cree en mí, tiene vida eterna.
48 Yo soy el pan de vida.
49 Vuestros padres comieron el maná en el desierto, y murieron.
50 Éste es el pan que desciende del cielo, para que el que de él come, no muera.
51 Yo soy el pan vivo que descendió del cielo: si alguno comiere de este pan, vivirá eternamente; y el pan que yo daré es mi carne, la cual yo daré por la vida del mundo.
52 Entonces los judíos contendían entre sí, diciendo: ¿Cómo puede éste darnos a comer su carne?
53 Entonces Jesús les dijo: De cierto, de cierto os digo: Si no coméis la carne del Hijo del Hombre, y bebéis su sangre, no tenéis vida en vosotros.

54 El que come mi carne y bebe mi sangre, tiene vida eterna; y yo le resucitaré en el día postrero.
55 Porque mi carne es verdadera comida, y mi sangre es verdadera bebida.
56 El que come mi carne y bebe mi sangre, en mí permanece, y yo en él.
57 Como me envió el Padre viviente, y yo vivo por el Padre, asimismo el que me come, él también vivirá por mí.
58 Éste es el pan que descendió del cielo; no como vuestros padres comieron el maná, y murieron; el que come de este pan, vivirá eternamente.
59 Estas cosas dijo en la sinagoga, enseñando en Capernaúm.
60 Muchos entonces de sus discípulos, al oír esto, dijeron: Dura es esta palabra; ¿quién la puede oír?
61 Sabiendo Jesús en sí mismo que sus discípulos murmuraban de esto, les dijo: ¿Esto os escandaliza?
62 ¿Qué, pues, si viereis al Hijo del Hombre subir adonde estaba primero?
63 El espíritu es el que da vida; la carne para nada aprovecha; las palabras que yo os he hablado son espíritu y son vida.
64 Pero hay algunos entre vosotros que no creen. Porque Jesús sabía desde el principio quiénes eran los que no creían, y quién le había de entregar.
65 Y dijo: Por eso os he dicho que nadie puede venir a mí, si no le fuere dado del Padre.
66 Desde entonces muchos de sus discípulos volvieron atrás, y ya no andaban con él.
67 Dijo entonces Jesús a los doce: ¿ Queréis iros también vosotros?
68 Le respondió Simón Pedro: Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna.
69 Y nosotros hemos creído y conocido que tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo.
70 Jesús les respondió: ¿No os he escogido yo a vosotros los doce, y uno de vosotros es diablo?
71 Hablaba de Judas Iscariote, hijo de Simón, porque éste era el que le había de entregar, y era uno de los doce.

CAPÍTULO 7

1 Después de esto, Jesús andaba por Galilea; pues no quería andar entre Judea, porque los judíos procuraban matarle.
2 Estaba cerca la fiesta de los judíos, la de los tabernáculos.
3 Le dijeron entonces sus hermanos: Sal de aquí, y vete a Judea, para que también tus discípulos vean las obras que haces.
4 Porque nadie que haga algo en secreto procure darse a conocer. Si haces estas cosas, manifiéstate al mundo.
5 Porque ni aun sus hermanos creían en él.
6 Entonces Jesús les dijo: Mi tiempo aún no ha llegado, pero vuestro tiempo siempre está presto.
7 El mundo no puede odiaros a vosotros, pero a mí me odia, porque yo testifico de él que sus obras son malas.
8 Subid vosotros a la fiesta; yo no subo todavía a esa fiesta, porque mi tiempo aún no se ha cumplido.
9 Y habiéndoles dicho estas palabras, se quedó en Galilea.
10 Pero después que sus hermanos subieron, entonces él también subió a la fiesta, no abiertamente, sino como en secreto.
11 Y los judíos le buscaban en la fiesta, y decían: ¿Dónde está aquél?
12 Y hubo mucha murmuración acerca de él entre el pueblo; porque unos decían: Es bueno; otros decían: No, sino que engaña al pueblo.
13 Pero nadie hablaba abiertamente de él, por miedo a los judíos.
14 A la mitad de la fiesta subió Jesús al templo y enseñaba.
15 Y los judíos se maravillaban, diciendo: ¿Cómo sabe éste letras, sin haber estudiado?
16 Jesús les respondió y dijo: Mi doctrina no es mía, sino de aquel que me envió.
17 El que quiera hacer la voluntad de Dios, conocerá si la doctrina es de Dios o si yo hablo por mi propia cuenta.
18 El que habla por su propia cuenta, su propia gloria busca; pero el que busca la gloria del que le envió, éste es verdadero, y no hay en él injusticia.
19 ¿No os dio Moisés la ley, y ninguno de vosotros la cumple? ¿Por qué procuráis matarme?
20 Respondió el pueblo y dijo: Demonio tienes; ¿quién procura matarte?
21 Respondió Jesús y les dijo: Una obra hice, y todos os maravilláis.
22 Por eso Moisés os dio la circuncisión (no porque sea de Moisés, sino de los padres); y en el día de reposo circuncidáis al hombre.
23 Si recibe el hombre la circuncisión en el día de reposo, para que la ley de Moisés no sea quebrantada, ¿estáis enojados conmigo porque en el día de reposo sané completamente a un hombre?
24 No juzguéis según las apariencias, sino juzgad con justo juicio.
25 Decían entonces algunos de los de Jerusalén: ¿No es éste a quien buscan para matarlo?
26 Pero he aquí, habla con denuedo, y no le dicen nada. ¿Han comprendido los gobernantes que éste es el Cristo?
27 Pero éste, sabemos de dónde es; pero cuando venga el Cristo, nadie sabrá de dónde sea.
28 Entonces Jesús, enseñando en el templo, alzó la voz y dijo: A mí me conocéis, y sabéis de dónde soy; y no he venido de mí mismo, pero el que me envió es verdadero, a quien vosotros no conocéis.
29 Pero yo le conozco, porque de él procedo, y él me envió.
30 Entonces procuraron prenderle; pero nadie le echó mano, porque aún no había llegado su hora.
31 Y muchos del pueblo creyeron en él, y decían: El Cristo, cuando venga, ¿hará más señales que las que éste hace?
32 Los fariseos oyeron que el pueblo murmuraba estas cosas acerca de él; y los fariseos y los principales sacerdotes enviaron guardias para prenderle.
33 Entonces Jesús les dijo: Todavía un poco de tiempo estaré con vosotros, e iré al que me envió.
34 Me buscaréis, y no me hallaréis; y donde yo estaré, vosotros no podréis venir.
35 Entonces los judíos dijeron entre sí: ¿A dónde se irá éste, que no le hallemos? ¿Acaso irá a los esparcidos entre los gentiles, y enseñará a los gentiles?
36 ¿Qué dicho es éste que dijo: Me buscaréis, y no me hallaréis; y donde yo estaré, vosotros no podréis venir?
37 En el último y gran día de la fiesta, Jesús se puso en pie y alzó la voz, diciendo: Si alguno tiene sed, venga a mí y beba.

38 El que cree en mí, como dice la Escritura, de su interior correrán ríos de agua viva.
39 Esto dijo del Espíritu que habían de recibir los que creyesen en él; pues aún no había venido el Espíritu Santo, porque Jesús no había sido aún glorificado.
40 Y muchos del pueblo, al oír estas palabras, decían: Verdaderamente éste es el profeta.
41 Otros decían: Este es el Cristo. Pero otros decían: ¿De Galilea ha de venir el Cristo?
42 ¿No dice la Escritura que del linaje de David, y de la aldea de Belén, de donde era David, vendrá el Cristo?
43 Y hubo división entre el pueblo a causa de él.
44 Y algunos de ellos querían prenderle; pero nadie le echó mano.
45 Entonces vinieron los guardias a los principales sacerdotes y a los fariseos, y éstos les dijeron: ¿Por qué no le habéis traído?
46Los alguaciles respondieron: ¡Jamás hombre alguno ha hablado como este hombre!
47 Entonces los fariseos les respondieron: ¿También vosotros estáis engañados?
48 ¿Acaso ha creído en él alguno de los gobernantes o de los fariseos?
49 Pero este pueblo que no conoce la ley es maldito.
50 Les dijo Nicodemo (el que había venido a Jesús de noche, y era uno de ellos):
51 ¿Acaso nuestra ley juzga a un hombre sin antes oírle y saber lo que hace?
52 Respondieron y le dijeron: ¿Eres tú también galileo? Busca y ve, porque de Galilea nunca se ha levantado profeta.
53 Y cada uno se fue a su casa.

CAPÍTULO 8

1 Jesús se fue al monte de los Olivos.
2 Y muy de mañana volvió al templo, y todo el pueblo vino a él; y sentado él, les enseñaba.
3 Y los escribas y los fariseos le trajeron una mujer sorprendida en adulterio; y poniéndola en medio,
4 Le dijeron: Maestro, esta mujer ha sido sorprendida en el mismo acto de adulterio.
5 Y Moisés en la ley nos mandó apedrear a tales mujeres; tú, pues, ¿qué dices?
6Esto decían para tentarle, a fin de poder acusarle. Pero Jesús, inclinado hacia el suelo, escribía en tierra con el dedo, como si no los oyera.
7 Como insistieran en preguntarle, se enderezó y les dijo: El que de vosotros esté sin pecado sea el primero en arrojar la piedra contra ella.
8 E inclinándose de nuevo hacia el suelo, se puso a escribir en tierra.
9 Y ellos, al oír esto, reprendidos por su conciencia, salieron uno a uno, comenzando desde los más viejos hasta los postreros; y quedó solo Jesús, y la mujer que estaba en medio.
10 Y enderezándose Jesús, y no viendo a nadie más que a la mujer, le dijo: Mujer, ¿dónde están los que te acusaban? ¿Ninguno te ha condenado?
11 Ella dijo: Ninguno, Señor. Y Jesús le dijo: Ni yo te condeno; vete, y no peques más.
12 Otra vez Jesús les habló, diciendo: Yo soy la luz del mundo; el que me sigue, no andará en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida.
13 Entonces los fariseos le dijeron: Tú das testimonio de ti mismo; tu testimonio no es verdadero.
14 Respondió Jesús y les dijo: Aunque yo doy testimonio de mí mismo, mi testimonio es verdadero; porque sé de dónde he venido y a dónde voy; pero vosotros no sabéis de dónde vengo ni a dónde voy.
15 Vosotros juzgáis según la carne; yo no juzgo a nadie.
16 Y si yo juzgo, mi juicio es verdadero; porque no soy yo solo, sino yo y el que me envió, el Padre.
17 También está escrito en vuestra ley que el testimonio de dos hombres es verdadero.
18 Yo soy el que doy testimonio de mí mismo, y el Padre que me envió da testimonio de mí.
19 Entonces le dijeron: ¿Dónde está tu Padre? Respondió Jesús: Ni a mí me conocéis, ni a mi Padre; si a mí me conocieseis, también a mi Padre conoceríais.
20 Estas palabras habló Jesús en el lugar del tesoro, enseñando en el templo; y nadie le prendió, porque aún no había llegado su hora.
21 Entonces Jesús les dijo otra vez: Yo me voy, y me buscaréis, pero en vuestro pecado moriréis; a donde yo voy, vosotros no podéis venir.
22 Dijeron entonces los judíos: ¿Acaso se matará a sí mismo? Porque dice: A donde yo voy, vosotros no podéis venir.
23 Y él les dijo: Vosotros sois de abajo, yo soy de arriba; vosotros sois de este mundo, yo no soy de este mundo.
24 Por eso os dije que moriréis en vuestros pecados; porque si no creéis que yo soy, en vuestros pecados moriréis.
25 Entonces le dijeron: ¿Quién eres tú? Y Jesús les respondió: Lo mismo que os dije desde el principio.
26 Tengo muchas cosas que decir y juzgar de vosotros; pero el que me envió es verdadero, y yo, lo que he oído de él, hablo al mundo.
27 Pero ellos no entendieron que les hablaba del Padre.
28 Entonces Jesús les dijo: Cuando hayáis levantado al Hijo del Hombre, entonces conoceréis que yo soy, y que nada hago por mí mismo, sino que según me enseñó el Padre, así hablo.
29 Y el que me envió, conmigo está; no me ha dejado solo el Padre, porque yo hago siempre lo que le agrada.
30 Mientras decía estas palabras, muchos creyeron en él.
31 Dijo entonces Jesús a los judíos que habían creído en él: Si vosotros permaneciereis en mi palabra, seréis verdaderamente mis discípulos;
32 Y conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres.
33 Le respondieron: Linaje de Abraham somos, y jamás hemos sido esclavos de nadie. ¿Cómo dices tú: Seréis libres?
34 Jesús les respondió: De cierto, de cierto os digo que todo aquel que hace pecado, esclavo es del pecado.
35 Y el siervo no queda en casa para siempre; el hijo sí queda para siempre.
36 Así que, si el Hijo os libertare, seréis verdaderamente libres.
37 Sé que sois descendientes de Abraham; pero procuráis matarme, porque mi palabra no encuentra cabida en vosotros.

38 Yo hablo lo que he visto cerca de mi Padre; y vosotros hacéis lo que habéis visto cerca de vuestro padre.
39 Respondieron y le dijeron: Nuestro padre es Abraham. Jesús les dijo: Si fueseis hijos de Abraham, las obras de Abraham haríais.
40 Pero ahora procuráis matarme a mí, hombre que os he hablado la verdad, la cual he oído de Dios. No hizo esto Abraham.
41 Vosotros hacéis las obras de vuestro padre. Entonces le dijeron: Nosotros no somos nacidos de fornicación; un solo Padre tenemos, que es Dios.
42 Jesús les dijo: Si vuestro padre fuese Dios, ciertamente me amaríais; porque yo de Dios he salido, y he venido; y no he venido de mí mismo, sino que él me envió.
43 ¿Por qué no entendéis mis palabras? Porque no podéis oír mi palabra.
44 Vosotros sois de vuestro padre el diablo, y los deseos de vuestro padre queréis hacer. Él ha sido homicida desde el principio, y no ha permanecido en la verdad, porque no hay verdad en él. Cuando habla mentira, de suyo habla; porque es mentiroso y padre de mentira.
45 Y porque os digo la verdad, no me creéis.
46 ¿Quién de vosotros me redarguye de pecado? Y si digo la verdad, ¿por qué no me creéis?
47 El que es de Dios, las palabras de Dios oye; por esto no las oís vosotros, porque no sois de Dios.
48 Respondieron entonces los judíos, y le dijeron: ¿No decimos bien nosotros, que tú eres samaritano, y que tienes demonio?
49 Respondió Jesús: Yo no tengo demonio, sino que honro a mi Padre, y vosotros me deshonráis.
50 Y yo no busco mi gloria; hay quien la busca, y juzga.
51 De cierto, de cierto os digo: El que guarda mi palabra, no verá muerte jamás.
52 Entonces los judíos le dijeron: Ahora conocemos que tienes demonio. Abraham murió, y también los profetas; y tú dices: El que guarde mi palabra, no gustará jamás la muerte.
53 ¿Eres tú mayor que nuestro padre Abraham, el cual murió? También los profetas murieron. ¿Quién te haces a ti mismo?
54 Respondió Jesús: Si yo me glorifico a mí mismo, mi gloria nada es; mi Padre es el que me glorifica, el que vosotros decís que es vuestro Dios.
55 Pero vosotros no le conocéis, pero yo le conozco; y si dijera que no le conozco, sería mentiroso como vosotros; pero le conozco, y guardo su palabra.
56 Abraham vuestro padre se gozó de que había de ver mi día; y lo vio, y se gozó.
57 Entonces los judíos le dijeron: Aún no tienes cincuenta años, ¿y has visto a Abraham?
58 Jesús les dijo: De cierto, de cierto os digo: Antes que Abraham fuese, yo soy.
59 Entonces tomaron piedras para arrojárselas; pero Jesús se ocultó y salió del templo, pasando por en medio de ellos, y pasó de largo.

CAPÍTULO 9

1 Y al pasar Jesús, vio a un hombre ciego de nacimiento.
2 Y sus discípulos le preguntaron, diciendo: Maestro, ¿quién pecó, éste o sus padres, para que naciera ciego?
3Respondió Jesús: No es que pecó éste, ni sus padres, sino para que las obras de Dios se manifiesten en él.
4 Me es necesario hacer las obras del que me envió, entre tanto que el día dura; la noche viene, cuando nadie puede trabajar.
5 Entre tanto que estoy en el mundo, luz soy del mundo.
6Y habiendo dicho esto, escupió en tierra, e hizo lodo con la saliva, y untó con el lodo los ojos del ciego,
7 y le dijo: Ve a lavarte en el estanque de Siloé (que traducido significa, Enviado). Entonces él fue y se lavó, y volvió viendo.
8Entonces los vecinos, y los que antes le habían visto que era ciego, decían: ¿No es éste el que se sentaba y mendigaba?
9 Unos decían: Este es; otros decían: Es como él. Pero él decía: Yo soy.
10 Entonces le dijeron: ¿Cómo te fueron abiertos los ojos?
11 Él respondió y dijo: Un hombre que se llama Jesús hizo lodo, y me untó los ojos, y me dijo: Ve al estanque de Siloé, y lávate. Y fui, y me lavé, y recibí la vista.
12 Entonces le dijeron: ¿Dónde está? Él respondió: No sé.
13 Y trajeron a los fariseos al que antes había sido ciego.
14 Y era día de reposo cuando Jesús hizo el lodo, y le abrió los ojos.
15 Los fariseos volvieron a preguntarle cómo había recibido la vista. Él les respondió: Me puso lodo sobre los ojos, y me lavé, y veo.
16 Algunos de los fariseos decían: «Este hombre no viene de Dios, porque no guarda el día de reposo». Otros decían: «¿Cómo puede un hombre pecador hacer estas señales?». Y hubo división entre ellos.
17 Volvieron a decir al ciego: ¿Qué dices del que te abrió los ojos? Él dijo: Es un profeta.
18 Pero los judíos no creían que él había sido ciego, y que había recibido la vista, hasta que llamaron a los padres del que había recibido la vista.
19 Y les preguntaron, diciendo: ¿Es éste vuestro hijo, el que vosotros decís que nació ciego? ¿Cómo, pues, ve ahora?
20 Sus padres les respondieron y dijeron: Sabemos que éste es nuestro hijo, y que nació ciego;
21 Pero cómo sea que ahora ve, no lo sabemos; ¿y quién le haya abierto los ojos? Edad tiene; preguntadle a él; él hablará por sí mismo.
22 Estas palabras dijeron sus padres, porque tenían miedo de los judíos; porque los judíos ya habían acordado que si alguno confesase que Jesús era el Cristo, fuera expulsado de la sinagoga.
23 Entonces sus padres dijeron: Edad tiene; preguntadle a él.
24 Entonces volvieron a llamar al hombre que había sido ciego, y le dijeron: Da gloria a Dios; nosotros sabemos que este hombre es pecador.
25 Él respondió y dijo: Si es pecador o no, no lo sé; una cosa sé, que habiendo yo sido ciego, ahora veo.
26Entonces le dijeron de nuevo: ¿Qué te hizo? ¿Cómo te abrió los ojos?
27 Él les respondió: Ya os lo he dicho, y no habéis oído. ¿Por qué lo queréis oír otra vez? ¿Queréis también vosotros ser sus discípulos?
28 Entonces le injuriaron, y dijeron: Tú eres su discípulo; pero nosotros, discípulos de Moisés somos.

29 Nosotros sabemos que a Moisés habló Dios; pero en cuanto a éste, no sabemos de dónde sea.
30 Respondió el hombre y les dijo: Pues esto es lo maravilloso, que vosotros no sepáis de dónde sea, y a mí me abrió los ojos.
31 Y sabemos que Dios no oye a los pecadores, sino a si alguno es temeroso de Dios, y hace su voluntad, a éste oye.
32 Desde el principio, ¿no se ha oído decir que alguno abriese los ojos de uno que nació ciego?
33 Si este hombre no fuera de Dios, nada podría hacer.
34 Respondieron y le dijeron: Tú naciste del todo en pecado, ¿y nos enseñas a nosotros? Y le echaron fuera.
35 Oyó Jesús que le habían echado fuera; y hallándole, le dijo: ¿Crees tú en el Hijo de Dios?
36 Él respondió y dijo: ¿Quién es, Señor, para que crea en él?
37 Y Jesús le dijo: Le has visto, y el que habla contigo, él es.
38 Y él dijo: Creo, Señor. Y le adoró.
39 Y dijo Jesús: Para juicio he venido yo a este mundo; para que los que no ven, vean, y los que ven, sean cegados.
40 Y algunos de los fariseos que estaban con él oyeron estas palabras, y le dijeron: ¿Somos también nosotros ciegos?
41 Jesús les dijo: Si fueseis ciegos, no tendríais pecado; pero ahora decís: Vemos; por tanto, vuestro pecado permanece.

CAPÍTULO 10

1De cierto, de cierto os digo: El que no entra por la puerta en el redil de las ovejas, sino que sube por otra parte, ése es ladrón y salteador.
2 Mas el que entra por la puerta, el pastor de las ovejas es.
3 A éste abre el portero, y las ovejas oyen su voz; y a sus ovejas llama por nombre, y las saca.
4 Y cuando ha sacado fuera todas sus ovejas, va delante de ellas; y las ovejas le siguen, porque conocen su voz.
5 Y al extraño no seguirán, sino huirán de él, porque no conocen la voz de los extraños.
6 Esta parábola les dijo Jesús; pero ellos no entendieron qué era lo que les decía.
7 Entonces Jesús les dijo otra vez: De cierto, de cierto os digo: Yo soy la puerta de las ovejas.
8 Todos los que antes de mí vinieron, ladrones son y salteadores; pero las ovejas no los oyeron.
9 Yo soy la puerta; el que por mí entrare, será salvo; y entrará, y saldrá, y hallará pastos.
10 El ladrón no viene sino para hurtar y matar y destruir; yo he venido para que tengan vida, y para que la tengan en abundancia.
11 Yo soy el buen pastor; el buen pastor su vida da por las ovejas.
12 Pero el asalariado, y que no es el pastor, de quien no son propias las ovejas, ve venir al lobo y deja las ovejas y huye, y el lobo las arrebata y dispersa las ovejas.
13 El asalariado huye, porque es asalariado, y no le importan las ovejas.
14 Yo soy el buen pastor; y conozco mis ovejas, y las mías me conocen.
15 Como el Padre me conoce, y yo conozco al Padre; y pongo mi vida por las ovejas.
16 También tengo otras ovejas que no son de este redil; aquéllas también debo traer, y oirán mi voz; y habrá un rebaño, y un pastor.
17 Por eso me ama el Padre, porque yo pongo mi vida, para volverla a tomar.
18 Nadie me la quita, sino que yo de mí mismo la pongo. Tengo poder para ponerla, y tengo poder para volverla a tomar. Este mandamiento recibí de mi Padre.
19 Hubo, pues, de nuevo división entre los judíos por estas palabras.
20 Y muchos de ellos decían: Demonio tiene, y está fuera de sí; ¿por qué le escucháis?
21 Otros decían: Estas palabras no son de endemoniado. ¿Puede acaso el demonio abrir los ojos de los ciegos?
22 Y era en Jerusalén la fiesta de la dedicación, y era invierno.
23 Y Jesús andaba en el templo por el pórtico de Salomón.
24 Entonces los judíos lo rodearon y le dijeron: ¿Hasta cuándo nos harás dudar? Si tú eres el Cristo, dínoslo abiertamente.
25 Jesús les respondió: Os lo he dicho, y no creéis; las obras que yo hago en nombre de mi Padre, ellas dan testimonio de mí.
26 Pero vosotros no creéis, porque no sois de mis ovejas, como os dije.
27 Mis ovejas oyen mi voz, y yo las conozco y me siguen;
28 Y yo les doy vida eterna; y no perecerán jamás, ni nadie las arrebatará de mi mano.
29 Mi Padre que me las dio, es mayor que todos, y nadie las puede arrebatar de la mano de mi Padre.
30 Yo y el Padre uno somos.
31 Entonces los judíos volvieron a tomar piedras para apedrearlo.
32 Jesús les respondió: Muchas buenas obras os he mostrado de mi Padre; ¿por cuál de ellas me apedreáis?
33 Los judíos le respondieron, diciendo: Por buena obra no te apedreamos, sino por la blasfemia, y porque tú, siendo hombre, te haces Dios.
34 Jesús les respondió: ¿No está escrito en vuestra ley: Yo dije, dioses sois?
35 Si llamó dioses a aquellos a quienes fue hecha palabra de Dios (y la Escritura no puede ser quebrantada),
36 ¿A quien el Padre santificó y envió al mundo, vosotros decís: Blasfemas, porque dije: Hijo de Dios soy?
37 Si no hago las obras de mi Padre, no me creáis.
38 Mas si las hago, aunque a mí no me creáis, creed a las obras, para que conozcáis y creáis que el Padre está en mí, y yo en el Padre.
39 Por eso procuraron otra vez prenderle, pero él se les escapó de las manos.
40 Y se fue otra vez al otro lado del Jordán, al lugar donde primero había estado bautizando Juan; y se quedó allí.
41 Y muchos venían a él, y decían: Juan, a la verdad, a la verdad hizo milagros; pero todo lo que Juan dijo de este hombre, era verdad.
42 Y muchos creyeron en él allí.

CAPÍTULO 11

1 Estaba entonces enfermo uno llamado Lázaro, de Betania, la aldea de María y de Marta su hermana.

2 María fue la que ungió al Señor con perfume, y le enjugó los pies con sus cabellos, mientras que Lázaro, su hermano, estaba enfermo.
3 Entonces sus hermanas enviaron a decirle: Señor, he aquí, el que amas está enfermo.
4 Oyéndolo Jesús, dijo: Esta enfermedad no es para muerte, sino para gloria de Dios, para que el Hijo de Dios sea glorificado por ella.
5Y Jesús amaba a Marta, a su hermana y a Lázaro.
6 Cuando oyó, pues, que estaba enfermo, se quedó todavía dos días en el mismo lugar donde estaba.
7Después de esto dijo a sus discípulos: Vamos a Judea otra vez.
8 Sus discípulos le dijeron: Maestro, hace poco procuraban los judíos apedrearte; ¿y otra vez vas allá?
9 Respondió Jesús: ¿No tiene el día doce horas? El que ande de día, no tropieza, porque ve la luz de este mundo.
10 Pero el hombre que anda de noche, tropieza, porque no hay luz en él.
11 Dicho esto, les dijo después: Nuestro amigo Lázaro duerme; mas voy para despertarle.
12 Dijeron entonces sus discípulos: Señor, si duerme, sanará.
13 Pero Jesús hablaba de la muerte de Jesús; y ellos pensaron que hablaba del reposo del sueño.
14 Entonces Jesús les dijo claramente: Lázaro ha muerto.
15 Y me alegro por vosotros, de no haber estado allí, para que creáis; no obstante, vamos a él.
16 Dijo entonces Tomás, llamado el Dídimo, a sus condiscípulos: Vamos también nosotros, para que muramos con él.
17 Cuando llegó Jesús, se encontró con que ya hacía cuatro días que estaba en el sepulcro.
18 Betania estaba cerca de Jerusalén, a unos quince estadios de distancia.
19 Y muchos de los judíos habían venido a casa de Marta y de María, para consolarlas por su hermano.
20 Entonces Marta, cuando oyó que Jesús venía, salió a recibirle; pero María se quedó sentada en casa.
21 Entonces Marta dijo a Jesús: Señor, si hubieses estado aquí, mi hermano no habría muerto.
22 Pero yo sé ahora que todo lo que pidas a Dios, Dios te lo concederá.
23 Jesús le dijo: Tu hermano resucitará.
24 Marta le dijo: Yo sé que resucitará en la resurrección, en el día postrero.
25 Jesús le dijo: Yo soy la resurrección y la vida; el que cree en mí, aunque esté muerto, vivirá.
26 Y todo aquel que vive y cree en mí, no morirá eternamente. ¿Crees esto?
27 Ella le dijo: Sí, Señor; yo creo que tú eres el Cristo, el Hijo de Dios, que habías de venir al mundo.
28 Y dicho esto, fue y llamó en secreto a María su hermana, diciéndole: El Maestro está aquí y te llama.
29 Al oír esto, se levantó de prisa y fue a él.
30 Jesús no había llegado aún a la aldea, sino que estaba en el lugar donde Marta le había encontrado.
31 Los judíos que estaban en casa con ella y la consolaban, cuando vieron que María se había levantado de prisa y había salido, la siguieron, diciendo: Va al sepulcro a llorar allí.
32 Entonces María llegó donde estaba Jesús, y al verle, se postró a sus pies, diciéndole: Señor, si hubieras estado aquí, mi hermano no habría muerto.
33 Jesús entonces, al verla llorando, y a los judíos que la acompañaban, también llorando, se estremeció en espíritu y se angustió,
34 Y les dijo: ¿Dónde le habéis puesto? Le dijeron: Señor, ven y lo ves.
35 Jesús lloró.
36 Dijeron entonces los judíos: Mirad cómo le amaba.
37 Y algunos de ellos dijeron: ¿No podía éste, que abrió los ojos del ciego, haber hecho también que éste no muriera?
38 Jesús, conmovido otra vez, fue al sepulcro. Era una cueva, y tenía una piedra puesta encima.
39 Jesús dijo: Quitad la piedra. Marta, la hermana del que había muerto, le dijo: Señor, ya hiede, porque es de cuatro días.
40 Jesús le dijo: ¿No te dije que si creyeras, verás la gloria de Dios?
41 Entonces quitaron la piedra del lugar donde había sido puesto el muerto. Y Jesús, alzando los ojos a lo alto, dijo: Padre, gracias te doy por haberme oído.
42 Yo sabía que siempre me oyes; pero lo dije por causa de la multitud que está alrededor, para que crean que tú me enviaste.
43 Y dicho esto, clamó a gran voz: ¡ Lázaro, ven fuera!
44 Y el que había muerto salió, atadas las manos y los pies con vendas, y el rostro envuelto en un sudario. Jesús les dijo: Desatadle, y dejadle ir.
45 Entonces muchos de los judíos que habían venido a casa de María, y habían visto lo que Jesús había hecho, creyeron en él.
46 Pero algunos de ellos fueron a los fariseos y les contaron lo que Jesús había hecho.
47 Entonces los principales sacerdotes y los fariseos reunieron el concilio, y decían: ¿Qué hacemos? porque este hombre hace muchos milagros.
48 Si le dejamos así, todos creerán en él; y vendrán los romanos, y destruirán nuestro lugar santo y nuestra nación.
49 Y uno de ellos, llamado Caifás, sumo sacerdote aquel año, les dijo: Vosotros no sabéis nada;
50 Ni penséis que nos conviene que un hombre muera por el pueblo, y no que toda la nación perezca.
51 Esto no lo dijo por sí mismo, sino que como era el sumo sacerdote aquel año, profetizó que Jesús había de morir por la nación;
52 Y no solamente por aquella nación, mas también para congregar en uno a los hijos de Dios que estaban dispersos.
53 Desde aquel día entraron en consejo para entregarle a muerte.
54 Jesús ya no andaba abiertamente entre los judíos, sino que se fue a una región cercana al desierto, a una ciudad llamada Efraín; y estuvo allí con sus discípulos.
55 Y estaba cerca la Pascua de los judíos, y muchos subieron de la región a Jerusalén antes de la Pascua, para purificarse.
56 Entonces buscaron a Jesús; y estando en el templo, se preguntaban entre sí: ¿Qué os parece? ¿No vendrá a la fiesta?
57 Y los principales sacerdotes y los fariseos habían dado orden de que si alguno supiese dónde estaba, lo manifestase, para que le prendiesen.

CAPÍTULO 12

1 Seis días antes de la Pascua, Jesús vino a Betania, donde estaba Lázaro, el que había estado muerto y al cual había resucitado de los muertos.
2 Allí le hicieron una cena; y Marta servía, y Lázaro era uno de los que estaban sentados a la mesa con él.
3 Entonces María tomó una libra de perfume de nardo puro, de mucho precio, y ungió los pies de Jesús, y los enjugó con sus cabellos; y la casa se llenó del olor del perfume.
4 Entonces uno de sus discípulos, Judas Iscariote, hijo de Simón, el que le iba a entregar, dijo:
5 ¿Por qué no se vendió este ungüento por trescientos denarios, y se dio a los pobres?
6 Esto dijo, no porque se cuidara de los pobres, sino porque era ladrón, y como tenía la bolsa, sustraía de lo que se echaba en ella.
7 Entonces Jesús dijo: Déjala; para el día de mi sepultura ha guardado esto.
8 Porque siempre tendréis pobres con vosotros, pero a mí no siempre me tendréis.
9 Mucha gente de los judíos supo entonces que él estaba allí, y vinieron no sólo por causa de Jesús, sino también para ver a Lázaro, a quien había resucitado de los muertos.
10 Pero los principales sacerdotes decidieron dar muerte también a Lázaro.
11 Porque a causa de él muchos de los judíos se apartaban y creían en Jesús.
12 Al día siguiente, mucha gente que había venido a la fiesta, al oír que Jesús venía a Jerusalén,
13 Tomaron ramos de palmeras y salieron a recibirle, y clamaban: ¡Hosanna! ¡Bendito el que viene en el nombre del Señor!
14 Y Jesús halló un asnillo y se sentó sobre él, como está escrito:
15 No temas, hija de Sión; he aquí tu Rey viene, Montado sobre un pollino de asna.
16 Estas cosas no las entendieron sus discípulos al principio; pero cuando Jesús fue glorificado, entonces se acordaron de que estas cosas estaban escritas acerca de él, y de que se las habían hecho.
17Y la gente que estaba con él cuando llamó a Lázaro del sepulcro, y le resucitó de los muertos, da testimonio.
18 Por esto también la multitud salió a recibirle, porque habían oído que había hecho este milagro.
19 Entonces los fariseos se dijeron entre sí: ¿Entendéis que nada lográis? He aquí, el mundo se va tras él.
20 Y había ciertos griegos entre los que habían subido a adorar en la fiesta;
21 Éste, pues, se acercó a Felipe, que era de Betsaida de Galilea, y le rogó, diciendo: Señor, quisiéramos ver a Jesús.
22 Vino Felipe y se lo dijo a Andrés; y Andrés y Felipe se lo dijeron otra vez a Jesús.
23 Y Jesús les respondió, diciendo: Ha llegado la hora para que el Hijo del Hombre sea glorificado.
24 De cierto, de cierto os digo que si el grano de trigo no cae en la tierra y muere, queda solo; pero si muere, mucho fruto lleva.
25 El que ama su vida, la perderá; y el que aborrece su vida en este mundo, para vida eterna la guardará.
26 Si alguno me sirve, sígame; y donde yo estuviere, allí también estará mi servidor. Si alguno me sirviere, mi Padre le honrará.
27 Ahora está turbada mi alma; ¿y qué diré? Padre, líbrame de esta hora; mas para esto he llegado a esta hora.
28 Padre, glorifica tu nombre. Entonces vino una voz del cielo: Lo he glorificado, y lo glorificaré otra vez.
29 Y la multitud que estaba presente y lo oyó, decía que había sido un trueno. Otros decían: Un ángel le ha hablado.
30 Respondió Jesús y dijo: No ha venido esta voz por causa mía, sino por causa de vosotros.
31 Ahora es el juicio de este mundo; ahora el príncipe de este mundo será echado fuera.
32 Y yo, si fuere levantado de la tierra, a todos atraeré a mí mismo.
33 Esto dijo dando a entender de qué muerte iba a morir.
34 El pueblo le respondió: Nosotros hemos oído de la ley que el Cristo permanece para siempre. ¿Cómo, pues, dices tú: Es necesario que el Hijo del Hombre sea levantado? ¿Quién es este Hijo del Hombre?
35 Jesús les dijo: Aún un poco de tiempo estará la luz entre vosotros. Andad entre tanto que tenéis la luz, para que no os sorprendan las tinieblas; porque el que anda en tinieblas no sabe a dónde va.
36 Mientras tenéis la luz, creed en la luz, para que seáis hijos de luz. Estas cosas dijo Jesús, y se fue, y se ocultó de ellos.
37 Pero a pesar de que había hecho tantas señales delante de ellos, no creían en él;
38 para que se cumpliese la palabra del profeta Isaías, que dijo: Señor, ¿quién ha creído a nuestro anuncio? ¿Y sobre quién se ha revelado el brazo del Señor?
39 Por esto no podían creer, porque otra vez Isaías decía:
40 Cegó los ojos de ellos, y endureció su corazón, Para que no vean con los ojos, Ni entiendan con el corazón, Ni se conviertan, Y yo los sane.
41 Estas cosas dijo Isaías cuando vio su gloria, y habló acerca de él.
42 Con todo eso, también de entre los gobernantes muchos creyeron en él; pero a causa de los fariseos no lo confesaban, para no ser expulsados de la sinagoga;
43 Porque amaban más la gloria de los hombres que la gloria de Dios.
44 Jesús clamó y dijo: El que cree en mí, no cree en mí, sino en el que me envió.
45 Y el que me ve, ve al que me envió.
46 Yo, la luz, he venido al mundo, para que todo aquel que cree en mí no permanezca en tinieblas.
47 Y si alguno oye mis palabras y no las guarda, yo no le juzgo; porque no he venido a juzgar al mundo, sino a salvar al mundo.
48 El que me rechaza, y no recibe mis palabras, tiene quien le juzgue; la palabra que he hablado, ella le juzgará en el día postrero.
49 Porque yo no he hablado por mi propia cuenta; el Padre que me envió, él me dio mandamiento de lo que he de decir, y de lo que he de hablar.
50 Y sé que su mandamiento es vida eterna: así que, lo que yo hablo, así hablo como el Padre me lo dijo.

CAPÍTULO 13

1 Antes de la fiesta de la pascua, sabiendo Jesús que su hora había llegado para que pasase de este mundo al Padre, como había amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el fin.
2 Y acabada la cena, como el diablo ya había puesto en el corazón de Judas Iscariote, hijo de Simón, que le entregase,
3 Sabiendo Jesús que el Padre le había dado todas las cosas en las manos, y que de Dios había salido, y a Dios iba,
4 Se levantó de la cena, y se quitó su manto, y tomando una toalla, se la ciñó.
5 Luego puso agua en un lebrillo, y comenzó a lavar los pies de los discípulos, y a enjugarlos con la toalla con que estaba ceñido.
6 Luego vino a Simón Pedro; y Pedro le dijo: Señor, ¿tú me lavas los pies?
7 Respondió Jesús y le dijo: Lo que yo hago, tú no lo entiendes ahora; pero lo entenderás después.
8 Pedro le dijo: No me lavarás los pies jamás. Jesús le respondió: Si no te lavare, no tendrás parte conmigo.
9 Le dijo Simón Pedro: Señor, no sólo mis pies, sino también las manos y la cabeza.
10 Jesús le dijo: El que está lavado, no necesita sino lavarse los pies, pues está todo limpio; y limpios estáis, aunque no todos.
11 Porque sabía quién le había de entregar; por eso dijo: No estáis limpios todos.
12 Entonces, después que les hubo lavado los pies, tomó su manto, volvió a la mesa y les dijo: ¿Sabéis lo que os he hecho?
13 Vosotros me llamáis Maestro, y Señor; y decís bien, porque lo soy.
14 Pues si yo, el Señor y el Maestro, he lavado vuestros pies, vosotros también debéis lavaros los pies los unos a los otros.
15 Porque ejemplo os he dado, para que como yo os he hecho, vosotros también hagáis.
16 De cierto, de cierto os digo: El siervo no es mayor que su señor, ni el enviado es mayor que el que le envió.
17 Si sabéis estas cosas, bienaventurados seréis si las hiciereis.
18 No hablo de todos vosotros; yo sé a quienes he elegido; mas para que se cumpla la Escritura: El que come pan conmigo, levantó contra mí su calcañar.
19 Ahora os lo digo antes que suceda, para que cuando suceda, creáis que yo soy.
20 De cierto, de cierto os digo: El que recibe al que yo enviare, a mí me recibe; y el que me recibe a mí, recibe al que me envió.
21 Habiendo dicho Jesús esto, se conmovió en espíritu, y declaró y dijo: De cierto, de cierto os digo que uno de vosotros me va a entregar.
22 Entonces los discípulos se miraban unos a otros, dudando de quién hablaba.
23 Y uno de sus discípulos, a quien Jesús amaba, estaba recostado sobre el seno de Jesús.
24 Entonces Simón Pedro le hizo señas para que preguntase quién era aquel de quien hablaba.
25 El entonces, recostándose sobre el pecho de Jesús, le dijo: Señor, ¿quién es?
26 Respondió Jesús: A quien yo diere el bocado mojado, aquél es. Y mojando el bocado, se lo dio a Judas Iscariote, hijo de Simón.
27 Y después del bocado, Satanás entró en él. Entonces Jesús le dijo: Lo que vas a hacer, hazlo pronto.
28 Pero ninguno de los que estaban a la mesa entendió por qué le dijo esto.
29 Porque algunos de ellos pensaban que, como Judas tenía la bolsa, Jesús le decía: Compra lo que necesitamos para la fiesta; o que diese algo a los pobres.
30 El entonces, después de haber tomado el bocado, salió luego; y era ya de noche.
31 Entonces, cuando salió, Jesús dijo: Ahora es glorificado el Hijo del Hombre, y Dios es glorificado en él.
32 Si Dios es glorificado en él, Dios también le glorificará en sí mismo, y enseguida le glorificará.
33 Hijitos, todavía un poco de tiempo estaré con vosotros. Me buscaréis; pero como dije a los judíos: A donde yo voy, vosotros no podéis venir; así os digo ahora a vosotros.
34 Un mandamiento nuevo os doy: Que os améis unos a otros; como yo os he amado, que también os améis unos a otros.
35 En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si tuviereis amor los unos con los otros.
36 Simón Pedro le dijo: Señor, ¿a dónde vas? Jesús le respondió: A donde yo voy, no puedes seguirme ahora; pero me seguirás después.
37 Pedro le respondió: Señor, ¿por qué no te puedo seguir ahora? Mi vida daré por ti.
38 Jesús le respondió: ¿Tu vida pondrás por mí? De cierto, de cierto te digo: No cantará el gallo sin que me hayas negado tres veces.

CAPÍTULO 14

1 No se turbe vuestro corazón; creéis en Dios, creed también en mí.
2 En la casa de mi Padre muchas moradas hay; si así no fuera, yo os lo hubiera dicho; voy, pues, a preparar lugar para vosotros.
3 Y si me fuere y os preparare lugar, vendré otra vez, y os tomaré a mí mismo, para que donde yo estoy, vosotros también estéis.
4 Y sabéis a dónde voy, y sabéis el camino.
5 Tomás le dijo: Señor, no sabemos a dónde vas; ¿cómo, pues, podemos saber el camino?
6 Jesús le dijo: Yo soy el camino, y la verdad, y la vida; nadie viene al Padre, sino por mí.
7 Si me conocieseis, también a mi Padre conoceríais; y desde ahora le conocéis, y le habéis visto.
8 Felipe le dijo: Señor, muéstranos el Padre, y nos basta.
9 Jesús le dijo: Tanto tiempo hace que estoy con vosotros, ¿y no me has conocido, Felipe? El que me ha visto a mí, ha visto al Padre. ¿Cómo, pues, dices tú: Muéstranos el Padre?
10 ¿No crees que yo soy en el Padre, y el Padre en mí? Las palabras que yo os hablo, no las hablo por mi propia cuenta, sino que el Padre que mora en mí, él hace las obras.
11 Creedme que yo soy en el Padre, y el Padre en mí; de otra manera, creedme por las mismas obras.
12 De cierto, de cierto os digo: El que en mí cree, las obras que yo hago, él las hará también; y aun mayores hará, porque yo voy al Padre.

13 Y todo lo que pidiereis al Padre en mi nombre, lo haré, para que el Padre sea glorificado en el Hijo.
14 Si algo pidiereis en mi nombre, yo lo haré.
15 Si me amáis, guardad mis mandamientos.
16 Y yo rogaré al Padre, y os dará otro Consolador, para que esté con vosotros para siempre:
17 el Espíritu de verdad, al cual el mundo no puede recibir, porque no le ve ni le conoce; pero vosotros le conocéis, porque mora con vosotros, y estará en vosotros.
18 No os dejaré huérfanos; vendré a vosotros.
19 Todavía un poquito, y el mundo no me verá más; pero vosotros me veréis; porque yo vivo, vosotros también viviréis.
20 En aquel día vosotros conoceréis que yo estoy en mi Padre, y vosotros en mí, y yo en vosotros.
21 El que tiene mis mandamientos, y los guarda, ése es el que me ama; y el que me ama, será amado por mi Padre, y yo le amaré, y me manifestaré a él.
22 Le dijo Judas (no el Iscariote): Señor, ¿cómo es que te manifestarás a nosotros, y no al mundo?
23 Respondió Jesús y le dijo: El que me ama, mi palabra guardará; y mi Padre le amará, y vendremos a él, y haremos morada con él.
24 El que no me ama, no guarda mis palabras; y la palabra que habéis oído no es mía, sino del Padre que me envió.
25 Estas cosas os he hablado, estando aún presente con vosotros.
26 Mas el Consolador, el Espíritu Santo, a quien el Padre enviará en mi nombre, él os enseñará todas las cosas, y os recordará todo lo que yo os he dicho.
27 La paz os dejo, mi paz os doy; yo no os la doy como el mundo la da. No se turbe vuestro corazón ni tenga miedo.
28 Habéis oído que yo os he dicho: Voy, y vendré otra vez a vosotros. Si me amarais, os alegraríais, porque he dicho que voy al Padre; porque el Padre mayor es que yo.
29 Y ahora os lo he dicho antes que suceda, para que cuando suceda, creáis.
30 Ya no hablaré mucho con vosotros; porque viene el príncipe de este mundo, y él nada tiene en mí.
31 Pero para que el mundo conozca que amo al Padre, y como el Padre me mandó, así hago. Levantaos, vámonos de aquí.

CAPÍTULO 15

1 Yo soy la vid verdadera, y mi Padre es el labrador.
2 Todo pámpano que en mí no lleva fruto, lo quitará; y todo aquel que lleva fruto, lo limpiará, para que lleve más fruto.
3 Ya vosotros estáis limpios por la palabra que os he hablado.
4 Permaneced en mí, y yo en vosotros. Como el pámpano no puede llevar fruto por sí mismo, si no permanece en la vid, así tampoco vosotros, si no permanecéis en mí.
5 Yo soy la vid, vosotros los pámpanos; el que permanece en mí, y yo en él, éste lleva mucho fruto; porque separados de mí nada podéis hacer.
6 El que en mí no permanece, será echado fuera como pámpano, y se secará; y los recogen, y los echan en el fuego, y arden.
7 Si permanecéis en mí, y mis palabras permanecen en vosotros, pedid todo lo que queréis, y os será hecho.
8 En esto es glorificado mi Padre, en que llevéis mucho fruto, y seáis así mis discípulos.
9 Como el Padre me ha amado, también yo os he amado: permaneced en mi amor.
10 Si guardáis mis mandamientos, permaneceréis en mi amor; así como yo he guardado los mandamientos de mi Padre, y permanezco en su amor.
11 Estas cosas os he hablado, para que mi gozo esté en vosotros, y vuestro gozo sea cumplido.
12 Este es mi mandamiento: Que os améis unos a otros, como yo os he amado.
13 Nadie tiene mayor amor que este, que uno ponga su vida por sus amigos.
14 Vosotros sois mis amigos, si hacéis lo que yo os mando.
15 Ya no os llamaré siervos, porque el siervo no sabe lo que hace su señor; pero os he llamado amigos, porque todas las cosas que oí de mi Padre, os he dado a conocer.
16 No me elegisteis vosotros a mí, sino que yo os elegí a vosotros, y os he puesto para que vayáis y llevéis fruto, y vuestro fruto permanezca; para que todo lo que pidiereis al Padre en mi nombre, él os lo dé.
17 Esto os mando: Que os améis unos a otros.
18 Si el mundo os odia, sabed que a mí me ha odiado antes que a vosotros.
19 Si fuerais del mundo, el mundo amaría lo suyo; pero porque no sois del mundo, antes yo os elegí del mundo, por eso el mundo os aborrece.
20 Acordaos de la palabra que yo os he dicho: El siervo no es mayor que su señor. Si a mí me han perseguido, también a vosotros os perseguirán; si han guardado mi palabra, también guardarán la vuestra.
21 Pero todo esto os harán por causa de mi nombre, porque no conocen al que me envió.
22 Si yo no hubiera venido, ni les hubiera hablado, no tendrían pecado; pero ahora no tienen excusa por su pecado.
23 El que me odia, odia también a mi Padre.
24 Si yo no hubiese hecho entre ellos obras que ningún otro ha hecho, no tendrían pecado; pero ahora las han visto, y me aborrecen a mí y a mi Padre.
25 Pero esto sucede para que se cumpla la palabra que está escrita en su ley: Sin causa me aborrecieron.
26 Pero cuando venga el Consolador, a quien yo os enviaré del Padre, el Espíritu de verdad, el cual procede del Padre, él dará testimonio acerca de mí,
27 Y vosotros también daréis testimonio, porque habéis estado conmigo desde el principio.

CAPÍTULO 16

1Estas cosas os he hablado, para que no tengáis tropiezo.
2 Os expulsarán de las sinagogas; y aun viene la hora cuando cualquiera que os mate, pensará que rinde servicio a Dios.
3 Y esto os harán, porque no conocen al Padre ni a mí.
4 Pero os he dicho estas cosas para que cuando llegue la hora, os acordéis de que ya os las había dicho. Y no os dije estas cosas al principio, porque yo estaba con vosotros.
5 Mas ahora voy al que me envió, y ninguno de vosotros me pregunta: ¿A dónde vas?
6 Pero porque os he dicho estas cosas, tristeza ha llenado vuestro corazón.

7 Pero yo os digo la verdad: Os conviene que yo me vaya; porque si no me fuere, el Consolador no vendría a vosotros; mas si me fuere, os lo enviaré.
8 Y cuando él venga, convencerá al mundo de pecado, de justicia y de juicio;
9 De pecado, por cuanto no creen en mí;
10 De justicia, por cuanto voy al Padre, y no me veréis más;
11 De juicio, por cuanto el príncipe de este mundo ya ha sido juzgado.
12 Aún tengo muchas cosas que deciros, pero ahora no las podéis sobrellevar.
13 Pero cuando venga el Espíritu de verdad, él os guiará a toda la verdad; porque no hablará por su propia cuenta, sino que hablará todo lo que oiga, y os hará saber las cosas que habrán de venir.
14 Él me glorificará; porque tomará de lo mío, y os lo hará saber.
15 Todo lo que tiene el Padre es mío; por eso dije que tomará de lo mío, y os lo hará saber.
16 Un poquito, y no me veréis; y de nuevo un poquito, y me veréis, porque yo voy al Padre.
17 Entonces algunos de sus discípulos se dijeron entre sí: ¿Qué es esto que nos dice: Un poquito, y no me veréis, y otro poquito, y me veréis; y: Porque yo voy al Padre?
18 Dijeron entonces: ¿Qué es esto que dice: Un poquito? No sabemos lo que dice.
19 Jesús supo que querían preguntarle, y les dijo: ¿Preguntáis entre vosotros acerca de esto que dije: Un poquito, y no me veréis, y de nuevo un poquito, y me veréis?
20 De cierto, de cierto os digo que vosotros lloraréis y lamentaréis, pero el mundo se alegrará; y vosotros estaréis tristes, pero vuestra tristeza se convertirá en gozo.
21 La mujer cuando da a luz, tiene dolor, porque ha llegado su hora; pero después que ha dado a luz un niño, ya no se acuerda de la angustia por el gozo de que haya nacido un hombre en el mundo.
22 Así que ahora vosotros tenéis tristeza; pero os volveré a ver, y se gozará vuestro corazón, y nadie os quitará vuestro gozo.
23 En aquel día no me preguntaréis nada. De cierto, de cierto os digo que todo cuanto pidiereis al Padre en mi nombre, os lo dará.
24 Hasta ahora nada habéis pedido en mi nombre; pedid, y recibiréis, para que vuestro gozo sea cumplido.
25 Estas cosas os he hablado en proverbios; pero viene la hora cuando ya no os hablaré en proverbios, sino que claramente os anunciaré acerca del Padre.
26 En aquel día pediréis en mi nombre; y no os digo que yo rogaré al Padre por vosotros;
27 Porque el Padre mismo os ama, porque vosotros me habéis amado, y habéis creído que yo salí de Dios.
28 Salí del Padre, y he venido al mundo; otra vez dejo el mundo, y voy al Padre.
29 Sus discípulos le dijeron: He aquí ahora hablas claramente, y ninguna alegoría usas.
30 Ahora sabemos que sabes todas las cosas, y no tienes necesidad de que nadie te pregunte; por esto creemos que saliste de Dios.
31 Jesús les respondió: ¿Ahora creéis?
32 He aquí, la hora viene, sí, ya ha venido, en que seréis esparcidos cada uno por su lado, y me dejaréis solo; mas no estoy solo, porque el Padre está conmigo.
33 Estas cosas os he hablado para que en mí tengáis paz. En el mundo tendréis aflicción; pero confiad, yo he vencido al mundo.

CAPÍTULO 17

1 Estas cosas habló Jesús, y levantando los ojos al cielo, dijo: Padre, la hora ha llegado; glorifica a tu Hijo, para que también tu Hijo te glorifique a ti.
2 Como le has dado autoridad sobre toda carne, para que dé vida eterna a todos los que le diste.
3 Y esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien has enviado.
4 Yo te he glorificado en la tierra; he acabado la obra que me diste que hiciese.
5 Ahora pues, Padre, glorifícame tú al lado tuyo, con aquella gloria que tuve contigo antes que el mundo fuese.
6 He manifestado tu nombre a los hombres que del mundo me diste; tuyos eran, y me los diste, y han guardado tu palabra.
7 Ahora han conocido que todas las cosas que me has dado, provienen de ti.
8 Porque les he dado las palabras que me diste; y ellos las recibieron, y han conocido verdaderamente que salí de ti, y han creído que tú me enviaste.
9 Yo ruego por ellos; no ruego por el mundo, sino por los que me diste; porque tuyos son.
10 Y todo lo mío es tuyo, y lo tuyo mío; y yo he sido glorificado en ellos.
11 Y ya no estoy en el mundo; mas éstos están en el mundo, y yo voy a ti. Padre santo, a los que me has dado, guárdalos en tu nombre, para que sean uno, así como nosotros.
12 Cuando estaba con ellos en el mundo, yo los guardaba en tu nombre; a los que me diste, yo los guardé; y ninguno de ellos se perdió, sino el hijo de perdición, para que la Escritura se cumpliese.
13 Y ahora voy a ti; y hablo esto en el mundo, para que tengan mi gozo cumplido en sí mismos.
14 Yo les he dado tu palabra; y el mundo los ha odiado, porque no son del mundo, como tampoco yo soy del mundo.
15 No ruego que los quites del mundo, sino que los guardes del mal.
16 No son del mundo, como tampoco yo soy del mundo.
17 Santifícalos en tu verdad: Tu palabra es verdad.
18 Como tú me enviaste al mundo, así yo los he enviado al mundo.
19 Y por ellos yo me santifico a mí mismo, para que también ellos sean santificados en la verdad.
20 Mas no ruego solamente por éstos, sino también por los que han de creer en mí por la palabra de ellos,
21 para que todos sean uno; como tú, oh Padre, en mí, y yo en ti, que también ellos sean uno en nosotros; para que el mundo crea que tú me enviaste.
22 Y la gloria que me diste, yo les he dado, para que sean uno, así como nosotros somos uno.
23 Yo en ellos, y tú en mí, para que sean perfectos en unidad, y el mundo conozca que tú me enviaste, y que los has amado a ellos como también a mí me has amado.

24 Padre, aquellos que me has dado, quiero que donde yo estoy, también ellos estén conmigo, para que vean mi gloria que me has dado; porque me has amado desde antes de la fundación del mundo.
25 Padre justo, el mundo no te ha conocido, pero yo te he conocido, y éstos han conocido que tú me enviaste.
26 Y les he dado a conocer tu nombre, y lo daré a conocer aún, para que el amor con que me has amado, esté en ellos, y yo en ellos.

CAPÍTULO 18

1 Habiendo dicho Jesús estas cosas, salió con sus discípulos al otro lado del torrente de Cedrón, donde había un huerto, en el cual entró él y sus discípulos.
2 Y también Judas, el que le entregaba, conocía aquel lugar; porque muchas veces Jesús se había reunido allí con sus discípulos.
3 Judas, pues, tomando una tropa y guardias de los principales sacerdotes y de los fariseos, fue allí con linternas, antorchas y armas.
4 Sabiendo Jesús todas las cosas que le habían de sobrevenir, salió y les dijo: ¿A quién buscáis?
5 Le respondieron: «A Jesús Nazareno». Jesús les dijo: « Yo soy». Y estaba con ellos también Judas, el que le entregaba.
6Y cuando les dijo: Yo soy, retrocedieron y cayeron a tierra.
7 Entonces les preguntó otra vez: ¿A quién buscáis? Y ellos dijeron: A Jesús Nazareno.
8 Respondió Jesús: Os he dicho que yo soy; pues si me buscáis a mí, dejad ir a éstos.
9 para que se cumpliese la palabra que había dicho: De los que me diste, no perdí ninguno.
10 Entonces Simón Pedro, que tenía una espada, la sacó, e hirió a un siervo del sumo sacerdote, y le cortó la oreja derecha. El siervo se llamaba Malco.
11 Entonces Jesús dijo a Pedro: Mete tu espada en la vaina; la copa que el Padre me ha dado, ¿no la he de beber?
12 Entonces la tropa, el tribuno y los alguaciles de los judíos tomaron a Jesús, lo ataron,
13 Y le llevaron primeramente a Anás, porque era suegro de Caifás, que era sumo sacerdote aquel año.
14 Caifás era el que había aconsejado a los judíos que convenía que un hombre muriese por el pueblo.
15 Y seguía a Jesús Simón Pedro, y también otro discípulo; este discípulo era conocido del sumo sacerdote, y entró con Jesús al patio del sumo sacerdote.
16 Pero Pedro estaba fuera, a la puerta. Entonces salió el otro discípulo, el conocido del sumo sacerdote, y habló a la portera, e hizo entrar a Pedro.
17 Entonces la criada portera dijo a Pedro: ¿No eres tú también de los discípulos de este hombre? Él dijo: No lo soy.
18 Y los siervos y los alguaciles estaban allí, y habían encendido unas brasas, porque hacía frío; y se calentaban; y Pedro estaba con ellos, y se calentaba.
19 Entonces el sumo sacerdote preguntó a Jesús acerca de sus discípulos y de su doctrina.
20 Jesús le respondió: Yo abiertamente he hablado al mundo; siempre he enseñado en la sinagoga y en el templo, donde siempre se reúnen los judíos, y nada he hablado en secreto.
21 ¿Por qué me preguntas a mí? Pregunta a los que me han oído, qué les he hablado; he aquí, ellos saben lo que he dicho.
22 Y cuando él hubo dicho estas cosas, uno de los guardias que estaba allí le dio una bofetada a Jesús con la palma de la mano, diciendo: ¿Así respondes al sumo sacerdote?
23 Jesús le respondió: Si he hablado mal, da testimonio del mal; y si bien, ¿por qué me golpeas?
24 Y Anás le envió atado al sumo sacerdote Caifás.
25 Simón Pedro estaba allí, calentándose. Le dijeron: ¿No eres tú también de sus discípulos? Él lo negó y dijo: No lo soy.
26 Uno de los siervos del sumo sacerdote, pariente de aquel a quien Pedro le había cortado la oreja, le dijo: ¿No te vi yo en el huerto con él?
27 Pedro entonces negó otra vez; y en seguida cantó el gallo.
28 Entonces llevaron a Jesús de casa de Caifás al pretorio; y era de mañana, y ellos no entraron en el pretorio, para no contaminarse, sino para comer la pascua.
29 Entonces salió Pilato a ellos, y les dijo: ¿Qué acusación traéis contra este hombre?
30 Respondieron y le dijeron: Si éste no fuese malhechor, no te lo habríamos entregado.
31 Entonces Pilato les dijo: Tomadle vosotros, y juzgadle según vuestra ley. Los judíos le dijeron: A nosotros no nos es lícito dar muerte a nadie;
32 para que se cumpliese la palabra que Jesús había dicho, dando a entender de qué muerte había de morir.
33 Entonces Pilato entró otra vez en el pretorio, y llamó a Jesús, y le dijo: ¿Eres tú el Rey de los judíos?
34 Jesús le respondió: ¿Dices tú esto por ti mismo, o te lo han dicho otros de mí?
35 Pilato le respondió: ¿Soy yo judío? Tu nación y los principales sacerdotes te han entregado a mí. ¿Qué has hecho?
36 Respondió Jesús: Mi reino no es de este mundo; si mi reino fuera de este mundo, mis servidores pelearían para que yo no fuera entregado a los judíos; pero mi reino no es de aquí.
37 Pilato le dijo: ¿Luego, eres tú rey? Jesús le respondió: Tú dices que yo soy rey. Yo para esto he nacido y para esto he venido al mundo, para dar testimonio de la verdad. Todo aquel que es de la verdad, oye mi voz.
38 Pilato le dijo: ¿Qué es la verdad? Y dicho esto, salió otra vez a donde estaban los judíos, y les dijo: Yo no hallo en él ningún delito.
39 Pero entre vosotros está la costumbre de que os suelte uno en la Pascua. ¿Queréis, pues, que os suelte al Rey de los judíos?
40Entonces todos volvieron a gritar, diciendo: No a éste, sino a Barrabás. Pues Barrabás era ladrón.

CAPÍTULO 19

1Entonces Pilato tomó a Jesús y le azotó.
2 Y los soldados entretejieron una corona de espinas, y la pusieron sobre su cabeza, y le vistieron con un manto de púrpura,

3 Y decían: ¡Salve, Rey de los judíos! Y le herían con sus manos.
4 Entonces Pilato salió otra vez, y les dijo: Mirad, os lo traigo fuera, para que entendáis que ningún delito hallo en él.
5 Entonces salió Jesús, llevando la corona de espinas y el manto de púrpura. Y Pilato les dijo: ¡He aquí el hombre!
6 Cuando lo vieron los principales sacerdotes y los alguaciles, dieron voces, diciendo: ¡Crucifícalo, crucifícalo! Pilato les dijo: Tomadle vosotros, y crucificadle; porque yo no hallo en él delito alguno.
7 Los judíos le respondieron: Nosotros tenemos una ley, y según nuestra ley debe morir, porque se hizo Hijo de Dios.
8 Cuando Pilato oyó esto, tuvo más miedo;
9 Y entró otra vez en el pretorio, y dijo a Jesús: ¿De dónde eres tú? Pero Jesús no le dio respuesta.
10 Entonces Pilato le dijo: ¿A mí no me hablas? ¿No sabes que tengo autoridad para crucificarte, y que tengo autoridad para soltarte?
11 Respondió Jesús: Ninguna autoridad tendrías contra mí, si no te fuese dada de arriba; y por eso el que a ti me ha entregado, mayor pecado tiene.
12 Desde entonces procuraba Pilato soltarle; pero los judíos daban voces, diciendo: Si a éste sueltas, no eres amigo de César; todo aquel que se hace rey, a César se opone.
13 Cuando Pilato oyó estas palabras, sacó fuera a Jesús, y se sentó en el tribunal, en el lugar llamado el Enlosado, y en hebreo Gábata.
14 Era la preparación de la pascua, y alrededor de la hora sexta. Entonces dijo a los judíos: He aquí vuestro Rey.
15 Pero ellos gritaron: ¡Fuera, fuera, crucifícalo! Pilato les dijo: ¿A vuestro Rey he de crucificar? Respondieron los principales sacerdotes: No tenemos más rey que a César.
16 Entonces se lo entregó para que lo crucificaran. Y tomaron a Jesús y le llevaron.
17 Y él, cargando su cruz, salió al lugar llamado de la Calavera, y en hebreo, Gólgota;
18 Donde le crucificaron, y con él a otros dos, uno a cada lado, y Jesús en medio.
19 Y escribió Pilato un título, y lo puso sobre la cruz. El título decía: JESÚS DE NAZARET, REY DE LOS JUDÍOS.
20 Muchos judíos leyeron este título, porque el lugar donde Jesús había sido crucificado estaba cerca de la ciudad; y estaba escrito en hebreo, en griego y en latín.
21 Entonces los principales sacerdotes de los judíos dijeron a Pilato: No escribas: Rey de los judíos, sino: Él dijo: Yo soy Rey de los judíos.
22 Pilato respondió: Lo que he escrito, he escrito.
23 Entonces los soldados, cuando hubieron crucificado a Jesús, tomaron sus vestidos, e hicieron cuatro partes, una para cada soldado; y también su túnica; la cual era sin costura, tejida desde arriba hasta arriba.
24Entonces dijeron entre sí: No la partamos, sino echemos suertes sobre ella, a ver de quién será; para que se cumpliese la Escritura que dice: Repartieron entre sí mis vestidos, Y sobre mi túnica echaron suertes. Esto, pues, hicieron los soldados.
25 Junto a la cruz de Jesús estaban su madre, y la hermana de su madre, María mujer de Cleofás, y María Magdalena.
26 Cuando vio Jesús a su madre, y al discípulo a quien él amaba, que estaba presente, dijo a su madre: Mujer, he ahí tu hijo.
27 Luego dijo al discípulo: He ahí tu madre. Y desde aquella hora el discípulo la recibió en su casa.
28 Después de esto, sabiendo Jesús que ya todo estaba consumado, dijo, para que la Escritura se cumpliese: Tengo sed.
29 Y estaban allí una vasija llena de vinagre; y ellos empaparon una esponja de vinagre, y poniéndola en un hisopo, se la acercaron a la boca.
30 Cuando Jesús hubo tomado el vinagre, dijo: Consumado es. E inclinando la cabeza, entregó el espíritu.
31 Entonces los judíos, por cuanto era la preparación de la Pascua, a fin de que los cuerpos no quedasen en la cruz en el día de reposo (pues aquel día de reposo era de gran solemnidad), rogaron a Pilato que se les quebrasen las piernas, y fuesen quitados de allí.
32 Entonces vinieron los soldados, y quebraron las piernas al primero, y también al otro que había sido crucificado con él.
33 Pero cuando llegaron a Jesús, como le vieron ya muerto, no le quebraron las piernas;
34 Pero uno de los soldados le abrió el costado con una lanza, y al instante salió sangre y agua.
35 Y el que lo vio da testimonio, y su testimonio es verdadero; y él sabe que dice verdad, para que vosotros también creáis.
36 Porque estas cosas sucedieron para que se cumpliese la Escritura: No será quebrado hueso suyo.
37 Y otra Escritura dice también: Mirarán al que traspasaron.
38 Después de esto, José de Arimatea, que era discípulo de Jesús, aunque secretamente por miedo a los judíos, rogó a Pilato que le permitiese llevarse el cuerpo de Jesús; y Pilato se lo permitió. Vino, pues, y se llevó el cuerpo de Jesús.
39 Vino también Nicodemo, el que antes había ido a Jesús de noche, trayendo un compuesto de mirra y de áloes, como cien libras.
40 Entonces tomaron el cuerpo de Jesús, y lo envolvieron en lienzos con especias aromáticas, según es costumbre sepultar entre los judíos.
41 En el lugar donde había sido crucificado había un huerto, y en el huerto un sepulcro nuevo, en el cual aún no se había puesto a nadie.
42 Entonces pusieron allí a Jesús, por causa de la preparación de la Pascua de los judíos, pues el sepulcro estaba cerca.

CAPÍTULO 20

1 El primer día de la semana, María Magdalena fue de mañana, siendo aún oscuro, al sepulcro; y vio quitada la piedra del sepulcro.
2 Entonces corrió y fue a Simón Pedro y al otro discípulo, a quien Jesús amaba, y les dijo: Se han llevado del sepulcro al Señor, y no sabemos dónde le han puesto.
3 Salió, pues, Pedro, y el otro discípulo, y vinieron al sepulcro.
4 Así que corrieron ambos juntos; pero el otro discípulo corrió más rápido que Pedro, y llegó primero al sepulcro.

5 E inclinándose él hacia adentro, vio las vendas allí puestas; pero no entró.
6 Luego vino Simón Pedro tras él, y entró en el sepulcro, y vio los lienzos allí puestos,
7 Y el sudario que había estado sobre su cabeza, no puesto con los lienzos, sino enrollado en un lugar aparte.
8 Entonces entró también el otro discípulo, que había llegado primero al sepulcro; y vio, y creyó.
9 Porque aún no habían entendido la Escritura: Era necesario que él resucitara de los muertos.
10 Entonces los discípulos volvieron a su casa.
11 Pero María estaba fuera llorando junto al sepulcro; y mientras lloraba, se inclinó y miró dentro del sepulcro,
12 Y vio dos ángeles con vestiduras blancas, sentados el uno a la cabecera, y el otro a los pies, donde el cuerpo de Jesús había sido puesto.
13 Y le dijeron: Mujer, ¿por qué lloras? Ella les respondió: Porque se han llevado a mi Señor, y no sé dónde le han puesto.
14 Y habiendo dicho esto, se volvió, y vio a Jesús que estaba allí; pero no sabía que era Jesús.
15 Jesús le dijo: Mujer, ¿por qué lloras? ¿A quién buscas? Ella, pensando que era el hortelano, le dijo: Señor, si tú lo has llevado, dime dónde lo has puesto, y yo lo llevaré.
16 Jesús le dijo: « María». Ella se volvió y le dijo: «Rabboni», que quiere decir: Maestro.
17 Jesús le dijo: No me toques, porque aún no he subido a mi Padre; mas ve a mis hermanos, y diles: Subo a mi Padre y a vuestro Padre, a mi Dios y a vuestro Dios.
18 María Magdalena fue y contó a los discípulos que había visto al Señor, y que él le había dicho estas cosas.
19 Cuando llegó la noche de aquel mismo día, el primero de la semana, y estando las puertas cerradas en el lugar donde los discípulos estaban reunidos por miedo a los judíos, vino Jesús, y puesto en medio, les dijo: Paz a vosotros.
20 Y dicho esto, les mostró las manos y el costado. Entonces los discípulos se alegraron al ver al Señor.
21 Entonces Jesús les dijo otra vez: Paz a vosotros. Como me envió el Padre, así también yo os envío.
22 Y dicho esto, sopló sobre ellos, y les dijo: Recibid el Espíritu Santo.
23 A quienes remitiereis los pecados, les quedan remitidos; y a quienes se los retuviereis, les quedan retenidos.
24 Pero Tomás, uno de los doce, llamado Dídimo, no estaba con ellos cuando Jesús vino.
25 Los otros discípulos le dijeron: Hemos visto al Señor. Pero él les respondió: Si no veo en sus manos la señal de los clavos, y meto mi dedo en el lugar de los clavos, y mi mano en su costado, no creeré.
26 Ocho días después, estaban otra vez sus discípulos dentro, y con ellos Tomás. Entonces vino Jesús, estando las puertas cerradas, y se puso en medio, y dijo: Paz a vosotros.
27 Luego dijo a Tomás: Pon aquí tu dedo, y mira mis manos; acerca aquí tu mano, y métela en mi costado; y no seas incrédulo, sino creyente.
28 Y Tomás respondió y le dijo: ¡Señor mío, y Dios mío!
29 Jesús le dijo: Porque me has visto, Tomás, creíste; bienaventurados los que no vieron, y creyeron.
30 Y muchas otras señales hizo Jesús en presencia de sus discípulos, las cuales no están escritas en este libro:
31 Pero éstas se han escrito para que creáis que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, y para que creyendo, tengáis vida en su nombre.

CAPÍTULO 21

1 Después de esto, Jesús se manifestó otra vez a sus discípulos junto al mar de Tiberias, y se manifestó de esta manera:
2 Estaban juntos Simón Pedro, Tomás llamado el Dídimo, Natanael de Caná de Galilea, los hijos de Zebedeo, y otros dos de sus discípulos.
3 Simón Pedro les dijo: Voy a pescar. Ellos le dijeron: También nosotros vamos contigo. Fueron y subieron luego a una barca; y aquella noche no pescaron nada.
4 Cuando ya amanecía, Jesús se presentó en la orilla; pero los discípulos no sabían que era Jesús.
5 Jesús les dijo: Hijitos, ¿tenéis algo de comer? Le respondieron: No.
6 Y les dijo: Echad la red a la derecha de la barca, y hallaréis. Así que la echaron, pero ya no la podían sacar, por la gran cantidad de peces.
7 Entonces aquel discípulo a quien Jesús amaba dijo a Pedro: «¡Es el Señor!». Cuando Simón Pedro oyó que era el Señor, se ciñó la túnica (porque estaba desnudo) y se echó al mar.
8 Y los otros discípulos vinieron en una pequeña barca (pues no distaban de tierra sino como doscientos codos), arrastrando la red con los peces.
9Y cuando descendieron a tierra, vieron brasas puestas, y un pez encima, y pan.
10 Jesús les dijo: Traed algunos de los peces que acabáis de pescar.
11 Subió Simón Pedro, y sacó la red a tierra, llena de grandes peces, ciento cincuenta y tres; y siendo tantos, la red no se rompió.
12 Jesús les dijo: Venid, comed. Y ninguno de los discípulos se atrevió a preguntarle: ¿Tú, quién eres?, sabiendo que era el Señor.
13 Entonces vino Jesús, y tomó el pan y les dio, y asimismo el pescado.
14 Esta era ya la tercera vez que Jesús se manifestaba a sus discípulos, después de haber resucitado de entre los muertos.
15 Cuando hubieron comido, Jesús dijo a Simón Pedro: Simón, hijo de Jonás, ¿me amas más que éstos? El le respondió: Sí, Señor; tú sabes que te amo. Le dijo: Apacienta mis corderos.
16 Le volvió a decir la segunda vez: Simón, hijo de Jonás, ¿me amas? Él le respondió: Sí, Señor; tú sabes que te amo. Él le dijo: Apacienta mis ovejas.
17 Le dijo la tercera vez: Simón, hijo de Jonás, ¿me amas? Pedro se entristeció de que le dijese la tercera vez: ¿Me amas? Y le respondió: Señor, tú lo sabes todo; tú sabes que te amo. Jesús le dijo: Apacienta mis ovejas.
18 De cierto, de cierto te digo: Cuando eras más joven, te ceñías, e ibas a donde querías; mas cuando ya seas viejo, extenderás tus manos, y te ceñirá otro, y te llevará a donde no quieras.
19 Esto dijo dando a entender con qué muerte había de glorificar a Dios. Y dicho esto, le dijo: Sígueme.

20 Volviéndose Pedro, vio que le seguía el discípulo a quien Jesús amaba, el mismo que durante la cena se había recostado sobre su pecho, y le había dicho: Señor, ¿quién es el que te ha de entregar?
21 Viéndolo Pedro, dijo a Jesús: Señor, ¿y éste, qué?
22 Jesús le dijo: Si quiero que él quede hasta que yo venga, ¿qué a ti? Sígueme tú.
23 Entonces se difundió entre los hermanos este dicho: que aquel discípulo no moriría. Pero Jesús no le dijo: No morirá, sino: Si quiero que él quede hasta que yo venga, ¿qué a ti?
24 Este es el discípulo que da testimonio de estas cosas, y escribió estas cosas; y sabemos que su testimonio es verdadero.
25 Y hay también otras muchas cosas que hizo Jesús, las cuales si se escribiesen una por una, pienso que ni aun en el mundo cabrían los libros que se habrían de escribir. Amén.

Hechos de los Apóstoles

CAPÍTULO 1

1 En el primer tratado, oh Teófilo, he hablado de todo lo que Jesús comenzó a hacer y a enseñar,
2 hasta el día en que fue recibido arriba, después de haber dado mandamientos por el Espíritu Santo a los apóstoles que había escogido,
3 A quienes también, después de haber padecido, se presentó vivo con muchas pruebas indubitables, apareciéndoseles durante cuarenta días y hablándoles acerca del reino de Dios,
4 Y estando juntos, les mandó que no se fueran de Jerusalén, sino que esperasen la promesa del Padre, la cual, les dijo, oísteis de mí.
5 Porque Juan ciertamente bautizó con agua, mas vosotros seréis bautizados con el Espíritu Santo dentro de no muchos días.
6Entonces los que se habían reunido le preguntaron, diciendo: Señor, ¿restaurarás el reino a Israel en este tiempo?
7 Y les dijo: No os toca a vosotros saber los tiempos o las sazones, que el Padre puso en su sola potestad.
8 Pero recibiréis poder, cuando haya venido sobre vosotros el Espíritu Santo, y me seréis testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaria, y hasta lo último de la tierra.
9 Y habiendo dicho estas cosas, viéndolo ellos, fue alzado, y una nube le recibió y le ocultó de su vista.
10 Y estando ellos con los ojos puestos en el cielo, entre tanto que él se iba, he aquí se pusieron junto a ellos dos varones con vestiduras blancas;
11 Los cuales también les dijeron: Varones galileos, ¿por qué estáis mirando al cielo? Este mismo Jesús, que ha sido tomado de vosotros al cielo, así vendrá como le habéis visto ir al cielo.
12 Entonces volvieron a Jerusalén desde el monte que se llama del Olivar, el cual está cerca de Jerusalén, camino de un día de reposo.
13 Y cuando entraron, subieron al aposento alto, donde estaban Pedro, Jacobo, Juan, Andrés, Felipe, Tomás, Bartolomé, Mateo, Jacobo hijo de Alfeo, Simón el Zelote, y Judas hermano de Jacobo.
14 Todos éstos perseveraban unánimes en oración y ruego, con las mujeres, y con María la madre de Jesús, y con sus hermanos.
15 En aquellos días Pedro se levantó en medio de los discípulos (el número de los nombres era como ciento veinte) y dijo:
16 Varones hermanos, era necesario que se cumpliera la Escritura en que el Espíritu Santo habló antes por boca de David acerca de Judas, que fue guía de los que prendieron a Jesús.
17 porque era contado con nosotros, y tenía parte en este ministerio.
18 Este, pues, con el salario de su iniquidad adquirió un campo, y cayendo de cabeza, se reventó por la mitad, y todas sus entrañas se derramaron.
19 Y fue notorio a todos los moradores de Jerusalén, de tal manera que aquel campo se llama en su propia lengua, Aceldama, que quiere decir, Campo de sangre.
20 Porque está escrito en el libro de los Salmos: Sea desierta su morada, y no haya quien more en ella; y otro tome su obispado.
21 De estos hombres que han estado juntos con nosotros todo el tiempo que el Señor Jesús entraba y salía entre nosotros,
22 Comenzando desde el bautismo de Juan, hasta el día en que de entre nosotros fue recibido arriba, es necesario que uno sea ordenado testigo con nosotros de su resurrección.
23 Y designaron a dos: a José, llamado Barsabás, que tenía por sobrenombre Justo, y a Matías.
24 Y oraron y dijeron: Tú, Señor, que conoces los corazones de todos, muestra cuál de estos dos has escogido,
25 para que tome la parte de este ministerio y apostolado, del cual cayó Judas por transgresión, para irse a su propio lugar.
26 Y echaron suertes, y la suerte cayó sobre Matías, y fue contado con los once apóstoles.

CAPÍTULO 2

1 Cuando llegó el día de Pentecostés, estaban todos unánimes juntos.
2 Y de repente vino del cielo un estruendo como de un viento recio que soplaba, el cual llenó toda la casa donde estaban sentados.
3 Y se les aparecieron lenguas repartidas, como de fuego, asentándose sobre cada uno de ellos.
4 Y todos fueron llenos del Espíritu Santo, y comenzaron a hablar en otras lenguas, conforme el Espíritu les daba que hablasen.
5 Y moraban en Jerusalén judíos, varones piadosos, de todas las naciones que hay bajo el cielo.
6Y hecho este estruendo, se juntó la multitud; y estaban confusos, porque cada uno les oía hablar en su propia lengua.
7 Y todos estaban atónitos y maravillados, y se decían unos a otros: Mirad, ¿no son galileos todos estos que hablan?
8 ¿Cómo, pues, les oímos nosotros hablar cada uno en nuestra lengua en la que hemos nacido?
9 Partos, medos, elamitas, y los que habitaban en Mesopotamia, en Judea, en Capadocia, en el Ponto y en Asia,
10 En Frigia y Panfilia, en Egipto y en las regiones de Africa más allá de Cirene, y romanos residentes, tanto judíos como prosélitos,
11 Cretenses y árabes, les oímos hablar en nuestras lenguas las maravillas de Dios.
12 Y todos estaban atónitos, y perplejos, diciéndose unos a otros: ¿Qué significa esto?
13 Otros, burlándose, decían: Estos hombres están llenos de mosto.
14 Entonces Pedro, poniéndose en pie con los once, alzó la voz y les habló diciendo: Varones judíos, y todos los que habitáis en Jerusalén, esto os sea notorio, y oíd mis palabras:
15 Porque éstos no están ebrios, como vosotros suponéis, pues es la hora tercera del día.
16 Pero esto es lo dicho por el profeta Joel:

17 Y en los postreros días, dice Dios, Derramaré de mi Espíritu sobre toda carne, Y vuestros hijos y vuestras hijas profetizarán; Vuestros jóvenes verán visiones, y vuestros ancianos soñarán sueños.
18 Y sobre mis siervos y sobre mis siervas en aquellos días derramaré de mi Espíritu, y profetizarán;
19 Y daré prodigios arriba en el cielo, y señales abajo en la tierra, sangre y fuego y vapor de humo;
20 El sol se convertirá en tinieblas, y la luna en sangre, antes que venga el día grande y manifiesto de Jehová.
21 Y todo aquel que invocare el nombre del Señor, será salvo.
22 Varones israelitas, oíd estas palabras: Jesús nazareno, varón aprobado por Dios entre vosotros con las maravillas, prodigios y señales que Dios hizo entre vosotros por medio de él, como vosotros mismos sabéis;
23 A éste, entregado por el determinado consejo y anticipado conocimiento de Dios, prendisteis y matasteis por manos de inicuos, crucificándole;
24 al cual Dios levantó, sueltos los dolores de la muerte, por cuanto era imposible que fuese retenido por ella.
25 Porque David dice de él: Veía al Señor siempre delante de mi rostro, Porque está a mi diestra, no seré conmovido;
26 Por lo cual se alegró mi corazón, y se gozó mi lengua, Y aun mi carne reposará en esperanza.
27 Porque no dejarás mi alma en el Seol, Ni permitirás que tu Santo vea corrupción.
28 Me hiciste conocer los caminos de la vida; Me llenaste de alegría con tu presencia.
29 Varones hermanos, se os puede decir libremente del patriarca David, que murió y fue sepultado, y su sepulcro está con nosotros hasta el día de hoy.
30 Pero siendo profeta, y sabiendo que con juramento Dios le había jurado que de su descendencia, en cuanto a la carne, levantaría al Cristo para que se sentara en su trono,
31 Viéndolo antes, habló de la resurrección de Cristo, que su alma no fue dejada en el Hades, ni su carne vio corrupción.
32 A este Jesús resucitó Dios, de lo cual todos nosotros somos testigos.
33 Así que, exaltado por la diestra de Dios, y habiendo recibido del Padre la promesa del Espíritu Santo, ha derramado esto que vosotros veis y oís.
34 Porque David no subió a los cielos; pero él mismo dice: Dijo el Señor a mi Señor: Siéntate a mi diestra,
35 Hasta que ponga a tus enemigos por estrado de tus pies.
36 Sepa, pues, ciertísimamente toda la casa de Israel, que a este Jesús a quien vosotros crucificasteis, Dios le ha hecho Señor y Cristo.
37 Al oír esto, se compungieron de corazón, y dijeron a Pedro y a los otros apóstoles: Varones hermanos, ¿qué haremos?
38 Entonces Pedro les dijo: Arrepentíos, y bautícese cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo para perdón de los pecados; y recibiréis el don del Espíritu Santo.
39 Porque para vosotros es la promesa, y para vuestros hijos, y para todos los que están lejos; para cuantos el Señor nuestro Dios llamare.
40 Y con otras muchas palabras testificaba y exhortaba, diciendo: Sed salvos de esta perversa generación.
41 Así que, los que recibieron su palabra fueron bautizados; y se añadieron aquel día como tres mil personas.
42 Y perseveraban en la doctrina de los apóstoles, en la comunión unos con otros, en el partimiento del pan y en las oraciones.
43 Y vino temor sobre toda persona; y muchos prodigios y señales eran hechos por los apóstoles.
44 Y todos los que habían creído estaban juntos, y tenían en común todas las cosas;
45 y vendieron sus propiedades y sus bienes, y los repartieron a todos según la necesidad de cada uno.
46 Y perseverando unánimes cada día en el templo, y partiendo el pan en las casas, comían juntos con alegría y sencillez de corazón,
47 Alabando a Dios, y teniendo favor con todo el pueblo. Y el Señor añadía cada día a la iglesia los que habían de ser salvos.

CAPÍTULO 3

1 Pedro y Juan subieron juntos al templo a la hora novena, es decir, a la hora de la oración.
2 Y era traído un hombre cojo desde el vientre de su madre, a quien ponían cada día a la puerta del templo que se llama la Hermosa, para que pidiese limosna a los que entraban en el templo;
3 Este, al ver a Pedro y a Juan que iban al templo, les pidió limosna.
4 Entonces Pedro, fijando en él los ojos, y Juan, dijo: Míranos.
5 Y él estaba atento a ellos, esperando recibir de ellos algo.
6 Entonces Pedro dijo: No tengo plata ni oro, pero lo que tengo te doy: En el nombre de Jesucristo de Nazaret, levántate y anda.
7 Y tomándolo por la mano derecha, lo levantó; y al instante se le afirmaron los pies y los tobillos.
8 Y saltando, se puso en pie y anduvo; y entró con ellos en el templo, andando y saltando, y alabando a Dios.
9 Y todo el pueblo le vio andar y alabar a Dios.
10 Y reconocieron que era él el que se sentaba a pedir limosna a la puerta del templo, la Hermosa; y se llenaron de asombro y de espanto por lo que le había sucedido.
11 Y teniendo asidos a Pedro y a Juan el cojo que había sido sanado, todo el pueblo concurrió a ellos al pórtico que se llama de Salomón, atónitos.
12 Viéndolo Pedro, respondió al pueblo: Varones israelitas, ¿por qué os maravilláis de esto? ¿O por qué ponéis los ojos en nosotros, como si por nuestro poder o piedad hubiésemos hecho andar a éste?
13 El Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob, el Dios de nuestros padres, ha glorificado a su Hijo Jesús, a quien vosotros entregasteis y negasteis delante de Pilato, cuando éste había resuelto ponerle en libertad.
14 Pero vosotros negasteis al Santo y al Justo, y pedisteis que se os diese un homicida;
15 y mataron al Autor de la vida, a quien Dios resucitó de los muertos; de lo cual nosotros somos testigos.
16 Y por la fe en su nombre, a éste, que vosotros veis y conocéis, le ha confirmado su nombre; y la fe que es por él le ha dado esta completa sanidad en presencia de todos vosotros.
17 Y ahora, hermanos, sé que por ignorancia lo habéis hecho, como también vuestros gobernantes.

18 Pero Dios ha cumplido así lo que había antes anunciado por boca de todos sus profetas: que su Cristo había de padecer.
19 Así que, arrepentíos y convertíos, para que sean borrados vuestros pecados; para que vengan de la presencia del Señor tiempos de refrigerio;
20 Y enviará a Jesucristo, que os fue antes anunciado;
21 a quien de cierto es necesario que el cielo reciba hasta los tiempos de la restauración de todas las cosas, de que habló Dios por boca de sus santos profetas que han sido desde tiempo antiguo.
22 Porque Moisés dijo a los padres: El Señor vuestro Dios os levantará un profeta de entre vuestros hermanos, como yo; a él oiréis en todas las cosas que os hable.
23 Y acontecerá que toda alma que no escuche a aquel profeta, será destruida de entre el pueblo.
24 Sí, y todos los profetas desde Samuel en adelante, cuantos han hablado, también han predicho estos días.
25 Vosotros sois los hijos de los profetas, y del pacto que Dios hizo con nuestros padres, diciendo a Abraham: En tu descendencia serán benditas todas las familias de la tierra.
26 A vosotros primeramente, Dios, habiendo levantado a su Hijo, lo envió para que os bendijese, a fin de que cada uno se convierta de su maldad.

CAPÍTULO 4

1 Y mientras ellos hablaban al pueblo, los sacerdotes, el jefe de la guardia del templo y los saduceos se acercaron a ellos,
2 Entristecidos de que enseñasen al pueblo, y anunciasen en Jesús la resurrección de entre los muertos.
3 Y les echaron mano, y los pusieron en la cárcel hasta el día siguiente; porque era ya tarde.
4 Pero muchos de los que habían oído la palabra, creyeron; y el número de los varones era como cinco mil.
5 Y aconteció al día siguiente, que los gobernantes, los ancianos y los escribas,
6 Y estaban reunidos en Jerusalén el sumo sacerdote Anás, y Caifás, Juan, Alejandro y todos los que eran de la familia de los sumos sacerdotes.
7 Y cuando los pusieron en medio, les preguntaron: ¿Con qué potestad, o en qué nombre, habéis hecho vosotros esto?
8 Entonces Pedro, lleno del Espíritu Santo, les dijo: Gobernantes del pueblo, y ancianos de Israel,
9 Puesto que hoy se nos interroga acerca del beneficio realizado al enfermo, de qué manera ha sido sanado,
10 Sea notorio a todos vosotros, y a todo el pueblo de Israel, que en el nombre de Jesucristo de Nazaret, a quien vosotros crucificasteis y a quien Dios resucitó de los muertos, por él este hombre está en vuestra presencia sano.
11 Esta es la piedra desechada por vosotros los edificadores, la cual ha venido a ser cabeza del ángulo.
12 Y en ningún otro hay salvación; porque no hay otro nombre bajo el cielo, dado a los hombres, en que podamos ser salvos.
13 Y viendo el denuedo de Pedro y de Juan, y sabiendo que eran hombres sin letras y del vulgo, se maravillaban; y les reconocían que habían estado con Jesús.
14 Y viendo al hombre que había sido sanado, de pie con ellos, no podían decir nada en contra.
15 Pero habiéndoles ordenado que salieran del concilio, deliberaron entre sí,
16 Diciendo: ¿Qué haremos con estos hombres? Porque de cierto, señal manifiesta ha sido hecha por ellos, notoria a todos los que moran en Jerusalén, y no lo podemos negar.
17 Pero para que esto no se divulgue más entre el pueblo, amenacémosles severamente para que no hablen más a hombre en ese nombre.
18 Y los llamaron, y les intimaron que en ninguna manera hablasen ni enseñasen en el nombre de Jesús.
19 Respondiendo Pedro y Juan, les dijeron: Juzgad si es justo delante de Dios obedecer a vosotros antes que a Dios.
20 Porque no podemos dejar de decir lo que hemos visto y oído.
21 Y después de amenazarlos otra vez, los dejaron, no hallando cómo castigarlos, a causa del pueblo; porque todos glorificaban a Dios por lo que se había hecho.
22 Porque el hombre en quien se había realizado este milagro de curación, tenía más de cuarenta años.
23 Y puestos en libertad, vinieron a los suyos y refirieron todo lo que los principales sacerdotes y los ancianos les habían dicho.
24 Y cuando lo oyeron, alzaron unánimes la voz a Dios, y dijeron: Señor, tú eres el Dios que hiciste el cielo y la tierra, el mar, y todo lo que en ellos hay;
25 ¿Quién por boca de David tu siervo dijiste: ¿Por qué se amotinan las gentes, Y los pueblos piensan cosas vanas?
26 Se levantaron los reyes de la tierra, y los gobernantes se juntaron en uno contra el Señor, y contra su Cristo.
27 Porque verdaderamente se unieron contra tu santo Hijo Jesús, a quien ungiste, Herodes y Poncio Pilato, con los gentiles y el pueblo de Israel,
28 para hacer todo lo que tu mano y tu consejo habían antes determinado que sucediera.
29 Y ahora, Señor, mira sus amenazas, y concede a tus siervos que con todo denuedo hablen tu palabra,
30 extendiendo tu mano para que se hagan sanidades y señales y prodigios mediante el nombre de tu santo Hijo Jesús.
31 Y cuando hubieron orado, el lugar en que estaban reunidos tembló; y todos fueron llenos del Espíritu Santo, y hablaban con denuedo la palabra de Dios.
32 Y la multitud de los que habían creído era de un corazón y un alma; y ninguno decía ser suyo propio nada de lo que poseía, sino que tenían todas las cosas en común.
33 Y con gran poder los apóstoles daban testimonio de la resurrección del Señor Jesús; y abundante gracia era sobre todos ellos.
34 Y no había entre ellos nadie que careciese de necesidad; porque todos los que poseían heredades o casas las vendían, y traían el precio de lo vendido,
35 Y las pusieron a los pies de los apóstoles; y se distribuyó a cada uno según su necesidad.
36 Y José, a quien los apóstoles pusieron por sobrenombre Bernabé (que traducido significa, Hijo de consolación), levita, natural de Chipre,
37 Y como tenía una heredad, la vendió, y trajo el dinero y lo puso a los pies de los apóstoles.

CAPÍTULO 5

1 Pero cierto hombre llamado Ananías, con Safira su mujer, vendió una propiedad,
2 Y sustrajo del precio, sabiéndolo también su mujer; y trayendo una parte, la puso a los pies de los apóstoles.
3 Entonces Pedro dijo: Ananías, ¿por qué llenó Satanás tu corazón para que mintieras al Espíritu Santo, y sustrajeras del precio de la heredad?
4 Reteniéndola, ¿no era tuya? Y vendida, ¿no estaba en tu poder? ¿Por qué pusiste esto en tu corazón? No has mentido a los hombres, sino a Dios.
5 Y oyendo Ananías estas palabras, cayó y expiró; y vino un gran temor sobre todos los que oyeron estas cosas.
6 Y se levantaron los jóvenes, y le envolvieron, y le sacaron, y le sepultaron.
7 Y sucedió que habían pasado como tres horas, cuando su mujer, no sabiendo lo que había sucedido, entró.
8 Pedro le respondió: Dime, ¿vendisteis en tanto la heredad? Ella dijo: Sí, en tanto.
9 Pedro le dijo: ¿Por qué os pusisteis de acuerdo para tentar al Espíritu del Señor? He aquí, a la puerta están los pies de los que han sepultado a tu marido, y a ti te sacarán.
10 Ella entonces cayó al instante a los pies de él, y expiró; y cuando los jóvenes entraron, la hallaron muerta; y la sacaron, y la sepultaron junto a su marido.
11 Y vino un gran temor sobre toda la iglesia, y sobre todos los que oyeron estas cosas.
12 Y por las manos de los apóstoles se hacían muchas señales y prodigios entre el pueblo; y todos estaban unánimes en el pórtico de Salomón.
13 Y de los demás ninguno se atrevió a juntarse con ellos; pero el pueblo los alababa.
14 Y los que creían en el Señor aumentaban cada vez más, gran número así de hombres como de mujeres.
15 De tal manera que sacaban a los enfermos a las calles, y los ponían en camas y lechos, para que al pasar Pedro, a lo menos su sombra cubriese a alguno de ellos.
16 También vino multitud de las ciudades vecinas a Jerusalén, trayendo enfermos y atormentados por espíritus inmundos; y todos fueron sanados.
17 Entonces se levantó el sumo sacerdote y todos los que estaban con él (esto es, la secta de los saduceos), y se llenaron de indignación,
18 Y echaron mano a los apóstoles, y los pusieron en la cárcel pública.
19 Pero el ángel del Señor abrió de noche las puertas de la cárcel y los sacó, y dijo:
20 Ve, ponte de pie en el templo y anuncia al pueblo todas las palabras de esta vida.
21 Cuando oyeron esto, entraron de mañana en el templo y enseñaban. Entonces vino el sumo sacerdote y los que con él estaban, y convocó al concilio y a todo el séquito de los hijos de Israel, y envió a la cárcel para que los trajeran.
22 Pero cuando llegaron los guardias, y no los hallaron en la cárcel, volvieron y dieron aviso,
23 diciendo: A la verdad, la cárcel la hallamos cerrada con toda seguridad, y los guardas fuera delante de las puertas; pero cuando abrimos, a nadie hallamos dentro.
24 Cuando el sumo sacerdote, el jefe de la guardia del templo y los principales sacerdotes oyeron estas cosas, dudaron de ellos en qué resultaría aquello.
25 Y vino uno y les dio nuevas, diciendo: He aquí, los hombres que pusisteis en la cárcel están en el templo, y enseñan al pueblo.
26 Entonces fue el capitán con los alguaciles, y los trajo sin violencia, porque temían que el pueblo los apedreara.
27 Y cuando los trajeron, los presentaron ante el concilio; y el sumo sacerdote les preguntó,
28 diciendo: ¿No os ordenamos estrictamente que no enseñaseis en ese nombre? y he aquí habéis llenado a Jerusalén de vuestra doctrina, y queréis echar sobre nosotros la sangre de ese hombre.
29 Respondiendo Pedro y los apóstoles, dijeron: Es necesario obedecer a Dios antes que a los hombres.
30 El Dios de nuestros padres levantó a Jesús, a quien vosotros matasteis colgándole en un madero.
31 A éste, Dios ha exaltado con su diestra por Príncipe y Salvador, para dar a Israel arrepentimiento y perdón de pecados.
32 Y nosotros somos testigos suyos de estas cosas, y también el Espíritu Santo, el cual ha dado Dios a los que le obedecen.
33 Al oír esto, se sintieron profundamente ofendidos y decidieron matarlos.
34 Entonces levantándose en el concilio un fariseo llamado Gamaliel, doctor de la ley, estimado entre todo el pueblo, mandó sacar fuera por un momento a los apóstoles;
35 Y les dijo: Varones israelitas, mirad por vosotros en lo que vais a hacer respecto a estos hombres.
36 Porque antes de estos días se levantó Teudas, diciendo que era alguien, a quien se unieron un número como de cuatrocientos hombres; el cual fue muerto, y todos los que le obedecían fueron dispersados y reducidos a nada.
37 Después de éste, se levantó Judas el galileo en los días del censo, y llevó en pos de sí mucho pueblo; y él también pereció, y todos los que le obedecían fueron dispersados.
38 Y ahora os digo: Apartaos de estos hombres, y dejadlos; porque si este consejo o esta obra es de los hombres, se desvanecerá;
39 Pero si es de Dios, no lo podréis destruir; no sea que acaso seáis hallados luchando contra Dios.
40 Y con él consintieron; y llamando a los apóstoles, después de azotarlos, les intimaron que no hablasen en el nombre de Jesús, y los pusieron en libertad.
41 Y ellos salieron de la presencia del concilio, gozosos de haber sido tenidos por dignos de padecer afrenta por causa del Nombre.
42 Y todos los días, en el templo y por todas las casas, no cesaban de enseñar y predicar a Jesucristo.

CAPÍTULO 6

1 En aquellos días, como creciera el número de los discípulos, hubo murmuración de los griegos contra los hebreos, de que las viudas de aquéllos eran desatendidas en la distribución diaria.
2 Entonces los doce convocaron a la multitud de los discípulos, y dijeron: No es justo que nosotros dejemos la palabra de Dios, para servir a las mesas.
3 Buscad, pues, hermanos, a siete varones de buen testimonio, llenos del Espíritu Santo y de sabiduría, a quienes encarguemos de este trabajo.

4 Pero nosotros nos dedicaremos continuamente a la oración y al ministerio de la palabra.
5 Y agradó la palabra a toda la multitud; y eligieron a Esteban, varón lleno de fe y del Espíritu Santo, y a Felipe, y a Prócoro, y a Nicanor, y a Timón, y a Parmenas, y a Nicolás prosélito de Antioquía;
6 A los cuales presentaron ante los apóstoles, quienes, habiendo orado, les impusieron las manos.
7 Y la palabra de Dios crecía, y el número de los discípulos se multiplicaba grandemente en Jerusalén; y también muchos de los sacerdotes obedecían a la fe.
8 Y Esteban, lleno de fe y de poder, hacía grandes prodigios y señales entre el pueblo.
9 Entonces se levantaron algunos de la sinagoga llamada de los Libertos, y de los de Cirene, de Alejandría, de Cilicia y de Asia, disputando con Esteban.
10 Y no pudieron resistir a la sabiduría y al Espíritu con que hablaba.
11 Entonces sobornaron a unos hombres que dijeron: Le hemos oído hablar palabras blasfemas contra Moisés y contra Dios.
12 Y alborotaron al pueblo, y a los ancianos, y a los escribas; y arremetieron contra él, y le prendieron, y le llevaron al concilio,
13 y puso testigos falsos que dijeran: Este hombre no cesa de hablar palabras blasfemas contra este lugar santo y la ley;
14 Porque le hemos oído decir que ese Jesús de Nazaret destruirá este lugar, y cambiará las costumbres que nos dio Moisés.
15 Y todos los que estaban sentados en el concilio, al fijar los ojos en él, vieron su rostro como el rostro de un ángel.

CAPÍTULO 7

1 Entonces el sumo sacerdote dijo: ¿Es esto así?
2 Y dijo: Varones hermanos y padres, oíd: El Dios de la gloria apareció a nuestro padre Abraham, cuando estaba en Mesopotamia, antes que morase en Harán,
3 Y le dijo: Sal de tu tierra y de tu parentela, y ven a la tierra que yo te mostraré.
4 Después salió de la tierra de los caldeos, y habitó en Harán; y de allí, muerto su padre, le trasladó a esta tierra, en la cual vosotros habitáis ahora.
5 Y no le dio herencia en ella, ni siquiera para asentar un pie; pero le prometió que se la daría en posesión a él y a su descendencia después de él, cuando él aún no tenía hijo.
6 Y le habló Dios así: Que su descendencia sería extranjera en tierra ajena, y que los reducirían a servidumbre y los maltratarían, por cuatrocientos años.
7 Y yo juzgaré a la nación de la cual serán siervos, dijo Dios; y después de esto saldrán y me servirán en este lugar.
8 Y le dio el pacto de la circuncisión; y así Abraham engendró a Isaac, y lo circuncidó al octavo día; e Isaac engendró a Jacob, y Jacob engendró a los doce patriarcas.
9 Y los patriarcas, movidos por envidia, vendieron a José para Egipto; pero Dios estaba con él,
10 Y lo libró de todas sus angustias, y le dio gracia y sabiduría delante de Faraón rey de Egipto, el cual lo puso por gobernador sobre Egipto y sobre toda su casa.
11 Hubo entonces hambre en toda la tierra de Egipto y de Canaán, y gran tribulación, y nuestros padres no hallaron sustento.
12 Pero cuando Jacob oyó que había trigo en Egipto, envió a nuestros padres el primero.
13 Y en la segunda ocasión José fue conocido de sus hermanos, y fue descubierto ante Faraón el linaje de José.
14 Entonces envió José, y llamó a su padre Jacob, y a toda su parentela, setenta y cinco personas.
15 Así descendió Jacob a Egipto, y murió él, y nuestros padres,
16 Y fueron llevados a Siquem, y puestos en el sepulcro que Abraham compró por buena suma de dinero a los hijos de Hamor padre de Siquem.
17 Pero cuando se acercó el tiempo de la promesa que Dios había jurado a Abraham, el pueblo creció y se multiplicó en Egipto.
18 Hasta que se levantó otro rey que no conocía a José.
19 Este mismo obró astutamente con nuestros parientes, y maltrató a nuestros padres, haciéndolos echar fuera a sus niños, para que no vivieran.
20 En este tiempo nació Moisés, y era muy hermoso, y fue criado en casa de su padre tres meses.
21 Y cuando él fue echado fuera, la hija de Faraón lo tomó y lo crió como si fuera su hijo.
22 Y Moisés fue instruido en toda la sabiduría de los egipcios, y era poderoso en palabras y en hechos.
23 Y cuando cumplió cuarenta años, le vino al corazón visitar a sus hermanos, los hijos de Israel.
24 Y viendo a uno de ellos ser agraviado, le defendió, y vengó al oprimido, hiriéndolo.
25 Porque pensaba que sus hermanos entenderían que Dios los libraría por mano suya; pero ellos no entendieron.
26 Y al día siguiente se presentó a ellos que riñeban, y los volvía a poner en paz, diciendo: Varones, hermanos sois; ¿por qué os maltratáis los unos a los otros?
27 Pero el que maltrataba a su prójimo le rechazó, diciendo: ¿Quién te ha puesto por gobernante y juez sobre nosotros?
28 ¿Me matarás, como mataste ayer al egipcio?
29 Ante esta palabra, Moisés huyó, y estuvo extranjero en la tierra de Madián, donde engendró dos hijos.
30 Y cuando se cumplieron cuarenta años, se le apareció en el desierto del monte Sinaí un ángel del Señor en una llama de fuego en una zarza.
31 Y Moisés vio esto, y se maravilló de la visión; y acercándose para mirarla, vino a él la voz de Jehová,
32 Diciendo: Yo soy el Dios de tus padres, el Dios de Abraham, el Dios de Isaac y el Dios de Jacob. Entonces Moisés tembló, y no se atrevía a mirar.
33 Entonces el Señor le dijo: Quita tu calzado de tus pies, porque el lugar donde tú estás, tierra santa es.
34 Yo he visto, yo he visto la aflicción de mi pueblo que está en Egipto, y he oído su gemido, y he descendido para librarlos. Por tanto, ven, te enviaré a Egipto.
35 A este Moisés, a quien habían rechazado, diciendo: ¿Quién te ha puesto por príncipe y juez?, Dios lo envió por príncipe y libertador por mano del ángel que se le apareció en la zarza.
36 Y los sacó, habiendo hecho prodigios y señales en la tierra de Egipto, en el Mar Rojo y en el desierto por cuarenta años.

37 Este es aquel Moisés que dijo a los hijos de Israel: El Señor vuestro Dios os levantará profeta de vuestros hermanos, como yo; a él oiréis.
38 Este es aquel que estuvo en la iglesia en el desierto con el ángel que le habló en el monte Sinaí, y con nuestros padres, quien recibió palabras vivas para dárnoslas a nosotros:
39 Al cual nuestros padres no quisieron obedecer, sino que le rechazaron, y de corazón se volvieron a Egipto,
40 Y dijeron a Aarón: Haznos dioses que vayan delante de nosotros; porque a este Moisés que nos sacó de la tierra de Egipto, no sabemos qué le haya acontecido.
41 E hicieron en aquellos días un becerro, y ofrecieron sacrificios al ídolo, y se regocijaron en las obras de sus manos.
42 Entonces Dios se apartó y los entregó a que rindieran culto al ejército del cielo, como está escrito en el libro de los profetas: Oh casa de Israel, ¿acaso me ofrecisteis víctimas y sacrificios en el desierto durante cuarenta años?
43 También llevasteis el tabernáculo de Moloc, y la estrella de vuestro dios Renfán, figuras que os hicisteis para adorarlas; y yo os transportaré más allá de Babilonia.
44 Nuestros padres tuvieron el tabernáculo del testimonio en el desierto, como Dios lo había ordenado, hablando a Moisés que lo hiciese conforme al modelo que había visto.
45 La cual también nuestros padres que vinieron después, la introdujeron con Jesús en la herencia de los gentiles, a los cuales Dios arrojó de delante de nuestros padres, hasta los días de David;
46 el cual halló gracia delante de Dios, y pidió fundar tabernáculo para el Dios de Jacob.
47 Pero Salomón le edificó una casa.
48 Pero el Altísimo no habita en templos hechos de mano, como dice el profeta:
49 El cielo es mi trono, y la tierra el estrado de mis pies. ¿Qué casa me edificaréis?, dice Jehová; ¿O cuál es el lugar de mi reposo?
50 ¿No hizo mi mano todas estas cosas?
51 ¡Duros de cerviz, e incircuncisos de corazón y de oídos! Vosotros resistís siempre al Espíritu Santo; como vuestros padres, así también vosotros.
52 ¿A cuál de los profetas no persiguieron vuestros padres, y mataron a los que anunciaron de antemano la venida del Justo, del cual ahora vosotros sois entregadores y matadores?
53 que recibieron la ley por disposición de ángeles, y no la guardaron.
54 Al oír estas cosas, se enfurecieron y crujieron los dientes contra él.
55 Pero Esteban, lleno del Espíritu Santo, puestos los ojos en el cielo, vio la gloria de Dios, y a Jesús que estaba a la diestra de Dios,
56 y dijo: He aquí, veo los cielos abiertos, y al Hijo del Hombre que está a la diestra de Dios.
57 Entonces ellos clamaron a gran voz, y se taparon los oídos, y arremetieron a una contra él,
58 Y le echaron fuera de la ciudad, y le apedrearon; y los testigos pusieron sus ropas a los pies de un joven que se llamaba Saulo.
59 Y apedreaban a Esteban, mientras éste invocaba y decía: Señor Jesús, recibe mi espíritu.
60 Y puesto de rodillas, clamó a gran voz: Señor, no les tomes en cuenta este pecado. Y dicho esto, durmió.

CAPÍTULO 8

1 Saulo consentía en su muerte. En aquel tiempo hubo una gran persecución contra la iglesia que estaba en Jerusalén; y todos fueron esparcidos por las tierras de Judea y de Samaria, excepto los apóstoles.
2 Y unos hombres piadosos llevaron a Esteban a su sepultura, e hicieron gran llanto sobre él.
3 Saulo asolaba la iglesia, entrando casa por casa, y arrastrando a hombres y a mujeres, los entregaba en la cárcel.
4 Así que los que fueron esparcidos iban por todas partes predicando la palabra.
5 Entonces Felipe, descendiendo a la ciudad de Samaria, les predicaba a Cristo.
6 Y el pueblo, unánime, escuchaba atentamente las cosas que decía Felipe, oyendo y viendo las señales que hacía.
7 Porque de muchos que tenían espíritus inmundos, salían dando grandes voces; y muchos paralíticos y cojos eran sanados.
8 Y hubo gran gozo en aquella ciudad.
9 Pero había un hombre llamado Simón, que antes ejercía la magia en aquella ciudad, y había engañado a la gente de Samaria, haciéndose pasar por algún grande;
10 A quien todos escuchaban atentamente, desde el más pequeño hasta el más grande, diciendo: Este es el gran poder de Dios.
11 Y a él le miraban con atención, porque desde hacía mucho tiempo los había fascinado con hechicerías.
12 Pero cuando creyeron a Felipe, que predicaba el reino de Dios y el nombre de Jesucristo, se bautizaban hombres y mujeres.
13 Entonces creyó también Simón mismo, y habiéndose bautizado, estaba con Felipe; y veía maravillado las señales y milagros que se hacían.
14 Cuando los apóstoles que estaban en Jerusalén oyeron que Samaria había recibido la palabra de Dios, enviaron allá a Pedro y a Juan.
15 Los cuales, habiendo venido, oraron por ellos para que recibiesen el Espíritu Santo;
16 (Porque aún no había descendido sobre ninguno de ellos; solamente los que habían sido bautizados en el nombre del Señor Jesús.)
17 Entonces les impusieron las manos, y recibieron el Espíritu Santo.
18 Cuando vio Simón que por la imposición de las manos de los apóstoles se daba el Espíritu Santo, les ofreció dinero,
19 diciendo: Dadme también a mí este poder, para que cualquiera a quien yo impusiere las manos reciba el Espíritu Santo.
20 Pero Pedro le dijo: Tu dinero perezca contigo, porque has pensado que el don de Dios se obtiene con dinero.
21 No tienes tú parte ni suerte en este asunto, porque tu corazón no es recto delante de Dios.
22 Arrepiéntete, pues, de esta tu maldad, y ruega a Dios, si quizás te sea perdonado el pensamiento de tu corazón.
23 Porque yo veo que en hiel de amargura y en prisión de iniquidad estás.

24 Respondió entonces Simón y dijo: Rogad vosotros por mí al Señor, para que nada de esto que habéis dicho venga sobre mí.
25 Y ellos, después de testificar y predicar la palabra del Señor, volvieron a Jerusalén, y predicaron el evangelio en muchas aldeas de los samaritanos.
26 Y el ángel del Señor habló a Felipe, diciendo: Levántate y ve hacia el sur, al camino que desciende de Jerusalén a Gaza, el cual es desierto.
27 Y él se levantó y fue; y he aquí un etíope, eunuco, funcionario de Candace reina de los etíopes, el cual estaba sobre todos sus tesoros, y había venido a Jerusalén para adorar.
28 Volvía, sentado en su carro, leyendo el profeta Isaías.
29 Entonces el Espíritu dijo a Felipe: Acércate y júntate a ese carro.
30 Y Felipe corrió hacia él, y le oyó que leía al profeta Isaías, y le dijo: ¿Entiendes lo que lees?
31 Él respondió: ¿Y cómo podré, si alguno no me enseñase? Y rogó a Felipe que subiese y se sentase con él.
32 El pasaje de la Escritura que estaba leyendo era éste: Como oveja fue llevado al matadero; y como cordero enmudecido delante del que lo trasquila, no abrió la boca.
33 En su humillación le fue quitada la justicia; ¿y su generación, quién la contará? Porque su vida fue quitada de la tierra.
34 Entonces el eunuco respondió a Felipe, y dijo: Te ruego que me digas: ¿de quién dice el profeta esto? ¿De sí mismo, o de algún otro?
35 Entonces Felipe, abriendo su boca, y comenzando desde esta escritura, le anunció el evangelio de Jesús.
36 Y mientras iban por el camino, llegaron a cierta agua; y dijo el eunuco: Aquí hay agua; ¿qué impide que yo sea bautizado?
37 Felipe le dijo: Si crees de todo corazón, bien puedes. Y respondiendo, dijo: Creo que Jesucristo es el Hijo de Dios.
38 Y mandó parar el carro; y descendieron ambos al agua, Felipe y el eunuco, y le bautizó.
39 Y cuando subieron del agua, el Espíritu del Señor arrebató a Felipe, y el eunuco no le vio más; y siguió gozoso su camino.
40 Pero Felipe se halló en Azoto; y pasando, predicó en todas las ciudades hasta que llegó a Cesarea.

CAPÍTULO 9

1 Saulo, respirando aún amenazas y muerte contra los discípulos del Señor, vino al sumo sacerdote,
2 Y le pidió cartas para las sinagogas de Damasco, para que si hallase algunos hombres o mujeres de este Camino, los trajese presos a Jerusalén.
3 Y yendo por el camino, al llegar cerca de Damasco, de repente le rodeó un resplandor de luz del cielo;
4 Y cayendo en tierra, oyó una voz que le decía: Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?
5 Y él dijo: ¿Quién eres, Señor? Y el Señor le respondió: Yo soy Jesús, a quien tú persigues; dura cosa te es dar coces contra el aguijón.
6 El, temblando y temeroso, dijo: Señor, ¿qué quieres que yo haga? Y el Señor le dijo: Levántate y entra en la ciudad, y se te dirá lo que debes hacer.
7 Y los hombres que iban con él se pararon atónitos, oyendo a la verdad la voz, pero a nadie viendo.
8 Y Saulo se levantó de la tierra, y abiertos sus ojos, a nadie vio; y le llevaron de la mano, y le llevaron a Damasco.
9 Y estuvo tres días sin ver, y no comió ni bebió.
10 Había también en Damasco un discípulo llamado Ananías, a quien el Señor le dijo en visión: Ananías. Y él respondió: Heme aquí, Señor.
11 Y el Señor le dijo: Levántate y ve a la calle que se llama Derecha, y busca en casa de Judas a uno llamado Saulo, de Tarso; porque he aquí, él ora,
12 Y vio en visión a un hombre llamado Ananías, que entraba y le ponía las manos encima para que recobrara la vista.
13 Entonces Ananías respondió: Señor, he oído de muchos acerca de este hombre, cuántos males ha hecho a tus santos en Jerusalén;
14 Y aquí tiene autoridad de los principales sacerdotes para prender a todos los que invocan tu nombre.
15 Pero el Señor le dijo: Ve, porque instrumento escogido me es éste, para llevar mi nombre en presencia de los gentiles, y de reyes, y de los hijos de Israel;
16 Porque yo le mostraré cuánto le es necesario padecer por mi nombre.
17 Entonces Ananías fue y entró en casa, y poniéndole las manos encima, dijo: Hermano Saulo, el Señor Jesús, que te apareció en el camino por donde venías, me ha enviado para que recibas la vista y seas lleno del Espíritu Santo.
18 Y al instante cayeron de sus ojos como escamas; y al instante recibió la vista; y se levantó, y fue bautizado.
19 Y habiendo comido, recobró las fuerzas. Saulo estuvo algunos días con los discípulos que estaban en Damasco.
20 Y en seguida predicaba a Cristo en las sinagogas, diciendo que éste era el Hijo de Dios.
21 Pero todos los que le oían estaban atónitos, y decían: ¿No es éste el que destruía en Jerusalén a los que invocaban este nombre, y a eso vino acá, para entregarlos presos ante los principales sacerdotes?
22 Pero Saulo mucho más se esforzaba, y confundía a los judíos que habitaban en Damasco, demostrando que Jesús era el Cristo.
23 Pasados muchos días, los judíos entraron en consejo para matarle;
24 Pero Saúl se enteró de sus asechanzas, y día y noche vigilaban las puertas para matarlo.
25 Entonces los discípulos le tomaron de noche, y le bajaron junto a la pared en una cesta.
26 Cuando Saulo llegó a Jerusalén, intentó juntarse con los discípulos; pero todos le tenían miedo, y no creían que fuese discípulo.
27 Pero Bernabé le tomó y le trajo a los apóstoles, y les contó cómo había visto al Señor en el camino, y cómo éste le había hablado, y cómo en Damasco había predicado con valentía en el nombre de Jesús.
28 Y estaba con ellos entrando y saliendo de Jerusalén.
29 Y hablaba con valentía en el nombre del Señor Jesús, y disputaba con los griegos; pero ellos procuraban matarle.
30 Cuando los hermanos lo supieron, le llevaron a Cesarea, y le enviaron a Tarso.
31 Entonces las iglesias tenían paz por toda Judea, Galilea y Samaria, y eran edificadas, y andando en el temor del

Señor y en la consolación del Espíritu Santo, se multiplicaban.
32 Aconteció que mientras Pedro recorría todas las regiones, llegó también a los santos que habitaban en Lida.
33 Y halló allí a un hombre llamado Eneas, que hacía ocho años que estaba en cama, pues era paralítico.
34 Pedro le dijo: Eneas, Jesucristo te sana; levántate y haz tu cama. Y él se levantó al instante.
35 Y todos los que habitaban en Lida y en Sarón lo vieron, y se convirtieron al Señor.
36 Había entonces en Jope una discípula llamada Tabita, que traducido quiere decir Dorcas. Esta abundaba en buenas obras y en limosnas que hacía.
37 Y aconteció en aquellos días, que ella enfermó y murió; y después de haberla lavado, la pusieron en una cámara alta.
38 Y como Lida estaba cerca de Jope, y los discípulos oyeron que Pedro estaba allí, le enviaron dos hombres, rogándole que no tardase en venir a ellos.
39 Entonces Pedro se levantó y fue con ellos. Cuando llegó, le llevaron al aposento alto; y todas las viudas estaban junto a él llorando, y mostrándole las túnicas y los vestidos que Dorcas había hecho estando con ellas.
40 Entonces Pedro, echando a todos fuera, se puso de rodillas y oró; y volviéndose al cuerpo, dijo: Tabita, levántate. Y ella abrió los ojos, y al ver a Pedro, se incorporó.
41 Y le dio la mano, y la levantó; y llamando a los santos y a las viudas, la presentó viva.
42 Y esto fue notorio en todo Jope, y muchos creyeron en el Señor.
43 Aconteció que se quedó muchos días en Jope en casa de un tal Simón curtidor.

CAPÍTULO 10

1 Había en Cesarea un hombre llamado Cornelio, centurión de la compañía llamada la Italiana,
2 Varón piadoso y temeroso de Dios con toda su casa, y que hacía muchas limosnas al pueblo, y oraba a Dios siempre.
3 Este vio claramente en una visión, como a la hora novena del día, que un ángel de Dios entraba donde él se encontraba, y le decía: Cornelio.
4 Y mirándole fijamente, tuvo miedo, y dijo: ¿Qué es, Señor? Y le respondió: Tus oraciones y tus limosnas han subido para memoria delante de Dios.
5 Envía, pues, ahora hombres a Jope, y haz venir a un tal Simón, el que tiene por sobrenombre Pedro.
6 Él se hospeda en casa de un tal Simón curtidor, que tiene su casa junto al mar; él te dirá lo que debes hacer.
7 Y cuando el ángel que hablaba con Cornelio se fue, éste llamó a dos de sus criados, y a un devoto soldado de los que le asistían,
8 Y después de haberles contado todas estas cosas, los envió a Jope.
9 Al día siguiente, mientras ellos continuaban su viaje y se acercaban a la ciudad, Pedro subió a la azotea para orar, cerca de la hora sexta.
10 Y tuvo gran hambre, y quería comer; pero mientras le preparaban algo, le sobrevino un éxtasis,
11 Y vio el cielo abierto, y que descendía hacia él algo como un gran lienzo, atado por los cuatro cabos, y que era bajado a la tierra.
12 En el cual había toda clase de cuadrúpedos de la tierra, y fieras, y reptiles, y aves del cielo.
13 Y le vino una voz: Levántate, Pedro, mata y come.
14 Pero Pedro dijo: Señor, no; porque ninguna cosa común o inmunda he comido jamás.
15 Y la voz volvió a hablarle la segunda vez: Lo que Dios limpió, no lo llames tú común.
16 Esto se hizo tres veces, y el vaso fue recibido de nuevo en el cielo.
17 Mientras Pedro dudaba en sí mismo qué sería la visión que había visto, he aquí los hombres que habían sido enviados por Cornelio, quienes preguntaron por la casa de Simón, se presentaron a la puerta.
18 Y llamando, preguntaron si un Simón, el que tenía por sobrenombre Pedro, hospedaba allí.
19 Mientras Pedro meditaba en la visión, el Espíritu le dijo: He aquí, tres hombres te buscan.
20 Levántate, pues, y desciende, y no dudes de ir con ellos, porque yo los he enviado.
21 Entonces Pedro descendió a los hombres que le fueron enviados por Cornelio, y dijo: He aquí, yo soy el que buscáis; ¿cuál es la causa por la que habéis venido?
22 Y ellos dijeron: Cornelio el centurión, varón justo y temeroso de Dios, y de buen testimonio entre toda la nación de los judíos, ha sido amonestado por Dios por medio de un santo ángel, para que te haga venir a su casa y oiga tus palabras.
23 Entonces los llamó y los hospedó. Al día siguiente Pedro partió con ellos, y le acompañaron algunos hermanos de Jope.
24 Al día siguiente entraron en Cesarea, y Cornelio los estaba esperando, habiendo reunido a sus parientes y amigos más íntimos.
25 Y cuando Pedro entraba, Cornelio salió a recibirle, y postrándose a sus pies, le adoró.
26Entonces Pedro le levantó, diciendo: Levántate; yo también soy hombre.
27 Y mientras hablaba con él, entró, y halló a muchos que se habían reunido.
28 Y les dijo: Vosotros sabéis cuán abominable es para un varón judío juntarse o acercarse a un extranjero; pero a mí me ha mostrado Dios que a ningún hombre llame común o inmundo.
29 Por eso, tan pronto como fui llamado, vine a vosotros sin contradecir. Os pregunto, pues, ¿por qué motivo me habéis enviado?
30 Y Cornelio respondió: Hace cuatro días que yo estaba en ayuno a esta hora, y a la hora novena estaba orando en mi casa, y he aquí se puso delante de mí un varón con vestido resplandeciente,
31 y dijo: Cornelio, tu oración ha sido oída, y tus limosnas han sido recordadas delante de Dios.
32 Envía, pues, a Jope, y haz venir a Simón el que tiene por sobrenombre Pedro, el cual hospeda en casa de un tal Simón curtidor, junto al mar; él, cuando llegue, te hablará.
33 En seguida envié a buscarte, y has hecho bien en venir. Ahora pues, todos nosotros estamos aquí presentes delante de Dios, para oír todo lo que Dios te ha mandado.

34 Entonces Pedro, abriendo la boca, dijo: En verdad comprendo que Dios no hace acepción de personas,
35 sino que en toda nación se agrada del que le teme y hace justicia.
36 Palabra que Dios envió a los hijos de Israel, anunciando el evangelio de la paz por medio de Jesucristo, el Señor de todos.
37 Vosotros sabéis lo que se divulgó por toda Judea, comenzando desde Galilea, después del bautismo que predicó Juan;
38 cómo Dios ungió con el Espíritu Santo y con poder a Jesús de Nazaret, y éste anduvo haciendo bienes y sanando a todos los oprimidos por el diablo, porque Dios estaba con él.
39 Y nosotros somos testigos de todas las cosas que hizo en la tierra de Judea y en Jerusalén; y le mataron colgándole en un madero.
40 A éste Dios resucitó al tercer día, y le hizo aparecer públicamente;
41 No a todo el pueblo, sino a los testigos que Dios había ordenado de antemano, a nosotros que comimos y bebimos con él después que resucitó de los muertos.
42 Y nos mandó que predicásemos al pueblo, y testificásemos que él es el que Dios ha puesto por Juez de vivos y muertos.
43 De éste dan testimonio todos los profetas, que todos los que en él creyeren, recibirán perdón de pecados por su nombre.
44 Mientras Pedro aún hablaba estas palabras, el Espíritu Santo cayó sobre todos los que oían el mensaje.
45 Y los creyentes de la circuncisión que habían venido con Pedro se quedaron atónitos de que también sobre los gentiles se derramase el don del Espíritu Santo.
46 Porque los oían que hablaban en lenguas y que magnificaban a Dios. Entonces respondió Pedro:
47 ¿Puede acaso alguno impedir el agua, para que no sean bautizados estos que han recibido el Espíritu Santo también como nosotros?
48 Y mandó que se bautizaran en el nombre del Señor. Y le rogaron que se quedase allí algunos días.

CAPÍTULO 11

1 Y los apóstoles y los hermanos que estaban en Judea oyeron que también los gentiles habían recibido la palabra de Dios.
2 Y cuando Pedro subió a Jerusalén, los que eran de la circuncisión contendieron con él,
3 diciendo: Entraste en casa de hombres incircuncisos, y comiste con ellos.
4 Pedro, pues, comenzó a explicarles el asunto desde el principio, y por orden lo explicó, diciendo:
5 Yo estaba en la ciudad de Jope orando, y vi en éxtasis una visión: un vaso como un gran lienzo que descendía, que atado por las cuatro puntas era bajado del cielo, y llegó hasta mí.
6 En lo cual fijé los ojos y miré, y vi cuadrúpedos terrestres, y fieras, y reptiles, y aves del cielo.
7 Y oí una voz que me decía: Levántate, Pedro, mata y come.
8 Pero yo dije: Señor, no; porque jamás entró en mi boca nada común ni inmundo.
9 Pero la voz del cielo me respondió de nuevo: Lo que Dios limpió, no lo llames tú común.
10 Y esto sucedió tres veces, y todos fueron llevados de nuevo arriba al cielo.
11 Y he aquí, inmediatamente vinieron a la casa donde yo estaba tres hombres, enviados a mí desde Cesarea.
12 Y el Espíritu me dijo que fuese con ellos sin dudar. Me acompañaron también estos seis hermanos, y entramos en la casa de un hombre.
13 Y nos contó cómo había visto en su casa un ángel, que se puso en pie y le dijo: Envía hombres a Jope, y haz venir a Simón, el que tiene por sobrenombre Pedro;
14 Él te hablará palabras por las cuales serás salvo tú, y toda tu casa.
15 Y cuando comencé a hablar, el Espíritu Santo cayó sobre ellos, como sobre nosotros al principio.
16 Entonces me acordé de lo dicho por el Señor, cuando dijo: Juan ciertamente bautizó con agua, mas vosotros seréis bautizados con el Espíritu Santo.
17 Puesto que Dios les dio a ellos el mismo don que a nosotros que hemos creído en el Señor Jesucristo, ¿quién era yo para poder estorbar a Dios?
18 Y oyendo esto, callaron, y glorificaron a Dios, diciendo: De manera que también a los gentiles ha dado Dios arrepentimiento para vida.
19 Ahora bien, los que se habían dispersado a causa de la persecución que hubo a causa de Esteban, llegaron hasta Fenicia, Chipre y Antioquía, no anunciando a nadie la palabra, sino sólo a los judíos.
20 Y algunos de ellos eran hombres de Chipre y de Cirene, los cuales cuando llegaron a Antioquía, hablaron a los griegos, predicando al Señor Jesús.
21 Y la mano del Señor estaba con ellos, y gran número creyó y se convirtió al Señor.
22 Y llegó la noticia de estas cosas a oídos de la iglesia que estaba en Jerusalén, y enviaron a Bernabé para que fuese hasta Antioquía.
23 El cual, cuando llegó, y vio la gracia de Dios, se regocijó, y exhortó a todos a que con propósito de corazón seguisen al Señor.
24 Porque era varón bueno, y lleno del Espíritu Santo y de fe; y mucho pueblo fue agregado al Señor.
25 Entonces Bernabé partió a Tarso, para buscar a Saulo;
26 Y cuando lo encontró, lo trajo a Antioquía. Y aconteció que durante un año entero se reunieron con la iglesia y enseñaron a mucha gente. Y los discípulos fueron llamados cristianos por primera vez en Antioquía.
27 En aquellos días unos profetas vinieron de Jerusalén a Antioquía.
28 Y levantándose uno de ellos, llamado Agabo, daba a entender por el Espíritu, que vendría una gran hambre en toda la tierra del mundo; la cual sucedió en días de Claudio César.
29 Entonces los discípulos, cada uno conforme a lo que tenía, determinaron enviar socorro a los hermanos que habitaban en Judea;
30 Lo cual también hicieron, y lo enviaron a los ancianos por mano de Bernabé y de Saulo.

CAPÍTULO 12

1 En aquel mismo tiempo el rey Herodes echó mano a algunos de la iglesia para maltratarlos.
2 Y mató a espada a Jacobo, hermano de Juan.
3 Y viendo que esto había agradado a los judíos, procedió a prender también a Pedro. Eran entonces los días de los panes sin levadura.
4 Y cuando lo hubo prendido, lo puso en la cárcel y lo entregó a cuatro cuaterniones de soldados para que lo custodiaran, con la intención de sacarlo al pueblo después de Pascua.
5 Pedro, pues, estaba custodiado en la cárcel; pero la iglesia hacía sin cesar oración a Dios por él.
6 Y cuando Herodes quería sacarle, aquella misma noche Pedro estaba durmiendo entre dos soldados, atado con dos cadenas; y los guardas delante de la puerta custodiaban la cárcel.
7 Y he aquí, se le presentó un ángel del Señor, y una luz resplandeció en la cárcel; y tocando a Pedro en el costado, le levantó, diciendo: Levántate pronto. Y las cadenas se le cayeron de las manos.
8 Y el ángel le dijo: Cíñete y ata tus sandalias. Y él lo hizo así. Y le dijo: Envuélvete en tu manto, y sígueme.
9 Y él salió, y le seguía; y no sabía que era verdad lo que hacía el ángel, sino que creía ver una visión.
10 Y cuando pasaron la primera y la segunda guardia, llegaron a la puerta de hierro que daba a la ciudad, la cual se les abrió por su propia voluntad; y saliendo, pasaron por una calle; y luego el ángel se apartó de él.
11 Entonces Pedro, volviendo en sí, dijo: Ahora entiendo verdaderamente que el Señor ha enviado su ángel, y me ha librado de la mano de Herodes, y de todo lo que el pueblo de los judíos esperaba.
12 Y habiendo considerado esto, llegó a casa de María la madre de Juan, el que tenía por sobrenombre Marcos, donde muchos estaban reunidos orando.
13 Y mientras Pedro llamaba a la puerta del patio, salió una muchacha, llamada Rode, para escuchar.
14 Y cuando reconoció la voz de Pedro, de alegría no abrió la puerta, sino que corriendo adentro, contó cómo Pedro estaba a la puerta.
15 Y le dijeron: Estás loca. Pero ella insistía en que así era. Entonces dijeron: Es su ángel.
16 Pero Pedro insistía en llamar; y cuando abrieron la puerta, y le vieron, se quedaron atónitos.
17 Pero él, haciéndoles con la mano señal de que callasen, les contó cómo el Señor le había sacado de la cárcel. Y dijo: Id, haced saber estas cosas a Jacobo y a los hermanos. Y salió, y se fue a otro lugar.
18 Cuando fue de día, hubo un alboroto no pequeño entre los soldados sobre qué habría sido de Pedro.
19 Herodes lo buscó, pero no lo halló; interrogó a los guardias y ordenó que los mataran. Luego descendió de Judea a Cesarea, y se quedó allí.
20 Y Herodes estaba enojado contra los de Tiro y de Sidón; pero ellos se unieron a él, y se hicieron amigo de Blasto, eunuco del rey, y pidieron la paz, porque su tierra se nutría de la tierra del rey.
21 Y un día señalado, Herodes, vestido de ropas reales, se sentó en su trono y les habló.
22 Y el pueblo gritó, diciendo: Voz de dios, y no de hombre.
23 Y luego el ángel del Señor le hirió, por cuanto no dio la gloria a Dios; y entregó el espíritu comido de gusanos.
24 Pero la palabra de Dios crecía y se multiplicaba.
25 Y Bernabé y Saulo regresaron de Jerusalén, cumplido su ministerio, y llevaron consigo a Juan, el que tenía por sobrenombre Marcos.

CAPÍTULO 13

1 Había entonces en la iglesia que estaba en Antioquía, profetas y maestros: Bernabé, Simón el que se llamaba Niger, Lucio de Cirene, Manaén el que se había criado junto con Herodes el tetrarca, y Saulo.
2 Ministrando éstos al Señor, y ayunando, dijo el Espíritu Santo: Apartadme a Bernabé y a Saulo para la obra a que los he llamado.
3 Y después de haber ayunado y orado, les impusieron las manos y los despidieron.
4 Ellos, pues, enviados por el Espíritu Santo, partieron hacia Seleucia; y de allí navegaron a Chipre.
5 Y cuando estuvieron en Salamina, predicaron la palabra de Dios en las sinagogas de los judíos; y tenían también a Juan por ministro.
6 Y después de atravesar la isla hasta Pafos, hallaron a un mago, falso profeta, judío, llamado Barjesús.
7 Este estaba con el procónsul Sergio Paulo, varón prudente, el cual, llamando a Bernabé y a Saulo, deseaba oír la palabra de Dios.
8 Pero les resistía Elimas, el mago (que así se interpreta su nombre), procurando apartar de la fe al procónsul.
9 Entonces Saulo, llamado también Pablo, lleno del Espíritu Santo, fijó en él los ojos,
10 y dijo: Oh, lleno de todo engaño y de toda maldad, hijo del diablo, enemigo de toda justicia, ¿no cesarás de pervertir los caminos rectos del Señor?
11 Ahora, pues, he aquí que la mano del Señor está sobre ti, y quedarás ciego, y no verás el sol por algún tiempo. Y de repente cayeron sobre él tinieblas y tinieblas; y andaba buscando a alguien que le guiase de la mano.
12 Entonces el procónsul, viendo lo que había sucedido, creyó, maravillándose de la doctrina del Señor.
13 Partiendo de Pafos, Pablo y sus compañeros llegaron a Perge de Panfilia; y Juan, apartándose de ellos, regresó a Jerusalén.
14 Pero ellos, saliendo de Perge, llegaron a Antioquía de Pisidia; y entrando en la sinagoga el día de reposo, se sentaron.
15 Después de la lectura de la ley y de los profetas, los principales de la sinagoga mandaron a decirles: Varones hermanos, si tenéis alguna palabra de exhortación para el pueblo, hablad.
16 Entonces Pablo se levantó, y haciendo señal con la mano, dijo: Varones israelitas, y los que teméis a Dios, oíd.
17 El Dios de este pueblo de Israel escogió a nuestros padres, y enalteció al pueblo, siendo ellos extranjeros en la tierra de Egipto, y con brazo en alto los sacó de ella.
18 Y por un tiempo como de cuarenta años sufrió sus costumbres en el desierto.
19 Y después de destruir siete naciones en la tierra de Canaán, les repartió sus tierras por suertes.

20 Después de esto les dio jueces por espacio de cuatrocientos cincuenta años, hasta el profeta Samuel.
21 Después pidieron rey, y Dios les dio a Saúl hijo de Cis, varón de la tribu de Benjamín, por cuarenta años.
22 Y después que lo hubo quitado, les levantó por rey a David, de quien también dio testimonio diciendo: He hallado a David hijo de Isaí, varón conforme a mi corazón, quien hará todo lo que yo quiero.
23 De la descendencia de éste, Dios, según la promesa, levantó un Salvador para Israel, Jesús,
24 Entonces Juan, antes de su venida, predicó el bautismo de arrepentimiento a todo el pueblo de Israel.
25 Y cuando Juan terminaba su carrera, dijo: ¿Quién pensáis que soy yo? No soy yo. Pero he aquí, viene tras mí uno de quien no soy digno de desatar el calzado de los pies.
26 Varones hermanos, hijos del linaje de Abraham, y todos los que entre vosotros temen a Dios, a vosotros es enviada la palabra de esta salvación.
27 Porque los que habitan en Jerusalén y sus gobernantes, no conociendo a Jesús ni las voces de los profetas que se leen todos los días de reposo, las cumplieron, condenándolo.
28 Y aunque no hallaron en él causa alguna que mereciera muerte, pidieron a Pilato que le matasen.
29 Y cuando hubieron cumplido todas las cosas que estaban escritas acerca de él, quitándolo del madero, lo pusieron en el sepulcro.
30 Pero Dios lo levantó de entre los muertos:
31 Y durante muchos días apareció ante el pueblo, a los que habían subido juntamente con él de Galilea a Jerusalén, los cuales son sus testigos ante el pueblo.
32 Y nosotros también os anunciamos el evangelio de que la promesa que fue hecha a los padres,
33 Esto mismo Dios ha cumplido a los hijos de ellos, a nosotros, resucitando a Jesús, como también está escrito en el salmo segundo: Mi Hijo eres tú, Yo te he engendrado hoy.
34 Y en cuanto a que le levantó de los muertos para nunca más volver a corrupción, dijo así: Os daré las misericordias fieles a David.
35 Por lo cual dice también en otro salmo: No permitirás que tu Santo vea corrupción.
36 Porque David, después de haber servido a su propia generación según la voluntad de Dios, durmió, y fue unido a sus padres, y vio corrupción;
37 Pero aquel a quien Dios resucitó, no vio corrupción.
38 Así que, varones hermanos, sed notorios que por medio de él se os anuncia perdón de pecados;
39 Y de todo aquello de que por la ley de Moisés no pudisteis ser justificados, en él es justificado todo aquel que cree.
40 Mirad, pues, que no os sobrevenga lo que está dicho en los profetas;
41 Mirad, oh menospreciadores, y asombraos, y pereced; porque yo hago una obra en vuestros días, obra que no creeréis, si alguien os la contare.
42 Y cuando los judíos salieron de la sinagoga, los gentiles les rogaron que el siguiente día de reposo se les predicasen estas palabras.
43 Disuelta la congregación, muchos de los judíos y de los prosélitos religiosos siguieron a Pablo y a Bernabé, quienes hablándoles, les persuadían a que perseverasen en la gracia de Dios.
44 El siguiente día de reposo se juntó casi toda la ciudad para oír la palabra de Dios.
45 Pero cuando los judíos vieron las multitudes, se llenaron de envidia, y contradecían lo que Pablo decía, contradiciendo y blasfemando.
46 Entonces Pablo y Bernabé hablaron con denuedo, y dijeron: A vosotros era necesario que se os hablase primero la palabra de Dios; pero puesto que la desecháis, y os juzgáis indignos de la vida eterna, he aquí, nos volvemos a los gentiles.
47 Porque así nos ha mandado el Señor, diciendo: Te he puesto para luz de las naciones, a fin de que seas para salvación hasta lo postrero de la tierra.
48 Y los gentiles, oyendo esto, se regocijaron y glorificaron la palabra del Señor; y creyeron todos los que estaban ordenados para vida eterna.
49 Y la palabra del Señor se difundió por toda aquella región.
50 Pero los judíos instigaron a las mujeres piadosas y distinguidas y a los hombres principales de la ciudad, y levantaron persecución contra Pablo y Bernabé, y los expulsaron de sus territorios.
51 Entonces ellos sacudieron el polvo de sus pies contra ellos, y vinieron a Iconio.
52 Y los discípulos estaban llenos de gozo y del Espíritu Santo.

CAPÍTULO 14

1 Aconteció en Iconio, que entraron ambos juntos en la sinagoga de los judíos, y hablaron de esta manera, que creyó una gran multitud, así de judíos como de griegos.
2 Pero los judíos que no creyeron incitaron a los gentiles y los corrompieron contra los hermanos.
3 Así que se quedaron mucho tiempo hablando con denuedo en el Señor, el cual daba testimonio a la palabra de su gracia, y concedía que se hicieran señales y prodigios por las manos de ellos.
4 Pero la multitud de la ciudad estaba dividida; unos estaban con los judíos, y otros con los apóstoles.
5 Y como hubo un asalto tanto por parte de los gentiles como de los judíos, con sus gobernantes, para afrentarlos y apedrearlos,
6 Y ellos, al saberlo, huyeron a Listra y a Derbe, ciudades de Licaonia, y a la región circundante;
7 Y allí predicaron el evangelio.
8 Y había un hombre de Listra que estaba sentado, imposibilitado de los pies, cojo desde el vientre de su madre, y que jamás había andado;
9 Este oyó hablar a Pablo, el cual, fijando en él sus ojos, y viendo que tenía fe para ser sanado,
10 Dijo a gran voz: «Levántate derecho sobre tus pies». Y él saltó y anduvo.
11 Cuando el pueblo vio lo que Pablo había hecho, alzaron la voz, diciendo en lengua licaonia: Los dioses han descendido a nosotros en semejanza de hombres.
12 Y a Bernabé le llamaban Júpiter, y a Pablo, Mercurio, porque era el que llevaba la palabra.

13 Entonces el sacerdote de Júpiter, que estaba delante de la ciudad de ellos, trajo bueyes y guirnaldas a las puertas, y quiso ofrecer sacrificios con el pueblo.
14 Cuando lo oyeron los apóstoles Bernabé y Pablo, rasgaron sus ropas y se lanzaron entre la multitud, dando voces:
15 Y diciendo: Varones, ¿por qué hacéis esto? Nosotros también somos hombres semejantes a vosotros, que os predicamos que de estas vanidades os convirtáis al Dios vivo, que hizo el cielo y la tierra, el mar y todo lo que en ellos hay;
16 el cual en otro tiempo permitió a todas las gentes andar en sus propios caminos,
17 Con todo eso no dejó de dar testimonio a sí mismo, haciendo bienes, dándonos lluvias del cielo y tiempos fructíferos, llenando de sustento y de alegría nuestros corazones.
18 Y con estas palabras apenas lograron contener al pueblo, para que no les ofrecieran sacrificios.
19 Y llegaron allí unos judíos de Antioquía y de Iconio, los cuales persuadieron al pueblo, y apedreando a Pablo, le arrastraron fuera de la ciudad, pensando que estaba muerto.
20 Pero estando los discípulos cerca de él, se levantó y vino a la ciudad; y al día siguiente partió con Bernabé para Derbe.
21 Y después de anunciar el evangelio a aquella ciudad y de enseñar a muchos, volvieron otra vez a Listra, a Iconio y a Antioquía,
22 confirmando los ánimos de los discípulos, exhortándolos a que perseverasen en la fe, y diciéndoles: Es necesario que a través de muchas tribulaciones entremos en el reino de Dios.
23 Y habiéndolos constituido ancianos en cada iglesia, y habiendo orado con ayunos, los encomendaron al Señor en quien habían creído.
24 Y después de atravesar Pisidia, llegaron a Panfilia.
25 Y después de anunciar la palabra en Perge, descendieron a Atalia;
26 Y de allí navegaron a Antioquía, desde donde habían sido encomendados a la gracia de Dios para la obra que habían cumplido.
27 Y cuando vinieron y reunieron a la iglesia, refirieron cuán grandes cosas Dios había hecho con ellos, y cómo había abierto la puerta de la fe a los gentiles.
28 Y se quedaron allí mucho tiempo con los discípulos.

CAPÍTULO 15

1 Y algunos hombres que habían venido de Judea enseñaban a los hermanos, y decían: Si no os circuncidáis conforme al rito de Moisés, no podéis ser salvos.
2 Entonces, como Pablo y Bernabé tuvieron una disensión y contienda no pequeña con ellos, decidieron que Pablo y Bernabé, y algunos otros de ellos, subieran a Jerusalén a los apóstoles y a los ancianos, para tratar esta cuestión.
3 Y siendo acompañados por la iglesia, pasaron por Fenicia y Samaria, contando la conversión de los gentiles; y causaban gran gozo a todos los hermanos.
4 Y cuando llegaron a Jerusalén, fueron recibidos por la iglesia y por los apóstoles y por los ancianos, y refirieron todas las cosas que Dios había hecho con ellos.
5 Pero algunos de la secta de los fariseos, que habían creído, se levantaron, diciendo que era necesario circuncidarlos, y mandarles que guardaran la ley de Moisés.
6 Y se reunieron los apóstoles y los ancianos para considerar este asunto.
7 Y después de mucha discusión, Pedro se levantó y les dijo: Varones hermanos, vosotros sabéis cómo ya hace algún tiempo que Dios escogió que los gentiles oyeran por mi boca la palabra del evangelio y creyeran.
8 Y Dios, que conoce los corazones, les dio testimonio, dándoles el Espíritu Santo lo mismo que a nosotros;
9 Y ninguna diferencia hizo entre nosotros y ellos, purificando por la fe sus corazones.
10 Ahora, pues, ¿por qué tentáis a Dios, poniendo sobre la cerviz de los discípulos un yugo que ni nuestros padres ni nosotros hemos podido llevar?
11 Pero creemos que por la gracia del Señor Jesucristo seremos salvos, lo mismo que ellos.
12 Entonces toda la multitud guardó silencio, y oyeron a Bernabé y a Pablo, que contaban cuán grandes señales y maravillas había hecho Dios por medio de ellos entre los gentiles.
13 Y después que ellos callaron, Jacobo respondió, diciendo: Varones hermanos, oídme.
14 Simeón ha contado cómo Dios visitó por primera vez a los gentiles, para tomar de ellos pueblo para su nombre.
15 Y con esto concuerdan las palabras de los profetas, como está escrito:
16 Después de esto volveré y reedificaré el tabernáculo de David, que está caído; y reedificaré sus ruinas, y lo volveré a levantar.
17 para que el resto de los hombres busque al Señor, y todos los gentiles sobre los cuales es invocado mi nombre, dice el Señor que hace todas estas cosas.
18 Conocidas son a Dios todas sus obras desde el principio del mundo.
19 Por lo cual yo juzgo que no inquietemos a los gentiles que se convierten a Dios,
20 sino que les escribamos que se abstengan de las contaminaciones de los ídolos, de fornicación, de ahogado y de sangre.
21 Porque Moisés desde el principio tiene en cada ciudad quien le predique, siendo leído en las sinagogas todos los días de reposo.
22 Entonces agradó a los apóstoles y a los ancianos, con toda la iglesia, elegir varones de entre ellos y enviarlos a Antioquía con Pablo y Bernabé: a Judas, por sobrenombre Barsabás, y a Silas, varones principales entre los hermanos;
23 Y por medio de ellos escribieron cartas en estos términos: Los apóstoles y los ancianos y los hermanos envían saludos a los hermanos de entre los gentiles que están en Antioquía, Siria y Cilicia;
24 Por cuanto hemos oído que algunos que han salido de nosotros os han inquietado con palabras, trastornando vuestras almas, diciendo: Es necesario circuncidaros y guardar la ley; a los cuales no dimos tal mandamiento,
25 Nos ha parecido bien, estando reunidos en un mismo sentir, elegir varones y enviarlos a vosotros, junto con nuestros amados Bernabé y Pablo,
26 hombres que han expuesto sus vidas por el nombre de nuestro Señor Jesucristo.

27 Así que enviamos a Judas y a Silas, quienes también os dirán oralmente lo mismo.
28 Porque ha parecido bien al Espíritu Santo, y a nosotros, no imponeros ninguna carga más que estas cosas necesarias;
29 Que os abstengáis de lo sacrificado a los ídolos, de sangre, de lo estrangulado y de fornicación; de lo cual si os guardáis, bien haréis. Que os vaya bien.
30 Así que, después de ser despedidos, vinieron a Antioquía; y habiendo reunido a la multitud, entregaron esta epístola:
31 Y cuando lo hubieron leído, se regocijaron por la consolación.
32 Y Judas y Silas, que también eran profetas, exhortaron con muchas palabras a los hermanos, y los confirmaron.
33 Y después de esperar allí algún tiempo, fueron enviados en paz de los hermanos a los apóstoles.
34 Pero a Silas le pareció bien quedarse allí.
35 Pablo y Bernabé permanecieron en Antioquía, enseñando y predicando la palabra del Señor, con muchos otros también.
36 Algunos días después, Pablo dijo a Bernabé: Volvamos a visitar a los hermanos en todas las ciudades en que hemos anunciado la palabra del Señor, para ver cómo están.
37 Y Bernabé decidió llevar consigo a Juan, el que tenía por sobrenombre Marcos.
38 Pero a Pablo no le pareció bien llevarlo consigo, pues él se había apartado de ellos desde Panfilia y no iba con ellos a la obra.
39 Y la contienda fue tan acerba entre ellos, que se apartaron el uno del otro. Entonces Bernabé, tomando a Marcos, navegó a Chipre;
40 Y Pablo escogió a Silas, y partió, encomendado por los hermanos a la gracia de Dios.
41 Y recorrió Siria y Cilicia, confirmando a las iglesias.

CAPÍTULO 16

1 Luego llegó a Derbe y a Listra; y he aquí había allí un discípulo llamado Timoteo, hijo de una mujer judía creyente, pero de padre griego.
2 Lo cual fue bien reportado por los hermanos que estaban en Listra y en Iconio.
3 A éste quiso Pablo que fuese con él, y tomándole, le circuncidó por causa de los judíos que había en aquellas regiones, porque todos sabían que su padre era griego.
4 Y a medida que pasaban por las ciudades, les entregaban los decretos que habían sido determinados por los apóstoles y los ancianos que estaban en Jerusalén, para que los guardasen.
5 Y así las iglesias fueron confirmadas en la fe, y aumentaban en número cada día.
6 Y habiendo atravesado Frigia y la provincia de Galacia, y les fue prohibido por el Espíritu Santo hablar la palabra en Asia,
7 Y cuando llegaron a Misia, intentaron ir a Bitinia, pero el Espíritu no se lo permitió.
8 Y pasando por Misia, descendieron a Troas.
9 Y durante la noche se le apareció a Pablo una visión: Un hombre macedonio estaba allí, y le rogó, diciendo: Pasa a Macedonia y ayúdanos.
10 Y después que hubo visto la visión, en seguida procuramos partir para Macedonia, dando por sentado que el Señor nos había llamado a predicarles el evangelio.
11 Partiendo, pues, de Troas, vinimos con camino directo a Samotracia, y al día siguiente a Neápolis;
12 Y de allí a Filipos, que es la ciudad principal de aquella parte de Macedonia, y una colonia; y estuvimos en aquella ciudad algunos días.
13 Y el día de reposo salimos fuera de la ciudad, junto al río, donde solía hacerse la oración; y sentándonos, hablamos con las mujeres que habían venido allí.
14 Y una mujer llamada Lidia, vendedora de púrpura, de la ciudad de Tiatira, que adoraba a Dios, estaba oyendo; y el Señor abrió el corazón de ella para que estuviese atenta a lo que Pablo decía.
15 Y cuando fue bautizada, ella y su familia nos rogó, diciendo: Si habéis juzgado que yo sea fiel al Señor, entrad en mi casa, y posad. Y nos obligó.
16 Y aconteció que mientras íbamos a la oración, nos salió al encuentro una muchacha que tenía espíritu de adivinación, la cual daba gran ganancia a sus amos adivinando;
17 Este, siguiendo a Pablo y a nosotros, gritaba diciendo: Estos hombres son siervos del Dios Altísimo, quienes nos anuncian el camino de salvación.
18 Y esto hizo por muchos días. Pero Pablo, entristecido, se volvió y dijo al espíritu: Te mando en el nombre de Jesucristo que salgas de ella. Y salió en aquella misma hora.
19 Y viendo sus amos que había desaparecido la esperanza de su ganancia, prendieron a Pablo y a Silas, y los trajeron a la plaza, ante las autoridades,
20 Y los presentaron ante los magistrados, diciendo: Estos hombres, siendo judíos, alborotan nuestra ciudad en gran manera,
21 y enseñan costumbres que no nos es lícito recibir ni hacer, pues somos romanos.
22 Y la multitud se agolpó contra ellos; y los magistrados, rasgándoles las ropas, ordenaron que los azotaran.
23 Y después de haberles azotado mucho, los echaron en la cárcel, mandando al carcelero que los guardase con seguridad;
24 Los cuales, habiendo recibido tal orden, los metieron en el calabozo de más adentro, y les aseguraron los pies en el cepo.
25 Y a medianoche oraron Pablo y Silas, y cantaban alabanzas a Dios; y los presos los oían.
26 Y de repente hubo un gran terremoto, de tal manera que los cimientos de la cárcel se sacudían; y al instante se abrieron todas las puertas, y las cadenas de todos se soltaron.
27 Y despertando el carcelero, y viendo abiertas las puertas de la cárcel, sacó la espada y se iba a matar, pensando que los presos se habían huido.
28 Pero Pablo clamó a gran voz, diciendo: No te hagas ningún mal, pues todos estamos aquí.
29 Entonces él pidió luz y se precipitó adentro; y temblando, se postró a los pies de Pablo y de Silas,
30 Y sacándolos, les dijo: Señores, ¿qué debo hacer para ser salvo?
31 Y ellos dijeron: Cree en el Señor Jesucristo, y serás salvo, tú y tu casa.

32 Y le hablaron la palabra de Jehová, y a todos los que estaban en su casa.
33 Y él, tomándolos en aquella misma hora de la noche, les lavó las heridas; y se bautizó luego él y todos los suyos.
34 Y cuando los llevó a su casa, les puso la mesa, y se regocijó de haber creído a Dios con toda su casa.
35 Y cuando fue de día, los magistrados enviaron alguaciles, diciendo: Dejad ir a aquellos hombres.
36 Y el carcelero hizo saber estas palabras a Pablo: Los magistrados han enviado a decir que se os suelte; así que ahora salid, y marchaos en paz.
37 Pero Pablo les respondió: Después de azotarnos públicamente sin sentencia judicial, siendo ciudadanos romanos, nos echaron en la cárcel; ¿y ahora nos echan fuera encubiertamente? De ninguna manera; vengan ellos mismos y nos saquen.
38 Y los alguaciles dijeron estas palabras a los magistrados, los cuales tuvieron miedo, cuando oyeron que eran romanos.
39 Y vinieron y les rogaron, y los sacaron, y les pidieron que salieran fuera de la ciudad.
40 Y saliendo de la cárcel, entraron en casa de Lidia; y viendo a los hermanos, los consolaron, y se fueron.

CAPÍTULO 17

1 Después de pasar por Anfípolis y Apolonia, llegaron a Tesalónica, donde había una sinagoga de los judíos.
2 Y Pablo, como solía, fue a ellos, y por tres días de reposo discutió con ellos, tomando como base las Escrituras,
3 declarando y exponiendo que era necesario que el Cristo padeciera, y resucitara de los muertos, y que Jesús, a quien yo os anuncio, es el Cristo.
4 Y algunos de ellos creyeron y se juntaron con Pablo y Silas; y de los griegos piadosos gran multitud, y mujeres nobles no pocas.
5 Pero los judíos que no creyeron, movidos por envidia, tomaron consigo a unos hombres perversos y de baja condición, y juntaron una tropa, y alborotaron toda la ciudad; y asaltaron la casa de Jasón, y procuraban sacarlos al pueblo.
6 Y como no los hallaron, trajeron a Jasón y a algunos hermanos ante las autoridades de la ciudad, gritando: Estos que trastornan el mundo entero también han venido acá;
7 A los cuales Jasón ha recibido; y todos éstos contradicen los decretos de César, diciendo que hay otro rey, Jesús.
8 Y alborotaron al pueblo y a los gobernantes de la ciudad, cuando oyeron estas cosas.
9 Y después de tomar fianza de Jasón y del otro, los dejaron ir.
10 Y luego los hermanos enviaron de noche a Pablo y a Silas a Berea; y ellos llegaron a la sinagoga de los judíos.
11 Estos eran más nobles que los que estaban en Tesalónica, pues recibieron la palabra con toda solicitud, escudriñando cada día las Escrituras para ver si estas cosas eran así.
12 Así que creyeron muchos de ellos; y mujeres griegas distinguidas, y no pocos hombres.
13 Pero cuando los judíos de Tesalónica supieron que en Berea había sido anunciada la palabra de Dios por Pablo, también fueron allá y alborotaron al pueblo.
14 Entonces los hermanos enviaron inmediatamente a Pablo, como si fuera al mar; pero Silas y Timoteo se quedaron allí todavía.
15 Y los que conducían a Pablo le llevaron a Atenas; y habiendo recibido orden para Silas y Timoteo de que viniesen a él cuanto antes, partieron.
16 Mientras Pablo los esperaba en Atenas, su espíritu se enardecía al ver la ciudad entregada por completo a la idolatría.
17 Discutía, pues, en la sinagoga con los judíos y con los piadosos, y cada día en la plaza con los que con él se reunían.
18 Entonces se le acercaron algunos filósofos de los epicúreos y de los estoicos. Unos decían: ¿Qué dirá este charlatán? Otros: Parece predicador de dioses extraños, porque les predicaba a Jesús y la resurrección.
19 Y tomándole, le llevaron al Areópago, diciendo: ¿Podremos saber qué sea esta nueva doctrina de que hablas?
20 Porque traes a nuestros oídos cosas extrañas; queremos, pues, saber qué significan.
21 Porque todos los atenienses y los extranjeros que allí se encontraban, en ninguna otra cosa se ocupaban sino en decir o en oír algo nuevo.
22 Entonces Pablo, puesto en pie en medio del Areópago, dijo: Varones atenienses, en todo observo que sois muy religiosos.
23 Pasando y observando vuestros santuarios, hallé un altar en el cual estaba esta inscripción: AL DIOS NO CONOCIDO. A quien vosotros adoráis sin saberlo, yo os anuncio.
24 El Dios que hizo el mundo y todas las cosas que en él hay, siendo Señor del cielo y de la tierra, no habita en templos hechos de mano,
25 Ni es honrado por manos de hombres, como si necesitase de algo; pues él es quien da a todos vida y aliento y todas las cosas;
26 Y de una sangre ha hecho todo el linaje de los hombres, para que habiten sobre toda la faz de la tierra; y les ha prefijado el orden de los tiempos, y los límites de su habitación;
27 para que busquen a Dios, si en alguna manera, palpando, puedan hallarle, aunque ciertamente cierto está lejos de cada uno de nosotros;
28 Porque en él vivimos, y nos movemos, y somos; como también algunos de vuestros poetas dijeron: Porque linaje suyo somos.
29 Siendo, pues, linaje de Dios, no debemos pensar que la Divinidad sea semejante a oro, o plata, o piedra, escultura de arte y de imaginación de hombres.
30 Pero Dios, habiendo pasado por alto los tiempos de esta ignorancia, ahora manda a todos los hombres en todo lugar, que se arrepientan;
31 por cuanto ha establecido un día en el cual juzgará al mundo con justicia, por aquel Hombre a quien designó, dando fe a todos con haberle levantado de los muertos.
32 Y cuando oyeron lo de la resurrección de los muertos, unos se burlaban, y otros decían: Te oiremos acerca de esto otra vez.
33 Entonces Pablo se apartó de ellos.
34 Pero algunos hombres se unieron a él y creyeron, entre los cuales estaba Dionisio el Areopagita, y una mujer llamada Dámaris, y otros con ellos.

CAPÍTULO 18

1 Después de estas cosas, Pablo salió de Atenas y vino a Corinto.
2 Y halló a un judío llamado Aquila, natural del Ponto, recién llegado de Italia, con Priscila su mujer, (porque Claudio había mandado que todos los judíos saliesen de Roma), y vino a ellos.
3 Y como era del mismo oficio, se quedó con ellos, y trabajaban juntos; pues el oficio de ellos era hacer tiendas.
4 Y discutía en la sinagoga todos los sábados, y persuadía a judíos y a griegos.
5 Y cuando Silas y Timoteo vinieron de Macedonia, Pablo, enérgico en espíritu, testificaba a los judíos que Jesús era el Cristo.
6 Y como ellos se opusieron y blasfemaron, sacudió sus vestidos, y les dijo: Vuestra sangre sea sobre vuestra cabeza; yo estoy limpio; desde ahora me iré a los gentiles.
7Y saliendo de allí, entró en casa de uno llamado Justo, temeroso de Dios, cuya casa estaba junto a la sinagoga.
8 Y Crispo, el principal de la sinagoga, creyó en el Señor con toda su casa; y muchos de los corintios, oyendo, creían y eran bautizados.
9 Entonces el Señor dijo a Pablo en visión de noche: No temas, sino habla, y no calles;
10 Porque yo estoy contigo, y ninguno pondrá sobre ti la mano para hacerte mal, porque yo tengo mucho pueblo en esta ciudad.
11 Y permaneció allí un año y seis meses, enseñándoles la palabra de Dios.
12 Y siendo Galión procónsul de Acaya, los judíos se rebelaron a una contra Pablo, y le llevaron al tribunal,
13 diciendo: Este persuade a los hombres a honrar a Dios contra la ley.
14 Y cuando Pablo estaba a punto de hablar, Galión dijo a los judíos: Si se tratara de algún delito o de alguna lascivia perversa, oh judíos, con razón tendría que soportaros;
15 Pero si es cuestión de palabras y de nombres, y de vuestra ley, prestad atención a ello; porque yo no quiero ser juez de tales asuntos.
16 Y los expulsó del tribunal.
17 Entonces todos los griegos tomaron a Sóstenes, el principal de la sinagoga, y lo azotaron delante del tribunal. Pero a Galión no le importó nada de esto.
18 Y después de esto Pablo se detuvo allí todavía muchos días; y después se despidió de los hermanos, y navegó de allí a Siria, y con él Priscila y Aquila, habiéndose rapado la cabeza en Cencrea, porque tenía voto.
19 Y vino a Efeso, y los dejó allí, y entrando él en la sinagoga, discutía con los judíos.
20 Y como le pidieron que se quedase con ellos más tiempo, no consintió;
21 Y se despidió de ellos, diciendo: Es necesario que en todo caso guarde en Jerusalén la fiesta que viene; pero otra vez volveré a vosotros, si Dios quiere. Y navegó de Efeso.
22 Y habiendo desembarcado en Cesarea, subió y saludó a la iglesia, y descendió a Antioquía.
23 Y después de estar allí algún tiempo, salió, y recorrió por orden toda la región de Galacia y de Frigia, confirmando a todos los discípulos.
24 Y llegó a Efeso un judío llamado Apolos, natural de Alejandría, varón elocuente, poderoso en las Escrituras.
25 Este fue instruido en el camino del Señor, y siendo ferviente en espíritu, hablaba y enseñaba diligentemente las cosas del Señor, sabiendo solamente el bautismo de Juan.
26 Y comenzó a hablar con denuedo en la sinagoga; y cuando lo oyeron Priscila y Aquila, le tomaron consigo y le expusieron más exactamente el camino de Dios.
27 Y cuando él quiso pasar a Acaya, los hermanos escribieron exhortando a los discípulos a que le recibiesen; y cuando llegó, ayudó mucho a los que habían creído por la gracia,
28 Porque convenció poderosamente a los judíos, y esto públicamente, demostrando por las Escrituras que Jesús era el Cristo.

CAPÍTULO 19

1 Aconteció que entre tanto que Apolos estaba en Corinto, Pablo, después de recorrer las regiones superiores, vino a Efeso, y hallando a ciertos discípulos,
2 Él les dijo: ¿Recibisteis el Espíritu Santo cuando creísteis? Y ellos le respondieron: Ni siquiera hemos oído si hay Espíritu Santo.
3 Y les dijo: ¿En qué, pues, fuisteis bautizados? Y ellos dijeron: En el bautismo de Juan.
4 Dijo entonces Pablo: Juan bautizó con bautismo de arrepentimiento, diciendo al pueblo que creyesen en aquel que vendría después de él, esto es, en Jesús el Cristo.
5 Al oír esto, fueron bautizados en el nombre del Señor Jesús.
6 Y habiéndoles impuesto Pablo las manos, vino sobre ellos el Espíritu Santo; y hablaban en lenguas, y profetizaban.
7 Y todos los varones eran unos doce.
8 Y entrando Jesús en la sinagoga, habló con valentía por espacio de tres meses, discutiendo y persuadiendo acerca del reino de Dios.
9 Pero como algunos se endurecieron y no creyeron, sino que maldecían el Camino delante de la multitud, se apartó de ellos y separó a los discípulos, disputando cada día en la escuela de un tal Tiranno.
10 Y esto continuó por espacio de dos años, de manera que todos los que habitaban en Asia, tanto judíos como griegos, oyeron la palabra del Señor Jesús.
11 Y Dios hacía milagros extraordinarios por mano de Pablo:
12 De manera que se llevaban a los enfermos pañuelos o delantales de su cuerpo, y las enfermedades se iban de ellos, y los espíritus malos salían de ellos.
13 Entonces algunos de los judíos, exorcistas errantes, intentaron invocar el nombre del Señor Jesús sobre los que tenían espíritus malos, diciendo: Os conjuramos por Jesús, el que predica Pablo.
14 Y había siete hijos de un tal Esceva, judío, jefe de los sacerdotes, que hacían esto.
15 Y respondiendo el espíritu malo, dijo: A Jesús conozco, y conozco a Pablo; pero vosotros, ¿quiénes sois?
16 Y el hombre en quien estaba el espíritu malo saltó sobre ellos, y los dominó y pudo más que ellos, de tal manera que huyeron de aquella casa desnudos y heridos.
17 Y esto fue notorio a todos los que habitaban en Efeso, así judíos como griegos; y cayó temor sobre todos ellos, y era magnificado el nombre del Señor Jesús.

18 Y muchos de los que habían creído vinieron, confesando y dando cuenta de sus hechos.
19 Y muchos de los que habían practicado artes milagrosas, juntaron sus libros, y los quemaron delante de todos; y hecho la cuenta del precio de ellos, hallaron que era cincuenta mil siclos de plata.
20 Así que la palabra de Dios crecía y prevalecía poderosamente.
21 Pasadas estas cosas, Pablo se propuso en espíritu, después de recorrer Macedonia y Acaya, ir a Jerusalén, diciendo: Después que haya estado allí, me será necesario ver también a Roma.
22 Envió, pues, a Macedonia a dos de los que le ayudaban, Timoteo y Erasto; pero él se quedó algún tiempo en Asia.
23 Y en aquel tiempo se produjo un revuelo no pequeño en torno a aquel Camino.
24 Porque un platero llamado Demetrio, que hacía de plata templecillos para Diana, daba no pequeña ganancia a los artífices;
25 A los cuales, reunidos con los obreros del mismo oficio, les dijo: Varones, sabéis que de este oficio obtenemos nuestra riqueza.
26 Además veis y oís que no solamente en Efeso, sino en casi toda Asia, este Pablo ha persuadido y apartado a muchas personas, diciendo que no son dioses los que se hacen con las manos;
27 De manera que no sólo corre peligro de ser destruido nuestro arte, sino también de ser despreciado y destruida la magnificencia de la gran diosa Diana, a quien adora toda Asia y el mundo entero.
28 Al oír estas palabras, se llenaron de ira, y gritaron, diciendo: ¡Grande es Diana de los efesios!
29 Y toda la ciudad se llenó de confusión; y a una se precipitaron al teatro, apresando a Gayo y a Aristarco, varones macedonios, compañeros de Pablo.
30 Y quiso Pablo entrar donde estaba la gente, pero los discípulos no se lo permitieron.
31 Y algunos de los principales de Asia, que eran amigos suyos, le enviaron cartas rogándole que no se aventurase en el teatro.
32 Unos, pues, gritaban una cosa, y otros otra; porque la multitud estaba confusa, y los más no sabían por qué se habían reunido.
33 Y los judíos sacaron a Alejandro de entre la multitud, empujándolo hacia adelante. Y Alejandro hizo señal con la mano, y quiso defenderse ante el pueblo.
34 Pero cuando supieron que era judío, todos a una voz gritaron por espacio de casi dos horas: ¡Grande es Diana de los efesios!
35 Y cuando el escribano hubo apaciguado al pueblo, dijo: Varones efesios, ¿y quién es el hombre que no sabe que la ciudad de los efesios es veneradora de la gran diosa Diana, y de la imagen venida de Júpiter?
36 Así que, puesto que estas cosas no pueden contradecirse, es necesario que os calméis y que no hagáis nada precipitadamente.
37 Porque habéis traído acá a estos hombres, que ni son ladrones de iglesias, ni blasfemos de vuestra diosa.
38 Así que, si Demetrio y los artífices que están con él tienen pleito contra alguno, juicio está abierto, y hay procuradores; acúsense unos a otros.
39 Pero si preguntáis algo sobre otros asuntos, se decidirá en legítima asamblea.
40 Porque corremos peligro de que se nos llame a juicio por el alboroto de hoy, no habiendo causa por la cual podamos dar razón de esta contienda.
41 Y habiendo dicho esto, despidió la asamblea.

CAPÍTULO 20

1Y cuando cesó el alboroto, Pablo llamó a los discípulos, y los abrazó, y partió para Macedonia.
2 Y después de recorrer aquellas regiones y de exhortarlos mucho, llegó a Grecia,
3 Y permaneció allí tres meses. Y como los judíos le ponían asechanzas cuando iba a embarcarse para Siria, él se proponía volver por Macedonia.
4 Y allí lo acompañó a Asia Sopater de Berea; y de los tesalonicenses, Aristarco y Segundo; y Cayo de Derbe y Timoteo; y de Asia, Tíquico y Trófimo.
5 Éstos, yendo delante, nos esperaron en Troas.
6 Nosotros, pues, navegando desde Filipos, después de los días de los panes sin levadura, en cinco días llegamos a ellos en Troas, donde estuvimos siete días.
7 El primer día de la semana, reunidos los discípulos para partir el pan, Pablo les predicaba, estando dispuesto a partir al día siguiente; y alargó el discurso hasta la medianoche.
8 Y había muchas lámparas en el aposento alto donde estaban reunidos.
9 Y había un joven llamado Eutico sentado en una ventana, caído en un profundo sueño; y como Pablo estuvo predicando largamente, cayó del tercer piso abajo, y fue levantado muerto.
10 Entonces descendió Pablo, y se echó sobre él, y abrazándole, dijo: No os alarméis; porque su vida está en él.
11 Entonces subió otra vez, y hubo partido el pan y comido, y conversó largamente hasta el alba; y se fue.
12 Y trajeron vivo al joven, y fueron no poco consolados.
13 Y nosotros nos adelantamos en el barco, y navegamos hacia Asón, con la intención de recibir allí a Pablo, porque así lo había dispuesto él, queriendo ir por tierra.
14 Y cuando se encontró con nosotros en Asón, lo recogimos y vinimos a Mitilene.
15 Y navegamos de allí, y al día siguiente llegamos frente a Quíos; y al día siguiente llegamos a Samos, y nos detuvimos en Trogyllium; y al día siguiente llegamos a Mileto.
16 Porque Pablo se había propuesto pasar de largo en Efeso, por no detenerse en Asia, pues se apresuraba por estar el día de Pentecostés, si le fuese posible, en Jerusalén.
17 Y desde Mileto envió a Efeso, y llamó a los ancianos de la iglesia.
18 Y cuando vinieron a él, les dijo: Vosotros sabéis cómo me he comportado entre vosotros todo el tiempo, desde el primer día que entré en Asia,
19 sirviendo al Señor con toda humildad, y con muchas lágrimas, y pruebas que me han venido por las asechanzas de los judíos,
20 y cómo nada que fuese útil he rehuido de anunciaros y enseñaros, públicamente y por las casas,
21 testificando a judíos y a gentiles acerca del arrepentimiento para con Dios, y de la fe en nuestro Señor Jesucristo.

22 Y ahora, he aquí, ligado yo en espíritu, voy a Jerusalén, sin saber lo que allá me ha de acontecer;
23 Pero el Espíritu Santo por todas las ciudades me da testimonio, diciendo que me esperan prisiones y tribulaciones.
24 Pero de ninguna cosa hago caso, ni estimo preciosa mi vida para mí mismo, con tal que acabe mi carrera con gozo, y el ministerio que recibí del Señor Jesús, para dar testimonio del evangelio de la gracia de Dios.
25 Y ahora, he aquí, yo sé que no todos vosotros, entre quienes he pasado predicando el reino de Dios, veréis más mi rostro.
26 Por tanto, os hago saber hoy que estoy limpio de la sangre de todos.
27 Porque no he rehuido anunciaros todo el consejo de Dios.
28 Por tanto, mirad por vosotros, y por todo el rebaño en que el Espíritu Santo os ha puesto por obispos, para apacentar la iglesia del Señor, la cual él ganó por su propia sangre.
29 Porque yo sé que después de mi partida entrarán en medio de vosotros lobos rapaces, que no perdonarán al rebaño.
30 También de vosotros mismos se levantarán hombres que hablen cosas perversas para arrastrar tras sí a los discípulos.
31 Por tanto, velad y acordaos que por tres años, de noche y de día, no he cesado de amonestar con lágrimas a cada uno.
32 Y ahora, hermanos, os encomiendo a Dios, y a la palabra de su gracia, que tiene poder para sobreedificaros y daros herencia con todos los santificados.
33 No he codiciado plata ni oro ni vestido de nadie.
34 Sí, vosotros mismos sabéis que para lo que me ha sido necesario, y para lo que ha sido de los que están conmigo, estas manos han servido.
35 En todo os he enseñado que, trabajando así, se debe ayudar a los necesitados, y recordar las palabras del Señor Jesús, que dijo: Más bienaventurado es dar que recibir.
36Y habiendo dicho esto, se puso de rodillas y oró con todos ellos.
37 Y todos lloraron mucho, y se echaron al cuello de Pablo, y le besaron,
38 Entristecidos sobre todo por las palabras que había dicho, de que no volverían a ver su rostro. Y le acompañaron hasta la nave.

CAPÍTULO 21

1 Y aconteció que después que nos apartamos de ellos y nos hicimos a la mar, vinimos con camino directo a Coos, y al día siguiente a Rodas, y de allí a Pátara;
2 Y hallando un barco que pasaba a Fenicia, nos embarcamos y partimos.
3 Y cuando descubrimos Chipre, la dejamos a la izquierda, y navegamos hacia Siria, y llegamos a Tiro, porque el barco debía descargar allí su carga.
4 Y hallando discípulos, nos quedamos allí siete días, los cuales decían a Pablo por el Espíritu que no subiese a Jerusalén.
5 Y cuando hubimos cumplido aquellos días, partimos y nos fuimos, y todos nos acompañaron en nuestro camino, con nuestras mujeres y nuestros hijos, hasta que estuvimos fuera de la ciudad; y puestos de rodillas en la playa, oramos.
6 Y después de despedirnos unos de otros, subimos al barco, y ellos regresaron a sus casas.
7 Y cuando terminamos nuestra carrera desde Tiro, llegamos a Tolemaida, y saludamos a los hermanos, y nos quedamos con ellos un día.
8 Al día siguiente, nosotros los que estábamos con Pablo, partimos y llegamos a Cesarea, y entrando en casa de Felipe el evangelista, que era uno de los siete, nos quedamos con él.
9 Y aquel hombre tenía cuatro hijas vírgenes que profetizaban.
10 Y como estuvimos allí muchos días, descendió de Judea un profeta llamado Agabo.
11 Y cuando vino a nosotros, tomó el cinto de Pablo, y ató sus manos y sus pies, y dijo: Así dice el Espíritu Santo: Así atarán los judíos en Jerusalén al hombre de quien es este cinto, y le entregarán en manos de los gentiles.
12 Y cuando oímos estas cosas, nosotros y los de aquel lugar le rogamos que no subiese a Jerusalén.
13 Entonces Pablo respondió: ¿Qué hacéis llorando y quebrantándome el corazón? Porque yo estoy dispuesto no sólo a ser atado, mas aun a morir en Jerusalén por el nombre del Señor Jesús.
14 Y como no le persuadimos, desistimos, diciendo: Hágase la voluntad del Señor.
15 Después de aquellos días, tomamos nuestros carros y subimos a Jerusalén.
16 Vinieron también con nosotros algunos de los discípulos de Cesarea, trayendo consigo a cierto Mnasón, de Chipre, discípulo antiguo, con quien nos hospedaríamos.
17 Y cuando llegamos a Jerusalén, los hermanos nos recibieron con alegría.
18 Al día siguiente, Pablo entró con nosotros a ver a Jacobo; y estaban presentes todos los ancianos.
19 Y después de haberlos saludado, les contó una por una cuán grandes cosas había hecho Dios entre los gentiles por su ministerio.
20 Y cuando lo oyeron, glorificaron al Señor, y le dijeron: Ya ves, hermano, cuántos millares de judíos hay que han creído, y todos son celosos por la ley.
21 Y se les informa acerca de ti, que enseñas a todos los judíos que están entre los gentiles a apostatar de Moisés, diciéndoles que no circunciden a sus hijos ni obedezcan las costumbres.
22 ¿Qué, pues? Es necesario que la multitud se junte, porque oirán que has venido.
23 Haz, pues, esto que te decimos: Hay entre nosotros cuatro hombres que tienen voto sobre sí;
24 Tómalos, y purifícate con ellos, y paga con ellos sus gastos, para que se rasuren la cabeza; y todos entenderán que no es nada lo que se les informó acerca de ti, sino que tú también andas ordenadamente, y guardas la ley.
25 En cuanto a los gentiles que creen, hemos escrito y concluido que no observan tal cosa, sino solamente que se abstengan de lo sacrificado a los ídolos, de sangre, de animal estrangulado y de fornicación.
26 Entonces Pablo tomó consigo a aquellos hombres, y al día siguiente, habiéndose purificado con ellos, entró en el templo, para anunciar el cumplimiento de los días de la

purificación, hasta que se ofreciera una ofrenda por cada uno de ellos.
27 Y cuando estaban para cumplirse los siete días, los judíos de Asia, al verle en el templo, alborotaron a todo el pueblo, y le echaron mano,
28 Claman: Varones israelitas, ayudad. Este es el hombre que por todas partes enseña a todos contra el pueblo, la ley y este lugar; y además ha metido griegos en el templo, y ha profanado este lugar santo.
29 (Porque antes habían visto con él en la ciudad a Trófimo, efesio, al cual creían que Pablo había metido en el templo.)
30 Y toda la ciudad se conmovió, y se juntó el pueblo; y tomaron a Pablo, y le arrastraron fuera del templo; y luego cerraron las puertas.
31 Y mientras ellos procuraban matarle, llegó noticia al tribuno de la banda de que toda Jerusalén estaba alborotada.
32 El cual, tomando inmediatamente soldados y centuriones, corrió a ellos; y cuando vieron al tribuno y a los soldados, dejaron de golpear a Pablo.
33 Entonces se acercó el tribuno, lo tomó y mandó atar con dos cadenas, y le preguntó quién era y qué había hecho.
34 Y unos gritaban una cosa, otros otra, entre la multitud; y como no podía saber con certeza a causa del tumulto, mandó que le llevasen al castillo.
35 Y cuando llegó a las escaleras, aconteció que fue llevado por los soldados a causa de la violencia del pueblo.
36 Porque la multitud del pueblo le seguía, y gritaba: ¡Quieta!
37 Y cuando iban a llevar a Pablo a la fortaleza, dijo al tribuno: ¿Puedo hablar contigo? Y él le dijo: ¿Hablas griego?
38 ¿No eres tú aquel egipcio que antes de estos días alborotó, y sacó al desierto cuatro mil hombres homicidas?
39 Pero Pablo dijo: Yo soy un hombre judío, de Tarso, ciudad de Cilicia, ciudadano de una ciudad no pequeña; te ruego que me permitas hablar al pueblo.
40 Y cuando le dio licencia, Pablo se puso en pie en las gradas, e hizo señal con la mano al pueblo. Y cuando se hizo gran silencio, les habló en lengua hebrea, diciendo:

CAPÍTULO 22

1 Varones hermanos y padres, oíd mi defensa que ahora presento ante vosotros.
2 Y cuando oyeron que les hablaba en lengua hebrea, guardaron más silencio. Y él dijo:
3 Yo ciertamente soy un hombre judío, nacido en Tarso, ciudad de Cilicia, pero criado en esta ciudad a los pies de Gamaliel, instruido según la perfección de la ley de nuestros padres, y celoso de Dios, como todos vosotros hoy lo sois.
4 Y perseguí yo este Camino hasta la muerte, atando y entregando en cárceles tanto a hombres como a mujeres.
5 Como también me es testigo el sumo sacerdote, y todos los ancianos; de los cuales también tomando cartas para los hermanos, fui a Damasco para traer presos a Jerusalén a los que estuvieran allí, para ser castigados.
6 Y aconteció que mientras yo iba por el camino, y estaba cerca de Damasco, como a mediodía, de repente brilló desde el cielo una gran luz que me rodeó.
7 Y caí en tierra, y oí una voz que me decía: Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?
8 Y yo respondí: ¿Quién eres, Señor? Y él me dijo: Yo soy Jesús de Nazaret, a quien tú persigues.
9 Y los que estaban conmigo vieron a la verdad la luz, y tuvieron miedo, pero no oyeron la voz del que hablaba conmigo.
10 Y dije: ¿Qué haré, Señor? Y el Señor me respondió: Levántate y ve a Damasco, y allí se te dirá todo lo que te está ordenado hacer.
11 Y como yo no veía a causa de la gloria de la luz, llevado de la mano por los que estaban conmigo, llegué a Damasco.
12 Entonces uno llamado Ananías, varón piadoso según la ley, y que tenía buen testimonio de todos los judíos que habitaban allí,
13 Vino a mí, y acercándose, me dijo: Hermano Saulo, recibe la vista. Y en aquella misma hora le miré.
14 Y él dijo: El Dios de nuestros padres te ha escogido para que conozcas su voluntad, Y veas al Justo, Y oigas la voz de su boca.
15 Porque serás testigo suyo ante todos los hombres, de lo que has visto y oído.
16 Ahora, pues, ¿por qué te detienes? Levántate y bautízate, y lava tus pecados, invocando el nombre del Señor.
17 Y aconteció que cuando volví a Jerusalén, mientras oraba en el templo, fui sobrecogido por un éxtasis;
18 Y le vi que me decía: Date prisa, y sal prontamente de Jerusalén, porque no recibirán tu testimonio acerca de mí.
19 Y dije: Señor, ellos saben que yo encarcelaba y azotaba en todas las sinagogas a los que creían en ti;
20 Y cuando se derramó la sangre de tu mártir Esteban, yo también estaba presente y consentí en su muerte, y guardé las ropas de quienes le mataron.
21 Y me dijo: Vete, porque yo te enviaré lejos, a los gentiles.
22 Y le oyeron esta palabra, y alzaron la voz, y dijeron: Quita de la tierra a ese hombre, porque no conviene que viva.
23 Y ellos gritaron, y arrojaron sus mantos, y lanzaron polvo al aire,
24 El tribuno mandó que lo llevasen al castillo, y ordenó que lo examinasen con azotes, para saber por qué clamaban así contra él.
25 Y mientras le ataban con correas, Pablo dijo al centurión que estaba presente: ¿Os es lícito azotar a un ciudadano romano sin haber sido condenado?
26 Y cuando el centurión oyó esto, fue y lo hizo saber al tribuno, diciendo: Mira en lo que haces, porque ese hombre es romano.
27 Entonces el tribuno se acercó y le dijo: Dime, ¿eres tú romano? Él dijo: Sí.
28 Respondióle el tribuno: Con una gran suma alcancé esta libertad. Y Pablo dijo: Pero yo nací libre.
29 Entonces luego se apartaron de él los que debían interrogarle; y también el tribuno tuvo miedo, sabiendo que era romano, y porque le había atado.
30 Al día siguiente, queriendo saber con certeza por qué lo acusaban los judíos, le soltó de sus cadenas, y mandó que compareciesen los principales sacerdotes y todo el concilio; y trayendo a Pablo, le presentó ante ellos.

CAPÍTULO 23

1 Entonces Pablo, mirando fijamente al concilio, dijo: Varones hermanos, yo con toda buena conciencia he vivido delante de Dios hasta el día de hoy.
2 Entonces el sumo sacerdote Ananías mandó a los que estaban junto a él que le golpearan en la boca.
3 Entonces Pablo le dijo: Dios te herirá, pared blanqueada; ¿estás tú sentado para juzgarme conforme a la ley, y quebrantando la ley me mandas herir?
4 Y los que estaban presentes dijeron: ¿Injurias al sumo sacerdote de Dios?
5 Entonces Pablo dijo: No sabía, hermanos, que era el sumo sacerdote; pues escrito está: No maldecirás al príncipe de tu pueblo.
6 Pero cuando Pablo percibió que una parte era de saduceos, y otra de fariseos, clamó en el concilio: Varones hermanos, yo soy fariseo, hijo de fariseo; de la esperanza y de la resurrección de entre los muertos se me pide que actúe.
7 Y cuando él dijo esto, hubo disensión entre los fariseos y los saduceos; y la multitud estaba dividida.
8 Porque los saduceos dicen que no hay resurrección, ni ángel, ni espíritu; pero los fariseos confiesan ambas cosas.
9 Y hubo un gran clamor; y levantándose los escribas de la parte de los fariseos, contendían, diciendo: Ningún mal hallamos en este hombre; pero si un espíritu o un ángel le ha hablado, no luchemos contra Dios.
10 Y como hubo un gran alboroto, el tribuno, temiendo que Pablo fuera despedazado por ellos, mandó que descendieran soldados y lo tomaran por la fuerza de en medio de ellos, y lo llevaran a la fortaleza.
11 A la noche siguiente se le presentó el Señor y le dijo: Ten ánimo, Pablo; pues como has testificado de mí en Jerusalén, así es necesario que testifiques también en Roma.
12 Cuando era de día, algunos de los judíos se unieron y se comprometieron bajo maldición, diciendo que no comerían ni beberían hasta que hubieran matado a Pablo.
13 Y eran más de cuarenta los que habían hecho esta conspiración.
14 Y vinieron a los principales sacerdotes y a los ancianos, y dijeron: Nos hemos jurado bajo gran juramento, que no comeremos nada hasta que hayamos matado a Pablo.
15 Ahora pues, vosotros con el concilio, decid al tribuno que le traiga mañana ante vosotros, como si queréis inquirir alguna cosa más cierta acerca de él; y nosotros o cuando él llegue, estaremos prontos a matarle.
16 Y cuando el hijo de la hermana de Pablo oyó de la acechanza, fue y entró en la fortaleza, y lo hizo saber a Pablo.
17 Entonces Pablo llamó a uno de los centuriones y le dijo: Lleva a este joven ante el tribuno, porque tiene una cosa que decirle.
18 Entonces él le tomó y le trajo al tribuno, y dijo: Pablo el preso me llamó, y me rogó que trajese a ti a este joven, que tiene algo que decirte.
19 Entonces el tribuno, tomándole de la mano, se fue con él aparte, y le preguntó: ¿Qué es lo que tienes que decirme?
20 Y él dijo: Los judíos han convenido en rogarte que mañana lleves a Pablo al concilio, como para inquirir acerca de él alguna cosa más cierta.
21 Pero tú no te rindas ante ellos; porque más de cuarenta hombres de ellos le acechan, los cuales han jurado bajo juramento que no comerán ni beberán hasta que le hayan matado; y ahora están apercibidos, esperando tu promesa.
22 Entonces el tribuno despidió al joven, y le ordenó: Mira, no digas a nadie que me has revelado estas cosas.
23 Y llamando a dos centuriones, dijo: Preparad doscientos soldados para que vayan a Cesarea, y setenta hombres de a caballo, y doscientos lanceros, para la hora tercera de la noche;
24 Y preparad también cabalgaduras en las que poniendo en pie a Pablo, le conducís en salvo a Félix el gobernador.
25 Y escribió una carta en estos términos:
26 Claudio Lisias al excelentísimo gobernador Félix: Salud.
27 Este hombre fue tomado por los judíos, y debía ser muerto por ellos; pero yo vine con un ejército y lo libré, sabiendo que era romano.
28 Y cuando quise saber la causa por la cual le acusaban, le llevé al concilio de ellos;
29 Y vi que le acusaban por cuestiones de la ley de ellos, pero que ningún delito tenía digno de muerte o de prisión.
30 Y cuando me informaron que los judíos acechaban a aquel hombre, luego envié un mensaje a ti, y también ordené a sus acusadores que dijeran delante de ti lo que tenían contra él. Adiós.
31 Entonces los soldados, como se les había ordenado, tomaron a Pablo y lo llevaron de noche a Antípatris.
32 Al día siguiente dejaron a los jinetes para que fueran con él y regresaron al castillo:
33 Los cuales, cuando llegaron a Cesarea, y entregaron la carta al gobernador, presentaron también a Pablo delante de él.
34 Y cuando el gobernador leyó la carta, preguntó de qué provincia era. Y cuando supo que era de Cilicia,
35 Te oiré, le dijo, cuando vengan tus acusadores. Y mandó que le guardasen en el pretorio de Herodes.

CAPÍTULO 24

1 Cinco días después, descendió el sumo sacerdote Ananías con los ancianos, y con un orador llamado Tértulo, y denunciaron al gobernador contra Pablo.
2 Y cuando fue llamado, Tértulo comenzó a acusarlo, diciendo: Viendo que por ti gozamos de gran tranquilidad, y que se realizan obras muy dignas en esta nación por tu providencia,
3 Lo recibimos siempre y en todo lugar, oh muy noble Félix, con todo agradecimiento.
4 No obstante, para no serte más fastidioso, te ruego que nos escuches unas pocas palabras de tu clemencia.
5 Porque hemos hallado que este hombre es una plaga, y promotor de sediciones entre todos los judíos por todo el mundo, y cabecilla de la secta de los nazarenos;
6 el cual también profanó el templo; al cual tomamos, y queríamos juzgar según nuestra ley.
7 Pero el tribuno Lisias vino a nosotros, y con gran violencia lo arrebató de nuestras manos,
8 Mandando a sus acusadores que vengan a ti, para que tú mismo puedas conocer, interrogando de ellos, todas estas cosas de que le acusamos.
9 Y los judíos también asintieron, diciendo que estas cosas eran así.

10 Entonces Pablo, después que el gobernador le hizo señas para que hablase, respondió: Puesto que sé que desde hace muchos años eres juez de esta nación, con más ánimo respondo por mí mismo:
11 Para que entiendas que aún no han pasado más que doce días desde que subí a Jerusalén para adorar.
12 Y no me hallaron en el templo disputando con nadie, ni alborotando al pueblo, ni en las sinagogas, ni en la ciudad;
13 Tampoco pueden probar las cosas de que ahora me acusan.
14 Pero esto te confieso, que según el Camino que ellos llaman herejía, así sirvo al Dios de mis padres, creyendo todas las cosas que en la ley y en los profetas están escritas;
15 y tienen esperanza en Dios, la cual ellos también abrigan, de que ha de haber resurrección de los muertos, así de justos como de injustos.
16 Y por esto procuro tener siempre una conciencia sin ofensa ante Dios y ante los hombres.
17 Después de muchos años vine a traer limosna a mi nación y ofrendas.
18 Después de lo cual unos judíos de Asia me hallaron purificado en el templo, no con multitud ni con alboroto.
19 ¿Quién debería haber estado aquí antes que tú y objetar, si tuvieran algo contra mí?
20 De otra manera, digan estos mismos aquí presentes, si hallaron en mí alguna mala acción mientras estuve ante el concilio,
21 Pero sólo por esta voz grité estando entre ellos: Acerca de la resurrección de los muertos soy interrogado hoy por vosotros.
22 Oyendo Félix estas cosas, y sabiendo más perfectamente el Camino, las aplazó, y dijo: Cuando descienda el tribuno Lisias, sabré lo último de vuestro asunto.
23 Y mandó a un centurión que guardase a Pablo, y le dejase en libertad, y que a ninguno de sus conocidos prohibiese servirle o venir a él.
24 Algunos días después, viniendo Félix con Drusila su mujer, que era judía, llamó a Pablo y le oyó acerca de la fe en Cristo.
25 Y mientras él discutía acerca de la justicia, del dominio propio y del juicio venidero, Félix tembló, y respondió: Vete ahora; cuando tenga tiempo conveniente te llamaré.
26 Esperaba también que Pablo le diese dinero para soltarle; por lo cual le mandaba llamar con más frecuencia, y hablaba con él.
27 Pero dos años después, entró Porcio Festo en lugar de Félix; y Félix, queriendo complacer a los judíos, dejó preso a Pablo.

CAPÍTULO 25

1 Festo llegó a la provincia, y tres días después subió de Cesarea a Jerusalén.
2 Entonces el sumo sacerdote y los principales de los judíos le informaron contra Pablo, y le rogaron,
3 Y pidió contra él favor, que le mandase traer a Jerusalén, poniendo asechanzas en el camino para matarle.
4 Pero Festo respondió que Pablo estaba custodiado en Cesarea, y que él mismo partiría pronto allá.
5Entonces dijo: Los que de vosotros puedan, desciendan conmigo y acusen a este hombre, si hay algún mal en él.
6 Y después de estar entre ellos más de diez días, descendió a Cesarea; y al día siguiente, sentado en el tribunal, mandó que trajesen a Pablo.
7 Cuando él llegó, los judíos que habían venido de Jerusalén lo rodearon, y presentaban contra Pablo muchas y graves acusaciones, que no podían probar.
8 Y él respondiendo por sí mismo: Ni contra la ley de los judíos, ni contra el templo, ni contra César he pecado en nada.
9 Pero Festo, queriendo congraciarse con los judíos, respondió a Pablo y dijo: ¿Quieres subir a Jerusalén, y allí ser juzgado de estas cosas delante de mí?
10 Entonces Pablo dijo: Ante el tribunal de César estoy, donde debo ser juzgado; pero a los judíos ningún agravio he hecho, como tú muy bien sabes.
11 Porque si soy un pecador, o he hecho algo digno de muerte, no rehúso morir; pero si no hay ninguna de las cosas de que éstos me acusan, nadie puede entregarme a ellos. A César apelo.
12 Entonces Festo, habiendo hablado con el concilio, respondió: ¿A César has apelado? A César irás.
13 Algunos días después, el rey Agripa y Berenice vinieron a Cesarea para saludar a Festo.
14 Y después de estar allí muchos días, Festo declaró al rey la causa de Pablo, diciendo: Un hombre ha sido dejado preso por Félix,
15 Acerca de esto, cuando yo estaba en Jerusalén, los principales sacerdotes y los ancianos de los judíos me informaron, queriendo hacer juicio contra él.
16 A lo cual respondí: No es costumbre de los romanos entregar a nadie a la muerte sin que el acusado tenga delante de sí a los acusadores y tenga licencia para responder por sí mismo del crimen que se le imputa.
17 Así que, cuando ellos vinieron aquí, sin dilación alguna, al día siguiente me senté en el tribunal y mandé que trajeran al hombre.
18 Contra quienes, cuando se presentaron los acusadores, ninguna acusación presentaron contra mí conforme a lo que yo suponía;
19 Pero tenían ciertas cuestiones contra él acerca de su superstición, y de cierto Jesús, ya muerto, el cual Pablo afirmaba que estaba vivo.
20 Y como yo dudaba acerca de esta clase de cuestiones, le pregunté si quería ir a Jerusalén, y allí ser juzgado de estas cosas.
21 Pero como Pablo apeló para que se le reservase el derecho de oír a Augusto, ordené que le guardasen hasta que le pudiese enviar a César.
22 Entonces Agripa dijo a Festo: Yo también quisiera oír a ese hombre. Le oirás mañana, le respondió.
23 Al día siguiente, viniendo Agripa y Berenice con gran pompa, y entrando en la audiencia con los tribunos y hombres principales de la ciudad, por mandato de Festo fue traído Pablo.
24 Y Festo dijo: Rey Agripa, y todos los varones que estáis aquí presentes con nosotros, veis a este hombre, acerca del cual me ha demandado toda la multitud de los judíos en Jerusalén y aquí, dando voces que no conviene que viva más.
25 Pero cuando encontré que ninguna cosa digna de muerte había hecho, y que él mismo había apelado a Augusto, decidí enviarlo.

26 Acerca de él no tengo nada cierto que escribir a mi señor. Por lo cual lo he presentado ante vosotros, y especialmente ante ti, oh rey Agripa, para que después de haberlo interrogado, tenga algo que escribir.
27 Porque no me parece razonable enviar a un preso y no dar a conocer además los delitos que se le imputan.

CAPÍTULO 26

1 Entonces Agripa dijo a Pablo: Se te permite hablar por ti mismo. Entonces Pablo, extendiendo la mano, tomó la palabra y dijo:
2 Me tengo por feliz, oh rey Agripa, de tener que responder hoy por mí mismo delante de ti de todas las cosas de que soy acusado por los judíos;
3 Sobre todo porque sé que eres experto en todas las costumbres y cuestiones que hay entre los judíos; por lo cual te ruego que me escuches con paciencia.
4 Mi manera de vivir desde mi juventud, la cual fui al principio entre mi nación, en Jerusalén, todos los judíos la saben;
5 los cuales desde el principio saben que yo, si quieren testificarlo, conforme a la más rigurosa secta de nuestra religión, viví fariseo.
6 Y ahora estoy para ser juzgado por la esperanza de la promesa que Dios hizo a nuestros padres;
7 Nuestras doce tribus esperan alcanzar esta promesa, sirviendo a Dios día y noche con insistencia. Por esta esperanza, oh rey Agripa, soy acusado por los judíos.
8 ¿Por qué os parece cosa increíble que Dios resucite a los muertos?
9 Yo mismo he pensado que debo hacer muchas cosas contra el nombre de Jesús de Nazaret.
10 Lo cual también hice en Jerusalén; y encerré en cárceles a muchos santos, recibido autoridad de los principales sacerdotes; y cuando los estaban matando, di mi voz contra ellos.
11 Y muchas veces los castigaba en todas las sinagogas, y los obligaba a blasfemar; y enfurecido sobremanera contra ellos, los perseguía hasta en ciudades extranjeras.
12 Después de lo cual, yendo a Damasco con autoridad y comisión de los principales sacerdotes,
13 A mediodía, oh rey, yendo por el camino, vi una luz del cielo que sobrepasaba el resplandor del sol, la cual me rodeó a mí y a los que iban conmigo.
14 Y habiendo caído todos nosotros en tierra, oí una voz que me hablaba, y decía en lengua hebrea: Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues? Dura cosa te es dar coces contra el aguijón.
15 Y yo dije: ¿Quién eres, Señor? Y él dijo: Yo soy Jesús, a quien tú persigues.
16 Pero levántate, y ponte sobre tus pies; porque para esto he aparecido a ti, para ponerte por ministro y testigo de las cosas que has visto, y de aquellas en las que me apareceré a ti;
17 librándote del pueblo y de los gentiles, a los cuales ahora te envío,
18 para que abras sus ojos, para que se conviertan de las tinieblas a la luz, y de la potestad de Satanás a Dios; para que reciban, por la fe que es en mí, perdón de pecados y herencia entre los santificados.
19 Por lo cual, oh rey Agripa, no fui rebelde a la visión celestial;
20 sino que anuncié primeramente a los que estaban en Damasco, y Jerusalén, y por toda la tierra de Judea, y a los gentiles, que se arrepintieran y se convirtieran a Dios, haciendo obras dignas de arrepentimiento.
21 Por estas causas los judíos me prendieron en el templo, y procuraron matarme.
22 Habiendo obtenido, pues, ayuda de Dios, continúo hasta este día testificando tanto a pequeños como a grandes, sin decir nada más que lo que los profetas y Moisés dijeron que vendría:
23 que el Cristo debía padecer, y ser el primero en resucitar de los muertos, para anunciar luz al pueblo y a los gentiles.
24Y mientras él hablaba estas cosas por sí, Festo a gran voz dijo: Estás loco, Pablo; las muchas letras te vuelven loco.
25 Pero él dijo: No estoy loco, excelentísimo Festo, sino que hablo palabras de verdad y de cordura.
26 Porque el rey sabe estas cosas, delante de quien también hablo libremente; porque estoy seguro de que nada de esto le es oculto, pues esto no se ha hecho en algún rincón.
27 Rey Agripa, ¿crees a los profetas? Yo sé que crees.
28 Entonces Agripa dijo a Pablo: Por poco me persuades a ser cristiano.
29 Y Pablo dijo: Quisiera Dios que por poco o por mucho, no solamente tú, sino también todos los que hoy me oyen, fueseis hechos tales cual yo soy, excepto estas prisiones.
30 Y cuando hubo dicho estas cosas, se levantó el rey, y el gobernador, y Berenice, y los que estaban sentados con ellos.
31 Y cuando ellos se fueron aparte, hablaban entre sí, diciendo: Ninguna cosa digna de muerte o de prisión ha hecho este hombre.
32 Entonces Agripa dijo a Festo: Podía este hombre ser puesto en libertad, si no hubiera apelado a César.

CAPÍTULO 27

1 Y cuando se decidió que habíamos de navegar para Italia, entregaron a Pablo y algunos otros presos a un centurión llamado Julio, de la compañía de Augusto.
2 Y entrando en una nave adramiteña, nos hicimos a la mar, para navegar a las costas de Asia; estando con nosotros un tal Aristarco, macedonio, de Tesalónica.
3 Al día siguiente llegamos a Sidón, y Julio con gran cortesía le concedió permiso para ir a casa de sus amigos y descansar.
4 Y habiendo partido de allí, navegamos bajo Chipre, porque los vientos eran contrarios.
5 Y habiendo navegado el mar de Cilicia y de Panfilia, llegamos a Mira, ciudad de Licia.
6Y hallando allí el centurión una nave alejandrina que navegaba para Italia, nos puso en ella.
7 Y después de haber navegado lentamente durante muchos días, y apenas habíamos llegado a Cnido, no dejándonos el viento, navegamos bajo Creta, frente a Salmón;
8 Y pasándolo con dificultad, llegamos a un lugar que se llama Buenos Puertos, cerca del cual estaba la ciudad de Lasea.

9 Pasado ya mucho tiempo, y siendo ya peligrosa la navegación, por haber pasado ya el ayuno, Pablo les amonestó,
10 Y les dijo: Varones, veo que la navegación va a ser con perjuicio y muchos daños, no sólo del cargamento y de la nave, sino también de nuestras personas.
11 Pero el centurión creyó al capitán y dueño de la nave más que a lo que Pablo decía.
12 Y como el puerto no era cómodo para invernar, la mayoría aconsejó partir también de allí, si de algún modo podían llegar a Fenicia, que es un puerto de Creta y está hacia el sudoeste y el noroeste, para invernar allí.
13 Y como sopló suavemente el viento del sur, creyendo que habían conseguido su propósito, se despegaron de allí y navegaron cerca de Creta.
14 Pero no mucho después se levantó contra ella un viento tempestuoso, llamado Euroclidón.
15 Y cuando la nave fue atrapada y no pudo sostenerse contra el viento, la dejamos ir.
16 Y pasando debajo de una isla llamada Claudia, tuvimos mucho trabajo para venir en barco;
17 Y cuando lo hicieron, usaron de socorros para ciñer la nave, y temiendo caer en las arenas movedizas, arriaron las velas, y así fueron arrastrados.
18 Y como nosotros estábamos muy azotados por una tempestad, al día siguiente aligeraron la nave;
19 Y al tercer día arrojamos con nuestras manos los aparejos de la nave.
20 Y como durante muchos días no aparecían ni el sol ni las estrellas, y nos sobrevenía una tempestad no pequeña, se esfumó toda esperanza de salvación.
21 Pero después de una larga abstinencia, Pablo se puso en pie en medio de ellos y dijo: Varones, os convenía haberme oído, y no haber zarpado de Creta, y haber recibido este daño y pérdida.
22 Y ahora os exhorto a que tengáis buen ánimo, pues no habrá pérdida de vida entre vosotros, sino de la nave.
23 Porque esta noche estuvo junto a mí el ángel del Dios de quien soy y a quien sirvo,
24 Diciendo: Pablo, no temas; es necesario que comparezcas ante César; y he aquí, Dios te ha concedido todos los que navegan contigo.
25 Así que, señores, tened ánimo, porque yo confío en Dios que será así como se me ha dicho.
26 Pero es necesario que seamos arrojados a cierta isla.
27 Pero cuando llegó la decimocuarta noche, mientras íbamos de un lado a otro en Adria, alrededor de la medianoche los marineros creyeron que se acercaban a alguna región;
28 Y sondaron, y hallaron veinte brazas; y andando un poco más adelante, sondaron otra vez, y hallaron quince brazas.
29 Entonces temiendo que cayéramos en las rocas, echaron cuatro anclas por la popa y desearon que llegara el día.
30 Y como los marineros estaban a punto de huir del barco, cuando habían bajado el bote al mar, con apariencia de que querían echar las anclas desde la proa,
31 Pablo dijo al centurión y a los soldados: Si éstos no permanecen en la barca, vosotros no podéis salvaros.
32 Entonces los soldados cortaron las cuerdas de la barca y la dejaron caer.
33 Y cuando ya iba amaneciendo, Pablo exhortaba a todos que comiesen, diciendo: Hoy es el decimocuarto día que paráis y ayunáis sin comer nada.
34 Por tanto, os ruego que comáis algo de comer, porque esto es para vuestra salud, pues no perecerá ni un cabello de la cabeza de ninguno de vosotros.
35 Y habiendo dicho esto, tomó el pan y dio gracias a Dios en presencia de todos, y lo partió y comenzó a comer.
36 Entonces todos tuvieron buen ánimo, y también comieron algo de comer.
37 Y éramos en total en la nave doscientas setenta y dieciséis personas.
38 Y cuando hubieron comido lo suficiente, aligeraron la barca y arrojaron el trigo al mar.
39 Y cuando fue de día, no conocían la tierra, pero descubrieron una ensenada que tenía orilla, en la cual pensaron meter, si fuese posible, la barca.
40 Y después de haber levado las anclas, se hicieron a la mar, y soltamos las amarras del timón, e izamos la vela mayor al viento, y navegaron hacia la costa.
41 Y cayendo en un lugar donde se juntaban dos aguas, hicieron encallar la nave; y la proa se quedó atascada, y quedó inmóvil, pero la popa se rompió con la violencia de las olas.
42 Y el consejo de los soldados fue matar a los prisioneros, para que ninguno de ellos saliera nadando y escapara.
43 Pero el centurión, queriendo salvar a Pablo, les impidió este propósito, y mandó que los que pudieran nadar se arrojaran los primeros al mar y salieran a tierra;
44 Y los demás, unos en tablas, y otros en pedazos de la nave. Y aconteció que todos llegaron sanos y salvos a tierra.

CAPÍTULO 28

1 Y cuando escaparon, entonces supieron que la isla se llamaba Melita.
2 Y los bárbaros nos mostraron no poca bondad, pues encendieron un fuego y nos recibieron a todos, a causa de la lluvia que caía y del frío.
3 Y tomando Pablo un manojo de leña, lo puso en el fuego; y una víbora, saliendo del calor, se le prendió en la mano.
4 Y cuando los bárbaros vieron la bestia venenosa colgando de su mano, dijeron entre sí: Sin duda este hombre es un asesino, a quien, aunque ha escapado del mar, la venganza no le deja vivir.
5 Y sacudió la fiera y la echó al fuego, y no sufrió daño alguno.
6 Pero ellos esperaban que se hinchara o cayera muerto de repente; pero después de haber esperado mucho tiempo, y viendo que ningún daño le venía, cambiaron de opinión y dijeron que era un dios.
7 En el mismo lugar estaban las posesiones del jefe de la isla, cuyo nombre era Publio, quien nos recibió y nos hospedó tres días cortésmente.
8 Aconteció que el padre de Publio estaba en cama, enfermo de fiebre y de disentería; y entró Pablo adonde estaba, y después de haber orado, le puso las manos encima, y le sanó.
9 Hecho esto, también otros que en la isla tenían enfermedades venían y eran sanados.

10 Los cuales también nos honraron con muchos honores, y cuando partimos, nos abastecieron con todas las cosas que fueron necesarias.
11 Y después de tres meses partimos en una nave alejandrina que había invernado en la isla, y que tenía por insignia a Cástor y Pólux.
12 Y desembarcando en Siracusa, estuvimos allí tres días.
13 Y desde allí dimos una vuelta y llegamos a Regio; y al día siguiente sopló el viento del sur, y al día siguiente llegamos a Puteoli.
14 Allí hallamos hermanos, a quienes nos rogaron que nos quedáramos con ellos siete días; y así partimos hacia Roma.
15 Y desde allí, cuando los hermanos oyeron de nosotros, vinieron a recibirnos hasta el Foro de Apio y las Tres Tabernas; y cuando Pablo los vio, dio gracias a Dios, y cobró ánimo.
16 Cuando llegamos a Roma, el centurión entregó los presos al capitán de la guardia; pero a Pablo se le permitió estar solo con un soldado que le custodiaba.
17 Aconteció que tres días después, Pablo convocó a los principales de los judíos, y cuando ellos estuvieron reunidos, les dijo: Varones hermanos, yo, sin haber hecho nada contra el pueblo ni contra las costumbres de nuestros padres, he sido entregado preso desde Jerusalén en manos de los romanos.
18 Los cuales, después de examinarme, querían soltarme, por no haber en mí causa de muerte.
19 Pero cuando los judíos hablaron contra esto, me vi obligado a apelar al César; no que tuviera de qué acusar a mi nación.
20 Por esta causa os he llamado para veros y hablar con vosotros; porque por la esperanza de Israel estoy sujeto con esta cadena.
21 Y ellos le dijeron: Nosotros no hemos recibido cartas de Judea acerca de ti, ni ha venido ningún hermano que haya denunciado o hablado algún mal acerca de ti.
22 Pero nos gustaría oír de ti lo que piensas; porque acerca de esta secta nos es notorio que en todas partes se habla contra ella.
23 Y habiéndole señalado un día, vinieron a él muchos a la posada, a los cuales les declaraba y testificaba el reino de Dios, persuadiéndoles acerca de Jesús, tanto por la ley de Moisés como por los profetas, desde la mañana hasta la tarde.
24 Y algunos creyeron lo que se les decía, pero otros no lo creyeron.
25 Y como no estaban de acuerdo entre sí, se fueron. Después que Pablo dijo esta palabra: Bien habló el Espíritu Santo por medio del profeta Isaías a nuestros padres,
26 diciendo: Ve a este pueblo y dile: De oído oiréis, y no entenderéis; y viendo veréis, y no percibiréis;
27 Porque el corazón de este pueblo se ha engrosado, Y con los oídos oyen pesadamente, Y han cerrado sus ojos; Para que no vean con los ojos, Y oigan con los oídos, Y con el corazón entiendan, Y se conviertan, Y yo los sane.
28 Sea, pues, notorio a vosotros que a los gentiles es enviada la salvación de Dios, y que la oirán.
29 Y cuando hubo dicho estas palabras, los judíos se fueron, y discutían mucho entre sí.
30 Y Pablo permaneció dos años enteros en una casa alquilada, y recibía a todos los que a él venían,
31 predicando el reino de Dios y enseñando acerca de nuestro Señor Jesucristo, abiertamente y sin impedimento.